
LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 1
DAWN
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 1
DAWN
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston

Traducida al español por JuCaGoTo Translations
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

Prólogo: Un Bosquejo de la Historia de la Galaxia

Fue en el año 2801 AD* que la humanidad declaró la formación de la Federación Galáctica y reubicó el quid de su autoridad política de Terra (el tercer planeta del sistema solar) a Teoría (el segundo planeta del sistema Aldebarán). En este mismo año, la humanidad reinició su calendario a la Era Espacial 1 y comenzó a expandirse inexorablemente hacia los confines interiores y las fronteras de la galaxia. Después de las guerras y el caos que habían sido tan crudamente característicos del 2700— que habían paralizado el desarrollo del espacio— la energía que estalló fue tanto más explosiva.
*(JuCaGoTo: AD, no se refieren a "después de la muerte" (en inglés "after death") como muchos asumen. Más bien, A.D. representa las palabras latinas Anno Domini, lo que quiere decir "año del Señor" o más apropiadamente "Anno Domini Nostri Iesus Christi" (el año de nuestro Señor Jesucristo) refiriéndose al nacimiento de Jesucristo. En español se usa d.C. que equivale a "después de Cristo", ahora han sido educados.)

La teoría del salto subespacial, el control gravitatorio y la tecnología de control inercial fueron las Tres Gracias que hicieron posible el vuelo interestelar, y se refinaron día a día a medida que la humanidad alentaba sus naves espaciales hacia horizontes desconocidos y navegaba sobre océanos rebosantes de estrellas.

«¡Adelante! ¡Y aún más!»

Estas fueron palabras familiares para la gente de aquellos días. Era evidente que la conciencia de la raza humana había entrado en un período de exuberancia.

Y así, con una voluntad resuelta y una pasión deslumbrante, la humanidad lidió con todas las dificultades que se le presentaban.

Incluso frente a grandes dificultades, no se entregó a los consuelos del pesimismo; en su lugar, superó obstáculos con buen ánimo. La humanidad en esa época era lo que tal vez podría haber sido llamada una legión de optimistas sin esperanza.

«¡Una edad de oro! ¡Rebosante de empresa y renovación!»

Quizás. Pero aunque ese período bien pudo haber sido descrito en tales términos, no significa que su chapa no tenía varios arañazos. La más importante de ellas era la existencia de piratas interestelares. Éstos eran la progenie malformada de corsarios que una vez habían sido empleados por Terra y Sirius cuando lucharon por el dominio en el 2700. Entre estos piratas había una cantidad de individuos que robaban a los ricos, daban a los pobres y cantaban alabanzas a la libertad. Ellos, y sus batallas con la armada federal que los perseguía, proporcionaron un sinfín de forraje para los programas de solvencia 3-D.

Los hechos, sin embargo, fueron más prosaicos. La mayoría de estos piratas no eran más que sindicatos delictivos, en connivencia con políticos corruptos y hombres de negocios con el fin de recolectar y consumir ganancias obtenidas ilegalmente. Para las personas que vivían en los mundos fronterizos en particular, no eran nada menos que una caja de problemas de Pandora. Naturalmente, a menudo acechaban las rutas de navegación que conectaban los sistemas periféricos. Las naves espaciales recién puestas en servicio se destruyeron, las entregas de suministros se retrasaron y los bienes que llegaron a sus destinos tuvieron un precio exorbitante ya que el costo del dinero de protección se estaba acumulando en los precios originales. La gravedad de este problema no puede subestimarse. A medida que aumentaba la insatisfacción y la incertidumbre, la confianza en la capacidad de gobernar de la federación se erosionó, y el resultado fue una erosión del entusiasmo de la gente por desarrollar la frontera.

En 106 EE, el gobierno finalmente hizo un esfuerzo serio para eliminar a los piratas, y gracias a los esfuerzos de los almirantes M. Chuffrin y C.

Wood, este objetivo casi se había logrado dos años después. No fue de ninguna manera fácil. Como el Almirante Wood, conocido por su lengua afilada, luego escribió en sus memorias,

Tenía enemigos competentes frente a mí, aliados incompetentes detrás de mí, y tuve que luchar con los dos a la vez. Demonios, ¡ni siquiera estaba del todo seguro de poder contar conmigo mismo!

Después de que el Almirante Wood se trasladó al mundo de la política, fue conocido como «ese viejo e insensible y obstinado» que libró una guerra incansable y tenaz contra políticos y empresarios corruptos.

Estas enfermedades sociales continuaron estallando sin interrupción. Sin embargo, eran –si consideramos a la humanidad entera como un solo individuo – en realidad nada más que el equivalente a pequeñas irritaciones de la piel. No hay forma de prevenirlos por completo, al igual que es imposible eliminar por completo las abrasiones en la piel. Pero mientras se aplique el tratamiento adecuado, no hay ninguna razón para que tales dolencias conduzcan a la muerte de un paciente. Y así fue que, sin ascender a la mesa de operaciones, la humanidad continuó en buena salud durante los siguientes dos siglos.

Dejado atrás por esta prosperidad y desarrollo fue Terra, una vez el soberano de toda la humanidad. Este planeta ya había sido explorado en busca de hasta el último fragmento de sus recursos, sufriendo la pérdida de su poder político y económico real y potencial. Su población se había desplomado, dejándola solo como un viejo estado consumido e inútil que dependía de tradiciones desvaídas – su soberanía todavía se reconocía, apenas, gracias a su inocuidad.

Las colonias interestelares que Terra había arrebatado a Sirius y otros, la riqueza acumulada que había poseído durante los días en que todavía dominaba la galaxia – todo se había perdido en algún lugar en el camino.

Y así, finalmente, las células cancerígenas comenzaron a multiplicarse, y la sombra del llamado estancamiento medieval cayó sobre la faz de la sociedad humana.

Los corazones y las mentes de las personas llegaron a ser gobernados no por la esperanza y la ambición, sino por el agotamiento y el cansancio. La actividad, el optimismo y la iniciativa dieron paso a la pasividad, el pesimismo y el proteccionismo. En los campos de la ciencia y la tecnología, los nuevos descubrimientos e inventos se detienen. El gobierno de la república elegido democráticamente perdió su capacidad de mantener la autodisciplina y se convirtió en una oligarquía interesada únicamente en concesiones y luchas políticas internas.

Los planes para el desarrollo de las regiones fronterizas fueron desechados. La potencial abundancia de innumerables mundos habitables se extinguió, junto con instalaciones a medio construir que quedaron abandonadas. Los estilos de vida sociales y la cultura se deterioraron constantemente. La gente perdió de vista sus valores propios y se entregó al abuso de drogas, el alcoholismo, la promiscuidad y el misticismo. Las tasas de criminalidad se dispararon, mientras que las tasas de arrestos cayeron en proporción inversa. La tendencia a hacer poco de la vida humana y ridiculizar la moralidad se hizo cada vez más pronunciada.

Por supuesto, hubo muchos que lamentaron estos fenómenos, que no soportaban quedarse de brazos cruzados mientras la humanidad en su decadencia marchaba hacia el mismo destino miserable que había esperado a los dinosaurios.

Creían que era necesario un tratamiento drástico de la enfermedad colectiva de la humanidad, y en esto no estaban equivocados. Pero cuando seleccionaron su forma favorita de medicación, la mayoría optó no por el tipo de terapia a largo plazo que requiere resistencia y perseverancia – sino que bebieron un elixir de acción rápida que tuvo muchos efectos secundarios.

Esta fue la poderosa droga llamada «dictadura».

Y entonces el escenario estaba listo para el ascenso de Rudolf von Goldenbaum.

Rudolf von Goldenbaum nació en el seno de una familia militar en el 268 EE, y tal como cabría esperar, ingresó al servicio militar también.

Mientras estaba en la escuela de oficiales de la Fuerza Espacial, era la imagen de un estudiante de alto rango. Con un cuerpo poderoso de 196 centímetros de altura y un peso de noventa y nueve kilogramos, las personas que lo veían a menudo tenían la sensación de que estaban mirando hacia una torre de acero.

La forma imponente de Von Goldenbaum no contenía ni rastro de grasa, ni el más mínimo asomo de vulnerabilidad. Recibió su comisión como alférez a la edad de veinte años, y se unió a una unidad de guardia patrullando las vías de embarque de Rigel como su oficial de asuntos legales. Allí se aplicó a la aplicación de la disciplina militar, expulsando a los «cuatro males» del alcohol, el juego, las drogas y la homosexualidad. Incluso cuando estos problemas enredaron a sus oficiales superiores, él no mostró misericordia, persiguiéndolos con una lógica y regulaciones inatacables. Sus oficiales superiores avergonzados respondieron promoviéndolo a teniente grado junior, luego transfiriéndolo hacia Betelgeuse.

Esta era una región peligrosa a menudo llamada la «Calle Principal del Pirata Espacial», pero Rudolf von Goldenbaum entró en ella de muy buen humor. Con el tiempo, el sindicato pirata se vio arrastrado a la destrucción por sus ingeniosos e implacables ataques, y atestiguó las maneras astutas de quien llegó a llamarse «la segunda venida del Almirante Wood».

El entusiasmo de Von Goldenbaum por la ferocidad – incluso aquellos que deseaban rendirse y enfrentar el juicio fueron incinerados juntos con sus naves – fue, naturalmente, blanco de algunas críticas, pero las voces que ensalzaban sus escapadas eran mucho más fuertes.

Los ciudadanos de la Federación Galáctica conocían bien el sentimiento sofocante de la vida como parte de una generación que no iba a ninguna parte, y acogieron con alegría a este joven y fogoso nuevo héroe. La aparición de Rudolf llegó como una supernova brillante a un mundo que había sido envuelto en espesa niebla.

En 296 EE, Rudolf von Goldenbaum, que había hecho contralmirante a la edad de veintiocho años, renunció a los militares y entró en la arena política, ganando un asiento en el parlamento. Cuando se convirtió en líder

de un partido político llamado Alianza de Reformación Nacional, trajo a muchos jóvenes políticos en virtud de su popularidad.

Para cuando habían pasado unos pocos ciclos electorales más, el poder de von Goldenbaum había crecido a pasos agigantados, y en medio de una mezcla compleja de apoyo ferviente, incertidumbre, oposición y despreocupación decadente, logró construir una base política firme.

Fue elegido primer ministro por votación popular, y luego – al explotar vagas palabras en el artículo constitucional que prohibía la celebración de múltiples cargos simultáneamente – también fue nombrado jefe de estado por el parlamento. Había sido una regla no escrita que ningún individuo debería tener más de una oficina a la vez. Estas dos posiciones solo poseían poderes limitados. Pero cuando ambos se unieron en la persona de un solo individuo, se produjo una temible reacción química. Ahora, esencialmente, no quedaba nadie que pudiera obstaculizar el poder político de Rudolf von Goldenbaum. Como el historiador D. Sinclair escribiría una generación después:

La ascensión de Von Goldenbaum fue una evidencia histórica sorprendente de que, fundamentalmente, las personas no prefieren el pensamiento independiente y la responsabilidad que lo acompaña, sino las órdenes, la subordinación y la exención de responsabilidad que lo acompaña. En una democracia popular, las masas que eligen gobernantes no aptos tienen la culpa del mal gobierno, pero ese no es el caso en una monarquía. En lugar de reflexionar sobre sus propios errores, las personas son libres de disfrutar hablando mal de líderes que son incluso más irresponsables que ellos.
(JuCaGoTo: ¡Maldita Sebas! Cuanta verdad en este párrafo.)

Independientemente de la validez de su teoría o la falta de ella, es cierto que la gente de la generación de von Goldenbaum estaba de su lado.

«¡Gobierno fuerte! ¡Líderes poderosos! ¡Orden y revitalización!»

En algún momento, el joven y poderoso líder que había gritado estos lemas llegó a ser un dictador llamado «Administrador de la vida», y no permitió la existencia de ninguna crítica. Por 310 EE, cuando obtuvo el título de

«Emperador Sagrado e Inviolable del Imperio Galáctico», no pocos ciudadanos se encontraron maldiciendo su estupidez por no aprender las lecciones de la historia. En cuanto a aquellos que siempre han sido críticos desde el principio, nadie podría culparlos por sentirse profundamente resentidos. Pero los números que gritaban de alegría habían sido mucho más grandes.

Hassan el-Sayyid, uno de los políticos de la facción republicana de la época – escribió lo siguiente en su diario el día de la coronación: «Aquí, en mi habitación, puedo escuchar a la multitud gritando: '¡Hail, Rudolf!' Me pregunto cuántos días necesitarán darse cuenta de que están animando a su propio verdugo».
(JuCaGoTo: Cuanta verdad, caso Perú y Venezuela como ejemplo. Solo voy en el prologo y estoy haciendo varias opiniones)

La publicación del diario fue luego suprimida por las autoridades imperiales. También fue en este día que el calendario EE fue abolido, y el primer año del calendario imperial se inició. Aquí la Federación Galáctica colapsó y el Imperio Galáctico – y la Dinastía Goldenbaum – nació.

No se puede dudar de que este hombre – quien como emperador Rudolf I del Imperio Galáctico se había convertido en el primer monarca absoluto del sistema político que unía a toda la humanidad – poseía talentos extraordinarios. Con la fuerza ilimitada de su liderazgo político y la fortaleza de su voluntad, impuso disciplina, mejoró la eficiencia del gobierno y depuró a los funcionarios corruptos.

Todo esto fue de acuerdo con los estándares que Rudolf estableció, pero el estilo de vida y entretenimiento 'vulgar, decadente, caído e insalubre' desapareció, y las tasas de delincuencia y delincuencia juvenil cayeron en picada ante el activismo judicial severo – incluso cruel – En cualquier caso, el mal que había envuelto a la sociedad humana fue destruido.

Y sin embargo, el «Gigante de acero» (como algunos preferían referirse a Rudolf) todavía no estaba satisfecho. Su sociedad idealizada era una con un alto grado de unidad, regulada y administrada de manera ordenada por líderes poderosos.

Para Rudolf – que confiaba mucho en sí mismo y tenía una gran fe en la justicia que él mismo ejecutaba, los críticos y opositores no eran más que contaminantes externos que perturbaban la unidad y el orden de la sociedad. Como consecuencia natural, comenzó la cruel supresión de las fuerzas de la oposición.

En el año 9 del calendario imperial, esto creó la oportunidad de promulgar la Ley de Eliminación de la Inferioridad Genética.

¡Los fuertes consumen a los débiles! ¡Los más aptos sobreviven! ¡La excelencia es victoriosa mientras la inferioridad es derrotada! ¡Esta es la providencia del universo!

Entonces Rudolf expresó sus creencias a sus «sujetos».

La sociedad humana no es una excepción. Cuando el número de aberraciones excede una masa crítica, la sociedad pierde su vitalidad y declina en debilidad. Mi deseo ardiente es por la prosperidad eterna de la humanidad. Por lo tanto, la eliminación de aquellos elementos que debilitarían a la humanidad como especie es mi santa obligación como gobernante de la humanidad.

Específicamente, esto significaba la esterilización forzada para los discapacitados físicos, los que estaban por debajo del umbral de la pobreza y los que «no sobresalían». Esto significaba eutanasia para los discapacitados mentales. Significó que las medidas de la sociedad para el apoyo de los débiles fueron casi eliminadas.

Para Rudolf, la debilidad era el pecado imperdonable, y los miembros más débiles de la sociedad que «usan su debilidad como escudo y luego exigen que se les cuide» no eran más que objetos de su odio.

Cuando este proyecto de ley se mostró a la gente, incluso las multitudes que hasta ahora habían adorado y seguido ciegamente a Rudolf estaban avergonzadas de sí mismas, como era de esperar. El número de aquellos que podían declararse con confianza como seres superiores no era tan grande. Todo el mundo estaba pensando, *¿No es esto un poco demasiado prepotente?*

Los políticos de la casi desaparecida facción republicana aún se mantenían en el parlamento y daban voz a la voluntad del pueblo, criticando al emperador. A esto, el emperador decidió hacer un contraataque decisivo.

Él disolvió el parlamento de manera inmediata y permanente.

Al año siguiente, el Ministerio del Interior imperial creó la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público, que ejerció un férreo poder contra el crimen político. Ernst Falstrong, que era ministro del Interior y también colaborador cercano de Rudolf, dirigía él mismo la oficina, arrestando, apresando, encarcelando y castigando, no según la ley, sino según su propio juicio.

Tal era el matrimonio profano de autoridad y violencia. Estos dos pronto dieron a luz al bebé conocido como «terrorismo de estado», que creció en poco tiempo para convertirse en un gigante que engulló a toda la sociedad humana.

En ese momento, una broma de humor negro estaba circulando: «Si no quieres que te ejecuten, que no te detenga la policía. Consíguete ser atrapado por el orden público, ¡porque no ejecutan a nadie!

Es un hecho que, de todos los que la oficina arrestó por delitos políticos y mentales, ni uno solo fue formalmente ejecutado. Sin embargo, los que fueron asesinados a tiros sin juicio, que murieron bajo tortura, que fueron «desaparecidos» a estériles asteroides penales, que quedaron discapacitados por lobotomías o dosis masivas de drogas, que murieron en prisión de «enfermedades» o «accidentes» … el recuento combinado de estos ascendió a cuatro mil millones. Pero debido a que este número era solo 1.3 por ciento de la población total del Imperio Galáctico de trescientos mil millones, la oficina fue capaz de afirmar falsamente; «Hemos eliminado un puñado de elementos peligrosos por el bien de la mayoría absoluta».

Por supuesto, esa «mayoría absoluta» no incluía a los cuatro mil millones que se estremecían de miedo por sus destinos o los innumerables que se tragaron sus objeciones en medio del silencio opresivo.

Rudolf aplastó a quienes se le oponían, y al mismo tiempo seleccionó y otorgó privilegios especiales a ciertas «personas de capacidad superior», creando una aristocracia para apoyar a la familia imperial. ¿Pero era una señal de la inferioridad del propio conocimiento de Rudolf que todos ellos eran personas blancas que llevaban viejos apellidos germánicos?

Basado en su fuerte historial de servicio, Falstrong también recibió el título de conde, pero en su camino a casa se encontró con un ataque terrorista llevado a cabo por un grupo republicano clandestino. En el destello de una bomba de neutrones, se encontró con un final trágico. Rudolf se lamentó y con la ejecución de veinte mil sospechosos, trató de consolar el alma de alguien que le había servido bien.

En el cuadragésimo segundo año del calendario imperial, la vida de Rudolf de ochenta y tres años llegó a su fin. Se dijo que su enorme cuerpo había sido más fuerte que nunca, pero la angustia psicológica había puesto una pesada carga sobre su corazón.

El emperador no murió con plena satisfacción. De los cuatro hijos que él y su emperatriz Elizabeth tenían, todos eran niñas, y se quedó sin un heredero varón. Más tarde en la vida, su concubina Magdalena dio a luz a un bebé, pero se dice que el niño nació como un idiota.

De este episodio, los registros públicos del imperio son silenciosos, pero podemos suponer que los rumores que circulaban en ese momento eran casi con certeza cierto, porque no solo Magdalena, sino también sus padres, sus hermanos e incluso los médicos y enfermeras que habían asistido a su nacimiento fueron luego todos ejecutados.

Debe haber sido un duro golpe para Rudolf, quien promulgó la Ley de Eliminación de la Inferioridad Genética y buscó el desarrollo de una forma superior de humanidad.

Para Rudolf, el gen lo decidió todo, y para evitar el colapso de su sistema de creencias, Magdalena tuvo que morir. Simplemente no podía ser que el Emperador Rudolf tuviera una constitución genética que produjera retrasados. La culpa tenía que estar completamente con Magdalena.

Después de la muerte de Rudolf, la corona imperial del Imperio Galáctico se posó sobre la cabeza de Segismundo, el hijo mayor de la hija mayor de Rudolf, Katharina. Y a la edad de veinticinco años, con la ayuda de su padre Joaquín, Señor de Neue-Staufen, este joven emperador llegó a gobernar la galaxia.

Con la muerte de Rudolf I, las rebeliones republicanas estallaron en cada trimestre. Se creía que con la pérdida del liderazgo de Rudolf y su fiera personalidad, el imperio pronto se derrumbaría; sin embargo, ese tipo de pensamiento era demasiado optimista. Los aristócratas, los líderes militares y los burócratas que Rudolf había estado alimentando a su lado durante los últimos cuarenta años formaban una troika mucho más fuerte que la estima de los republicanos.
(JuCaGoTo: Muchos no van entender esta parte, como soy generoso para enseñarles, Troika es, trineo en ruso, es quiere decir que los aristócratas, militares y burócratas son, los caballos renos, asnos o cualquier animal que jala el trineo, si pierden al emperador pierden su poder así de simple por eso guste o no les guste tiene que haber un emperador, momentos de aprendizaje con JuCaGoTo.)

Estas fuerzas fueron dirigidas por Lord Joaquín de Neue-Staufen, quien era el padre y el primer ministro del emperador. Mostrando el liderazgo frío y compuesto que podría esperarse de un hombre elegido por Rudolf como novio de su hija, Joachim aplastó a las fuerzas más débiles de la insurrección como si fueran cáscaras de huevo debajo de sus talones.

Más de quinientos millones que participaron en los levantamientos fueron asesinados, y de sus familias más de diez mil millones tuvieron su ciudadanía revocada y fueron arrojados a la servidumbre. «En la represión de las fuerzas opuestas, sean implacables», dijeron las reglamentaciones imperiales, y fueron seguidas al pie de la letra.

Las fuerzas del republicanismo una vez más fueron hechas para soportar un largo invierno.

Frente a dictadores tan poderosos, se pensó que este duro invierno se alargaría para siempre. Después de la muerte de Joachim, Segismundo gobernó directamente. Y después de su muerte, Sigismund fue sucedido por

su hijo mayor, Richard, quien a su vez fue sucedido por su propio mayor, Ottfried. La posición más alta de la autoridad pasaba solo a los descendientes de Rudolf, y parecía que la herencia era lo único que podía determinar la transición del poder.

Sin embargo, en las profundidades del grueso hielo, una corriente de convección acuosa se movía silenciosamente.

En 164 CI, los republicanos del sistema de Altair – que habían sido denunciados como un clan rebelde, reducido a esclavitud y sometido a trabajos forzados – lograron escapar utilizando una nave espacial que ellos mismos habían construido.

Su plan no era como los que sus antepasados habían estado refinando cuidadosamente por generaciones. El número de tales planes que se había propuesto era igual al número que había terminado en fracaso. Las lápidas de los republicanos solo habían aumentado, y en lugar de elegías, solo la risa cruel de la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público resonaba entre los cementerios. Fue un ciclo que se repitió sin fin. Sin embargo, finalmente, hubo éxito. Y desde la concepción hasta la ejecución, solo había tomado tres meses estándar.

Literalmente había comenzado como un juego de niños. Un hijo de dos esclavos que estaban extrayendo molibdeno y antimonio en el frío cruel de Altair 7 se había alejado de la vista de sus supervisores y jugaba a tallar pequeñas embarcaciones desde el hielo, que luego flotaba en el agua. Un joven llamado Ahle Heinessen lo había estado observando con aire ausente, y esta imagen resonó en el fondo de su mente como una revelación divina. ¿No era este planeta solitario, después de todo, un almacén sin fondo de materiales de construcción naval?

En el séptimo planeta, la cantidad total de agua no era tan grande; Abundó más en hielo seco natural que en agua congelada. Heinessen eligió una enorme masa de hielo seco que estaba enterrada por completo en cierto valle. Sus dimensiones eran 122 kilómetros de largo, cuarenta kilómetros de ancho y treinta kilómetros de alto. Después de vaciar el centro, hizo un área de propulsión y una sala de estar, y pronto comenzó a parecer que podía volar. La parte más difícil del plan fue la cuestión de cómo obtener

materiales para construir una nave espacial. No era bueno tratar de obtener materiales ilegalmente, porque si la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público se enterara, simplemente arrestarían y masacrarían a todos los involucrados.

Sin embargo, este mundo también tenía recursos naturales que no llamarían la atención del buró. En el absoluto cero frío del espacio exterior, no había miedo de que el hielo seco se sublimara en gas. Si pudieran aislar el calor que generarían las áreas de propulsión y vida, sería posible un vuelo a largo plazo. Durante ese tiempo, pudieron buscar en los asteroides y planetas deshabitados los materiales necesarios para construir una nave espacial interestelar. No había necesidad de seguir volando en el mismo barco en el que se habían ido.

Y así, su brillante nave espacial blanca de hielo seco fue bautizada como Ion Fazegas, llamada así por el niño que había hecho ese bote de juguete de hielo. Cuatrocientos mil hombres y mujeres entraron en ese barco y escaparon del sistema de Altair. Este fue el primer paso en un viaje que los historiadores calificarían más tarde como la Gran Marcha de los 10,000 años luz.

Después de sacudirse la persecución despiadada del ejército del Imperio Galáctico, se escondieron bajo la superficie de un planeta sin nombre y allí construyeron ochenta naves espaciales interestelares. Luego se establecen en el núcleo interno de la galaxia. Aquí los fugitivos enfrentaron una inmensidad rebosante de gigantescas estrellas, enanos y variables mortales. Aquí la mala voluntad del Creador se estrelló en sus cabezas una y otra vez.

En medio de este viaje de dificultad, perdieron a su líder Heinessen por un accidente. Su querido amigo Kim Hua Nguyen asumió el liderazgo. Para cuando este hombre envejeció y su vista se desvaneció, finalmente salieron de las regiones peligrosas y encontraron su futuro en un grupo estable de estrellas de secuencia principal. Había pasado más de medio siglo desde que dejaron Altair.
(JuCaGoTo: ¡Maldita sebas! ¡Parece que el autor se inspiró en el éxodo de la biblia, versión espacial!)

A las estrellas de su nuevo mundo dieron los nombres de los dioses de la antigua Fenicia: Baalat, Astarté, Melqart, Hadad y otros. Hicieron su base en el cuarto planeta desde Baalat, al que dieron el nombre de su líder caído Heinessen, para que sus obras pudieran ser honradas para siempre.

La conclusión de la Gran Marcha de los 10,000 años luz ocurrió en el 218 CI, pero estas personas – que habían escapado del yugo de la dictadura – eligieron abolir el calendario imperial y revivir el calendario EE en su lugar. En esto, se enorgullecían de que fueran ellos los legítimos herederos de la Federación Galáctica. Rudolf y sus semejantes no eran más que traidores despreciables al gobierno democrático.

De esta manera, el establecimiento de la Alianza de los Planetas Libres fue solemnemente declarado. Tuvo lugar en el 527 EE. La primera generación de sus ciudadanos contaba con alrededor de 160,000. Más de la mitad de sus camaradas habían perecido durante la Larga Marcha.

Era un número demasiado pequeño para decir realmente que la humanidad había sido dividida, pero los fundadores de la Alianza de los Planetas Libres poseían una diligencia y pasión incomparables, y por su poder, la realización material se alcanzó rápidamente. Se fomentó la maternidad y la población creció. Se puso en orden un establecimiento nacional y la capacidad de producción agrícola e industrial aumentó constantemente.

Era como si la edad de oro de la Federación Galáctica hubiera regresado.

Luego, en el 640 EE, las fuerzas del Imperio Galáctico y los Planetas Libres se encontraron por primera vez en la forma de un choque entre acorazados de ambos lados.

Desde el punto de vista de los Planetas Libres, tal encuentro era una posibilidad para la cual se habían estado preparando durante mucho tiempo. Para el lado imperial, sin embargo, llegó como un rayo que vino desde el cielo, por lo que la victoria en la batalla fue a los planetas libres. Sin embargo, justo antes de que un impacto directo de un cañón de haz de neutrones convirtiera al buque de guerra imperial en una bola de fuego de destrucción, un comunicado de emergencia saltó hacia la capital del imperio.

Los burócratas imperiales extrajeron los antiguos registros de los archivos de las computadoras y descubrieron que, más de un siglo antes, se había producido un incidente en el que los esclavos escapaban de Altair. Entonces no se habían extinguido en el espacio después de todo; ¡vivieron e incluso prosperaron! Se formó una fuerza para sofocar esta insurrección. Grandes acorazados fueron enviados a la fortaleza de esos rebeldes.

Y allí esos buques de guerra fueron completamente derrotados.

Hay muchas razones por las cuales el ejército imperial fue golpeado tan sólidamente a pesar de sus números superiores. Por un lado, la campaña de larga distancia provocó el agotamiento físico y mental de los soldados y oficiales del imperio. Por otro lado, el problema del reabastecimiento se tomó demasiado a la ligera. Además, los militares imperiales sabían muy poco sobre el área en la que estaban luchando. También subestimaron la fuerza y la voluntad del enemigo para luchar. Su estrategia fue descuidada. Los militares de los planetas libres tenían comandantes capaces. Etcétera, etcétera.

Pao Lin, comandante en jefe de la alianza militar, era un mujeriego, un gran bebedor y un glotón, y aunque los estadistas de la alianza – que otorgaban gran importancia a una simplicidad ancestral y puritana del estilo de vida – solían emitir una mirada fría sobre su comportamiento, el hombre era un genio cuando se trataba de táctica y estrategia. Yusuf Topparole – su jefe de gabinete, que lo ayudó en este trabajo – también era conocido como «Quejidos Yusuf», porque gritaba constantemente en asuntos grandes y pequeños, diciendo: «¿Por qué tienes que darme esto un momento tan difícil?»

Topparole, sin embargo, también era un teórico preciso y exacto que bien podría haber sido llamado una computadora que respiraba y vivía. Ambos hombres todavía estaban en la treintena cuando – en los márgenes exteriores del sistema Dagon – llevaron a cabo la mayor operación envolvente de la historia, aniquilando al enemigo y convirtiéndose en los mayores héroes de la alianza desde su fundación.

Para los planetas libres, esta fue una ocasión para la expansión material. Cuando los elementos descontentos dentro del Imperio Galáctico se

enteraron de la existencia de un poder independiente que resistía la hegemonía, huyeron del imperio en masa. Buscando un hogar donde pudieran vivir en paz, vinieron a inundar la alianza.

En los tres siglos posteriores a la muerte del emperador Rudolf, desde el establecimiento – como lo había sido alguna vez – se había vuelto algo más indulgente, y la influencia de la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público, que una vez no había escatimado esfuerzos en oprimir al pueblo, se desvaneció también. Las voces de descontento dentro del imperio se hicieron cada vez más fuertes.

Los hombres y mujeres que fluyeron en la Alianza de los Planetas Libres fueron aceptados en un espíritu de «el que viene no será rechazado», pero no todas estas personas se aferraron a los ideales republicanos. Entre este número había incluso algunos aristócratas y miembros de la familia imperial que vinieron, habiendo estado en el lado perdedor de las intrigas de la corte. Con la entrada de personas así, y con los Planetas Libres creciendo demasiado rápido, era una progresión inevitable, tal vez, que la naturaleza de la alianza debería comenzar a cambiar cada vez más.

El Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres habían estado en un estado de guerra crónica desde el primer contacto, pero de vez en cuando también recibían períodos de paz incierta. Un producto de esto fue el dominio de la tierra Phezzan. Esta era una especie de ciudad – estado en el sistema estelar Phezzan, que estaba casi exactamente entre las dos potencias. Estaba bajo el gobierno soberano del Emperador Galáctico y rindió homenaje al imperio, pero cuando se trataba de asuntos internos, era casi completamente autónomo – sobre todo porque permitía tener relaciones diplomáticas y comerciar con el Imperio. Alianza de Planetas Libres.

El Imperio Galáctico, al convertirse en el único y absoluto gobernante de toda la humanidad, no reconoció la existencia de ninguna autoridad legítima fuera de la esfera de su influencia. En documentos oficiales, la Alianza de los Planetas Libres no se mencionaba por su nombre formal; «La entidad rebelde» fue escrita en su lugar. Los militares de la alianza también eran «rebeldes», y el presidente del Alto Consejo (el jefe de estado de la alianza) era «ese deplorable caudillo rebelde». Con regulaciones estatales como estas, la diplomacia y el comercio con la alianza deberían haber sido fuera

de la cuestión, pero Leopold Raap – un poderoso comerciante de origen terrano – poseía una pasión que podría llamarse extraordinaria e impulsó el establecimiento de este dominio tan peculiar. Con peticiones y persuasión, y sobre todo, grandes sobornos, el asunto fue decidido.

Representando el dominio era el landesherr, o señor de dominio, que como vasallo del emperador gobernaba allí en su nombre, supervisaba el comercio con la alianza y ocasionalmente incluso desempeñaba el papel de diplomático. Al monopolizar el comercio exterior, el dominio acumuló grandes cantidades de riqueza, y aunque pequeña, su poder se volvió imposible de ignorar.

Sería falso decir que nadie trabajó para la amistad entre el imperio y la alianza. Manfred II, que fue entronizado en 398 CI (707 EE) fue uno de los numerosos hijos ilegítimos del emperador Helmut. Después de pasar por las garras de los asesinos, pasó su infancia en la Alianza de Planetas Libres y creció en una atmósfera más liberal.

Debido a esto, parecía que su entronización pronto podría generar la paz y el comercio justo entre las dos potencias, así como la reforma política dentro del imperio. Sin embargo, estas esperanzas pronto quedaron en nada, ya que este joven y popular emperador fue asesinado en un año, y las relaciones entre las dos potencias se enfriaron de inmediato. El asesino de Manfred II era un aristócrata reaccionario, pero también hay un argumento convincente que sugiere que detrás de las escenas, las manos de Phezzan estaban trabajando, buscando preservar su monopolio sobre el derecho al comercio exterior.

Y así, al final del siglo VIII EE y el del siglo V CI, el Imperio Galáctico, indisciplinado e incontrolable simplemente por su inmenso tamaño, y la Alianza de los Planetas Libres, habiendo perdido los ideales de su período de fundación, continuaron con su lucha principalmente por inercia, con Phezzan en medio de ellos. Según los cálculos de ciertos economistas, el poder nacional relativo de los tres estados era el siguiente:

Imperio Galáctico 48 %

Alianza de planetas libres 40%

El dominio de Phezzan 12%

El balance del poder era precario.

Además, la población total de la humanidad, que se había cifrado en trescientos mil millones en el apogeo de la prosperidad de la Federación Galáctica, para entonces había caído en picado a cuarenta mil millones, debido a los largos años de caos.

La distribución era de veinticinco mil millones que vivían en el imperio, trece mil millones en los planetas libres y dos mil millones en Phezzan.

«Sería bueno que algo saliera bien, pero no parece que vaya a ser así». Esa fue una declaración que describió la situación muy bien.

Lo que convirtió esa situación en su cabeza fue la aparición de un joven en Odín, el tercer planeta del sistema Valhala. Nombrado en honor a la deidad principal de la mitología nórdica, Odín era el planeta Haupt al que Rudolf había trasladado la capital del Imperio Galáctico. El nombre de ese joven de belleza fría y semblante sin miedo fue el conde Reinhard von Lohengramm. (JuCaGoTo: Entra en escena nuestro primer protagonista)

El apellido de Reinhard von Lohengramm fue originalmente Müsel, y en 467 CI (776 EE) nació en una familia empobrecida que era aristocracia de nombre solamente. La vida de Reinhard cambió cuando tenía diez años, y Annerose, su hermana mayor por cinco años, fue llevada al palacio interior del emperador Friedrich IV. Reinhard, un joven de cabello dorado y ojos azules, se convirtió en teniente comandante de una división de guardias imperiales a la edad de quince años, recibiendo ascensos acelerados gracias tanto a su propio talento como a favor de Annerose con el emperador.

Cuando alcanzó la edad de veinte años, recibió el título de Conde von Lohengramm y fue ascendido al puesto de almirante principal en la Armada Imperial. Este tipo de manejo de personal extremo es típico de las dictaduras, pero con rango también viene la responsabilidad. Si hubiera sido un noble de buena ascendencia, no habría habido una gran necesidad de probarse a sí mismo, pero como Reinhard no era más que «el hermano pequeño del favorito del emperador», no tuvo más remedio que hacerlo.

Casi al mismo tiempo, la Alianza de los Planetas Libres ganó un nuevo estratega.

Este fue Yang Wen-li, quien nació en el 767 EE y se alistó a la edad de veinte años. Yang Wen-li nunca había apuntado a una carrera en el ejército, y si una serie de coincidencias no lo hubieran llevado en la dirección correcta, habría llegado al final de su vida no como creador de la historia, sino como espectador. .
(JuCaGoTo: Y el segundo Protagonista entra al escenario.)

«Hay cosas que se puede hacer y cosas que no se puede hacer».

Esa era la filosofía de la mascota de Yang. Hacia el destino, tenía una disposición mucho más pasiva que Reinhard, pero, por otro lado, tenía una gran capacidad de adaptación e inventiva. Aun así, se mantuvo incómodo en la guerra y el trabajo del soldado procesándolo, y durante el resto de su vida, las autoridades militares nunca estuvieron libres de sus pedidos de «tiren mi rango y retírenme».

Al comienzo de 796 EE e 487 CI, Reinhard lideró una flota de veinte mil naves en una expedición. Su objetivo era llevar a las fuerzas rebeldes – que tan audazmente se refirieron a sí mismas como la Alianza de los Planetas Libres – en cintura, y a través de ese logro establecer su propia posición personal.

El ejército de la alianza había organizado una flota de cuarenta mil naves para interceptarlo. Uno de los oficiales de personal en esa flota se llamaba Yang Wen-li.

El conde Reinhard von Lohengramm, tenía veinte años ese año, y Yang Wen-li tenía veintinueve…

Índice* || *Siguiente

Capítulo 1: En la noche eterna.

El capitán de la Armada Imperial Siegfried Kircheis se congeló por un momento cuando pisó el puente, permaneciendo clavado en su lugar a pesar suyo. Las profundidades del espacio estaban ante él, desparramadas con innumerables puntos de luz – abrumadoramente masivos, que parecían envolver todo su cuerpo.

Por un momento, se quedó allí en silencio, pero un instante después, la ilusión de que estaba flotando en una infinitud de oscuridad desapareció. El puente del acorazado Brünhild, Kircheis sabía, fue diseñado en la forma de un hemisferio gigantesco, cuya mitad superior era una pantalla única. Arrastrando sus sentidos lejos del cielo y de regreso al suelo, Kircheis echó otra mirada alrededor del puente.

La iluminación en la gran cámara era extremadamente silenciosa, creando una penumbra crepuscular. La tripulación se movía de un lado a otro en medio de innumerables pantallas, consolas, medidores, computadoras y dispositivos de comunicación de todos los tamaños. Los movimientos de sus cabezas y extremidades trajeron a la mente escuelas de peces migratorios nadando en las corrientes.

Las fosas nasales de Kircheis detectaron el débil aroma de un olor casi imperceptible. Era uno con el que los soldados en el espacio estaban familiarizados, producido por la mezcla de oxígeno reciclado, el ozono emitido por la maquinaria y la adrenalina secretada por soldados tensos que pronto enfrentarían el combate.

El joven pelirrojo se volvió hacia el centro del puente y caminó hacia él a grandes zancadas. Aunque tenía el rango de capitán, Kircheis aún no había cumplido los veintiún. Cuando se quedó sin uniforme, “no era más que un bello serpenteante pelirrojo”, como susurraron las oficiales femeninas del servicio de la retaguardia. De vez en cuando, le molestaba que su edad y su rango fueran tan desproporcionados entre sí. No fue capaz de aceptar sus circunstancias de la manera fría y calmada que su comandante hizo.

El conde Reinhard von Lohengramm tenía su silla de mando inclinada hacia atrás y miraba fijamente el mar de estrellas que inundaba la pantalla de arriba. Kircheis sintió una suave resistencia desde el aire cuando se acercó. Una pantalla de fuerza insonorizada estaba arriba. Las conversaciones que

tienen lugar dentro de un radio de cinco metros de Reinhard serían inaudibles para cualquiera que esté afuera.
«¿Observando las estrellas, excelencia?», Preguntó.
Un momento después de escuchar la voz de Kircheis, Reinhard cambió su línea de visión y devolvió su silla a una posición erguida. Aunque todavía estaba sentado, su uniforme funcional y negro, con reflejos plateados aquí y allá, dejó en claro la estrecha masculinidad de sus esbeltas y bien equilibradas extremidades.
Reinhard era un joven apuesto. Incluso se podría decir que su buen aspecto carecía de igual. Su cara blanca y ovalada estaba adornada por tres lados con cabello dorado ligeramente ondulado, y sus labios y el puente de su nariz tenían una elegancia que recordaba una escultura tallada por las manos de algún antiguo maestro artesano.
Pero lo que nunca podría ser capturado en una escultura sin vida eran sus ojos, ojos azul hielo que brillaban con la luz como la hoja de una espada agudamente pulida, o el brillo de una estrella congelada. «Hermosos ojos ambiciosos», chismorreaban las damas en la corte. «Ojos ambiciosos peligrosos», susurraron los hombres. De cualquier manera, era cierto que esos ojos poseían algo más que la perfección inorgánica de la escultura.
Al mirar a su fiel subordinado, Reinhard respondió: «Sí, me encantan las estrellas».
Luego agregó: «¿Has vuelto a ser más alto?»
«Soy el mismo 190 centímetros que hace dos meses, Excelencia. No creo que voy a crecer más alto».
«Siete centímetros más alto que yo ciertamente es suficiente», respondió Reinhard. En el sonido de su voz era el anillo de un colegial demasiado competitivo. Kircheis sonrió débilmente. Hasta hace unos seis años, prácticamente no había diferencia en sus alturas. Pero cuando el chorro de crecimiento de Kircheis había empezado a poner distancia entre él y Reinhard, el chico de cabello rubio se había sentido genuinamente frustrado.
«¿Vas a dejar a tu amigo atrás y crecerás solo?», Se quejaba a veces. Ese era el lado infantil de Reinhard, del cual solo Kircheis – y otro más – sabía.
«Entiendo», respondió Reinhard.
«Entonces, ¿qué negocio te trae aquí?»
«Sí señor. Es la formación de batalla de los militares rebeldes. Según los informes de tres de nuestras naves de vigilancia, se están acercando a

nuestras fuerzas desde tres direcciones a una velocidad uniforme. ¿Puedo usar la pantalla de tu consola?»

El joven almirante asintió con la cabeza, y Kircheis movió las manos rítmicamente sobre la consola. En la pantalla de visualización que ocupaba la mitad izquierda de la consola de comandos de Reinhard, aparecieron cuatro flechas, colocadas en los lados superior, inferior, izquierdo y derecho de la pantalla, y todas avanzaban hacia el centro. Solo la flecha en la parte inferior de la pantalla estaba coloreada en rojo. Los otros tres eran verdes.

«La Cuarta Flota del enemigo se encuentra directamente delante de nosotros, y estimamos que su fuerza cuenta con doce mil naves. Su distancia de nosotros es de 2,200 segundos luz. A nuestras velocidades actuales, haremos contacto en aproximadamente seis horas».

Kircheis movió su dedo por la pantalla. En el lado izquierdo estaba la Segunda Flota de la alianza, con una fuerza de quince mil naves, acercándose desde una distancia de 2.400 segundos luz. En el lado derecho estaba la Sexta Flota, que suman trece mil naves, avanzando desde una distancia de 2.050 segundos luz.

Con el desarrollo del sistema de campo antigravitatorio – junto con toda clase de dispositivos de permeabilidad de radar, ondas ECM y materiales que hicieron que el radar resultara inútil para determinar la posición y la fuerza de las fuerzas enemigas hace siglos, los ejércitos de la galaxia habían recurrido a la dependencia sobre métodos clásicos como la de vigilancia tripulada y los satélites de observación. Después de calcular las diferencias de tiempo y factorizar el elemento de distancia, la inteligencia reunida de esta manera podría usarse para conocer la posición del enemigo. Agregue a esto los niveles estimados de emisión de calor y masa y también – si es imperfecto – podría obtenerse un cálculo de tamaño de fuerza útil.

«Entonces en total cuarenta mil naves, ¿eh? El doble de grande que nuestra flota.»

«Intentan envolvernos viniendo desde tres direcciones «.

«Y supongo que nuestros viejos generales seniles se han puesto pálidos… o rojo, tal vez». Reinhard permitió que una rencorosa sonrisa recorriera su rostro de piel clara. Aunque le acababan de decir que estaba rodeado por una fuerza dos veces más grande que la suya, no se veía un atisbo de pánico en la expresión de Reinhard.

«Pálidos, sin duda», respondió Kircheis.

«Los cinco almirantes han venido apresuradamente para solicitar una

reunión con Su Excelencia».
«¿Oh? ¿Después de que salieron disparadas de sus bocas diciendo que ni siquiera querían ver mi cara?»
«¿Te niegas a reunirme con ellos?»
«No, los veré. Para iluminarlos».
(JuCaGoTo: se cree BUDA)
Los cinco hombres que aparecieron antes de Reinhard fueron el almirante Merkatz, los vicealmirantes Staden y Fogel, y los contraalmirantes Fahrenheit y Erlach. Estos eran los «viejos generales seniles» de los que Reinhard había hablado, aunque tal vez ese término era demasiado duro. Merkatz – el mayor de ellos – aún no había cumplido los sesenta, y el más joven – Fahrenheit – solo tenía treinta y un años. No era que fueran demasiado viejos, sino que Reinhard y Kircheis eran demasiado jóvenes.
«Nuestro agradecimiento, Su Excelencia», dijo Merkatz, hablando en nombre de todos ellos, «por permitirnos ofrecer nuestras opiniones».
Merkatz se había unido al servicio mucho antes de que Reinhard hubiera nacido, y era rico en conocimiento y experiencia de combate y administración militar. Su complexión de mediana altura y huesos gruesos y sus ojos soñolientos le daban la apariencia de un hombre de mediana edad poco notable, pero su récord y reputación eran mucho mayores que los de gente como Reinhard.
Tomando la iniciativa, Reinhard respondió amablemente: «Entiendo lo que quiere decir, milord». Solo por formalidad, estaba siguiendo la etiqueta que Merkatz había mostrado.
«Usted desea llamar nuestras circunstancias desfavorecidas a mi atención».
«Lo hacemos, Su Excelencia», respondió el vicealmirante Staden, avanzando medio paso hacia adelante. Staden tenía unos cuarenta y cinco años, era delgado como un cuchillo y daba la impresión de ser un hombre con una mente muy aguda. Como soldado, era el tipo de «oficial de estado mayor» que se destacaba en la teoría táctica y la creación de discursos.
«El enemigo tiene el doble de barcos que nosotros. Además, intentan envolvernos desde tres direcciones. Esto significa que en términos de preparación para la batalla, ya estamos detrás del enemigo».
Los ojos azules como el hielo de Reinhard brillaron fríamente mientras miraba directamente al vicealmirante.
«En otras palabras, ¿estás diciendo que perderemos?»
«No dije nada por el estilo, Excelencia. Pero es un hecho que estamos en

desventaja en términos de preparación. Si miras su pantalla, lo entenderás».
Siete juegos de ojos enfocados en la pantalla de la consola de Reinhard.
Las posiciones de las dos fuerzas opuestas, como Kircheis le había mostrado a Reinhard, estaban indicadas allí. Desde fuera del campo de insonorización, varios soldados lanzaban miradas profundamente curiosas hacia los comandantes de alto rango. Luego, bajo la mirada del vicealmirante Staden, todos desviaron rápidamente la mirada. Después de hacer una pausa para aclarar su garganta, el vicealmirante comenzó a hablar de nuevo.
«Hace muchos años, una flota que era el orgullo del imperio recibió una derrota muy lamentable por parte de los rebeldes de la llamada Alianza de los Planetas Libres. Esta es la misma formación que usaron entonces».
«Hablas de la Aniquilación Dagon, ¿correcto?»
«Si lo hago. Fue una derrota verdaderamente lamentable». Un suspiro profundo y pesado escapó de los labios del vicealmirante.
«La victoria en esa batalla perteneció legítimamente al verdadero gobernante de la humanidad – Su Alteza, el emperador del Imperio Galáctico – y para sus fieles sirvientes, los oficiales y soldados de nuestro ejército. Pero fueron sorprendidos por el astuto truco de las fuerzas rebeldes, y al final, un millón de los nuestros más valientes, mejores y más brillantes murieron sin sentido. Si – en la batalla venidera – tuviéramos que seguir los pasos de aquellos que vinieron antes que nosotros, sería cierto que causaría dolor a Su Alteza, así – sé que mi pensamiento es tonto, pero ¿no sería más sensato hacer un trato honorable la retirada ahora, ¿en lugar de precipitarse impetuosamente hacia adelante en la búsqueda del logro?»
De hecho, es un pensamiento tonto, eres peor que incompetente charlatán, pensó Reinhard. Pero cuando abrió la boca, dijo: «Reconozco tu elocuencia, milord. Tu argumento, sin embargo, no puedo aceptarlo. La retirada está fuera de discusión».
«¿Pero por qué? ¿Podemos escuchar tu razonamiento?»
La mirada que se levantó en los ojos del vicealmirante Staden pareció anexionarse, cachorro indescifrable, pero sin pensarlo, Reinhard respondió:
«Porque estamos en una posición de ventaja táctica abrumadora sobre el enemigo».
«¿Qué quieres decir?» Las cejas de Staden temblaron notablemente. Todos los almirantes miraron fijamente al apuesto joven comandante: Merkatz, estupefacto, y Fogel y Erlach en completo estado de shock.

Solo Fahrenheit – el más joven de los cinco – tenía una mirada de interés rebosante en sus ojos color aguamarina. Nacido en la aristocracia de clase baja, Fahrenheit abiertamente profesó que se había convertido en un soldado para poder comer. Tenía una reputación establecida como planificador de movimientos de alta velocidad y ataques de alta velocidad, aunque también se dijo que carecía de tenacidad cuando se trataba de interceptar ataques.
«Parece que tienes una opinión que es difícil de comprender para los tontos como nosotros. Le agradeceríamos si pudiera explicar su significado con más detalle».
La voz del vicealmirante Staden sonó en los oídos de Reinhard. Pensando para sí mismo, *voy a arrancar esa lengua irritante tuya pasado mañana* , Reinhard aceptó su pedido: «Dije que tenemos la ventaja por dos razones. Primero, las fuerzas enemigas se dividen a lo largo de estos tres vectores, mientras que nuestras fuerzas se concentran en un solo lugar. Si bien el enemigo tiene la ventaja en términos de números totales, tenemos la ventaja sobre cualquiera de estas tres divisiones».
Los almirantes escucharon, sin decir nada.
«En segundo lugar, cuando se trata de pasar de un espacio de batalla a otro, nuestra fuerza, que se encuentra en el centro, puede tomar una ruta más corta que cualquiera de ellos. Para que se muevan a otro espacio de batalla sin luchar contra nosotros, tendrán que desviarse mucho. Esto hace que tanto el tiempo como la distancia sean nuestros aliados».
El silencio de los almirantes se extendió.
«En otras palabras, excedemos al enemigo tanto en movilidad como en concentración de potencia de fuego. Si estas no son las condiciones para la victoria, ¿cómo las llamarías?»
Con un tono de voz agudo y cortante, Reinhard terminó de hablar. Kircheis pensó por un momento que los cinco almirantes se habían congelado en cristal en el acto. Reinhard había vuelto a pensar en los militares más veteranos y experimentados.
Reinhard atravesó al asombrado e inmóvil vicealmirante Staden con una mirada irónica, presionando su ventaja.
«No estamos en peligro de que nos envuelvan. Tenemos una buena oportunidad para destruir al enemigo en cada vector. Me dices que no aproveche al máximo esta oportunidad y que hagas un retiro sin sentido, pero hacerlo no sería meramente pasivo — sería criminal. ¿Por qué? Porque

nuestra misión es luchar contra las fuerzas rebeldes y destruirlas. 'Una retirada honorable', dijiste. Pero, ¿dónde está el honor al fallar en completar la misión que Su Alteza Imperial nos ha encargado? ¿No se parece esto a la autojustificación de un cobarde, milord?»
Ante la mención de «Su Alteza Imperial», una oleada de tensión recorrió los cuerpos de cuatro de los almirantes, excluyendo a Fahrenheit. Reinhard pensó que todo era absurdo.
«Así que dices, Comandante», comenzó Staden, tratando de suplicarle. «Pero aunque Su Excelencia pueda llamar a esto una 'buena oportunidad', usted es el único aquí que cree que es así. Incluso desde el punto de vista de las tácticas de sentido común, es imposible de aceptar. Para una estrategia que no tiene un historial comprobado —»
Este no es solo incompetente, es un imbécil, concluyó Reinhard . *Una operación sin precedentes no puede tener una trayectoria. Su registro comenzará con la próxima batalla, ¿no es así?* Hablando en voz alta, dijo, «Entonces mañana, milord, verificarás su registro con tus propios ojos. ¿No es eso aceptable?»
«¿Estás seguro del éxito?», Preguntó Staden.
«Lo estoy. Pero solo si todos ustedes siguen fielmente mi estrategia».
«¿Qué tipo de estrategia?» Preguntó Staden, sin intentar ocultar su sospecha.
Reinhard miró a Kircheis por un momento y luego comenzó a explicar la operación.
Dos minutos más tarde, el interior del campo insonorizado se llenó con el sonido de los gritos de Staden.
«Eso suena bien en el papel, pero no hay forma de que realmente funcione, Excelencia. Este tipo de – »
«¡Suficiente! No hay necesidad de más debate. Su Majestad Imperial me nombró comandante de esta operación. Tu obediencia a mis órdenes debe ser interpretada como prueba de tu lealtad hacia Su Majestad. ¿No es ese el deber de un soldado del imperio? No lo olvides: soy tu comandante».
Un momento pasó en silencio.
«Toda la autoridad sobre tus vidas descansa en mis manos. Si deseas por tu propia voluntad desafiar la voluntad de Su Alteza, muy bien. Simplemente usaré la autoridad que él me ha otorgado para relevarlo del deber y castigarlo severamente como insubordinados. ¿Estás preparado para llegar a esos extremos?»

Reinhard miró a los cinco hombres que estaban frente a él. Ellos no respondieron.

II

Los cinco almirantes se marcharon. No aceptaron ni consintieron, pero les resultó difícil oponerse a la autoridad del emperador. Solo la expresión de Fahrenheit podría haber sido interpretada como favorable al plan de Reinhard para las próximas operaciones, pero las expresiones de los otros cuatro fueron en diversos grados diciendo: «¡Cómo se atreve ese mocoso a esgrimir la autoridad del emperador!»

Para Kircheis, se estaban formando circunstancias en las que era un poco difícil permanecer en silencio. Incluso sin todo esto, Reinhard tenía una mala reputación como un advenedizo demasiado joven. Desde el punto de vista de estos veteranos comandantes, Reinhard no era más que un pequeño asteroide débil, que no emitía luz propia, utilizando la influencia de su hermana Annerose para tomar prestado el poder del emperador.

Sin embargo, no fue como si esta fuera la primera campaña de Reinhard. En los cinco años desde que se alistó, ya había salido victorioso en una serie de batallas. Pero si alguien les dijera eso a los comandantes, solo dirían algo así como: «Él estaba en una buena unidad» o «El enemigo era demasiado débil».

Y como era difícil decir que Reinhard era humilde y cortés en todos los asuntos, su antipatía hacia él había sido amplificada, y ahora, en las sombras, era conocido como «ese insolente mocoso de oro».

«¿Estás seguro de esto?», Preguntó el joven pelirrojo a Reinhard, con una expresión de ansiedad en sus ojos azules.

«Déjame en paz», dijo su comandante con calma.

«¿Qué pueden hacer? Son cobardes que ni siquiera pueden hacer una observación desagradable individualmente – tienen que venir en grupo. No tienen el coraje de desafiar la autoridad del emperador».

«Sin embargo, con el poco valor que tienen pueden juntarse en las sombras».

Reinhard miró su ayudante de campo y soltó una risa baja y divertida.

«Todavía eres el mismo viejo preocupado. Pero no hay nada de qué preocuparse. A pesar de que están llenos de quejas ahora, esa situación cambiará en un solo día. Y le mostraré a ese idiota de Staden una copia que será enmarcada en el «historial» que tanto ama».

Diciendo que ya había tenido suficiente de esa charla, Reinhard se levantó

de su silla e invitó a Kircheis a ir a su cabina a descansar.
«Bebamos un trago, Kircheis. Tengo un buen vino. Se supone que es una rara cosecha del 410».
«Eso suena maravilloso».
«Bueno, entonces, vámonos. Y, por cierto, Kircheis–»
» ¿Sí, Excelencia?»
«Esa cosa de 'Excelencia'. No hay necesidad de ir por ahí llamándome eso cuando
nadie más está con nosotros. Háblame como siempre lo has hecho.»
«Entiendo lo que dices, pero –»
«Si lo entiendes, entonces hazlo. Porque cuando termine esta batalla y volvamos a Odín, la gente también te llamará 'Excelencia'».
Kircheis no dijo nada.
«Serás ascendido a comodoro. Espéralo con ansias».
Al dejar el puente al capitán Reuschner, Reinhard se dirigió a su habitación privada. Siguiendo detrás de él, Kircheis reflexionó sobre lo que su comandante le había dicho.
Cuando termine esta batalla y regresemos, serás ascendido a comodoro …
Parecía que la derrota no estaba en absoluto en la mente del joven almirante rubio. Para cualquiera que no sea Kircheis, esas palabras seguramente serían tomadas por una arrogancia sin esperanza. Pero Kircheis sabía que Reinhard solo había estado hablando por afecto hacia un querido amigo.
Un pensamiento repentinamente se le ocurrió a Kircheis: ¿ *Han pasado diez años desde que nos conocimos?* Al conocer a Reinhard y su hermana Annerose, su destino cambió para siempre.
El padre de Siegfried Kircheis era un oficial menor que trabajaba en el Ministerio de Justicia. Acosado cada día por los jefes, el papeleo y las computadoras, obtuvo cuarenta mil marcos imperiales por año. Era un hombre amable y ordinario cuyos únicos dos placeres eran criar una especie de orquídea balduriana en su jardín estrecho y beber cerveza negra después de la cena. En cuanto a su pequeño hijo pelirrojo, el niño de alguna manera logró colgarse en el borde inferior del cuadro de honor en la escuela, fue una potencia en los deportes, y fue el orgullo y la alegría de sus padres.
Un día, un hombre y sus dos hijos se mudaron a la casa de al lado, que había sido abandonada.
El joven Kircheis se sorprendió cuando escuchó por primera vez que el desanimado hombre de mediana edad era de la aristocracia, pero cuando vio

al hermano y la hermana de cabello dorado, lo creyó. *¡Son tan hermosos!* él había pensado.
Al día siguiente, conoció al hermano menor. El niño llamado Reinhard tenía la misma edad que Kircheis, nacido solo dos meses después según el calendario estándar de la Era Espacial. Cuando el chico pelirrojo dio su nombre, las bien formadas cejas del chico rubio habían salido disparadas hacia arriba.
«Siegfried? Qué nombre tan vulgar».
Ante una respuesta tan inesperada, el pelirrojo se sorprendió y no supo cómo responder.
Entonces Reinhard continuó, y agregó, «Pero Kircheis es un buen apellido. Muy poético Así que decidí llamarte por tu apellido».
Por otro lado, su hermana mayor, Annerose, había abreviado su nombre de pila, llamándolo «Sieg». Las facciones de su rostro se parecían mucho a las de su hermano menor, pero eran un paso más delicado, y su leve sonrisa era infinitamente infinita. amable. Cuando Reinhard le presentó a ella, ella le había dado una sonrisa que era como la luz del sol moteada que fluía entre los árboles.
«Sieg, por favor se un buen amigo de mi hermano».
Desde ese día hasta ahora, Kircheis había obedecido su pedido fielmente.
Mucho ha sucedido desde entonces. Un día, un automóvil terrestre de lujo que Kircheis nunca había visto se detuvo frente a la casa de al lado, y un hombre de mediana edad que vestía ropas finas salió. Durante toda la noche, la voz llorosa del indómito Reinhard arremetió incesantemente contra su padre.
«¡Vendiste a mi hermana!», Exclamó.
A la mañana siguiente, cuando Kircheis se acercó con el pretexto de pedirle a Reinhard que caminara a la escuela con él, Annerose le había dicho con una sonrisa amable y triste, «Mi hermano ya no puede ir a la escuela contigo. Sé que fue solo por un corto tiempo, pero gracias por ser su amigo».
Luego, la hermosa joven lo besó en la frente y le dio una torta de chocolate hecha en casa. Ese día, el chico pelirrojo no había ido a la escuela. En lugar de eso, había llevado cuidadosamente la torta a una reserva natural y, con cuidado de no ser visto por ningún robot de patrulla, se había sentado a la sombra de algunas coníferas – «pinos marcianos», se los llamaba, por razones que nadie conocía – y allí se había quedado por mucho tiempo,

comiendo la torta. Mientras contemplaba separarse de Annerose y Reinhard, las lágrimas le brotaron en los ojos, y las había limpiado con sus manos, dejando rayas de color marrón oscuro en su rostro.

Cuando estaba oscuro, había regresado a casa, preparándose para una reprimenda, pero sus padres no habían dicho nada. Las luces estaban apagadas en la casa de al lado.

Un mes más tarde, Reinhard había venido sin avisar de repente a visitarlo, vistiendo el uniforme de la Academia Militar Imperial para Niños. El chico rubio había hablado con el asombrado y emocionado Kircheis en los tonos afectados de un adulto.

«Voy a ser un soldado», había dicho. «Es la forma más rápida de salir adelante. Y tengo que avanzar en el mundo para poder liberar a Annerose. Kircheis, vendrás a la misma escuela que yo, ¿verdad? Son todos matones en la Academia de Niños».

Sus padres no se opusieron a la idea. Tal vez esperaban que su hijo pudiera salir adelante en el mundo de esa manera, o tal vez se habían dado cuenta de que su hijo ya se los había robado a ellos el hermano y la hermana de la casa de al lado. En cualquier caso, Kircheis tomó la decisión en su juventud de caminar por el mismo camino que Reinhard.

La mayoría de los estudiantes de la Academia de Niños eran descendientes de aristócratas, y el resto eran hijos de civiles eminentes. Estaba claro que Kircheis solo había sido admitido debido al ferviente deseo de Reinhard y la intercesión de Annerose.

Las marcas de Reinhard usualmente lo ubican en la parte superior de su clase, y Kircheis también lo coloca en lo más alto. No solo por su propio bien, sino también por Reinhard y Annerose, no podía permitirse el lujo de dejar pasar sus calificaciones.

De vez en cuando, los padres y hermanos mayores de estudiantes venían a visitar la escuela. Todos ellos eran aristócratas de alto estatus, pero Kircheis no los respetaba. Podía oler el hedor de hombres que se habían vuelto arrogantes en su privilegio.

«Míralos, Kircheis», susurraba Reinhard. Cada vez que veía a tales nobles, su voz se llenaba de un intenso odio y desprecio.

«No llegaron a estar donde están hoy por ningún esfuerzo propio… Ellos heredaron su autoridad y fortuna de sus padres solo por razones de sangre, y ni siquiera se avergüenzan de ello. El universo no existe para ser dominado por tales personas».

«Reinhard…» Kircheis comenzaría.
«¡Es cierto, Kircheis! No hay ni una pizca de razón por la que tú y yo deberíamos quedarnos a la zaga de este tipo «.
Este tipo de conversación había pasado entre ellos no pocas veces, pero en una ocasión, Reinhard dijo algo que le dio a su amigo pelirrojo el impacto de su vida.
Acababan de hacer un saludo educado, un saludo que era el deber sagrado de todos los súbditos del imperio, ante una de las muchas estatuas del emperador Rudolf que se alzaba arrogantemente sobre cada cuarto de la capital. No se atrevían a hacer otra cosa, porque los ojos de estas estatuas eran elaboradas cámaras de video, y el Ministerio del Interior siempre estaba atento a elementos peligrosos que burlaban la autoridad imperial. Fue después de este saludo que Reinhard comenzó a hablar apasionadamente.
«Kircheis, ¿alguna vez has pensado sobre esto? La dinastía Goldenbaum no se remonta al alba de la humanidad. Fue fundado por ese arrogante y autoritario Rudolf. Y el hecho de que haya un fundador significa que antes de llegar al poder no había familia imperial, y no equivalía a nada más que a un solo ciudadano solitario. Al principio, Rudolf era un advenedizo ambicioso y nada más. Pero con el tiempo, terminó reclamando títulos como ‘Emperador sagrado e inviolable'».
¿Qué está tratando de decirme? Kircheis se había preguntado cuando su corazón comenzó a latir más rápido.
«¿Crees que lo que fue posible para Rudolf», había preguntado Reinhard, «es imposible para mí?»
Luego, con pensamientos que lo dejaron sin aliento, Kircheis había vuelto a mirar a la mirada de los ojos azul hielo como joyas de Reinhard. Había sido invierno, justo antes de ingresar al servicio militar.
III
… Desde el siglo XX hasta el siglo XXI AC, se pueden producir muchos ejemplos del desenfrenado desarrollo tecnológico que amenazaba con despojar a la humanidad de su identidad. En particular, la reproducción de los seres humanos por clonación, uno de los frutos de la ingeniería genética, fue una vez erróneamente creída como una garantía de vida eterna, a pesar de que solo se habían demostrado sus posibilidades teóricas. Cuando la clonación se unió con ideas de darwinismo social, temibles ideologías que tenían una visión muy clara de la vida humana

corrieron desenfrenadamente a través del planeta conocido como la Tierra. La opinión de que aquellos que poseen genes inferiores no estaban calificados para tener hijos y que las razas inferiores deberían ser eliminados para la mejora cualitativa de la raza humana comenzó a tener un dominio cada vez mayor. Este fue realmente el primer brote de las afirmaciones que Rudolf von Goldenbaum haría en los últimos tiempos…

El pasaje que se mostraba en la pequeña pantalla de la consola se atenuó repentinamente y se desvaneció. Más rápido de lo que uno podía presionar un botón de control, apareció otro pasaje.

«Comodoro Yang, el comandante te está llamando. Por favor, repórtese al conn lo más rápido posible».

Su lectura interrumpió, el comodoro Yang Wen-li agarró su boina de uniforme y se pasó una mano por su rebelde cabello negro. Era un oficial de estado mayor en la Segunda Flota de la Alianza de Planetas Libres, ocupando un asiento en una esquina del puente de su buque insignia, Patroklos (Patroclo). Como había disfrutado de su lectura privada en una consola originalmente diseñada como una computadora táctica, no tenía sentido sentirse molesto.

El tipo de notación de nombre de Yang fue «E.» Esta fue una tradición heredada de los días de la federación. Las personas cuyos apellidos aparecían antes de sus nombres de pila se denominaban «E», que significaba «Este». Aquellos cuyos nombres de pila aparecían antes de los nombres de sus familias se llamaban «W», por «Occidental».

Por supuesto, en este día y época, con las razas mezcladas tan profundamente como lo han hecho, el nombre de una persona era solo un indicador vago de su ascendencia directa.

Yang, de veintinueve años, con su pelo negro, ojos negros y altura y complexión medias, daba más la impresión de ser un erudito tolerante que el de un soldado. Al menos esa es la impresión que uno podría describir si se presiona. La mayoría de las personas que lo miraban no veían más que a un joven de naturaleza muy tranquila. La mayoría no podía creer lo que oían cuando escucharon su rango.

«Comodoro Yang reportándose según lo ordenado, señor».

El comandante de la flota, el vicealmirante Paetta, volvió sus ojos hostiles hacia el joven oficial que lo saludaba. Era un hombre de mediana edad con rasgos severos e intimidatorios que lo hacían imposible imaginarlo en cualquier línea de trabajo excepto los militares.

Observando a Yang de nuevo, simplemente dijo: «He revisado el plan táctico que me enviaste», aunque lo que quería decir era: *¡¿cómo demonios puede un chico de aspecto marica como tú estar a solo dos filas por debajo de mí?!* «Fue una idea bastante interesante», continuó. «Pero muy cautelosa. Y me pregunto si no fue demasiada pasiva».

«No me diga», respondió Yang. Lo dijo en un tono de voz muy tranquilo, pero pensándolo bien, podría haber parecido una cosa bastante grosera decirle a un comandante. El vicealmirante Paetta no se había dado cuenta, sin embargo.

«Como usted mismo notó», continuó, «sería muy difícil perder con esta estrategia. Pero no tiene sentido simplemente no perder. Tenemos que ganar. Nos acercamos al enemigo desde tres direcciones. Y además de eso, tenemos el doble de sus números. Todas las condiciones están alineadas para una gran victoria, entonces, ¿por qué estás pensando formas de evitar perder?»

«Bueno, sí, pero ya no están rodeados».

Esta vez Paetta lo notó. Sus cejas se juntaron en irritación, haciendo un espléndido pliegue vertical en medio de su frente.

Yang estaba tan relajado como siempre.

Nueve años atrás, cuando se había graduado de la Academia de Oficiales de la Fuerza de Defensa Nacional, Yang había sido un estandarte insignificante, recién acuñada. Se había graduado en 1.909º en su clase de 4.840. Pero ahora, ciertamente no podría llamarse un comodoro nada especial. Era uno de los dieciséis oficiales de toda la alianza que llegaron al almirantazgo cuando aún tenían veintitantos años.

Era imposible que el vicealmirante Paetta no conociera el historial de servicio del joven comodoro. En nueve años, Yang había participado en más de cien operaciones de combate. Y a pesar de que no había estado en batallas a gran escala con miles de buques como este, tampoco había sido solo un niño jugando con petardos. Por encima de todo, había sido el héroe brillante de la llamada evacuación El Facil.

Aunque era joven, fue el héroe de una batalla histórica y, sin embargo, el vicealmirante Paetta no tuvo esa impresión de él en absoluto. Aun así, cuando se calcularon los salarios de los oficiales en el servicio de retaguardia de la sede, era evidente que se le pagaba bien de acuerdo con su historial.

«En cualquier caso, este plan táctico es rechazado».

Paetta le tendió los papeles a Yang, y luego agregó innecesariamente: «Permítanme también decir que esto no es nada personal».

IV

El padre de Yang Wen-li, Yang Tai-long, era conocido como un hombre de gran habilidad entre los muchos comerciantes y mercantes de la Alianza de los Planetas Libres. Debajo de su pequeña sonrisa inofensiva, las ruedas de una mente aguda para los negocios estaban cambiando, y desde el día en que se había establecido como el propietario de un pequeño buque comercial, su fortuna había crecido constantemente.

«Es porque no me gusta mi dinero», les decía a sus amigos que le preguntaron el secreto de su éxito. «Sale al mundo y hace su fortuna, y luego regresa a casa como un niño fiel. Las monedas de bronce se convierten en monedas de plata. Los de plata se convierten en oro. ¡Todo depende de su educación!»

Como él mismo parecía pensar que se trataba de una broma aguda, iba por ahí diciéndola en cada oportunidad que tenía, y finalmente adquirió el apodo de «El experto en educación financiera». Sería difícil afirmar que este título siempre se habló con intención afectuosa, pero el propio Yang Tai-long aparentemente estaba bastante feliz con eso.

Además, Yang Tai-long fue un coleccionista de arte antiguo. Su residencia estaba repleta de montones de pinturas, esculturas y cerámicas de los días en que el calendario AD todavía estaba en uso. Antes de ocupar una oficina y comandar una flota de buques de comercio interestelar, siempre estaba ocupado en casa admirando y puliendo sus antigüedades.

Después de que esta afición se metastatizó, hubo rumores de que incluso había elegido una antigüedad como su cónyuge. Porque después de divorciarse de su primera esposa, que tenía predilección por malgastar dinero, se había casado con otra mujer de considerable belleza, que sin embargo era la viuda de cierto soldado. Entonces su hijo, Yang Wen-li, había nacido.

Yang Tai-long había estado en su estudio en casa cuando recibió la noticia de que era un niño. Sus manos se detuvieron por un momento en el pulido de un jarrón viejo, y él había murmurado: «Huh. Entonces cuando me vaya, todas estas obras de arte serán suyas».

Entonces sus manos habían reanudado su pulido.

Cuando Yang Wen-li tenía cinco años, su madre murió. La causa era una enfermedad cardíaca aguda, y dado que siempre había estado sana hasta ese

momento, su muerte repentina, comprensiblemente, fue un shock para Yang Tai-long. Dejó caer un adorno de bronce de un león en el suelo, pero luego lo recogió inesperadamente e indignó a toda la familia de su esposa al pronunciar estas palabras:
«Gracias a Dios que no estaba puliendo algo frágil…»
(JuCaGoTo: que hijo de Cuca, es este)
Yang Tai-Long había perdido dos esposas – una al divorciarse y otra al morir – y no deseaba volver a casarse. Le asignó una criada para que cuidara a su hijo, pero cuando la criada estaba en receso o cuando el chico se volvía difícil de manejar, Yang Tai-long lo dejaba junto a él, y juntos pulen un jarrón o algo así.
Cuando los familiares de su difunta esposa fueron a visitarlo y encontraron a padre e hijo puliendo jarrones sin palabras en el estudio, se horrorizaron y al final surgió la afirmación de que el niño debería ser rescatado de vivir con un padre tan irresponsable. Cuando arrinconaron al padre y le preguntaron qué era más importante para él – su hijo o sus antigüedades – él respondió:
«Bueno, el arte requería mucho capital, sabes…»
Pero, por otro lado, obtuve a mi hijo gratis, siendo la implicación.
Toda la familia, enfurecida por estas palabras, se estaba preparando para llevar el asunto de la custodia del muchacho a la corte, pero Yang Tai-long adivinó lo que estaban tramando, y llevando al niño con él, abordó un buque comercial interestelar y desapareció de la capital de Heinessen. La familia, dándose cuenta de lo absurdo que sería alegar que un padre había secuestrado a su propio hijo, encogió sus hombros colectivamente y no hizo nada más que seguir el rastro en el cielo estrellado en el que se había desplazado la nave espacial. «Oh, bueno», dijeron. «El hecho de que llevó al niño con él debe significar que al menos tiene un corazón que late».
De esta manera, Yang Wen-li pasó a pasar la mayor parte de sus primeros dieciséis años dentro de los cascos de las naves estelares.
Al principio, el joven Yang Wen-li se enfermaba y padecía fiebres cada vez que experimentaba el warp, pero finalmente se acostumbró y pudo aceptar sus circunstancias con calma. Una vez que en general había satisfecho su interés en la ingeniería, dirigió su atención en otra dirección: la historia.
El niño miraba videos, leía copias electrónicas de libros antiguos, y le encantaba escuchar reminiscencias sobre el pasado, pero en particular, tenía un profundo interés en «el usurpador más perverso de toda la historia»,

Rudolf.
Debido a que Yang Wen-li estaba en la Alianza de Planetas Libres, Rudolf naturalmente se hizo pasar por ser la verdadera encarnación del mal, pero al escuchar lo que la gente decía de él, el niño había comenzado a tener sus dudas. Si Rudolf realmente hubiera sido un villano así, se preguntaba, ¿por qué la gente lo había apoyado y le había dado el poder?
«Porque fue deshonesto hasta la médula. Tenía a la gente engañada.»
» ¿Por qué se engañó la gente?»
«Porque Rudolf era un hombre malvado, lo ves»
Estas respuestas no satisfacían del todo al niño, pero la opinión de su padre difería un poco de las de los otros con los que hablaba. Respondió la pregunta de su hijo de esta manera:
«Porque la gente quería tenerlo fácil».
«¿Quería tenerlo fácil?»
«Exactamente. No querían resolver sus propios problemas por su propio esfuerzo. Todos esperaban a algún santo o superhombre que apareciera de algún lado y poner todos sus problemas en los hombros de él. Y eso es de lo que Rudolf se aprovechó. Escucha. Quiero que recuerdes esto: son los que dan poder a un dictador que merecen la mayor parte de la culpa. Pero aquellos que no lo apoyan activamente (que lo miran pasando sin decir nada) tienen la misma culpa. Pero escucha, ¿no crees que deberías cambiar tus intereses en una dirección más rentable que este tipo de cosas?»
«¿Más rentable?»
«Me gusta el dinero o el arte. Arte para el alma, dinero para el bolsillo».
A pesar de comentarios como estos, Yang Tai-long nunca forzó su negocio o sus pasatiempos con su hijo, y Yang Wen-li se volvió cada vez más absorbido en la historia.
Unos días antes del decimosexto cumpleaños de su hijo, Yang Tai-long murió. Fue el resultado de un accidente relacionado con el horno de fusión nuclear de su nave. Yang Wen-li había decidido tomar el examen de ingreso para el departamento de historia de la Universidad Conmemorativa de Heinessen, ya que recientemente obtuvo la aprobación de su padre.
«Ah, ¿por qué no?», Había dicho.
«No es que nunca haya habido nadie para ganar dinero en la historia».
Con esas palabras, el padre le había dado a su hijo la bendición de caminar por el camino que amaba.
«Sin embargo, nunca desprecies el dinero. Si lo tiene, puede salir adelante

sin inclinar la cabeza ante las personas que no le gustan, y tampoco debe comprometer sus principios para llevarse bien en la vida. Pero al igual que los políticos, es mejor si lo gestionamos bien y no hacemos lo que queremos con él».

Al final de sus cuarenta y ocho años, Yang Tai-long dejó atrás a su hijo, su compañía y su gran colección de obras de arte.

Después de que Yang Wen-li terminó el funeral de su padre, se mantuvo ocupado con asuntos mundanos como la herencia y los impuestos. Y luego descubrió la terrible verdad: las obras de arte que su padre había coleccionado tan apasionadamente antes de su muerte eran, casi sin excepción, falsificaciones.

Desde los jarrones etrusianos hasta los retratos de estilo rococó hasta los caballos de bronce del imperio Han de china, todo valía «menos que un solo dinar», como el tasador público del gobierno le dijo por medio de un subordinado inexpresivo.

Y eso no fue todo. Antes de su muerte, su padre había hipotecado su propiedad de la compañía para cubrir sus deudas. Al final, Yang se quedó afuera en el frío con nada más que una montaña de basura.

Pero justo como lo había hecho cuando era un niño, Yang aceptó la situación con una sonrisa irónica, se mezcló con un suspiro. Él pensaba que era bastante extraño que su padre un negociante que debe carecer de un ojo para el valor sólo cuando se trataba de sus queridas obras de arte. Si, solo si, él había estado recolectando a sabiendas falsificaciones, Yang sentía que habría sido exactamente como su padre. En cuanto a la compañía de su padre, Yang nunca había tenido ningún deseo de hacerse cargo del negocio de todos modos, así que no le importó perderlo un poco.

En cualquier caso, hubo un problema aún mayor. No tenía suficiente dinero disponible para pagar los costos de ir a la universidad de primer nivel a la que supuestamente asistiría pronto.

Debido al estado crónico de guerra con el Imperio Galáctico, las apropiaciones militares sumamente costosas estaban ejerciendo presión sobre el presupuesto nacional, y el financiamiento para la educación en humanidades – que no tenía aplicaciones militares directas – siguió siendo reducida. Fue difícil conseguir una beca.

Parecía que no habría escuela en ningún lugar donde se pudiera estudiar historia gratis… Y sin embargo, había una.

Y la Academia de Oficiales de la Fuerza de Defensa Nacional, con su

Departamento de Historia Militar, era esa.
Justo antes de la fecha límite, Yang envió su solicitud, y aunque los resultados de su examen de ingreso lo ubicaron muy lejos del líder de la clase, de alguna manera logró un puntaje de aprobación.

V

De esta manera, Yang Wen-li ingresó a la escuela de oficiales por completo como un expediente. A pesar de que él era un extraño tanto para el patriotismo como para el militarismo beligerante, su rumbo había sido establecido.
Casi toda la montaña de basura que había heredado de su padre la tiró, aunque guardó parte de ella en el almacén – y se mudó al dormitorio de la escuela del oficial, literalmente, con las manos vacías.
Siendo sus motivos lo que eran, no había forma de que Yang fuera un estudiante de alto nivel. Estudió diligentemente su historia militar – y toda la amplia gama de historia no militar que formaba parte de su historia – pero escatimó tanto como pudo sobre sus otros temas.
Particularmente en las áreas de entrenamiento de armas, clase de vuelo e ingeniería mecánica – los sujetos aburridos – él estaba perfectamente feliz de obtener calificaciones que flotaban justo por encima de fallar.
Si fracasaba, sin embargo, existía el peligro de ser expulsado, e incluso si no era expulsado, las pruebas de maquillaje tomarían un tiempo precioso. El punto es que siempre y cuando no fallara, estaba bien. Su objetivo no era ser el director de la Sede Operativa Conjunta, secretario del srmada del espacio o el superintendente general del personal. Él quería ser un investigador en la Oficina de Clasificación de Historia Militar. Prácticamente no tenía ningún interés en el avance como soldado.
Sus notas en Historia Militar fueron sobresalientes, y combinadas con sus marcas de la siesta en todos los temas prácticos, produjeron un total que era la imagen del «promedio». Sin embargo, las marcas de Yang en las Simulaciones de tácticas estratégicas no fueron malas en absoluto. Los grados de esta clase se determinaron haciendo que los alumnos se enfrentaran entre sí en simulaciones de realidad virtual. Los instructores se sorprendieron un día cuando el mejor estudiante de la clase, un chico llamado Wideborn, quien fue promocionado como el estudiante más brillante que la escuela había visto en la última década, fue derrotado por Yang Wen-li.
Yang concentró todas sus fuerzas en un punto, cortó las líneas de suministro

de su oponente y luego cambió a una postura puramente defensiva. Wideborn, usando una variedad de tácticas, penetró profundamente en las filas de Yang, pero cuando se agotaron sus suministros, no tuvo más remedio que retirarse. Tanto el juicio de la computadora como la puntuación del instructor le otorgaron la victoria a Yang.
Wideborn, cuyo orgullo había sido herido, estaba furioso.
«Hubiera ganado si hubiera jugado correctamente y luchado de frente. Quiero decir, todo lo que hizo fue seguir corriendo de un lado a otro para escapar, ¿verdad?»
Yang no discutió. Para él, esta clase estaba compensando sus bajas calificaciones en Ingeniería Mecánica, y con eso, estaba satisfecho en su totalidad.
Esa satisfacción, sin embargo, fue de corta duración.
Al final de su segundo año, Yang fue convocado por un instructor y se le ordenó cambiar su especialidad a Estrategia militar.
«No eres solo tú», había dicho el instructor, tratando de consolar.
«Están eliminando todo el departamento de historia militar, por lo que cada estudiante tiene que cambiar de especialización. Venciste a ese tipo Wideborn en la simulación. Eso es un logro. Deberías cambiar los departamentos de todos modos, solo para aprovechar al máximo tus talentos».
«Vine a esta escuela porque quería estudiar historia militar», objetó Yang.
«No creo que sea justo reclutar estudiantes y luego desechar su departamento antes de graduarse».
«Cadete Yang, puede que aún no estés en servicio activo, pero desde el momento en que entraste a esta escuela, te convertiste en soldado. Así es como los oficiales menores son tratados. Y como soldado, tienes que seguir tus órdenes».
Yang no dijo nada.
«Pero escucha, no hay forma de que esto sea un mal negocio para ti. Estrategia Militar es un departamento lleno de estudiantes de primer nivel. Los estudiantes que intentan ingresar en Estrategia, pero no la hacen fluir a otros departamentos. Esa es la realidad aquí. Es raro que alguien fluya hacia otro lado».
«Me siento honrado, señor, pero… ¿te parezco un estudiante de alto nivel?»
«Mirando con sarcasmo. De todos modos, si no te gusta, tienes derecho a renunciar, naturalmente. Por supuesto, si haces eso, tendrás que pagar todas

las matrículas y aranceles escolares que hayas acumulado hasta el momento. Solo los soldados estudian gratis».

Yang estaba estupefacto. No pudo evitar recordar lo que su difunto padre había dicho sobre el dinero. Verdaderamente, con las personas siendo personas, nunca podrías ser libre en esta vida.

A la edad de veinte años, Yang se graduó del departamento de estrategia militar con calificaciones promedio y recibió su comisión como alférez. Un año más tarde, fue ascendido a sub-subteniente, pero eso era normal para los graduados de la Academia de Oficiales. No significaba que su registro de servicio fuera particularmente sobresaliente.

Fue asignado a una oficina en el Cuartel General Operacional Conjunto llamado Oficina de Registros y Estadísticas, y nadie se distinguió en combate allí. Pero para Yang, era bastante agradable tener un trabajo donde pudiera estar cerca de los viejos discos.

Sin embargo, en forma simultánea con su ascenso a subteniente, Yang recibió órdenes para el servicio de primera línea. Partió para su nuevo puesto como oficial de personal para las fuerzas estacionadas en el territorio de El Facil.

«Cuando una cosa se vuelve loca, todo se vuelve loco», refunfuñó el joven teniente de primer año.

A pesar de que nunca antes había buscado activamente convertirse en soldado, aquí estaba él, vestido con una boina negra con una estrella blanca de cinco puntas, una bufanda de color blanco marfil metida en el cuello de su jersey negro, zapatos negros y pantalones del mismo color que su bufanda: un uniforme militar extremadamente funcional.

Ese año, en el EE 788, la Batalla de El Facil aceleró enormemente el curso de la vida del Subteniente Yang Wen-li.

El telón se alzó en esta batalla con una escena de deshonra escandalosa para la armada de la Alianza de los Planetas Libres. Para la batalla en sí, ambos bandos habían despachado alrededor de un millar de buques cada uno, y después de que ambas partes habían sufrido alrededor del 20 por ciento de bajas, lo habían suspendido temporalmente. Yang no hizo nada durante el compromiso. Todo lo que hizo fue sentarse en la silla de su estación en el puente de la nave insignia y observar la batalla. Ni siquiera le pidieron su opinión.

Sin embargo, como las naves de la alianza estaban comenzando su regreso a la base, inesperadamente fueron atacadas por la espalda. La Armada

Imperial, mientras pretendía que ellos también regresaban a la base, había ejecutado un rápido cambio de rumbo y había atacado a la Armada de la Alianza, que había relajado su guardia y les había mostrado su flanco. Lanzas de energía desgarraron la negrura del espacio, y las novas en miniatura destellaron y desaparecieron en un instante. Las energías liberadas por las naves destruidas se convirtieron en una vorágine, lanzando otros barcos de un lado a otro. El contralmirante Lynch, el comandante de la flota de la alianza, debe haber entrado en pánico. Sin tratar de calmar la confusión de sus aliados, su buque insignia huyó hacia El Facil a toda velocidad.

Al enterarse de que su comandante había dado media vuelta, la flota de la alianza perdió naturalmente su voluntad de luchar, y los barcos que habían estado librando batallas aisladas con los enemigos cercanos comenzaron a despegarse y huir del campo de batalla, uno tras otro. Algunos de ellos eligieron sus rutas de retirada de forma independiente y huyeron del territorio de El Facil por completo, mientras que otros siguieron su buque insignia y escaparon al planeta de El Facil. Los buques que se retrasaron en la retirada se enfrentaron a uno de los dos destinos: la aniquilación o la rendición. Casi todos ellos eligieron la rendición.

Esas fuerzas supervivientes que se habían escapado a El Facil aún sumaban hasta doscientos buques y cincuenta mil soldados, pero la Armada Imperial luego se reforzó, reconstruyendo sus fuerzas hasta tres veces ese número, planeando aprovechar la oportunidad de «liberar al, El territorio fácil de las garras de las fuerzas rebeldes» de una sola vez. La población civil de, El Facil de tres millones se encogió de miedo en medio de esta situación tensa. Ya era demasiado tarde para evitar que El Fácil cayera.

Los civiles llegaron a negociar con los militares, buscando la creación e implementación de un plan para la evacuación planetaria. El oficial a cargo que apareció ante ellos fue el Subteniente Yang Wen-li.

Era demasiado joven y su rango era bajo. ¿Los militares incluso los tomaban en serio? Los civiles tenían sus dudas, pero Yang hizo un buen trabajo con todo lo que se suponía que debía hacer, a pesar de que seguía rascándose la cabeza de una manera que no inspiraba confianza. En medio del caos de la inminente invasión imperial, Yang adquirió buques civiles y militares e hizo preparativos para la evacuación.

Incluso si Yang no hubiera estado allí, cualquier oficial militar competente podría haber hecho tanto. Al parecer, Yang calmó a los impacientes civiles

mientras esperaban la oportunidad de partir.
Al día siguiente, llegó un mensaje urgente que sorprendió a todos. El Contraalmirante Lynch estaba en el proceso de huir de El Facil con sus subordinados directos y las provisiones militares. Había abandonado a los civiles y a sus otros subordinados.
Para los aterrorizados civiles, Yang finalmente dio instrucciones para evacuar… en la dirección opuesta al curso de Lynch.
«No hay necesidad de preocuparse», les dijo.
«El contraalmirante está alejando la atención de la Armada Imperial por nosotros. Ahora podemos escapar si simplemente manejamos el viento solar de forma pausada y evitamos el uso de dispositivos de permeabilidad de radar o algo así».
Con esa decisión casual, el joven subteniente transformó a su propio comandante de flota en un señuelo.
Y su predicción estaba en punto muerto. El contraalmirante Lynch y los demás fueron vistos por la Armada Imperial, que había estado afilando sus garras en anticipación de que intentara tal cosa. Después de correr de aquí para allá como animales cazados, las naves de la alianza finalmente levantaron una bandera blanca y fueron tomados cautivos.
Mientras tanto, el convoy de buques liderado por Yang abandonaba el sistema El Facil y se dirigía directamente hacia la retaguardia. Fueron descubiertos en la red de detección de la Armada Imperial, pero gracias a la noción preconcebida de que las naves de evacuación estarían equipadas con algún tipo de sistema de antidetección – y el hecho de que aparecieron en el radar – se pensó que los barcos no eran artificiales. objetos, pero un gran enjambre de meteoros, y por eso se deslizaron justo debajo de las narices del enemigo.
Más tarde, cuando los oficiales de la flota imperial se enteraron de esto, las copas de vino que se habían levantado en los brindis de la victoria se estrellaron contra el piso. Yang llegó a territorio en la parte trasera de El Facil con tres millones de civiles, y los gritos de bienvenida estaban esperando.
Como una lluvia de meteoritos, llovieron las palabras de elogio por la compostura y audacia de Yang por parte de los altos jefes militares. No tenían elección. Después de todo, su armada había perdido la batalla, había huido del enemigo y finalmente había abandonado a los mismos civiles que se suponía que debían proteger. Con el fin de eliminar una mancha de

desgracia y deshonor, el liderazgo necesitaba un héroe militar. De ahí que: «Yang Wen-li un paragón de los combatientes de la Alianza de los Planetas Libres».
«Un guerrero que brilla con la luz de la justicia y la humanidad».
«¡Deje que todos los soldados de la alianza elogien a este joven héroe!»
Ese año, el 12 de junio del calendario estándar, a las 0900, Yang fue ascendido a teniente completo. El mismo día a las 1300, fue nombrado teniente comandante. Las reglamentaciones militares establecían que no se permitían promociones dobles especiales para los oficiales vivos, pero este tratamiento inusual fue organizado por los escalones superiores.
El hombre mismo estaba mucho menos emocionado que los que lo rodeaban. Encogiéndose de hombros, murmuró: «¿Qué demonios es todo esto?» Y eso fue todo. Lo único que le hacía feliz era que consiguió un aumento salarial con las promociones, lo que significaba que podría llenar su biblioteca con los libros de historia que siempre había deseado.
Sin embargo, este también fue el momento en que Yang sintió por primera vez un interés real en la estrategia militar.
Básicamente, la naturaleza fundamental del combate no ha cambiado en absoluto desde hace tres, cuatro mil años, pensó Yang, comparando sus experiencias con su conocimiento de la historia militar. *Antes de llegar al campo de batalla, el reabastecimiento es lo que cuenta. Y después de llegar allí, es la calidad de los comandantes. La victoria o la derrota depende de estas dos cosas.*
Hubo muchos proverbios antiguos que enfatizaban la importancia de los comandantes. «Un general intrépido no tiene soldados cobardes», por ejemplo, o «Cien ovejas conducidas por un león triunfarán sobre cien leones liderados por una oveja».
El teniente comandante de veintiún años sabía mejor que nadie el motivo de su éxito. Fue porque el ejército imperial – y también el de la alianza – tenía una fe ciega en la tecnología científica, y el resultado de ello fue ideas preconcebidas tales como, «si aparece en el radar, no debe ser una nave enemiga».
Nada era más peligroso que la sabiduría osificada. Y cuando lo pensó, ¿no era esa también la razón por la que había sido capaz de vencer a Wideborn en el simulador en sus días de academia? Pudo sorprender a un oponente que se había aferrado a la idea de un ataque frontal decisivo.
Conoce la psicología de tu enemigo. Ese fue el punto más importante de la

estrategia militar. Y después de eso, fue el punto que en el campo de batalla, el reabastecimiento es absolutamente esencial para hacer un buen uso de sus recursos. Llevados al extremo, ni siquiera necesitas atacar a la fuerza principal del enemigo, era suficiente si pudieras cortar sus líneas de suministro. Si el enemigo no pudiera luchar, no tendrían más remedio que retirarse.
El padre de Yang había enfatizado el valor del dinero en todos los aspectos de su vida. Si tratara a los militares como un solo individuo, el dinero sería la línea de suministro. Cuando lo pensó de esa manera, las palabras de su padre resultaron ser muy valiosas después de todo.
Después de esto, casi cada vez que Yang participaba en operaciones de combate, marcaba un logro inesperado de algún tipo. Y con esos logros llegaron las promociones a comandante, luego a capitán, y hacia los veintinueve años, comodoro. Su antiguo compañero de clase Wideborn era contraalmirante, pero eso se debía a que, como capitán, se había apegado a la estrategia ortodoxa, había tomado un ataque sorpresa frontalmente y, por lo tanto, recibió una doble promoción especial póstumamente.
Y ahora Yang Wen-li estaba en la Región Estelar de Astarte.
De repente, una conmoción estalló en el puente. No es agradable. Fue causado por un mensaje urgente recibido de la nave de vigilancia.
«La flota imperial no está en el área que predijimos. Están acelerando rápidamente e interceptarán a la Cuarta Flota».
«¡¿Qué?!» Paetta gritó. Su voz era estridente y teñida de histeria.
«Eso es una locura… ¡No lo harían!»
Yang extendió la mano hacia su consola y recogió el documento que yacía casi avergonzado allí. Un documento en papel. Habían pasado cuatro mil años desde que los antiguos chinos habían inventado el material, pero la humanidad todavía no había encontrado nada mejor para escribir. El documento era el plan de operaciones que había presentado anteriormente.
Abrió las páginas. Las líneas de texto escritas en las letras impersonales de su procesador de textos saltaron hacia él.
… Si el enemigo desea tomar medidas agresivas, puede ver estas circunstancias no como una amenaza de envolvimiento, sino como una oportunidad excelente para atacar a nuestras fuerzas divididas y destruirlas individualmente.

En caso de que esto suceda, el enemigo primero tomará la ofensiva contra

la Cuarta Flota, que está posicionada directamente delante de ellos. La Cuarta Flota es numéricamente la más pequeña y por lo tanto la más fácil de atacar y vencer. Además, después de derrotar a la Cuarta Flota, el enemigo podrá apuntar a la Segunda Flota o la Sexta Flota a su discreción. Una forma de resistir esta estrategia es la siguiente: después de enfrentar su desafío, la Cuarta Flota debería devolver una resistencia leve durante un tiempo, luego comenzar un retiro lento. A medida que el enemigo los persigue, las flotas Segunda y Sexta los atacarán desde atrás. Cuando el enemigo gire para atacar, las flotas Segunda y Sexta devolverán una leve resistencia mientras se retiran, y esta vez, la Cuarta Flota atacará desde atrás. Repite hasta que el enemigo esté exhausto. Luego rodea y destruye. Esta estrategia tiene una probabilidad muy alta de éxito, pero es esencial prestar mucha atención a la concentración de la fuerza, la comunicación y la flexibilidad de avance y retroceso.

Yang cerró la carpeta y miró hacia al gran monitor angular del techo. Cientos de millones de estrellas lo miraban con frialdad.

El joven comodoro casi comenzó a silbar, pero se detuvo y comenzó a trabajar afanosamente en su consola.

Capítulo 2: La Batalla de Astarte

I

El vicealmirante Pastolle, comandante de la Cuarta Flota de la Marina de la Alianza, quedó desconcertado cuando escuchó el informe: «¡Las naves de guerra imperiales se cierran rápidamente!»

Toda la pantalla de la nave insignia de la flota *Leónidas* se estaba cubriendo de puntos de luz mientras se hacían enjambre, su luminosidad subía por el momento a medida que crecían cada vez más. Fue un espectáculo lleno de amenazas: los corazones de todos los que lo vieron se pusieron a toda velocidad y sus bocas se secaron.

El vicealmirante se enderezó en su silla de mando.

«¿Qué está pasando aquí?» Gruñó en voz baja.

«¿Qué piensan los imperiales que están haciendo? ¿Por qué iban a –?"

Algunos de los presentes pensaron que era una pregunta ridícula, aunque solo contaban unos pocos. La fuerza imperial tenía la intención de poner todo su poder sobre la Cuarta Flota – eso debería haber sido obvio. Pero el liderazgo de la alianza nunca había imaginado que un ataque tan atrevido fuera lanzado por un enemigo encerrado en tres lados.

Atrapados en una formación de cercado, frente a un enemigo más numeroso, la flota imperial cedería ante sus instintos defensivos, razonaron, contrajeron sus líneas de batalla y concentraron su fuerza en una formación

cerrada. Contra esto, las fuerzas de la alianza podrían luego llegar desde tres lados a una velocidad uniforme, rodearlos como una red finamente tejida y concentrar su poder de fuego lentamente – pero con toda seguridad – reducir su capacidad de resistencia.

Así fue como la Aniquilación de Dagón se peleó hace 156 años y se cantaron alabanzas hasta este día de los dos grandes generales que habían salido victoriosos en ese momento. Este enemigo, sin embargo, no había actuado en absoluto de acuerdo con los cálculos de la alianza militar.

«¿Qué diablos es esto? ¿Su comandante incluso ha estudiado tácticas? ¿Quién pelearía una batalla como esta?” Palabras tontas vinieron de la boca del vicealmirante. Se levantó de su asiento de mando y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Se mantuvo una temperatura constante de 16.5 grados en todo el barco; no debería haber estado sudando…

«Comandante, ¿qué hacemos?»

La voz del oficial del personal que lo llamaba era aguda y carecía de la reserva adecuada. El tono sonó en los nervios del vicealmirante. ¿No fueron los oficiales de su equipo los que insistieron en que el avance a tres bandas era la táctica imbatible? Solo se siguió que la planificación de contingencias era su responsabilidad también. ¿Qué significaron, ‘¿Qué hacemos?’ Aun así, este no era el momento ni el lugar para perder la paciencia.

La flota de buques de guerra imperiales contaba con veinte mil, y la Cuarta Flota de la alianza solo doce mil. Los planes de la alianza habían sido totalmente descarrilados. Se suponía que debían rodear y atacar una fuerza enemiga de veinte mil barcos con tres flotas que totalizaban cuarenta mil – pero ahora la Cuarta Flota tendría que luchar sola contra una fuerza abrumadoramente mayor.

“Mensajes de emergencia de la segunda y sexta flota: ‘Enfrentando al enemigo en el sector α7.4, β3.9, γ menos 0.6. Solicitando apoyo inmediato’».

El vicealmirante dio la orden, pero el teniente comandante Nann, jefe de comunicaciones del buque insignia *Leónidas,* respondió con acciones

desesperadas y una expresión que coincidía. Las señales de interferencia de la flota imperial estaban afectando vorazmente a la red de comunicaciones de la flota de la alianza. Flotando en el vacío del espacio exterior, decenas de miles de embalses de interferencia electromagnética, desplegados por órdenes de Reinhard, estaban trabajando duro.

"¡En ese caso, envía lanzaderas de mensajería! ¡Dos de ellas para cada flota!" Mientras gritaba esas palabras, un destello de luz de la pantalla de visualización se volvió blanco por un instante. El ataque enemigo había comenzado, sus cañones de haz de neutrones disparaban descargas sincronizadas. Sus vastas salidas de energía y las ráfagas de luz que las acompañaban eran tales que parecía que los fondos de los ojos de los soldados podrían ser quemados.

Destellos de chispeantes, de color arco iris brillantes – las chispas que volaron en esos instantes cuando los rayos del enemigo impactaron en los campos de neutralización de energía – estallaron en la flota de la alianza. Las partículas de baja energía colisionaron a velocidades terribles, aniquilando unas a otras en un fenómeno caníbal.

Con los brazos agitando salvajemente, el vicealmirante gritó: "¡Formación de vanguardia, devuelvan el fuego! ¡Todas las naves, prepárense para una guerra total!"

La orden del vicealmirante Pastolle no había sido interceptada, pero en el puente de Brünhild, el buque insignia de la flota imperial, se oyeron olas de frío desprecio en los ojos azules de Reinhard cuando no dijo a nadie: «¡Sus respuestas son lentas, tonto incompetente!»

"¡Lancen los cazas! ¡Estamos cambiando a combate a corta distancia!", Ordenó el contralmirante Fahrenheit. Una aguda vitalidad brilló en su rostro y resonó en su voz, nacida de la exaltación de la batalla, junto con una confianza que vino de tomar la iniciativa . *Incluso si el «mocoso dorado» termina por tomar el crédito, ¡lo importante es ganar!*

Las naves de combate de una sola plaza y de alas cruzadas conocidas como walküren lanzaron desde sus gigantescas portanaves una tras otra. En el instante en que se soltaron de sus portanaves – debido al impulso – ya

habían alcanzado velocidades superiores a las de los portanaves; ni catapulta ni pista eran necesarias. Los walküren eran pequeñas embarcaciones, por lo que su poder de fuego no era tan grande,pero sobresalían en maniobrabilidad y eran extremadamente efectivos en una pelea de aérea.

La alianza también tenía cazas de un solo asiento correspondientes a los walküren; estos eran conocidos como spartanians.

Destellos de estallidos de hornos de fusión se desgarraban en cada cuarto, y vorágines de energías desatadas sacudían las naves de ambos lados en oleadas caóticas. Nuevos grupos de rayos de energía azotaron el espacio de batalla, y esquivando entre ellos los walküren se elevaron, ángeles de la muerte con cuatro alas vestidas de plata reluciente. Los spartanians de la alianza no siguieron a los walküren en su capacidad de combate, sino que una terrible desventaja dominó más allá de sus conos de nariz, y encontraron rayos esperándolos en el momento en que se separaron de sus portanaves, con el objetivo de destruir juntos al caza y al piloto.

Una hora después del inicio de la batalla, la vanguardia de la Cuarta Flota había sido destruida casi por completo por el ataque fulminante del escuadrón de la Armada Imperial bajo el mando de Fahrenheit.

De los 2,600 barcos que componen la vanguardia, ni siquiera el 20 por ciento seguía participando en el combate. Algunas naves se habían vaporizado por las explosiones de hornos de fusión, otras habían evitado las explosiones, pero habían sufrido daños muy graves como para seguir luchando, y otras todavía tenían daños estructurales leves, pero ahora se habían desplazado inútilmente por el espacio, habiendo perdido la mayor parte de su tripulación. En esta terrible condición, el colapso de la línea del frente no parecía estar a medio paso.

En el caso del acorazado *Néstor* , el daño se limitó a un solo punto en la parte inferior de la nave, pero la ojiva de neutrones que había penetrado allí había explotado en el interior, desatando una gran oleada violenta, matando con las partículas que habían barrido toda la nave, en un instante convirtió a Néstor en un ataúd para 660 oficiales y soldados.

Por esta razón, *Néstor* sin tripulación continuó siguiendo el curso final a Astrogador, y mientras avanzaba sobre carriles invisibles de inercia, rozó la nariz de su compañero, *Lemnos* , justo cuando los cañones delanteros principales de Lemnos desataban una descarga de fuego. en una nave enemiga. *Néstor* interceptó la descarga de fotones y cañones a quemarropa y explotó sin ruido un instante después, la energía del horno de fusión en explosión explotó a través de su campo de neutralización y golpeó a *Lemnos* de frente.

Hubo dos destellos de luz blanca, uno tras otro como gemelos nacidos, y para el momento en que se habían desvanecido, ni siquiera quedaba un fragmento de materia inorgánica. La tripulación de *Lemnos* había destruido una nave aliada y había recibido la muerte como recompensa.

«¡¿Qué están haciendo ustedes?!»

Ese grito fue del vicealmirante Pastolle.

Pero el que murmuró desdeñosamente: «¿Qué están haciendo *ustedes* ?» Fue el contraalmirante Fahrenheit.

Ambos habían estado observando esa escena a través de las pantallas de sus respectivos buques insignia. En las palabras de uno fue un grito de desesperanza y pánico; Las palabras del otro se burlaron, con toda la confianza que viene de un margen cómodo. La diferencia en esas dos voces era al mismo tiempo la diferencia entre las circunstancias de sus respectivas fuerzas.

II

En ese momento, la Segunda y la Sexta Flota de la Alianza se tambaleaban por el shock, acabando de enterarse del repentino cambio de circunstancias. Aun así, no habían decidido desviarse del plan original y seguían avanzando hacia el campo de batalla a la misma velocidad que antes.

El vicealmirante Paetta, comandante de la Segunda Flota, estaba sentado en la silla de mando de la nave insignia *Patroklos* , agitando una rodilla fuera

de la línea de visión de la tripulación. La irritación y la impaciencia lo mantuvieron balanceándose sin parar. El estado psicológico del comandante de la flota se reflejó en sus subordinados, y el aire en el puente se sintió cargado de electricidad.

En medio de todo eso, el vicealmirante notó a un hombre, y solo a un hombre, que no parecía especialmente molesto. Después de las más leves dudas, gritó su nombre:

«¡Comodoro Yang!»

«¿Señor?»

«¿Cómo observas las cosas? Tu opinión por favor.»

Yang, que se había levantado de su silla de la estación, se quitó la boina y se raspó ligeramente el pelo negro con una mano.

“El enemigo probablemente está tratando de destruir nuestras fuerzas individualmente antes de que podamos encontrarnos. Dado que la Cuarta Flota es numéricamente más pequeña, es natural que intenten deshacerse de ellos primero. La pelota está en su cancha en cuanto al objetivo más apremiante, y están aprovechando al máximo la iniciativa «.

«¿Crees que la Cuarta Flota puede resistir?»

“Ambas fuerzas se han enfrentado de frente. Lo que significa que la ventaja radica en que el lado supera en número a su oponente y, además, con el lado que dio el golpe inicial».

La expresión y el tono de voz de Yang parecían indiferentes. Mientras el vicealmirante Paetta lo observaba, seguía abriendo el puño y luego apretándolo para intentar exorcizar su molestia.

«En cualquier caso, tenemos que llegar al campo de batalla lo antes posible para reforzar a la Cuarta Flota. Con un poco de suerte, deberíamos poder golpear al enemigo desde atrás. Si hacemos eso, podemos cambiar la marea de un solo golpe».

«Eso probablemente no funcione, señor».

Yang parecía no preocuparse como siempre, lo que casi hizo que Paetta dejara pasar sus palabras sin ser reconocida. El vicealmirante había empezado a volver la cabeza hacia la pantalla, pero se detuvo y miró de nuevo al joven oficial.

«¿Qué te hace decir eso?»

“La lucha ya habrá terminado cuando lleguemos allí. El enemigo dejará el campo de batalla, y antes de que la Segunda y la Sexta Flota puedan reunirse, darán la vuelta a la retaguardia de una u otra y lanzarán un ataque allí. Dado que la Sexta Flota es la más pequeña de las dos, es casi seguro que serán los objetivos. El imperio tomó la iniciativa, y en la actualidad todavía la tienen. No creo que tengamos que seguir haciendo lo que ellos esperan más».

«Bien entonces, ¿qué propones?»

“Que cambiemos de táctica. En lugar de reunirnos con la Sexta Flota en ese espacio de batalla, ahora nos reunimos con ellos, sin un momento que perder, y preparamos un nuevo espacio de batalla en ese sector. Si combinamos las flotas, tendremos veintiocho mil embarcaciones, y después de eso podemos desafiarlas con más de cincuenta y cincuenta probabilidades de victoria».

«… Es decir, ¿quieres que mire hacia otro lado mientras la Cuarta Flota es masacrada?»

Una nota de reproche deliberado era evidente en el tono del vicealmirante. *Lo que dijiste es una cosa de sangre fría* , estaba pensando.

«Incluso si nos marchamos ahora mismo, no llegaríamos a tiempo».

El tono de Yang era brusco, ya fuera que supiera lo que estaba pasando en la cabeza del vicealmirante o no.

«Pero no abandonaré una fuerza amiga».

Ante las palabras del vicealmirante, Yang se encogió de hombros ligeramente.

«Luego, en última instancia, su táctica de atacar a cada grupo por separado facilitará la captura de las tres flotas».

«No necesariamente. La Cuarta Flota no será destruida sin dar una buena pelea. Si pueden seguir aguantando—”

«Acabo de decirle que será inútil, pero—»

«Comodoro Yang, la realidad se compone de algo más que cálculos de sangre fría. El comandante enemigo es el Conde von Lohengramm. Es joven e inexperto. Pero el vicealmirante Pastolle es un guerrero experimentado forjado en innumerables batallas. Comparado con eso—”

«Comandante, él no tiene experiencia como usted dice, pero su planificación táctica—»

«Suficiente, comodoro». El vicealmirante lo interrumpió, disgustado. No pudo contener su disgusto por este joven oficial de personal que simplemente no le daría la respuesta que quería.

El vicealmirante le indicó a Yang que volviera a sentarse y volvió la cabeza hacia la pantalla.

III

Habían pasado cuatro horas desde el inicio de la batalla. Para este punto, la Cuarta Flota de la Armada de la Alianza difícilmente podría llamarse una flota. No había una formación de batalla ordenada y bien organizada. No hay una cadena de mando unificada. No era nada más que focos dispersos de resistencia desesperada: aislados, desconectados, naves individuales en todos los lados librando una batalla perdida.

El buque insignia de *Leónidas* era ahora un pedazo colosal de metal vagando en el vacío. Dentro, no quedaba nada de lo que vivía. El cuerpo del comandante Pastolle había sido aspirado al vacío por el diferencial de

presión de aire en el instante en que el fuego enemigo concentrado había abierto una gran grieta en el casco del puente. En qué estado se encontraba su cadáver y en qué lugar del espacio se desplazaba, nadie lo sabía.

Mientras tanto, Reinhard sabía a estas alturas que acababa de conseguir una victoria completa. El informe llegó desde Merkatz a través de su pantalla de comunicación.

«La resistencia organizada ha terminado. Desde este punto en adelante, vamos a cambiar a operaciones de limpieza, pero…»

«No hay necesidad.»

"¿Señor?" Los ojos estrechos de Merkatz se estrecharon aún más.

«Solo un tercio de la batalla ha terminado. Puedes dejar los restos — necesitamos asegurar nuestras fuerzas para la próxima batalla. Seguirán más instrucciones. Hasta entonces, reorganizar nuestras formaciones».

«Como desee — su excelencia».

Con una solemne inclinación de cabeza, la imagen de Merkatz desapareció de la pantalla de comunicación.

Reinhard miró a su ayudante principal, pelirrojo.

«Incluso él ha cambiado su actitud un poco».

«Sí, él debe tener pocas opciones».

Esta es una gran victoria de primera ronda, pensó Kircheis. Incluso el almirantazgo tendrá que admitir que el plan táctico de Reinhard funcionó bien. Los soldados tomarán el corazón, y el enemigo quedará aturdido cuando vean su invencible formación destruida.

"¿Qué flota crees que deberíamos atacar a continuación, Kircheis? ¿El de estribor o de babor?"

«Es posible dar la vuelta a la popa de cualquiera de las dos, pero ¿seguro que ya te has decidido?”

«Bastante».

«Su Sexta Flota, posicionada a estribor, debe ser la fuerza más débil que tienen, ¿correcto?»

«Exactamente». Una sonrisa satisfecha apareció alrededor de la boca del joven comandante rubio.

«El enemigo puede estar esperando eso. Esa es la única preocupación que tengo, pero…»

Reinhard negó con la cabeza.

«No hay peligro de eso. Si adivinan lo que estamos haciendo, no continuarán con un plan de batalla que use fuerzas divididas. Intentarán encontrarse lo más pronto posible. Después de todo, juntos todavía nos superan enormemente. Que no lo hagan es una prueba de que no entienden la intención de nuestra flota. Daremos la vuelta al flanco de popa de estribor de la Sexta Flota y los atacaremos allí. ¿Cuántas horas necesitaremos?”

“Menos de cuatro”.

«Mírate, ya lo habías solucionado». Reinhard sonrió otra vez. Cuando sonrió, su rostro era como el de un niño. Pero lo que borró esa sonrisa de su cara en un instante fue darse cuenta de que varios conjuntos de ojos miraban fijamente su camino. Reinhard no mostraría su sonrisa fácilmente a nadie más que a Kircheis.

«Retransmitan a toda la flota. Gradualmente, cambie nuestro rumbo en el sentido de las agujas del reloj a medida que avanzamos, y ataquen a la Sexta Flota del enemigo en su flanco de estribor de popa.”

«Como desee», respondió Kircheis, pero estaba mirando a su oficial superior de pelo rubio como si todavía tuviera algo que decir.

Reinhard juntó las cejas con suspicacia y le devolvió la mirada.

«¿Tienes alguna objeción?»

«No es eso. Me preguntaba si podríamos dejar que los hombres descansen ya que ahora tenemos algo de tiempo libre».

«Oh, es cierto. No me había dado cuenta».

Reinhard emitió órdenes de que los soldados recibieran descansos de una hora y media cada uno, para ser tomados en dos turnos. Durante ese tiempo, debían comer y descansar en sus camas tanques.

Las camas tanques era esencialmente un acuario grande hecho de plástico liviano y lleno a una profundidad de treinta centímetros con agua fuertemente salinada, la temperatura se mantuvo a una temperatura constante de 32 grados centígrados. Cualquier persona que yace flotando en su interior disfrutaría de un estado de paz y tranquilidad perfectos, aislado de todo color, iluminación y calefacción, sonido y otros estímulos externos. Pasar una hora en el tanque se dice que tiene el mismo efecto en la mente y el cuerpo que ocho horas de sueño profundo. No había nada igual para restaurar rápidamente a los soldados desgastados en cuerpo y espíritu por el combate.

En escuadrones pequeños donde faltaban las instalaciones de los tanques, a veces se usaban estimulantes, pero a menudo no solo eran peligrosos para el cuerpo, sino que tenían un efecto negativo en la organización militar. Los soldados drogadictos no tenían absolutamente ningún valor como recurso humano, por lo que, en consecuencia, esta medida se tomó solo en las peores circunstancias.

Los heridos también fueron atendidos. Desde finales de la década de 1900, en el calendario de AD, se sabía que los electrones podían estimular las células del cuerpo, aumentando su capacidad de curación natural a pasos agigantados. Agregue a eso el desarrollo de la tecnología cyborg, y llegó una época en la que se pudo salvar al 90 por ciento de los soldados heridos que lograron ver a un médico militar. Aunque, por supuesto, era posible ser conducido a un estado en el que la muerte sería mejor…

En cualquier caso, las tripulaciones de los buques de la Armada Imperial fueron visitadas por un período temporal de paz y tranquilidad. El bullicio alegre se arremolinaba a través de los desordenados salones de cada barco. A pesar de que el alcohol estaba prohibido, los miembros de la tripulación estaban atados a una embriaguez nacida de la batalla y la victoria, y la comida les sabía mejor de lo que realmente era. «Incluso nuestro joven comandante es bastante bueno, ¿no crees?» Susurraron un poco de un lado a otro. «Estaba pensando que solo estaba aquí como adorno, sin nada a su favor, solo con su apariencia, pero realmente es el táctico. Tal vez incluso el mejor desde el Almirante Wood en los viejos tiempos…»

La pregunta de por qué, y para quién, ellos y sus desconocidos, desconocidos enemigos se estaban matando entre sí, no se escuchaba entre los soldados en ese momento. Se alegraron sencillamente y honestamente por su supervivencia y su victoria. Pero dentro de las próximas horas, una porción de estos sobrevivientes se agregaría a las filas de los recién fallecidos.

IV

«Una sombra de una nave se vislumbró a las 4:30. Identificación imposible».

Cuando se recibió el informe de un destructor en la retaguardia, el vicealmirante Moore, oficial al mando de la Sexta Flota de la Marina de la Alianza, estaba en medio de una comida con los oficiales de su personal. Con el cuchillo sobre su chuleta de gluten, el vicealmirante frunció el ceño al oficial que había entregado el mensaje. Clavado por una mirada más aguda que el cuchillo, el oficial se sintió asustado. El vicealmirante Moore era ampliamente conocido por ser un hombre imparcial pero burdo.

«¿A las 4:30, dices?»

La voz del vicealmirante era rival para su mirada.

«S-sí, señor. A las 4:30. Todavía no podemos decir si es amigo o no».

«¿Oh? Bueno, ¿de qué 4:30 estamos hablando? ¿Mañana o tarde?»

A pesar de los comentarios cáusticos, Moore interrumpió su comida y salió del desastre de los oficiales. Mirando hacia atrás a sus alarmados oficiales del personal, sus corpulentos hombros temblaron mientras se reía.

“¿Mirarás estas caras de ciervos en los faros? El enemigo está en la misma dirección hacia la que nos dirigimos — no pueden estar a las 0430, ¿verdad?»

El vicealmirante continuó hablando en voz alta.

«Estamos corriendo hacia el campo de batalla. La Segunda Flota sin duda está tomando la misma acción. Siendo ese el caso, podemos golpear al enemigo desde atrás desde estribor y babor. Tenemos muchas posibilidades de ganar — no, de hecho, definitivamente ganaremos. Desde la perspectiva de los números, desde la perspectiva de la formación…»

«Pero, Comandante—»

El hombre que interrumpió la introducción del vicealmirante en la elocuencia fue uno de los oficiales del personal, el teniente comandante Lappe. Se estaba limpiando la grasa de la boca con un pañuelo.

«¿Qué?»

«¿Y si el enemigo ha movido el espacio de batalla? Tal cosa ciertamente no está fuera del ámbito de —“

«¿Quieres abandonar a la Cuarta Flota?»

«Esto es difícil de decir, señor, pero los oficiales subalternos están proyectando que la Cuarta Flota ya ha sido derrotada».

Las cejas excesivamente exuberantes del vicealmirante se juntaron.

«Esa es una proyección audaz y más desagradable, ¿no es así, Comandante? Toda esa grasa parece tener tu boca funcionando como una máquina bien engrasada».

Avergonzado, el teniente comandante Lappe guardó su pañuelo.

Para ese momento, habían recorrido la circunvalación dentro de la nave hasta el puente, cuando inesperadamente el sistema de control gravitacional se retrasó por un momento, y ambos casi tropezaron. Había sido forzado por un cambio agudo de curso, aunque un dispositivo de medición estaba registrando energía direccional suficiente para destruir la nave justo más allá del casco.

«¡Enemigo atacando el flanco de estribor de popa!»

Los canales de comunicación de la Sexta Flota estallaron en gritos de sorpresa, que fueron borrados de inmediato por la estática.

Los oficiales se estremecieron, ya que las confusas transmisiones atestiguaron elocuentemente que el enemigo estaba muy cerca.

«¡No pierdas la cabeza, gente!»

La charla del vicealmirante Moore estaba dirigida a sí mismo a medias. Su arrepentimiento lo abofeteó con fuerza sobre su papada gruesa.

Los buques de guerra de vanguardia de la flota no estaban desplegados en la retaguardia. No había forma de que los barcos más viejos allí pudieran soportar un asalto desde atrás.

¡ *La fuerza imperial está detrás de nosotros! ¿Significaba eso que la Cuarta Flota fue destruida? ¿O el imperio había preparado una gran fuerza separada?*

«Intercepten y abran fuego».

A medida que la confusión brotaba en su corazón, el vicealmirante emitió un mínimo de órdenes, aún no capaz de resolver su confusión.

La fuerza imperial comandada por Merkatz, un experimentado almirante, había asumido una formación de ataque limpia y ordenada y lanzó el asalto a la Sexta Flota de la Armada de la Alianza. Los cañones de haz de neutrones arrojaron destellos de muerte brillantes contra los campos de

fuerza de bajo rendimiento lanzados por los buques de la alianza más antiguos, perforando los campos e incrustando las naves.

A través de su pantalla, Merkatz miró una escena de deslumbrantes bolas de fuego, floreciendo y desvaneciéndose en medio de la oscuridad eterna. Era un espectáculo que se había vuelto familiar durante los últimos cuarenta años, pero esta vez sintió algo profundo y poderoso que nunca antes había sentido.

Merkatz ya no miraba a Reinhard simplemente como esa «muñeca de porcelana rubia». Esa victoria inicial no había sido una casualidad. Fue el resultado adecuado de un cambio audaz de pensamiento, basado en una perspicacia aguda y una toma de decisiones cuidadosa. Permitiendo que las fuerzas de uno sean atacadas desde tres direcciones, solo para lanzar ataques separados en una fuerza dividida antes de que pueda cerrar la red.

No había manera de que pudiera haber hecho eso. Sus compañeros de armas de los viejos tiempos eran los mismos. Esto solo era posible para un hombre joven, uno que aún no había sido encadenado por la costumbre.

La era de viejos soldados como nosotros puede que ya haya pasado. Sin saberlo, en realidad había pensado tal cosa.

Incluso durante su momento de reflexión, la batalla se estaba volviendo más feroz.

La fuerza imperial penetró en las filas de la alianza como una barrena, ganando constantemente la ventaja tanto en los intercambios de disparos de cañones como en el combate cuerpo a cuerpo. Parecía que toda la fuerza estaba a gran altura, aprovechando la ventaja que venía con la extracción de sangre. La fuerza de la alianza estaba lanzando un contraataque desesperado, pero con los comandantes incapaces de recuperarse de su confusión, había pocas esperanzas para una gran concentración.

El vicealmirante Moore, de pie congelado como una escultura de un templo en medio del piso del puente, gritó: «¡Todas las naves, vengan!» Por fin se había decidido. Hasta entonces, solo había estado diciendo, '¿Qué está pasando?' Una y otra vez.

«¡Comandante! Incluso si nos damos la vuelta, no causaremos más que confusión. Creo que deberíamos avanzar a toda velocidad mientras ejecutamos un cambio de rumbo en el sentido de las agujas del reloj: atacar al enemigo por detrás”.

La sugerencia del teniente comandante Lappe chocó con el corpulento cuerpo del vicealmirante y rebotó sin sentido.

«Cuando lleguemos al lado trasero del enemigo, la mayoría de nuestras naves seran destruidas. Giren y disparen.”

«Sí, pero –»

«¡Cállate!»

El vicealmirante Moore lanzó un grito de enojo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera, y el teniente comandante cerró la boca, entendiendo claramente que su oficial al mando había perdido la cabeza.

Cuando comenzó a surgir el gigantesco casco de *Pergamum* , el buque insignia de la Sexta Flota, los otros buques que lo seguían hicieron lo mismo. Pero no fue una maniobra fácil de lograr bajo fuego. El experimentado Merkatz saltó sobre la confusión de su enemigo de inmediato.

Los cañones de rayos de la fuerza imperial golpearon con fuerza con cascadas de rayos brillantes que cruzaban el cielo como lluvias de meteoros. En cada cuartel, los campos de fuerza neutralizadora de energía se sobrecargaron y colapsaron, y las naves de la alianza fueron destruidos.

Las crecientes oleadas de energía ya vistas en el espacio de batalla anterior empezaban a formarse nuevamente en este caso, y el Vicealmirante Moore y el Teniente Comandante Lappe tenían la sensación de que solo ellos lanzaban los barcos de la alianza.

«Varias embarcaciones pequeñas se cierran rápidamente en *Pergamum* «, gritó un operador. Una de las pantallas mostraba un gran enjambre de walküren, y en poco tiempo ocuparon las pantallas de numerosas consolas.

Demostrando ágilmente su maniobrabilidad, llegaron disparando rayos a quemarropa.

«Va a ser un combate aéreo*. Lanza a los spartanians.”

*(JuCaGoTo: Dogfight, que literalmente significa pelea de perros, tiene otro significado en la milicia y es ‘combate aéreo’, desde ahora pondré combate aéreo)

Esta orden también llegó demasiado tarde y les costó caro. Los walküren habían estado esperando el instante en que los spartanians se separarían de sus portanaves. Cuando un torrente de rayos brillantes explotó sin piedad, la nave de combate de la alianza explotó en bolas de fuego, privada incluso del derecho a morir en la batalla.

“¡Comandante, mire eso!” Un operador estaba apuntando a una de las pantallas. Un acorazado imperial se acercaba a ellos. Y detrás de él, y detrás de lo que había detrás, uno traslapado con el siguiente, se podían ver las sombras de más barcos. El puente estaba bañado por un aire opresivo de amenaza.

Pergamum estaba ahora rodeado por múltiples anillos de barcos.

«Están enviando una señal de luz», informó el operador en un susurro cercano.

«Mira si puedes decodificarlo». El vicealmirante Moore guardó silencio; el aviso vino del teniente comandante Lappe. Incluso su voz era baja y seca.

«Decodificando… ‘Estás completamente rodeado y sin ningún medio de escape. Ríndete, y prometo tratarte misericordiosamente’».

El mensaje decodificado se repitió una vez y luego terminó, e innumerables miradas e incontables silencios se clavaron en el cuerpo masivo del Vicealmirante Moore. Cada uno de ellos estaba urgiendo una decisión del comandante de la flota.

«‘Rendirnos’, dice…» El rostro del vicealmirante se volvió rojo oscuro mientras gruñía su respuesta.

«¡Olvídalo! Puede que sea un fracaso, pero no seré un cobarde».

Veinte segundos después, un destello blanco lo envolvió.

V

La acumulación de inquietud acumulada estaba a punto de alcanzar el punto de saturación.

Un trueno invisible parecía colgar sobre el puente de *Patroklos* , el buque insignia de la Segunda Flota de la Armada de la Alianza. ¿Cuándo surgirá una descarga de inquietud? Cuando se emitieron órdenes de asumir una formación de batalla de primera etapa, toda la tripulación se estaba cambiando a trajes espaciales. Aún así, la inquietud estaba pasando a través de sus trajes, haciéndolos estallar en piel de gallina.

«Aparentemente, las Flotas Cuarta y Sexta han sido destruidas».

«Estamos todos solos aquí. Y ahora la fuerza del enemigo es más grande que la nuestra».

«Quiero información. ¿Qué está pasando? ¿Cuál es la situación actual?”

Hablar fuera de turno estaba prohibido, pero si no decían algo, la inquietud sería insoportable. Esto no estaba en el plan. ¿No iban a atrapar a un enemigo la mitad de su tamaño en un ataque de pinzas de tres vías, acabar con ellos y levantar una canción de victoria…?

De repente, la voz de un operador sonó a través del puente desde su micrófono.

«Flota enemiga cerrando».

«A la una o las dos…» murmuró Yang. Aunque habló solo a sí mismo, el siguiente informe llegó como si respondiera:

«Viniendo 0110, elevación menos once grados, cerrando a alta velocidad».

Yang no respondió a la tensión que entonces agarró el puente de la nave insignia *Patroklos* en sus garras.

Esto fue todo lo que había anticipado. La fuerza imperial había golpeado a la Sexta Flota de la alianza en su flanco de estribor de popa y se aburrió para emerger desde el frente en su lado de babor, trazando una curva natural mientras ahora giraba su punta de lanza hacia su último enemigo restante, la Segunda Flota. Con la Segunda Flota avanzando en línea recta, solo siguió que la flota imperial debía aparecer en algún lugar entre la una y las dos en punto.

«¡Estaciones de batalla!», Ordenó el vicealmirante Paetta, y Yang pensó, *Eres demasiado lento.*

Esperar a que el enemigo viniera a ti y luego luchar era la táctica ortodoxa, pero en este caso, era imposible ignorar el hecho de que los pensamientos de Paetta estaban bloqueados. Las medidas que debían tomarse también necesitaban el tiempo adecuado para funcionar. Con maniobras rápidas, no habría sido imposible golpear a la fuerza enemiga por detrás y luego coordinar con la Sexta Flota para atraparlos en un movimiento de pinza.

En la batalla, era imposible sacrificar a nadie. Sin embargo, al mismo tiempo, el efecto de la victoria se redujo en proporción inversa a las crecientes pérdidas. Fue en la búsqueda del punto que hizo compatibles ambas proposiciones que la táctica como disciplina encontró su razón de ser. En otras palabras, significó obtener el máximo efecto para las pérdidas mínimas, o para decirlo más fríamente, encontrando la forma más eficiente de asesinar a sus compañeros. Yang se preguntó si su comandante entendía eso.

Era demasiado tarde para hacer algo por los que ya estaban sacrificados. Y desde el principio, esto no fue algo que pudiera ser barrido debajo de la alfombra diciendo: «No se pudo evitar». El liderazgo militar debería estar agachando la cabeza por su pobre liderazgo táctico. Pero eso vendría después— después de todo lo dicho y hecho, en lo que tenían que pensar

ahora era cómo evitar una reproducción expansiva de su error y cómo encontrar alguna forma de convertir un desastre en una bendición.

Si los arrepentimientos podrían traer de vuelta a los oficiales y soldados muertos, el latón debería estar derramando lágrimas por el kilolitro. Pero en última instancia, no harían nada más que jugar con el dolor, ¿no es así?

“¡Todas las naves, abran fuego!”

Si esa orden llegó antes o después, nadie podría decirlo. Un destello de luz lo suficientemente fuerte como para hacer que las personas pensaran que sus retinas habían sido fritas robaron la visión de todos los que estaban en el puente.

Con un retraso de medio instante, el cuerpo de *Patroklos* fue empujado por un estallido explosivo de energía, luego arrojado y girado en todas direcciones.

Los ruidos de las cosas que se caen y los objetos que chocan se superponen con gritos y gritos de ira. Ni siquiera Yang pudo evitar caer. Le dio un fuerte golpe en la espalda y le sacaron el aire. Cuando el comunicador de su casco recogió un caótico revoltijo de ruidos y voces y un feroz flujo de aire del área circundante, Yang enderezó su respiración y cubrió sus ojos ciegos con las palmas de las manos — protegiéndolos, aunque sea después del hecho.

¿Y quién necesitaba una reprimenda sobre eso? El no poder ajustar la capacidad de fotoflujo de las pantallas no fue un error fácil de perdonar. Si este tipo de cosas siguieran sucediendo, sería una maravilla si no perdieran.

“… ¡Esto es una torreta de popa! Puente, por favor responda. ¡En espera de órdenes!»

“—Esta es la sala de máquinas. Puente, responda por favor…”

Al final, Yang abrió los ojos. Una niebla esmeralda colgaba sobre todo su campo de visión.

Se sentó y notó a la persona que yacía a su lado. Un fluido espeso y pegajoso, profundamente coloreado cubría todo, desde la boca hasta el pecho.

«Comandante», dijo Yang en voz baja, mirando fijamente la cara del vicealmirante. Plantó sus dos piernas firmemente y se puso de pie.

Una fisura ahora corría a través de una sección del mamparo, y la presión del aire caía rápidamente. Parecía que algunos de los que no habían encendido sus botas magnéticas habían sido succionados. Sin embargo, la abertura estaba siendo sellada rápidamente por un agente de enlace vaporizado soplado contra ella desde la pistola de operaciones del sistema de auto-reparación.

Yang miró alrededor del puente. Esto fue un desastre; Casi nadie seguía en pie. Después de confirmar que su comunicador de su casco aún funcionaba, Yang comenzó a dar instrucciones.

«El comandante Paetta está herido. ¿Un cirujano de la marina y paramédicos vengan al puente, por favor? Funcionarios de operaciones, averigüen qué tan dañados estamos y comience las reparaciones — puede informar más tarde. Por favor apúrense. En las torretas de popa, todas las naves ya están en combate, por lo que no debería necesitar ninguna instrucción en particular — realice sus tareas asignadas. Sala de máquinas: ¿dijiste algo?”

«Estaba preocupado por las cosas en el puente, señor. Aquí no hay daño.”

«Bueno, gracias a Dios por eso». Había una nota de sarcasmo en su voz.

“El puente está operativo, como se puede escuchar. Ahora quiero que se calme y se centre en sus deberes».

Echó otra mirada alrededor del puente.

«¿Hay un oficial aquí que no está herido?»

Un hombre dio un paso adelante con un andar ligeramente peligroso.

«Estoy bien, Comodoro.»

«Tú eres, um…»

“Teniente comandante Lao, del equipo de oficiales de personal”. La cara de ojos pequeños y nariz pequeña que asomaba por el casco del traje espacial tenía casi la misma edad que Yang. Además, dos astrogators y un operador levantaron sus manos y se pusieron de pie, pero eso fue todo.

«¿Nadie más?»

Yang golpeó su casco sobre donde estaba su mejilla. El liderazgo de la Segunda Flota había sido esencialmente eliminado.

Un cirujano naval entró corriendo con un equipo de paramédicos. Rápida y eficientemente, revisaron al vicealmirante Paetta y le dijeron a Yang que una costilla rota le había perforado el pulmón cuando su pecho se estrelló contra la esquina de un panel de control.

«Ha tenido bastante mala suerte», opinó el médico innecesariamente. Por otro lado, uno no puede negar que la suerte de Yang fue buena.

«Comodoro Yang…» El Vicealmirante Paetta llamó a su joven oficial de personal, asaltado por tormentos físicos y mentales.

«Usted tome el mando de la flota… «

«¿Yo, señor?»

«Usted es el oficial de mayor rango que todavía está en una pieza. Muéstrame… lo que tienes como táctico…» El vicealmirante dejó de hablar de repente, había perdido el conocimiento. El médico de la marina llamó a un robot que servía de ambulancia.

«Piensa muy bien de ti, ¿verdad?», Dijo el teniente comandante Lao, impresionado.

«¿Él? Me pregunto.»

El teniente comandante Lao, inconsciente de los choques de opinión entre el vicealmirante y Yang, dio una mirada dudosa a esa respuesta. Yang se acercó al tablero de comunicaciones y encendió el interruptor para la comunicación externa. Parecía que las máquinas estaban construidas más sólidamente que las personas.

“Atención, a todas las naves. Este es el siguiente al mando del comandante de la flota Paetta, el oficial de personal Comodoro Yang».

La voz de Yang corrió a través del espacio vacío, perforando el vacío.

«El buque insignia de *Patroklos* ha recibido un golpe, y la comandante Paetta está gravemente herido. Por su orden, estoy tomando el mando de la flota».

Aquí se detuvo por el espacio de una sola respiración, dando a sus compañeros el tiempo que necesitaban para recuperarse del shock.

«No se preocupen. Si siguen mis órdenes, estarán bien. Si quieren volver a casa con vida, necesito que mantengan la calma y hagan lo que les digo. En el momento presente, nuestro lado está perdiendo, pero lo único que importa es ganar en el último momento».

Hoo- chico, incluso estoy hablando terriblemente en grande. Yang sonreía irónicamente, pero solo en el interior; No lo dejó salir a la superficie. En la posición de comandante, tenías que inflar tu pecho incluso cuando tenías ganas de colgar la cabeza.

«No vamos a perder. Todas las naves: concéntrate en destruir sus objetivos uno por uno hasta que te envíe más instrucciones. Terminado.»

Esa transmisión también estaba siendo monitoreada por las fuerzas imperiales. En el puente de la nave insignia de Brünhild, Reinhard arqueó levemente sus finas cejas.

«¿No vas a perder? Si siguen tus órdenes, estarán bien. Parece que las fuerzas rebeldes tienen personas que también pueden escupir mucho”. Un destello frío como el de un trozo de hielo abrigado en sus ojos.

“En este punto, ¿cómo pretendes compensar tu fuerza más débil?… Hmm, no importa. Vamos con ‘Muéstrame lo que tienes’. ¡Kircheis!»

«Señor.»

«Reagrupen nuestras filas. Dile a todas las naves que asuman la formación de eje ¿Entiendes por qué?”

«¿Tiene la intención de un avance frontal?»

«Correcto, como he llegado a esperar de ti».

A través de Kircheis, la orden de Reinhard fue transmitida a cada nave en la fuerza imperial.

De no ser por su casco, Yang se habría quitado la boina para rascarse el pelo negro en ese momento. Cuando había poca diferencia de la armada en la fuerza, la táctica más efectiva para el lado atacante era el avance frontal o el cerco parcial. Había estado adivinando que elegirían al más agresivo de los dos, y parecía que había logrado golpear el clavo en la cabeza.

«Teniente Comandante Lao».

«Sí, Comandante interino, señor».

«El enemigo está asumiendo una formación de eje. Van a ir por un penetración frontal.»

«¡Una penetración frontal!»

«Están de muy buen humor después de acabar con la Cuarta y Sexta Flota. La fuerza imperial probablemente ni siquiera pensará en otra cosa».

El teniente comandante Lao miró tristemente a Yang mientras le daba su comentario. Yang, reflexionó Yang, dijo: «La falta de entusiasmo en la fuerza de alianza, de la cual la expresión de Lao era representativa», fue el verdadero fruto de las tácticas agresivas del imperio.

«¿Cómo planeas contrarrestarlo?»

«Tengo algo en mente».

“¿Pero cómo nos comunicamos con los otros barcos? Existe el peligro de que el enemigo esté escuchando nuestras transmisiones. Las señales de luz tienen el mismo problema, y los transbordadores tardarían demasiado tiempo».

«No te preocupes, use múltiples canales y pídales a todos los barcos que abran los circuitos C4 de sus computadoras tácticas. Eso será suficiente Si eso es todo lo que decimos, el enemigo no debería entender, incluso si lo recogen».

«Comandante interino, señor, ¿eso significa… Su Excelencia ya había elaborado un plan e ingresó los datos… mucho antes de que esta batalla comenzara?»

«Aunque preferiría haberlo perdido», dijo Yang. Tal vez en su tono de voz había una ligera nota de auto-justificación. Las miradas heladas habían sido una recompensa estándar para los profetas de la derrota, incluso cuando Cassandra era la reina en Troya.

«No importa, apúrate y transmite mis instrucciones».

«Sí señor, de inmediato».

El teniente comandante Lao se apresuró a trotar hacia el asiento del oficial de comunicaciones reocupado. Con solo cinco oficiales sin daños, correr el puente era imposible, por lo que unos diez hombres fueron convocados de otros departamentos. Los buques de guerra no llevaban exceso de personal, lo que significaba que *Patroklos* sería disminuido en otros lugares. Sin embargo, no se pudo evitar.

Tomándose su tiempo, la fuerza imperial preparó su formación de eje y luego comenzó su carga. Las naves de la alianza los encontraron con armas de fuego, pero las naves imperiales no les prestaron atención. A medida que la distancia entre los dos se estrechaba, las vigas en erupción comenzaron a tejer incontables patrones de barras entrecruzadas.

Dirigido por Fahrenheit, el escuadrón de vanguardia del imperio no se ralentizó cuando llegó a las filas de la alianza.

«¡Todas las naves enemigas nos están embistiendo!»

La voz del operador era aguda y fuerte.

Yang miró el panel en el techo. Un gran monitor angular de 270 grados fue insertado allí. A medida que las naves enemigas aceleraban y cerraban la distancia, parecían saltar ferozmente hacia la garganta de la alianza. Sus movimientos eran dinámicos y precisos. En vista de eso, las fuerzas de la alianza que los interceptaron no pudieron evitar parecer lentos y deslucidos.

Bueno, veamos que pasa.

En la silla de mando, Yang se cruzó de brazos. Realmente no estaba tan compuesto como parecía. En la actualidad, las acciones del enemigo estaban dentro de los límites de las predicciones de Yang. El problema era lo que sus aliados harían. Todo estaría bien si siguieran su plan, pero un paso en falso y las cosas probablemente se saldrán de control y toda la fuerza se pondrá en fuga. ¿Y qué haría él entonces?

Rasca su cabeza y finge parecer avergonzado, se dijo Yang, respondiendo a su propia pregunta. No podía predecirlo todo, ni había un movimiento infaliblemente correcto que pudiera hacer. Él no era responsable de las cosas más allá de su poder.

VI

El panel de proyección que formaba el techo estaba cubierto de luces pulsantes. El acorazado *Patroklos* estaba ahora en medio de un remolino de rayos de partículas. Las vigas se dirigían hacia ellos desde adelante y hacia atrás, a babor y estribor, arriba y abajo, en un grosor que se parecía más a garrotes que a las lanzas.

Patroklos también había abierto fuego, enviando exhalaciones de muerte y destrucción que se estrellaron contra sus enemigos. Un inmenso desperdicio

de energía humana — o energía material— estaba siendo justificado como el camino hacia la victoria y la supervivencia.

“¡Acorazado enemigo cerrando! A juzgar por su modelo, probablemente sea *Wallenstein* «.

Wallenstein ya había sufrido daños estructurales considerables, aparentemente habiendo cargado directamente a través del fuego. Su batería principal medio arruinada apuntó a *Patroklos* desde el frente, pero la respuesta de *Patroklos* , esta vez, fue rápida.

“¡Disparen todos los cañones principales! ¡El objetivo está justo delante de nosotros!”

La orden provino del teniente comandante Lao, quien se estaba duplicando temporalmente como jefe de artillería.

Los cañones frontales de *Patroklos* escupieron haces de neutrones sincronizados, marcando un impacto directo en *Wallenstein* , muerto en su parte media.

Después de un instante de angustia, el acorazado gigantesco de la Armada Imperial explotó. Se oyeron gritos en el circuito de comunicaciones del casco de Yang, pero sus notas finales se transformaron en gritos de terror renovado. El siguiente buque enemigo, *Kärnten*, se estrelló arrogantemente a través del brillante remolino blanco de la explosión de fusión, y reveló su forma majestuosa. Yang reconoció nuevamente la dignidad y la grandeza de la formación de la Armada Imperial, así como su fuerte espíritu de lucha.

Estaba claro que su poderosa voluntad de luchar era la que había nacido de sus abrumadoras victorias. Por un momento, Yang se sintió cautivado por la idea de poder presenciar el momento en que nació un gran general.

«Algunos generales se llaman ‘sabios’ y otros ‘feroces’, pero un comandante que trasciende esas categorías — que inspira en sus hombres una fe inquebrantable — es a quien yo llamo ‘grande'». Yang había leído esas palabras en un libro de historia. *Reinhard von Lohengramm todavía debe ser bastante joven, pero al menos, está en camino de ser ‘grande’. Es*

una amenaza para las fuerzas de la alianza y para las viejas estructuras de poder en la Armada Imperial, lo más probable es que también sea una amenaza.

Yang se cruzó de brazos hacia el otro lado y saboreó la pequeña satisfacción que pudo al pensar que probablemente estaba sentado justo en medio de la corriente de la historia.

Incluso durante ese intervalo, el estado del campo de batalla fue cambiando momento a momento.

Kärnten y *Patroklos* habían intercambiado disparos, pero en medio de la confusión de la batalla, se habían separado, sin que ninguno hubiera dado un golpe mortal.

Yang desvió su mirada hacia el modelo de campo de batalla simulado que la computadora táctica mostraba en su monitor. Las formas simplificadas mostraron la distribución y condición de ambas fuerzas.

Los movimientos de ondulación hacia atrás corrían de vez en cuando a través de la flota de la alianza, pero en general, la pantalla mostraba el avance de la fuerza imperial y la retirada de la fuerza de la alianza.

Esos movimientos fueron aumentando gradualmente en velocidad. El imperio avanzó, la alianza retrocedió. Las pequeñas ondulaciones de propagación inversa se desvanecieron, y cuanto más se simplificó la imagen simulada, más se amplificó el efecto. Para la mayoría de los ojos de cualquiera, el imperio parecía estar listo para tomar la victoria de la mano y la alianza derrotada por la cola.

«Parece que hemos ganado», murmuró Reinhard.

Mientras tanto, Yang también estaba asintiendo con la cabeza hacia el teniente comandante Lao. «Parece que va a funcionar», dijo, sin vocalizar su alivio . *¡Gracias a Dios!*

Lo que había preocupado a Yang era si las naves de su lado seguirían o no sus instrucciones. Tenía confianza en la operación planificada en sí. En este

punto ya no había forma de ganar. Sin embargo, todavía era posible terminar esto sin perder. Pero eso solo podría suceder si las otras naves siguieran el plan.

No había duda de que los comandantes de escuadrones obstinados rechazaban la idea de obedecer a un comandante joven e inexperto como Yang, pero ante la ausencia de cualquier otro plan de batalla efectivo, no había más remedio que aceptar las órdenes de Yang. Sin embargo, si el deseo de supervivencia los motivó más que cualquier sentido de lealtad, Yang no tuvo la menor objeción.

Un asomo de desconcierto comenzó a aparecer en la cara de Reinhard.

Se levantó de su asiento, puso ambas manos en la consola de comandos y miró la pantalla superior. La irritación comenzaba a hervir por todo su cuerpo.

Sus aliados avanzaban, y sus enemigos se retiraban. Golpeado por el ataque frontal, la flota de la alianza se estaba dividiendo a la izquierda y la derecha. Las escenas en la pantalla, la simulación que la computadora táctica estaba reconstruyendo en su monitor, los informes de estado provenientes de la vanguardia —Todos describían exactamente la misma situación.

Aun así, un sonido de trueno distante comenzaba a retumbar débilmente en el fondo de su mente. Se dio cuenta de una sensación de malestar que se comió sus nervios, del tipo que tienes justo antes de que te des cuenta de que se te ha jugado algún truco sucio.

Puso el puño que había hecho con su mano izquierda contra su boca, apoyando sus dientes ligeramente en la segunda articulación de su dedo índice. Y en ese instante, sin ninguna razón, intuyó lo que su enemigo tenía en mente.

«¡No!»

Ese grito bajo, ahogado por los gritos de los operadores, no llegó a los oídos de nadie.

“¡Su fuerza se ha separado a babor y estribor! ¡Ellos — ellos van a correr junto a nosotros a lo largo de ambos flancos!”

En medio de un gran revuelo sorprendido, Reinhard gritó a su ayudante pelirrojo.

«¡Kircheis! Nos tienen. El enemigo quiere separarse en ambos flancos y dar la vuelta por nuestro lado trasero. Están usando nuestro avance frontal contra nosotros. *¡Malditos sean!* ”

El joven de cabello dorado golpeó su puño contra la consola de mando.

«¿Qué debemos hacer? ¿Invertir rumbo e interceptar?”

La voz de Kircheis no había perdido nada de su fría autoestima. Eso tuvo un efecto calmante en los nervios de su oficial al mando enfurecido momentáneamente.

«No seas absurdo. ¿Quieres que sea más imbécil que el comandante de la Cuarta Flota?”

«En ese caso, todo lo que podemos hacer es avanzar».

«Exactamente». Reinhard asintió y dio órdenes a su oficial de comunicaciones.

“¡A todas las naves, a toda velocidad por delante! Sujeten la parte trasera del enemigo que corre hacia nosotros. Aguanten hacia la derecha. ¡Y dense prisa!”

VII

Treinta minutos más tarde, ambas formaciones se extendieron en forma de anillo. Fue una visión extraña. La vanguardia de la alianza se vio envuelta en un ataque violento contra la cola de la flota imperial, mientras que la vanguardia imperial atacaba una cola de la flota de la alianza bifurcada.

Visto desde muy lejos en las profundidades del espacio, podría haber parecido a dos serpientes gigantescas y brillantes que intentan tragarse una a la otra, cada una desde la cola de la otra hacia arriba.

Mirando fijamente el modelo simulado en la pantalla, el teniente comandante Lao dijo con admiración en dirección a Yang: «Nunca había visto una formación de batalla como esta».

«Me imagino que no… También es la primera vez para mí».

Pero las palabras de Yang fueron solo verdaderas a medias. Cuando la humanidad había vivido solo en la superficie de un planeta atrasado llamado Tierra, este tipo de formación había aparecido en los campos de batalla muchas veces. Incluso las brillantes tácticas empleadas por el Conde von Lohengramm tuvieron precedentes en las guerras terrestres. Desde tiempos antiguos — para bien o para mal — los genios militares inevitablemente subieron al escenario durante las épocas de la guerra, poniendo de cabeza lo que había sido el pensamiento táctico ortodoxo hasta su llegada.

«¡Mira esta miserable excusa para una formación de batalla!»

El grito enfurecido resonó en el puente de *Brünhild.* Reinhard reprimió su voz y gruñó.

«¿Esto no significará una batalla de desgaste …?»

Se le entregó un informe de la muerte de un oficial de alto rango. El contraalmirante Erlach había sido sorprendido con el barco en el que había estado a bordo. Ignorando la orden de Reinhard de ir a toda velocidad, había estado tratando de darse la vuelta e interceptar la fuerza de la alianza cuando en el medio de su barco había recibido un impacto directo de un cañón de haz de neutrones.

¡Qué clase de imbécil trata de girar una nave justo frente a los enemigos que están pisándole los talones! Él sólo tiene la culpa. Sin embargo, aun así, no se puede negar que esto arroja una leve sombra sobre la victoria del imperio.

Yang había comprendido desde el momento en que lanzó esta operación que se convertiría en una batalla de desgaste. El comandante de la flota imperial, el conde von Lohengramm, no era tonto. No era probable que continuara una batalla infructuosa que no hizo más que aumentar el derramamiento de sangre y la destrucción. Ese había sido el plan: forzar al enemigo a tomar esa decisión…

«El enemigo debería comenzar a retirarse pronto», dijo Yang al teniente comandante Lao.

«¿Vamos a perseguirlos?»

«… No lo hagamos.» El joven comandante negó con la cabeza. “Sigamos su ejemplo —Cuando se retiren, nosotros también — Hemos hecho todo lo que podemos hasta ahora, no hay manera de que podamos seguir luchando».

También se estaba celebrando una conversación en el puente de *Brünhild* .

«¿Kircheis, tus pensamientos?»

«Puede que sea hora de un retiro táctico…» Fue una respuesta reservada pero no ambigua.

«¿Tú también lo crees?»

“Si continuamos luchando, el daño en ambos lados solo aumentará. Eso no serviría para ningún propósito militar».

Reinhard asintió con la cabeza, aunque un poco de insatisfacción flotaba en sus mejillas juveniles. Incluso si aceptaba el razonamiento, no estaba satisfecho emocionalmente.

«¿Eso es frustración?»

“Nada de eso, aunque quería una victoria más inequívoca. Es solo una pena, es todo, como dejar de lado los toques finales de una pintura».

Así es como eres tú , pensó Kircheis, una media sonrisa inconsciente formándose alrededor de su boca.

«Aniquilaste dos de sus flotas al atacar sus fuerzas por separado, incluso cuando te rodeamos por tres lados con una fuerza que es el doble de la nuestra. Y a pesar de que la flota restante giraba y se ponía de espaldas, todavía luchabas contra ellos para detenerlos. ¿No es eso suficiente? Esperar por algo más sería lo que llamamos 'sólo un poco codicioso'».

«Lo sé. Y también está la idea de dejar algo para esperar otro día».

Aunque las dos flotas continuaron disparándose una contra otra, la formación finalmente se extendió gradualmente hacia afuera horizontalmente a medida que las dos fuerzas comenzaron a poner distancia entre sí. La velocidad del fuego también disminuyó, y la densidad de las energías que se están desatando se redujo precipitadamente.

«Él es bastante bueno. Mejor de lo que esperaba". En la voz de Reinhard se mezclaron tanto la irritación como la alabanza. El joven comandante con el cabello dorado estaba pensando profundamente, y después de unos minutos llamó a su ayudante.

«¿Cuál era el nombre del comandante de la Segunda Flota, el hombre que se hizo cargo a mitad de camino?»

«El comodoro Yang Wen-li».

«Eso es correcto— Yang. Envíele un e-gramo a mi nombre.» Kircheis, sonriendo, preguntó.

» ¿Qué tipo de mensaje debo enviar?"

«'Mis felicitaciones a usted, comandante, en una batalla valientemente peleada… Esté bien hasta el día de nuestro próximo encuentro…' Algo en ese sentido debería estar bien».

«Como desées.»

Kircheis transmitió la orden de Reinhard al oficial de comunicaciones, quien respondió con una ligera inclinación de cabeza. Kircheis le devolvió una agradable sonrisa. «Al igual que tú, oficial… No tengo ninguna prisa por luchar contra un oponente tan duro de nuevo. Es mejor tener victorias fáciles que encontrarse con enemigos a los que tenemos que alabar».

«Absolutamente, señor», respondió el oficial de comunicaciones con una inclinación de cabeza.

Las nuevas órdenes de Reinhard sonaron: «Regresamos a Odin. Todas las naves, entren en formación.”

Después de agregar algunas órdenes adicionales — «Iremos a la fortaleza de Iserlohn en el camino… Calcule el daño a amigos y enemigos lo antes posible» — Reinhard bajó el respaldo de su silla de mando hasta que estuvo frente al techo hemisférico casi directamente y cerró los ojos en su silla.

Sintió que el agotamiento brotaba de debajo de la superficie de su conciencia. Debería estar bien dormir solo un rato. *Sólo un breve descanso. Kircheis me despertaría si algo sucediera. Simplemente deje los ajustes para el viaje a casa al sistema de astrogación inercial …*

Para el líder de una fuerza derrotada, delegar las operaciones de escuadrones a los comandantes de rango inferior y tomar una siesta no estaba permitido. La mayor obligación de Yang fue la recuperación de los que se quedaron, por lo que tuvo que correr de espacio de batalla a espacio de batalla buscando sobrevivientes de las Flotas Cuarta y Sexta. *Al igual que con la mayoría de las cosas, la parte más difícil es recoger los pedazos cuando se acaba*, pensó Yang mientras se quitaba el casco de su traje espacial y bebía leche enriquecida con proteínas de un vaso de papel.

«Usted tiene un e-gram de la flota imperial, Asistente del personal de la Oficina – quiero decir, Comandante interino, señor…»

El rostro del teniente comandante Lao, que había venido a informarle, estaba lleno de curiosidad. *Esta batalla no ha sido más que sorpresas de principio a fin, decía su expresión.*

«Léelo por mí».

«Um, está bien. Aquí va: ‘Mis felicitaciones a usted, Comandante, en una batalla valientemente peleada… Esté bien hasta el día de nuestro próximo encuentro. El almirante mayor Reinhard von Lohengramm, la Armada Imperial Galáctica. Terminado.'»

«‘Luche valientemente», ¿dice? Estoy muy honrado «.

La próxima vez que nos encontremos, te voy a volver polvo, fue cómo Yang tomó el mensaje.

Infantilismo era lo que probablemente debería llamarlo, pero no logró despertar la mala voluntad de su parte.

«¿Qué tengo que hacer? ¿Debo enviar una respuesta?”

Yang respondió a la pregunta del teniente comandante Lao en un tono poco entusiasta.

«Dudo que realmente estén esperando algo así. No importa, solo ignóralo».

«… Sí señor.»

“En lugar de eso, date prisa y lleva a los sobrevivientes a bordo. Quiero salvar a todos los que podamos».

Después de despedirse del teniente comandante Lao, Yang volvió su mirada hacia su consola. La propuesta de operaciones que había presentado al vicealmirante Paetta antes del inicio del combate estaba en el suelo debajo de ella. Una sonrisa amarga adornó la boca de Yang. Nunca había esperado ser probado de esta manera. ¿Qué tan alto es el número de muertos? Yang podía imaginar las caras en el cuartel general militar, con cada cabello en sus cabezas de punta.

Fue así que se concluyó la batalla de Astarté.

Del lado del imperio, 2.448.600 empleados participaron en combate; La alianza desplegó4.065.900. El imperio desplegó más de veinte mil buques,

y la alianza más de cuarenta mil. Las muertes en el lado del imperio eran más de 153,400; Para la alianza ese número superó los 1.508.900. Más de 2.200 naves imperiales fueron perdidas o destruidas, mientras que la alianza perdió más de 22.600. Las pérdidas de la alianza subieron entre diez y once veces las del imperio. Sin embargo, la invasión del sistema de Astarté por el imperio se había desviado de manera limitada.

< *Anterior* > || *Índice* || < *Siguiente* >

Capítulo 3: El Destello del Imperio.

I

Más allá de un muro elegantemente curvo hecho de vidrio especializado, una densa profusión de rocas de formas extrañas sobresalía hacia arriba, no se parecía en nada a las campanas del templo. Twilight estaba desplegando sus alas sin un sonido en el fondo del cielo, y para quienes las observaban, las partículas de atmósfera árida parecían haber teñido todo el campo de visión con profundidades insondables de azul.

El hombre que permanecía inmóvil junto a la pared, con las manos dobladas casualmente detrás de la cintura, giró solo la cabeza mientras miraba hacia la habitación. Al final de su línea de visión había una gran consola de color blanco tiza, junto a la cual había un hombre de mediana edad que estaba de pie con una postura impecable.

«Entonces, lo que me estás diciendo, Boltec», el hombre de la pared retumbó solemnemente con una voz profunda y masculina, «es que el imperio ganó, pero no ganó en exceso».

“Eso es correcto, Landesherr. La alianza fue derrotada, pero no resultó en un colapso total de su fuerza militar».

«¿Así que recuperaron su equilibrio?»

«Recobraron el equilibrio, se defendieron, e incluso lograron ensangrentar un poco la nariz del imperio. En general, hizo una pequeña diferencia en la victoria del imperio, pero como la alianza no se limitó a quedarse allí, tampoco… creo que puedo decir que fue un resultado satisfactorio para nosotros de Phezzan. ¿Pero qué dices tú, Landesherr?”

El hombre que estaba junto a la pared —Adrian Rubinsky, quinto en tener el título de Landesherr en Phezzan —ahora se dio la vuelta para mirar el interior de la habitación.

Era un hombre de aspecto inusual. Aunque parecía tener alrededor de cuarenta años de edad, no tenía ni un solo pelo en la cabeza. Su piel era oscura. Sus cejas, ojos, nariz y boca eran grandes, y aunque apenas podía llamarlo guapo, tenía una mirada que no podía evitar dejar una impresión vívida y poderosa en los demás. Su cuerpo estaba lleno de espíritu y vitalidad abrumadores, y fue bendecido no solo por su estatura, sino también por sus anchos hombros y sus robustas costillas.

Cinco años en el cargo, despreciado tanto por el imperio como por la alianza como el «zorro negro de Phezzan», fue el gobernante de por vida de este estado comercial de intermediarios.

«No puedo estar tan satisfecho, Boltec». Había ironía tanto en la mirada como en el tono con el que el extraño Landesherr respondió a su ayudante de confianza. “Este resultado se produjo por casualidad, no porque trabajamos para ello. No podemos confiar en que la buena suerte siempre estará presente en el futuro. Necesitamos intensificar nuestra recopilación y análisis de datos, y llenar nuestra mano con más cartas de triunfo para el futuro».

Rubinsky, vestido de forma casual con un cuello de tortuga negro y un traje verde claro, no era la imagen de un gobernante de una nación cuando se acercaba a una consola en un paseo tranquilo.

Las manos de Boltec bailaron a través del tablero, y en la pantalla central de la consola, apareció un gráfico.

“Esta es la distribución de ambos ejércitos, que se muestra directamente desde arriba. Eche un vistazo, por favor. Era el cuadro exacto que Kircheis le había mostrado a Reinhard tres días antes. Las fuerzas imperiales eran rojas y las fuerzas de alianza verdes. Desde el frente, el puerto y el estribor, tres flechas verdes se acercaban a una roja. Si las flechas se cambiaran a puntos, se vería como un solo punto de rojo dentro de un triángulo cuyos vértices eran verdes.”

“En términos de números, el imperio tenía veinte mil, y la alianza cuarenta mil en total. Numéricamente, la alianza tenía una ventaja abrumadora».

«Lo hicieron en términos de posicionamiento también. Estaban a punto de rodear la fuerza imperial desde tres ángulos diferentes. Excepto… espera un minuto. No es esto—” Rubinsky presionó un dedo grueso contra el costado de su frente. «¿No es esta la misma formación que usó la alianza en la Aniquilación Dagon hace más de cien años? Así que es eso — querían vivir ese sueño una vez más, ¿verdad? Esas personas nunca evolucionan».

«Aunque desde un punto de vista táctico, el plan tenía sentido».

«¡Hah! Sobre el papel, cada plan es perfecto. Pero en una pelea real, el oponente es lo que importa. El comandante de la flota del imperio — fue ese ‘mocoso dorado’ sobre el que he estado escuchando, ¿no?»

«Sí señor. El conde von Lohengramm.”

Rubinsky soltó una risa engreída. Hace cinco años, cuando su predecesor Walenkov había muerto repentinamente, y Rubinsky, de treinta y seis años, había tomado las riendas del poder, la oposición había respaldado a un candidato experimentado en sus cincuenta años, provocando un estruendo acerca de cómo un hombre en sus Treinta años era demasiado joven para ser jefe de estado. Y ahora estaba el conde von Lohengramm, dieciséis años más joven que él en ese momento. Para los soldados viejos que no podían hacer nada más que hablar de precedentes y costumbres, parecía que había comenzado una edad sumamente desagradable.

«¿Puede Landesherr adivinar cómo el Conde von Lohengramm salió de esta trampa?»

Algo en el tono de Boltec decía que estaba disfrutando esto.

Landesherr miró a su ayudante y miró fijamente la pantalla. Luego, como si fuera la cosa más simple del mundo, declaró su conclusión: “Aprovechó sus fuerzas divididas y las eliminó una por una. Es la única manera».

El ayudante de Landesherr miró de nuevo al objeto de su fidelidad política, como si acabara de ser abofeteado.

«Fue tal como lo dices. Su perspicacia me sorprende, señor.”

Rubinsky con una sonrisa relajada — incluso descarada — aceptó el cumplido.

«A menudo hay situaciones en las que los profesionales no pueden mantenerse al día con los aficionados. Ven las desventajas más que las ventajas, y los peligros más que las oportunidades. Un especialista examinará esta formación y pensará que la derrota es inevitable para la fuerza imperial rodeada. Pero aún no se ha cerrado la red, y se puede ver cómo las fuerzas dispersas de la alianza son vulnerables».

«Es tal como dices».

«En resumen, lo que sucedió es que la alianza subestimó la capacidad de Reinhard von Lohengramm como comandante. No es que pueda decir que realmente los culpo. De todos modos, ¿puedes darme un resumen detallado de cómo se desarrollaron las cosas?”

La imagen en la pantalla, obedeciendo las órdenes de Boltec, cobró vida y comenzó a cambiar. La flecha roja giró hacia una de las flechas verdes e hizo una línea recta hacia ella a alta velocidad, luego, después de aplastarla, se convirtió en otra flecha verde y la destruyó a su vez. Landesherr entrecerró los ojos y observó atentamente mientras giraba una vez más hacia la tercera flecha verde. Ordenó a Boltec que se detuviera y, aún mirando la pantalla, dio un suspiro.

«Un golpe perfecto uno y dos. Una estrategia activa y dinámica. Está espléndidamente ejecutado, pero… «Se detuvo e inclinó la cabeza.

«Pero si las cosas llegaron a este punto, el imperio debería haber tenido una victoria casi perfecta. Regresar al juego después de que las cosas hubieran ido tan al sur no sería fácil para la alianza. El final obvio de esto es que la fuerza de la alianza se desmorona completamente y se pone en fuga. ¿Quién estaba al mando de la formación de esa tercera alianza?”

“El vicealmirante Paetta, al principio. Pero después de que comenzó la batalla, resultó gravemente herido cuando su buque insignia recibió un golpe. Después, el comodoro Yang Wen-li, un oficial de personal que fue el siguiente en la fila, se hizo cargo de él».

«¿Yang Wen-li? He oído ese nombre en alguna parte…»

«Estaba a cargo de evacuar El Facil hace ocho años».

«Oh, sí, ese tipo», recordó Rubinsky.

«Recuerdo quepensé en ese momento que la alianza también tenía un hombre bastanteinteresante en sus filas. Entonces, ¿cómo movió sus fuerzas el héroe de El Fácil?

En respuesta, el principal ayudante de Rubinsky manipuló la pantalla para mostrarle a su superior la etapa final de la Batalla de Astarte.

La flecha verde dividida a la derecha y la izquierda. Como si intentara anticiparse a eso, la flecha roja cargó hacia adelante, intentando un avance frontal. La flecha verde, como si se hubiera dividido por la mitad, corrió hacia atrás a lo largo de ambos lados de la flecha roja, se unió por detrás y lanzó un ataque desde la parte posterior…

Rubinsky hizo un tono bajo en la parte posterior de su garganta. No esperaba ver a un comandante de la alianza usando tácticas tan refinadas.

Además, el hecho de que pudiera comprender la situación y manejarla con tanta seriedad, incluso cuando enfrentaba la posibilidad de que su fuerza se desmoronara, significaba que no era un comandante más ordinario que el Conde von Lohengramm.

El quinto Landesherr de Phezzan había tenido su mirada fija en la pantalla durante algún tiempo.

«Esa fue una magia muy emocionante que acabo de ver».

Por fin, Rubinsky hizo un gesto para apagar la pantalla. Después de hacerlo, Boltec dio un paso atrás y esperó sus siguientes instrucciones.

«Yang Wen-li, ¿verdad? Póngase en contacto con la oficina de nuestro alto comisionado en Heinnessen y dígales que recopilen datos sobre ese comodoro lo antes posible. Lo que sucedió en El Facil no fue una casualidad — lo que puedo ver muy claramente ahora».

«Me encargaré de eso, señor».

“No importa cuál sea la organización, no importa cuál sea la máquina, lo que la ejecuta, en última instancia, es el personal. La habilidad y la competencia de los encargados pueden convertir a un tigre en un gato, e incluso pueden hacer lo contrario. Y en lo que el tigre hunde sus colmillos también depende del domador. Es vital que tengamos un perfil de este hombre».

Y al hacerlo, Rubinsky estaba pensando que cuando envió a su ayudante de la habitación*, encontraremos una manera de usarlo.*

A la estrella conocida como Phezzan asistieron cuatro planetas. Tres eran gigantes gaseosos, y solo el segundo planeta poseía una dura corteza planetaria. La composición de su atmósfera — casi un 80 por ciento de nitrógeno y casi un 20 por ciento de oxígeno — difería poco de la del lugar de nacimiento de la humanidad. La mayor diferencia era que originalmente carecía de dióxido de carbono, por lo que la vida vegetal nunca había existido allí.

Tampoco había mucha agua. Incluso el aterrizaje, habiendo avanzado de las algas verde azuladas a diseminar las semillas de plantas superiores, aún no había convertido todo el paisaje en campos verdes y fértiles. Solo las regiones bien irrigadas de la superficie del planeta estaban adornadas con coloridos cinturones de color verde. Las regiones rojas eran terrenos baldíos de rocas y arena, donde los paisajes meteorizados contaban con vistas espectaculares de características geográficas extrañas.

Phezzan era el nombre de la estrella, así como el nombre del segundo planeta. También era el nombre del sistema en su conjunto y el nombre de su órgano de gobierno autónomo, establecido en el año 373 del imperio, que lo tenía como su territorio. Su fuerza militar consistía en solo una pequeña flota de naves de patrulla, y sus dos mil millones de Phezzanese, sus pasiones cada vez más empeñadas en aumentar las ganancias, habían dominado las rutas comerciales entre el Imperio Galáctico y la alianza. Aunque subordinado al imperio como formalidad, mantuvo una independencia política de facto que estaba casi completa, y en términos de

poder económico, mostró un vigor que superó al de las dos grandes potencias.

Sin embargo, el largo camino que había conducido hasta este día no había sido fácil, y todos los Landesherr desde Leopold Raap — el primer Landesherr — habían luchado con las maniobras políticas necesarias para asegurar la posición de Phezzan. La política nacional de Phezzan podría resumirse en la frase: «No tan débil como para ser tomada a la ligera, y no tan fuerte como para ser temida», y se debió al equilibrio numérico del poder — Imperio, cuarenta y ocho — Alianza, cuarenta; Phezzan, de doce años — no había cambiado en absoluto en el último medio siglo que el duro trabajo de las autoridades políticas de Phezzan se había realizado de manera más vívida.

Si se combinaran el poder del imperio y Phezzan, estarían en una posición ventajosa sobre la alianza, pero aun así, destruir la alianza no sería una tarea fácil. Por otro lado, si la alianza y Phezzan formaran una coalición, sería posible frustrar el imperio, aunque no hasta el punto de abrumarlo.

Fue en el mantenimiento de este equilibrio precario, incluso artístico, que la estrategia político-militar de Phezzan demostró su verdadera valía. Phezzan no debe ser demasiado fuerte. Eso podría despertar la oposición tanto del imperio como de la alianza, poniendo a ambos en guardia, haciendo que se enfrenten entre sí para eliminar a Phezzan de la faz del universo. Si el imperio y la alianza se unieran, tendrían el 88 por ciento del equilibrio de poder y podrían destruir a Phezzan en una sola batalla. Por otro lado, si Phezzan fuera demasiado débil, su existencia continuada perdería su valor y sería incapaz de obligar al imperio o a la alianza a respetar su independencia.

Cuando el imperio conspiró para robarle su autonomía, Phezzan mostraría su intención de ir a la alianza. Cuando la alianza concibió ambiciones contra ella, Phezzan giraría con ojos coquetos hacia el imperio. Proporcionando a ambos lados los suministros necesarios, empujando los interiores imperiales y de la alianza, y atrapando a aquellos en el poder, Phezzan había sobrevivido durante mucho tiempo por su ingenio.

Fue él, Adrian Rubinsky, quien fue el quinto gobernante de esta gente habil y astuta.

Significaría problemas si el imperio o la alianza tuvieran éxito en conquistar al otro. Ambas potencias necesitaban existir, manteniendo su equilibrio; si uno cayera, Phezzan necesitaría que el otro cayera al mismo tiempo

—Y sin arrastrar a Phezzan hacia abajo con él.

Phezzan trazó el curso de la historia, y sin el ejercicio del poder militar; En su lugar utilizó la estrategia y el poder de su riqueza. Construyendo gigantescas naves de guerra y enormes cañones, a través del derramamiento de sangre en última instancia, invitando al agotamiento del poder nacional y la ruina de la sociedad — ese tipo de tonterías que podrían dejar a las dos grandes potencias. Al carecer de medios para protegerse a sí mismos a través de la masacre y la destrucción, ¿no eran el Imperio Galáctico, con su monarquía absoluta, y la Alianza de Planetas Libres, con su república democrática, ambos en esencia imbéciles impulsados por la costumbre escondida? Luego, que ambos bailen en la palma de la mano de Phezzan, intoxicados por la legitimidad de sus respectivas ortodoxias.

Aun así, había algo sobre el Conde von Lohengramm y sobre Yang, sobre sus respectivos ascensos a la etapa galáctica, que parecía augurar la llegada de una nueva era. A partir de ahora, Phezzan tendría que vigilar a los dos con atención. Aunque podría estar sobreestimándolos, siempre era mejor mantener la nariz en el suelo y la mano llena de triunfos.

II

La noche envolvía el hemisferio occidental del planeta Haupt Odin en manos suaves y amables.

Ya sea territorio imperial o alianza, los mundos giratorios nunca podrían escapar de la guardia cambiante de la noche y el día. Ni siquiera el gran Emperador Rudolf, que había tratado de dominar el espacio galáctico y todo lo que contenía, pudo detener la revolución de los cuerpos celestes. Además, el movimiento de estos cuerpos celestes no tuvo períodos

uniformes; mientras que un planeta podría rotar una vez cada dieciocho horas y media, el período de rotación de otro podría ser de cuarenta horas, cada uno afirmando su propia individualidad preciosa.

Por otro lado, incluso cuando la humanidad había habitado en su lugar de nacimiento original del Sol III, los relojes corporales internos de los humanos funcionaban en un ciclo de veinticinco horas — una hora más que el período de rotación de ese mundo. Cada individuo ajustó esto para una vida vivida en incrementos de veinticuatro horas. Era una costumbre que el reloj de veinticuatro horas había sido establecido. Cuando la humanidad logró el vuelo interestelar, eso significó enfrentar el difícil problema de adaptarse psicológicamente a días y noches de una duración muy variable.

Dentro de las naves espaciales, en las ciudades flotantes en el espacio, en los planetas que por cualquier número de razones requerían un ambiente artificial, esto no era un gran problema. Simplemente sincronizaron el entorno con el estilo de vida de veinticuatro horas. La iluminación artificial hizo que el día fuera más brillante y la noche más oscura. En este tipo de lugares, podrían ajustar la temperatura para que sea más baja justo antes del amanecer, y entre el verano y el invierno cambian no solo la temperatura, sino también la duración de las noches.

Además, en los mundos en los que los períodos de rotación eran extremadamente largos o cortos, un día de veinticuatro horas se podía imponer mediante una regulación. La gente empezaría a decir: «Hoy será de noche todo el día. Mañana sale el sol», o «En este planeta, puedes ver puestas de sol dos veces al día».

El problema ocurrió más bien en planetas con períodos de rotación similares a los de la Tierra de 21,5 horas o 27 horas, donde, después de muchas pruebas y errores, la población se dividiría en una facción a favor de dividir el período orbital en veinticuatro divisiones iguales y utilizar el planeta. hora local, y otro a favor de soportar los diversos inconvenientes de usar el sistema estándar de veinticuatro horas. Sea lo que sea lo que decidan, no habría nada más que hacer, sino calmar los nervios de uno y acostumbrarse a ello.

Veinticuatro horas es un día, y 365 días es un año. Este llamado calendario estándar se usó tanto en el imperio como en la alianza. El 1 de enero en el Imperio Galáctico fue también el 1 de enero en la Alianza de Planetas Libres.

«No hay necesidad de permanecer encadenado por los lazos de la Tierra para siempre», fue un refrán común. «La humanidad ya no gira alrededor de la Tierra, y el calendario de la Era Espacial ya está vigente. ¿No deberíamos establecer nuevos estándares para mantener el tiempo?»

Hubo aquellos entre el conjunto de «lo que es igual a malo» que formuló tales argumentos, pero cuando se les preguntó cuáles deberían ser estos nuevos estándares, nunca hubo una respuesta que todos pudieran estar de acuerdo. En última instancia — la antigua costumbre recibió la mayor cantidad de apoyo — si no necesariamente la más entusiasta, y continuó hasta hoy.

Los «enlaces de la Tierra» se extendieron a pesos y medidas también. Un gramo era igual a un centímetro cúbico de agua, pesado bajo la gravedad de la Tierra a 4 grados centígrados. De la misma manera, un centímetro era aproximadamente igual a una cuatro mil millonésima parte de la circunferencia de la Tierra. Estas unidades también fueron de uso común por toda la sociedad de la humanidad que abarca las estrellas.

El emperador Rudolf había hecho un esfuerzo para cambiar las unidades de pesos y medidas. Buscando estandarizar todas las unidades, había definido la altura de su propio cuerpo como un kaiser-faden y su propio peso corporal como un kaiser-centner. Sin embargo, este sistema nunca se puso en acción.

Sin embargo, no porque fuera totalmente ilógico. A Kläfe, que era el señor de la tesorería en ese momento, se le concedió una audiencia con el emperador, momento en el que respetuosamente presentó un solo dato. Fue un cálculo de prueba del gasto que sería necesario para cambiar las unidades de pesos y medidas, basado en el supuesto de que al hacerlo sería necesario cambiar cada chip de computadora y dispositivo de medición en toda la galaxia asentada. En ese momento, la unidad monetaria acababa de cambiarse de créditos a marcas imperiales, y la historia cuenta que el

número de ceros alineados en ese papel había sido suficiente para intimidar incluso al siempre obstinado Rudolf.

(JuCaGoTo: El siempre confiable contador, te hace sudar frio cuando aparece en persona frente a ti.)

De esta manera, el medidor y el gramo sufrieron su continua existencia, aunque la teoría actual prevalecía que la estimación de Kläfe había sido una figura obviamente inflada y que Kläfe, cuya mansedumbre había sido considerada su única salvación, de hecho se había atrevido a una sutil demostración de resistencia a la ilimitada autodeificación de Rudolf.

El majestuoso palacio de Neue Sans Souci, residencia del emperador del Imperio Galáctico, se reveló bajo el cielo nocturno.

Edificios grandes y pequeños, independientes e interconectados, innumerables fuentes, bosques naturales y artificiales, rosales hundidos, esculturas, macizos de flores, miradores y una sucesión interminable de céspedes fueron envueltos en luz plateada pálida por ingeniosos efectos de iluminación diseñados con cuidado de no irritarlos. El nervio óptico.

Este palacio fue la encrucijada política de un gobierno que gobernó más de mil sistemas estelares. Las oficinas gubernamentales estaban dispuestas alrededor de su perímetro, pero no había un edificio alto entre ellas. Sus oficinas principales estaban bajo tierra, ya que fue un imperdonable acto de falta de respeto a un sujeto que miraba desde una posición elevada al palacio del emperador. Incluso los muchos satélites que orbitaban los cielos de Odín nunca pasaron directamente sobre el palacio.

Más de cincuenta mil chambelanes y damas de honor trabajaron en el palacio. Era una época en que el uso de personas para realizar tareas fácilmente automatizadas demostraba la altura de la posición de uno y la grandeza de su autoridad. Cocinando, limpiando, guiando a los visitantes, manteniendo los jardines, cuidando a los ciervos que vagan libremente — todo esto fue realizado por manos humanas. Este fue el lujo de un rey.

No había circunvalaciones o escaleras mecánicas en el palacio. Tuviste que usar tus propias piernas para caminar por sus pasillos y subir o bajar sus

escaleras. Esto era cierto incluso para el propio emperador.

«Rudolf el Grande» había creído que la fuerza física, también, era un requisito para el gobierno. ¿Cómo podría uno asumir la carga de este vasto imperio si ni siquiera podía caminar sobre sus propios pies?

Dentro del palacio había varias cámaras de audiencias, y esa noche, la Sala Perla Negra estaba repleta de altos funcionarios, sin contar. Esta noche se celebraría una ceremonia para otorgar el cetro de un mariscal imperial al conde Reinhard von Lohengramm, quien había golpeado a las brutales fuerzas rebeldes en la batalla de Astarte y allí hizo que la luz de la autoridad del emperador brillara gloriosamente.

Un mariscal imperial no era meramente un rango por encima del almirante superior, ni el rango solo venía con una pensión de por vida de 2.5 millones de marcos imperiales por año. Un mariscal imperial tampoco estaba castigado por la ley penal por cualquier ofensa, excepto alta traición, y podía establecer un almirante, o agencia, en el cual él era libre de contratar o despedir personal a voluntad.

En la actualidad, solo cuatro oficiales imperiales disfrutaban de estos privilegios, aunque esta noche se convertirían en cinco cuando el Conde Reinhard von Lohengramm se agregara a su número. Además, se estaba dando la vuelta al hecho de que el Conde von Lohengramm también se convertiría en el vice comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial, colocando la mitad de sus dieciocho flotas bajo su mando.

«A continuación se hará uno de los pares. Desde el recuento hasta el marqués», algunos murmuraban así a los demás en los recovecos de la enorme Sala de Perlas Negras. Junto con el fuego, el gran amigo de la humanidad a lo largo de los siglos había sido el chisme. Los que adoraban a este amigo existían en todas las épocas y en todas las circunstancias, sin cesar en el lujoso palacio ni en el gueto familiar.

Situados más cerca del trono del emperador, los que ocupaban los cargos más altos en el imperio permanecían inmóviles — aristócratas de alto rango, altos funcionarios civiles y militares, y los que tenían títulos múltiples. Separados por una alfombra roja de seis metros de ancho —

doscientos artesanos la habían tejido a lo largo de 450 años — habían formado dos filas. Por un lado había una fila de funcionarios civiles, con el marqués Lichtenlade ocupando la posición más alta.

El Marques Lichtenlade, el ministro de estado del gobierno imperial, presidía las reuniones de gabinete como primer ministro imperial en funciones. Era un anciano de setenta y cinco años, con una nariz puntiaguda y cabello plateado como la nieve recién caída, con un brillo en los ojos más severo que penetrante.

Hacia abajo de él se encontraban el Ministro de Finanzas Gerlach, el Ministro del Interior Flegel, el Ministro de Justicia Lump, el Ministro de Ciencia Wilhelmj, el Ministro del Interior del Palacio Neuköln, el Secretario Principal del Gabinete Kielmansek — y otros como ellos estaban sentados en filas.

En el lado opuesto había filas de oficiales militares: el mariscal imperial Ehrenberg, quien era ministro de asuntos militares; El mariscal imperial Steinhof, secretario general del cuartel general del comando militar imperial; El mariscal imperial Krasen, el comisionado de personal; Mariscal Imperial Mückenberger, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial; El almirante mayor Ofresser, comisionado del Cuerpo de Granaderos Acorazados; El almirante mayor Ramusdorf, comisionado de la Guardia Imperial; El almirante Klammer, comisionado de la policía militar; Los oficiales al mando de las dieciocho flotas…

En el claro y resonante sonido de una trompeta pasada de moda, toda la asamblea comenzó a enderezar su postura. Hubo un murmullo de hojas en el viento, y luego se calmó. La voz del coordinador de ceremonias golpeó los tímpanos de los asistentes, anunciando la entrada del Máximo Honrado.

“¡Gobernante de toda la humanidad, soberano de todo el universo, defensor del orden y las leyes que gobiernan el reino celestial, kaiser del sagrado e inviolable Imperio Galáctico, Su Alteza, Friedrich IV!”

La solemne melodía del himno nacional del imperio creció poco después de su última palabra. Todos los presentes inclinaron sus cabezas profundamente, como si algo presionara sus cuellos.

Quizás algunos de ellos contaban en voz baja. Cuando levantaron lentamente la cabeza, su emperador estaba sentado en su asiento dorado y lujoso.

Friedrich IV, trigésimo sexto emperador del Imperio Galáctico. A los sesenta y tres años, era un hombre que daba la impresión de estar extrañamente agotado. Aunque no era muy anciano, había algo en él que hacía que la gente quisiera llamarlo «viejo». Casi no le interesaban los asuntos de estado. Tampoco parecía tener la capacidad o la voluntad de usar activamente el poder absoluto que tenía. Emperador Friedrich IV: un hombre débil que tenía el brillo crepuscular de su poderoso antepasado Rudolf, su polo opuesto.

El emperador había perdido a su emperatriz diez años antes. No había sido una enfermedad intratable — solo un resfriado que había empeorado y se había convertido en neumonía. El cáncer había sido conquistado en la antigüedad lejana, pero expulsar el resfriado común de la lista de enfermedades había sido, como dijo un historiador de la alianza con tanta malicia, «incluso para la gloria y el poder de Rudolf el Grande».

Desde entonces, el emperador le había otorgado a una de sus amantes el título de Condesa —o Gräfin — Grünewald, convirtiéndola en su esposa de facto, aunque se abstuvo de convertirla en emperatriz. Pero como esa amante no era noble, se abstuvo de asistir a las funciones oficiales del estado y, como de costumbre, no mostró su rostro encantador ante el tribunal esa noche. El verdadero nombre de la condesa von Grünewald era Annerose.

En una voz sonora, el coordinador de ceremonias pidió que el hombre de la hora se presentara.

«¡Lord Reinhard, el conde von Lohengramm!»

Esta vez no hubo necesidad de inclinarse profundamente, por lo que todos los reunidos giraron sus ojos hacia el joven oficial militar que caminaba por la alfombra hacia ellos.

Hubo suspiros de admiración entre las damas nobles. Incluso aquellos que abrigaron hostilidad hacia Reinhard — a saber, la mayor parte de los asistentes — no pudieron dejar de reconocer su incomparable buena apariencia.

Su cara era como la de una muñeca hecha de la mejor porcelana de baici, aunque sus ojos eran demasiado penetrantes para una muñeca, su expresión demasiado intensa y fuerte. Si no fuera por la indulgencia del emperador con la hermana mayor de Reinhard, Annerose y la expresión que Reinhard llevaba en ese momento, es probable que el murmullo de la sodomía de sujeto soberano hubiera sido inevitable.

Con un paso enérgico como corresponde a un oficial de las fuerzas armadas, Reinhard atravesó la mezcla de emociones variadas de los espectadores, llegando finalmente a presentarse ante el trono, donde con una reverencia que no sentía en ningún lugar de su corazón, se inclinó sobre una rodilla.

En esa postura, esperó ser honrado por las palabras de su soberano. En las funciones oficiales, a los sujetos no se les permitía dirigirse al emperador.

«Conde von Lohengramm, sus recientes hazañas militares han sido verdaderamente espléndidas», dijo el emperador, hablando con una voz sin originalidad ni carácter.

«Si puedo ser tan atrevido, se hizo completamente a través de la gracia de la autoridad de Su Majestad».

La respuesta de Reinhard también había carecido de originalidad, pero eso se debía al cálculo y al autocontrol. Incluso si fuera a decir algo inteligente, no estaba hablando con alguien capaz de entender la inteligencia, y al hacerlo solo alimentaría las hostilidades de los asistentes. Para Reinhard, ese pedazo de papel que el emperador tomó del director de ceremonias y comenzó a leer en voz alta fue mucho más importante.

“En reconocimiento de su éxito en la subyugación de las fuerzas rebeldes en el sistema estelar de Astarté, le nombro, conde Reinhard von Lohengramm, para el cargo de mariscal imperial. Además, te nombro vice

comandante de la Armada Espacial Imperial y pongo la mitad de sus naves bajo tu mando. 19 de marzo, año 487 del Calendario Imperial, Friedrich IV, Emperador del Imperio Galáctico».

Reinhard se levantó, subió los escalones y, inclinándose profundamente, recibió su carta de nombramiento. Al mismo tiempo, se le dio el cetro de un mariscal imperial. En ese instante, el conde Reinhard von Lohengramm se convirtió en un mariscal imperial.

Incluso cuando una brillante sonrisa apareció en su rostro, Reinhard no sintió ninguna satisfacción en su interior. Esto no era nada más que el primer paso en el largo camino que tenía que recorrer — el camino para ocupar el lugar de ese tonto torpe que había utilizado su poder para robar a su hermana.

«Hmph. ¿Un mariscal imperial de veinte años?”

Ese bajo murmullo provenía del almirante mayor Ofresser, comisionado del Cuerpo de Granaderos Acorazados. Era un hombre grande y bien formado de unos cuarenta años; una cicatriz grabada en su pómulo izquierdo por el láser de un soldado de la alianza era un vívido púrpura. Dejó deliberadamente sin curar, anunció al mundo que era un general feroz y endurecido por la batalla.

«¿Desde cuándo se redujo la gloriosa Armada del Espacio Imperial a ser un juguete para niños pequeños, Excelencia?»

El hombre a quien susurró tan provocativamente fue el que acababa de tener la mitad de los hombres bajo su mando robados por Reinhard.

El Mariscal Imperial Mückenberger, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, arqueó una ceja ligeramente gris.

«Eso dices, milord, pero no puedes negar que el mocoso dorado es un táctico talentoso. Es un hecho que destruyó las fuerzas rebeldes a pesar de ser superado en número, y sus talentos incluso han silenciado a veteranos endurecidos en la batalla como Merkatz».

«De hecho, el hombre parece que le han quitado los colmillos». Lanzando una mirada hacia el almirante Merkatz, de pie en medio de una fila de oficiales militares, Ofresser hizo una crítica despiadada. «Si bien es cierto que el mocoso los derrotó, una victoria por sí sola podría ser una casualidad. Si me preguntas, todo lo que puedo pensar es que el enemigo simplemente no sabía lo que estaban haciendo. La victoria y la derrota son en última instancia relativas, después de todo».

«Estás hablando bastante alto».

Aunque habló con reprobación, el mariscal imperial no había negado el contenido de lo que había dicho el almirante superior. El logro de Reinhard no fue algo fácil de aceptar para los nobles de alta cuna y los viejos almirantes de la guardia.

Sin embargo, dado que el lugar y la hora eran lo que era, el oficial imperial sentía la necesidad de cambiar de tema.

«Sobre ese enemigo en particular, por cierto, ¿alguna vez has oído hablar de un comandante llamado Yang?»

«Déjame pensar… no recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Qué hay de él?»

«En la batalla reciente, fue el hombre que impidió que la fuerza rebelde se desintegrara por completo y provocó la muerte del contraalmirante Erlach».

«¿Oh?»

“Parece poseer bastante aptitud para el trabajo de un general. Tengo información de que incluso nuestro cachorro rubio tenía su nariz torcida por el hombre».

«¿Y no te alegra oírlo?»

«Lo estaría si esto fuera solo sobre Reinhard. Pero, ¿crees que ellos eligen con quién luchar cuando van a la batalla?”

Como podría esperarse, había una nota de disgusto en la voz del mariscal imperial, en la que Ofresser se encogió de hombros con torpeza.

En la habitación de la perla negra, la música comenzaba a tocar nuevamente. Era «Thy Courage Doth Walküren Adore», una pieza compuesta en alabanza de los oficiales militares que dieron todo en servicio al rey y al país.

El telón empezaba a caer sobre lo que para los nobles de alta cuna había sido la ceremonia más desagradable.

El capitán Siegfried Kircheis, junto con los otros soldados de la clase de oficiales de campo, estaba esperando en la Sala de Amatistas, que estaba separada por un ancho pasillo del lugar de la ceremonia.

Kircheis, como él no era ni un noble ni un almirante, carecía de las calificaciones necesarias para entrar en la Habitación de la Perla Negra. Sin embargo, en los últimos dos días se decidió que lo ascenderían a contralmirante, saltándose el comodoro a una posición en la que se lo llamaría «Excelencia». Cuando eso sucediera, ya no sería excluido de las ceremonias elegantes.

Cada vez que Reinhard sube un peldaño en la jerarquía, me detengo detrás de él

… Kircheis temblaba ligeramente. Aunque no pensaba que carecía de talento, la velocidad de su ascenso era ciertamente extraordinaria, y sería desastroso pensar que se debiera enteramente a su propia capacidad.

«Capitán Sigfried Kircheis, ¿correcto?» Dijo una suave voz desde su costado.

Un oficial que parecía estar en sus primeros treinta años estaba parado en la línea de visión de Kircheis. Llevaba una insignia de capitán. Era un hombre alto, aunque no tan alto como Kircheis, con ojos de color marrón pálido, una tez enfermiza y blanca, y mucho gris temprano en su cabeza cabello oscuro.

«Eso es correcto, ¿y quién podrías ser usted?»

“El capitán Paul von Oberstein. Esta es la primera vez que te veo.”

Justo cuando hablaba estas palabras, Kircheis se sorprendió al ver una extraña luz brotando en sus ojos.

«Le pido perdón…» murmuró el hombre que se hacía llamar Von Oberstein. Había leído de la expresión de Kircheis lo que había sucedido. "Algo debe estar mal con mis ojos artificiales. Lo siento si te sobresalté. Me encargaré de reemplazarlos, mañana tal vez».

«¿Son artificiales? Lo siento — entonces, yo soy el que debería pedirte perdón».

«No, en absoluto. Gracias a estas cosas, con sus computadoras fotónicas integradas, puedo vivir sin ningún tipo de discapacidad. Simplemente no parecen durar mucho, ¿verdad?»

«¿Fuiste herido en la batalla?»

«No, he sido así desde mi nacimiento. Si hubiera nacido en la generación de Rudolf el Grande, habría sido atrapado y eliminado por esa Ley de Eliminación de la Inferioridad Genética».

Las vibraciones del aire se convirtieron en sonidos que apenas alcanzaban los límites inferiores de la audición humana y, sin embargo, eso fue suficiente para hacer que Kircheis jadee. No hace falta decir que los comentarios que parecen críticos de Rudolf el Grande fueron motivo de acusaciones de lèse-majesté.

«Tiene un buen comandante, Capitán Kircheis», agregó von Oberstein en voz un poco más fuerte, pero aún así no era más que un susurro. "Y por un buen comandante, me refiero a alguien que puede aprovechar al máximo los talentos de sus subordinados. Hay muy pocos de ellos en el servicio en este momento. Sin embargo, el conde von Lohengramm es diferente. Es el más impresionante para alguien tan joven. Sin embargo, es difícil para las familias poderosas entenderlo, atrapados en su mentalidad obsesionada con el linaje…»

El detector de trampas de Kircheis estaba sonando como loco en el fondo de su mente. ¿Cómo podía estar seguro de que este hombre Von Oberstein no

era una marioneta enviada por alguien que esperaba que Reinhard cometiera un error?

«Entonces, dime, ¿en qué unidad estás sirviendo?», Dijo, cambiando casualmente el tema.

«Hasta ahora, he estado en el Departamento de Procesamiento de Datos en la sede de Comando, pero recientemente recibí órdenes para servir como oficial de personal en la flota estacionada en Iserlohn».

Von Oberstein sonrió levemente después de su respuesta.

«Parece que estás en guardia, capitán.»

En ese instante, un Kircheis avergonzado estaba a punto de decir algo cuando vio a Reinhard entrar en la habitación. Parecía que la ceremonia había terminado.

«Kircheis, mañana…» Reinhard comenzó a decir, pero luego se dio cuenta del hombre pálido de pie junto a su subordinado.

Von Oberstein saludó y se presentó, luego, después de breves y convencionales palabras de felicitación, dio media vuelta y se marchó.

Reinhard y Kircheis salieron al pasillo. Esta noche se alojarían en una pequeña casa de huéspedes en un rincón apartado de los jardines del palacio. Fue un paseo de quince minutos por los jardines para llegar allí.

«Kircheis», dijo Reinhard cuando salieron bajo el cielo nocturno, «Me encontraré con mi hermana mañana. ¿Estoy seguro de que también vendrás?»

«¿Está bien para mí ir?»

«¿Por qué tan reservado en este punto? Somos una familia.» Reinhard sonrió como un niño, pero luego se tambaleó y bajó la voz un poco. «Por cierto, ¿quién era ese hombre justo ahora? Algo sobre él me molesta un poco».

Kircheis dio un breve resumen de la situación y opinó además que era «de alguna manera un tipo misterioso».

Las cejas perfectamente formadas de Reinhard se habían fruncido levemente mientras escuchaba. «Un tipo misterioso de hecho», estuvo de acuerdo. «No sé lo que él tiene en mente de acosarte así, pero sería bueno estar en guardia. Por supuesto, con tantos enemigos como tenemos, estar en guardia tampoco es exactamente fácil».

Ambos hombres sonrieron juntos.

III

La residencia de la condesa Annerose von Grünewald estaba ubicada en otro rincón del palacio de Neue Sans Souci, aunque su visita requería un viaje de diez minutos en un vagón decorado extravagantemente usado solo en la corte.

Para alguien como Kircheis, caminar habría sido más fácil, pero cuando el Ministerio del Interior del Palacio envió un vehículo terrestre como muestra de la generosidad de Su Alteza Imperial, no había nada que hacer sino entrar. La mansión a la que estaban obligados era. a orillas de un lago con árboles de tilo de tilo, construido en un estilo simple y limpio de arquitectura que encaja bien con su amante.

Cuando vio la figura esbelta y elegante de Annerose, que sobresalía en el porche, Reinhard saltó del todoterreno aún en movimiento y corrió hacia ella al trote.

«Annerose! ¡Mi hermana mayor!»

Annerose saludó a su hermano menor con una sonrisa que era como la luz del sol en la primavera.

«¡Reinhard! Es maravilloso que hayas venido. E incluso Sieg está aquí.”

«Lo importante es que usted también se ve bien, señorita Annerose».

«Gracias. Ahora entra, ambos. Te he estado esperando durante los últimos días».

Ah, ella no ha cambiado nada desde los viejos tiempos, pensó Kircheis . *Esa gentil amabilidad, esa pureza no afectada… imposible de estropear, aunque todo el emperador podría ser traído en su contra.*

«Voy a poner un poco de café. Ten un poco de pastel de ciruela kelsey también. Lo hice yo misma, así que no estoy seguro de si será de tu agrado o no. Intenta esto y dime».

«Alinearemos nuestros gustos», respondió Reinhard, riendo. La sala de estar tenía el tamaño adecuado, y un ambiente relajado y acogedor llenaba su espacio. Los tres jóvenes compartieron igualmente la ilusión de que los espíritus del tiempo habían trasladado esa habitación solo diez años atrás.

El tintineo de las tazas de café cuando se tocaron, el mantel limpio, el aroma de un ligero toque de esencia de vainilla que se mezcló con el pastel kelsey… destellos de una alegría singular se reflejaron en todas estas cosas.

Annerose lucía una pequeña sonrisa mientras cortaba y dividía el pastel con hábiles y fluidos movimientos.

«De vez en cuando, alguien me dice que la cocina no es lugar para una condesa, pero no importa lo que digan, lo disfruto tanto que no puedo evitarlo. Aunque es mucho trabajo duro no depender mucho de las máquinas».

Se preparó el café y se vertió la crema. Hubo un pastel y una conversación caseros sin la menor preocupación por motivos ulteriores. Por una vez, sus corazones estaban tranquilos.

«Reinhard siempre quiere salirse con la suya, Sieg. Solo puedo imaginar todos los problemas por los que debe pasarte.”

«No, no eso —»

«Puedes decir lo que piensas».

«Reinhard, deja de burlarse de él. ¡Oh! Me acabo de acordar. Tengo un delicioso vin rosé que me regaló la vizcondesa Schafhausen. Está en el sótano, así que me pregunto si podría pedirle que vaya a buscarlo. Sin embargo, lamento enviar a Su Excelencia el Mariscal Imperial a hacer recados.”

«Ahora tú eres la que se está burlando. Pero sí, milady —ya sea para hacer mandados o cualquier otra cosa, considérame a tu servicio.”

Reinhard se puso de pie y se marchó, relajado y tranquilo.

Annerose y Kircheis se quedaron atrás. Annerose dirigió su pequeña sonrisa al mejor amigo de su hermano menor.

«Sieg, gracias por estar siempre ahí para mi hermano».

«No es nada en absoluto. Soy el que siempre está siendo atendido. Como no soy un aristócrata, me parece un poco demasiado para mí, ser capitán a mi edad».

«Serás un contraalmirante lo suficientemente pronto. He escuchado las noticias. Felicitaciones».

» Muchas gracias «.

Los lóbulos de las orejas de Kircheis comenzaron a sentirse calientes.

«Mi hermano nunca lo dice, y tal vez no se da cuenta, pero Sieg, realmente depende de ti. Así que, por favor, cuídalo bien de ahora en adelante también.»

«Me siento honrado… de que alguien como yo…»

“Seig, deberías reconocer más tus propios talentos. Mi hermano tiene un talento. Probablemente un talento que nadie más tiene. Pero él no es tan maduro como tú. Se parece un poco a un antílope que se ve tan atrapado en la velocidad de sus piernas que corre justo desde un acantilado. Lo conozco desde que nació, por lo que puedo decir cosas así».

«Señorita Annerose…»

«Por favor, Sieg, te lo ruego. Vigila a Reinhard — no dejes que pierda el equilibrio en esos acantilados. Si ve los signos de ello, grítale y regañe. Si la advertencia viene de ti, él te escuchará. El día que deja de escucharte es el día en que mi hermano terminó. Habrá demostrado por sí mismo que no importa la cantidad de talento en bruto que haya tenido, le faltaba la capacidad para perfeccionarlo».

Esa pequeña sonrisa ya había desaparecido del encantador rostro de Annerose. En sus ojos de zafiro, un azul más profundo que los de su hermano, flotaba la sombra de algo parecido al dolor.

Una hoja invisible se deslizaba sobre el corazón de Kircheis . *Así es, las cosas no son lo mismo que hace diez años. Reinhard y yo ya no somos chicos del vecindario, y Annerose ya no es una niña de mentalidad doméstica. La amante favorita del emperador, el mariscal imperial y su principal ayudante. Los tres, parados en medio de la fragancia y el hedor del poder imperial…*

«Si está dentro de mi capacidad, haré cualquier cosa, señorita Annerose».

De alguna manera, la voz de Kircheis logró obedecer la voluntad de su amo mientras luchaba por contener sus emociones.

«Por favor cree en mi lealtad hacia Reinhard. Nunca haré nada que traicione sus deseos, señorita Annerose.”

«Gracias, Sieg. Lo siento — siempre te estoy pidiendo demasiado. Pero aparte de ti, no hay nadie en quien pueda confiar. Por favor, ¿encuentra alguna manera de perdonarme?”

Quiero que ustedes dos confíen en mí, murmuró Kircheis en su corazón. *Desde ese momento, hace diez años, cuando te oí decir: «Por favor, sé un buen amigo de mi hermano», es lo que siempre he querido…*

¡Hace diez años! Una vez más, Kircheis sintió ese dolor en su corazón.

Si hubiera tenido su edad actual hace diez años, nunca habría entregado a Annerose a las manos del emperador. Sin importar el costo, él habría tomado a esos dos hermanos y habría huido, probablemente a la Alianza de Planetas Libres. Y para estas fechas, podría ser incluso un oficial de la alianza militar.

Pero en ese entonces, él no tenía la habilidad y le faltaba siquiera un claro entendimiento de sus propios deseos. Ahora las cosas eran diferentes. Pero diez años o más en el pasado, no había nada que pudiera hacer. ¿Por qué las personas no pueden tener la edad que necesitaban para estar en los momentos más importantes de sus vidas?

«Podrías haber puesto esto en un lugar más fácil de encontrar». Esas palabras anunciaron el regreso de Reinhard.

“Sí, tu trabajo duro es muy apreciado. Pero tus esfuerzos en buscarlo traen su propia recompensa. Iré a buscar los lentes».

Tiempos como estoseran fugaces, aunque tenerlos en absoluto debía considerarse una bendición.Kircheis se dijo eso. La próxima batalla, que seguramente vendría, no era algode lo que pudiera permitirse encogerse.

< ***Anterior*** > || ***Índice*** || < ***Siguiente*** >

Capítulo 4: El Nacimiento de la Decimotercera Flota.

I

Extendiéndose desde cincuenta y cinco pisos sobre el nivel del suelo hasta ochenta pisos debajo de él, ubicado en la zona climática decidua del hemisferio norte del planeta Heinessen, se encontraba el edificio de la sede operativa conjunta de la Alianza de Planetas Libres. A su alrededor, se ubicaron de manera ordenada los edificios de la Sede de Ciencia y Tecnología, la Sede de Servicio de la Retaguardia, el Centro de Mando y Control de la Defensa del Espacio, la academia militar y el Centro de Mando de la Defensa de la Capital. Estos edificios formaban una zona que era el centro de los asuntos militares, a unos cien kilómetros del corazón de la ciudad capital de Heinessenpolis.

En un salón de asambleas que ocupaba espacio en cuatro de los pisos subterráneos del edificio de la sede operativa conjunta, estaba a punto de comenzar un servicio conmemorativo para aquellos que habían muerto en la batalla de Astarte. Era una hermosa tarde con cielos azules claros, dos días después de que la fuerza de la alianza enviada al sistema Astarte hubiera regresado como un remanente agotado, habiendo perdido el 60 por ciento de su fuerza de la fuerza.

El carril que se dirigía hacia el pasillo estaba lleno de multitudes de asistentes. Las familias de los perdidos estaban presentes, al igual que el personal gubernamental y militar relacionado. Entre ellos también se encontraba la figura de Yang Wen-Li.

Cuando hizo las respuestas apropiadas a las personas que vinieron a hablar con él, Yang miró la vasta extensión del cielo azul. Aunque no podía verlos, innumerables satélites militares volaban silenciosamente sobre el espacio por encima de las muchas capas de la atmósfera.

Entre ellos se encontraban los doce satélites interceptores que juntos formaron el «Collar de Artemisa», ese motor gigante de asesinato y destrucción controlado por el Centro de Control y Mando de la Defensa Espacial, del cual los líderes militares de la alianza tuvieron que alardear: «Mientras tengamos esto, El planeta Heinessen es inexpugnable”. Cada vez que escuchaba eso, Yang recordaba la historia pasada y cómo la mayoría de las fortalezas denominadas “inexpugnable” se habían derrumbado en medio de llamas devoradoras de juicios. ¿Creían realmente que ser fuerte militarmente era algo de lo que jactarse?

Yang golpeó suavemente ambas mejillas con sus manos. Se sentía como si no estuviera completamente despierto. Había dormido dieciséis horas seguidas, pero había permanecido despierto durante sesenta horas antes de eso.

Él tampoco estaba comiendo bien. Su estómago no se sentía tan bien, por lo que todo lo que había consumido era un poco de sopa de verduras que Julian había calentado para él. Se había derrumbado en la cama tan pronto como había regresado a la vivienda oficial, luego se había ido para ir aquí, ni siquiera una hora después de despertarse, y ahora que lo pensaba, no podía recordar haber tenido una conversación decente con el joven cuyo Guardián en el que se había convertido.

Oh, bueno, supongo que esto me hace un fracaso como padre…

Mientras pensaba así, alguien le dio un golpecito en el hombro. Cuando se dio la vuelta, el contralmirante Alex Caselnes, su maestro de clase superior de la academia, estaba allí de pie, sonriendo.

«Parece que el héroe de Astarte no se ha despertado completamente todavía».

«¿Quién es el héroe?»

«La persona de pie delante de mí. Probablemente aún no haya tenido tiempo de ver las noticias, pero eso es lo que todo el campo del periodismo está escribiendo sobre usted».

«¿Yo? Soy un general derrotado».

«Eso es correcto», dijo Caselnes.

“La Alianza de la Armada fue derrotada. Es por eso que necesitamos un héroe. Aunque si ganáramos mucho, no iría tan lejos como «necesito», ¿sabes? Eso es porque cuando perdemos, tenemos que evitar los ojos del público del panorama general. Probablemente fue lo mismo con El Fácil».

El tono irónico era característico de Caselnes. Un hombre de treinta y cinco años, de estatura media con una dureza de aspecto saludable, trabajó como asistente principal y segundo al mando del mariscal Sidney Sitolet, director de la sede operativa conjunta de la Alianza Militar. Con más experiencia en el trabajo de escritorio que en el servicio de primera línea, era un hombre de gran habilidad cuando se trataba de organizar proyectos y lidiar con la burocracia; había pocas dudas de que la silla del director en Servicio de retaguardia de la sede central estaba en su futuro.

«¿Está realmente bien que vengas aquí?», Preguntó Yang. «Lo que con ‘ayudante principal’ realmente significa ‘chico de recados’, pensé que estarías ocupado, pero…» Bajo un ligero contraataque, el burócrata militar competente devolvió una sonrisa sutil.

«Bueno, este espectáculo está siendo dirigido por la Oficina de Ceremonias. No es para los soldados y ni siquiera para las familias. El más emocionado por todo esto es Su Excelencia el Presidente del Comité de Defensa. Porque si puedo decirlo, todo esto es un espectáculo político para el presidente, ya que su objetivo es dirigir la próxima administración».

El rostro del presidente del Comité de Defensa, Job Trünicht, se levantó en sus dos recuerdos.

Un político alto, guapo y juvenil de cuarenta y uno. Un enérgico, argumentador de línea dura contra el imperio. La mitad de los que lo conocieron lo elogiaron como un orador elocuente. La otra mitad lo detestaba por un sofista.

El actual jefe de estado de la alianza era el presidente del Consejo Supremo, Royal Sunford. Un político de edad avanzada que se había levantado de la lucha política para desempeñar el papel de moderador, estaba dedicado a respetar el precedente. Como le faltaba algo de vigor, el foco de atención estaba empezando a brillar sobre Trünicht como líder de la próxima generación.

» Pero tener que escuchar la insípida agitación de ese hombre al fin y al cabo es peor que tirar a un anochecer.», dijo Caselnes con disgusto. Aunque él estaba en el ejército,estaba en la opinión de la minoría sobre esto. Pudo haber sido un sabueso de la publicidad de Trünicht, pero habló apasionadamente de proporcionar amplias facilidades para los militares y de aplastar al imperio, y entre aquellos a quienes había ganado afecto, muchos eran soldados uniformados. Yang, también,era uno de la minoría.

Dentro del auditorio, los dos hombres estaban sentados muy separados. Caselnes se sentó detrás del Director Sitolet en los asientos reservados para los invitados de honor, mientras que Yang estaba al frente y al centro, justo debajo del podio.

La ceremonia había comenzado de una manera convencional, y de una manera convencional estaba procediendo. El presidente Sundford abandonó el escenario después de una entrega monótona y sin emociones de un guión preparado por burócratas, luego el presidente del Comité de Defensa, Trünicht, subió ligeramente al escenario. Ante la simple aparición del hombre, el aire en el auditorio se llenó, y una ronda de aplausos se levantó, incluso más fuerte que la del presidente Sundford.

Trünicht, que no tenía un guión, llamó a los sesenta mil asistentes con voz rica y sonora.

“¡Ciudadanos y soldados! ¿Cuál es el propósito por el cual todos nos hemos apresurado a reunirnos en este lugar? Es para dar consuelo a los espíritus heroicos de aquellos 1,500,000 que tan valientemente dieron sus vidas en la Región Estelar Astarte. Porque fue para proteger la libertad y la paz de su país que ofrecieron sus preciosas vidas».

Estaba tan lejos del discurso, y Yang ya estaba deseando poder taparse los oídos. Se preguntó si los oyentes se encolerizarían ante las palabras vacías y llenas de flores, incluso cuando sus oradores se sienten perfectamente tranquilos, ¿forman parte del patrimonio de la humanidad desde los días de la antigua Grecia?

«Acabo de decir, 'sus preciosas vidas'. Y, de verdad, la vida es algo que siempre debe respetarse. Pero, amigos, murieron para mostrar a los que quedamos atrás que existen cosas más preciosas aún que la vida del individuo. ¿Qué son estos? ¡Son país y libertad! Sus muertes fueron hermosas, precisamente porque se apartaron y dieron sus vidas por una causa grande y noble. Eran buenos esposos. Eran buenos padres, buenos hijos y buenos novios. Tenían el derecho de llevar una vida larga y satisfactoria. Sin embargo, dejando de lado ese derecho, ¡se fueron al campo de batalla y allí dieron sus vidas! Ciudadanos, si me atrevo a preguntar … ¿por qué murieron 1.500.000 soldados?"

«'Porque el comando operacional de los líderes apestó'», murmuró Yang, su voz un poco ruidosa para un comentario privado. Expresiones de asombro aparecieron en los rostros de algunas de las personas que lo rodeaban, y un joven oficial de pelo negro le lanzó una mirada. Los ojos de Yang se encontraron con esa mirada de frente, y su dueño, nervioso, miró rápidamente hacia el podio.

Y desde donde estaba mirando, el discurso del presidente del comité de defensa seguía avanzando. La cara de Trünicht estaba enrojecida, con un destello de auto-intoxicación en sus ojos.

«Sí, ya he dicho la respuesta. ¡Fue en defensa del país y de la libertad que abandonaron sus vidas! ¿Hay alguna muerte más digna que esta de la palabra «noble»? ¿Hay algo más que nos diga con tanta elocuencia de lo insignificante que es vivir solo para uno mismo y morir solo para uno mismo? Todos deben recordar que el país es lo que hace posible al individuo. Eso es lo que supera incluso la vida en importancia. ¡Tenga esa verdad en mente! Y lo que más quiero decir es lo siguiente: vale la pena proteger ese país y la libertad, incluso a costa de vidas humanas. ¡Que nuestra batalla sea justa! Para aquellos de ustedes que son autodenominados pacifistas, que exigen que hagamos las paces con el imperio… para

aquellos de ustedes que son autodenominados idealistas, pensando que es posible coexistir con el absolutismo tiránico, digo, ¡despierten de sus delirios! Cualquiera que sea su motivación para lo que hace, se traduce en un agotamiento de la fuerza de la alianza, y beneficia al imperio. En el imperio, se suprimen las ideologías antiguerras y pacifistas. Debido a que nuestra alianza es una nación libre, la oposición a la política nacional está incluso permitida. ¡No se aprovechen de eso! No hay nada más fácil que abogar por la paz con palabras».

Hay una cosa, pensó Yang. *Escondiéndose en un lugar seguro y abogando por la guerra.* Yang pudo sentir la emoción de la multitud que lo rodeaba por todas partes, aumentando por el momento como un río en ascenso. Ya había tenido suficiente, pero los agitadores, al parecer, nunca querían apoyo, sin importar la época o los tiempos.

«Si puedo ser tan audaz, todos los que se oponen a esta guerra justa para derribar el absolutismo tiránico del Imperio Galáctico están socavando el país. ¡No son dignos de su ciudadanía en nuestra orgullosa alianza! Solo aquellos que luchan sin miedo frente a la muerte para proteger nuestra sociedad libre y el establecimiento nacional que lo garantiza son verdaderos ciudadanos de la alianza. ¡Los cobardes que carecen de esa preparación avergüenzan a los espíritus de estos héroes! Esta alianza fue forjada y construida por nuestros antepasados. Conocemos la historia. Sabemos cómo nuestros ancestros pagaron por su libertad en sangre. ¡Nuestra patria, con su gran historia! ¡Nuestra patria libre! ¿No nos pararemos y lucharemos para defender lo que vale la pena defender? ¡Luchemos, ahora, por la patria! ¡Salve la alianza! ¡Salve la república! ¡Abajo el imperio!”

Con cada grito del presidente del comité de defensa, la razón de los oyentes se desvanecía como si fuera una paja. Agitándose olas de exuberancia levantaron los cuerpos de sesenta mil personas mientras se levantaban de sus asientos para reunirse con Trünicht en sus saludos, con la boca abierta tanto que probablemente podría ver todo el camino de regreso a sus molares.

“¡Salve la alianza! ¡Salve la república! ¡Abajo el imperio!”

Un bosque de armas más allá del conteo envió boinas que bailaban en el aire.

Hubo un capriccio de aplausos y vítores.

En medio de esto, Yang permaneció en silencio, permaneciendo resueltamente sentado. Sus ojos negros estaban fijos fríamente en el guerrero en el podio. Ambos brazos de Trünicht se alzaron en respuesta a la emoción del auditorio completo, y luego su mirada se posó en la primera fila de espectadores.

Por un instante, el brillo en sus ojos se endureció, mostrando disgusto, y las comisuras de su boca se tensaron. Había reconocido a ese joven oficial en su campo de visión que todavía estaba sentado. Si Yang hubiera estado sentado en la parte de atrás, probablemente no lo hubieran notado, pero estaba en la primera fila, un rebelde descarado sentado justo debajo de la nariz del patriotismo sublime encarnado.

Un oficial de mediana edad le gritó a Yang: «¡Oficial, ¿por qué no estás de pie?». Llevaba las insignias de comodoro, igual que Yang.

Cambiando su mirada, Yang respondió en voz baja.

«Este es un país libre. Debería ser libre de no levantarme cuando no quiero. Solo estoy ejercitando esa libertad».

«Bueno, entonces, ¿por qué no quieres levantarte?»

«Ejerciendo mi libertad para no responder».

Yang sabía que era una respuesta inteligente, incluso para él. Caselnes probablemente se habría reído y hubiera dicho , *Eso fue bastante incómodo, incluso como una demostración de resistencia* . Yang, sin embargo, no tenía entusiasmo por comportarse como un adulto aquí. No quería levantarse, no quería aplaudir, y tampoco quería gritar «¡Salve la alianza!». Si no le conmovió el discurso de Trünicht fue suficiente para merecer una crítica de su patriotismo, ¿qué respuesta podría haber, excepto, «¿Lo que usted diga?»

Los adultos nunca fueron los que gritaron que el emperador no tenía ropa; Siempre fue un niño.

«¿Qué estás tratando de —?»

Justo cuando el comodoro de mediana edad comenzaba a gritarle de nuevo, Trünicht, en el podio, bajó los brazos. Señaló ligeramente hacia la multitud, ambas manos abiertas, y mientras lo hacía, el nivel de emoción disminuyó, y una quietud silenciosa comenzó a sofocar todo el ruido. La gente bajó la cabeza.

Incluso el comodoro de mediana edad que había estado mirando a Yang tomó asiento, sus mejillas gruesas y carnosas temblaban de descontento.

«¿Damas y caballeros?»

El presidente del comité de defensa volvió a abrir la boca en el podio. Entre sus gritos y su largo aliento, su boca se había secado, dejando ronca su melodiosa voz. Después de toser una vez, comenzó a hablar comenzó.

“Nuestra arma más poderosa es la voluntad unificada de todas las personas. Con nuestro país libre y nuestro sistema de gobierno republicano elegido democráticamente, no podemos imponerte ningún objetivo, no importa cuán noble sea. Cada uno de ustedes tiene la libertad de oponerse al estado. Pero todo esto debería ser obvio para todas las personas conscientes: la verdadera libertad significa deshacerse de nuestros pequeños egos, agruparse y avanzar como uno hacia un objetivo común. Damas y caballeros…»

La razón por la que Trünicht cerró la boca en ese momento no fue debido a su boca seca. Era porque había notado a una mujer que caminaba por el pasillo hacia el podio, sola. Era una mujer joven con el pelo castaño claro, y lo suficientemente bonita como para dar la vuelta a las cabezas de la mitad de los hombres que pasó en la calle. Desde ambos lados del pasillo por el que ella caminaba, surgían movimientos bajos y sospechosos de susurros, que se extendían hacia afuera a través de la multitud como ondas.

¿Quién es esa mujer? ¿Qué está haciendo ella?

Yang, al igual que los demás oyentes, miró a la mujer también, pensando que algo era mejor que mirar el rostro de Trünicht, pero cuando la vio no pudo evitar levantar una ceja ligeramente. Era una cara que recordaba demasiado bien.

«¿Presidente del Comité de Defensa?», Dijo, llamando al podio con una voz de mezzo-soprano que tenía un bonito y persistente anillo. «Mi nombre es Jessica Edwards. Soy — o — fui, la novia de Jean Robert Lappe, un oficial de personal de la Sexta Flota, que murió en la Batalla de Astarte».

«Por qué, eso es…» El elocuente «líder de la nueva generación» se encontró con una pérdida de palabras. «… eso es una vergüenza terrible, señora, pero…»

Sus palabras no iban a ninguna parte, el presidente del comité de defensa miró sin sentido alrededor del vasto salón de actos. La multitud de sesenta mil oyentes correspondió con sesenta mil silencios. Todos ellos contenían el aliento mientras miraban a esta joven, despojada de su prometido.

«No necesito su consuelo, Presidente, porque mi novio murió una muerte noble defendiendo a su país».

Jessica calmó tranquilamente el desconcierto del presidente, y una expresión despreocupada de alivio apareció en el rostro de Trünicht.

«¿Es eso así? Pues bien, deberías ser considerado un modelo a seguir para todas las mujeres jóvenes en el frente doméstico. Un espíritu tan loable será recompensado ricamente».

En este punto, Yang quería cerrar los ojos a ese hombre desvergonzado. Todo lo que podía pensar era: *Nada es imposible si no tienes vergüenza.*

Jessica, por otro lado, apareció compuesta.

«Muchas gracias. Vine hoy porque hay una pregunta, solo una pregunta — Me gustaría que respondiera el presidente «.

«¿Oh? ¿Qué tipo de pregunta podría ser? Espero que sea una que pueda contestar…»

«¿Dónde estás ahora?»

Trünicht parpadeó. Lo mismo hizo la mayoría de los espectadores, incapaces de comprender la intención de la pregunta.

«Ah, ¿qué dijiste?»

«Mi novio fue al campo de batalla para proteger a su país, y ahora no está en ningún lugar en este mundo. Presidente, ¿dónde estás ahora? Usted, con tu alabanza a la muerte, ¿dónde estás?”

«Jovencita…» El presidente del comité de defensa parecía estar retrocediendo ante la mirada de todos.

«¿Dónde está su familia?» Jessica continuó sin tregua. “Ofrecí a mi prometido como sacrificio. Usted, que predicas la necesidad de sacrificio a la gente, ¿dónde está su familia? No niego una sola palabra de lo que has dicho hoy aquí. ¿Pero lo estás viviendo usted mismo?”

“¡Seguridad!” Gritó Trünicht, mirando hacia la derecha y luego hacia la izquierda. «Esta joven está muy molesta. Escóltenla a otra habitación. Conductor, mi discurso ha terminado. ¡Himno Nacional! Toca el himno nacional».

Alguien tomó el brazo de Jessica. Estaba a punto de tratar de sacudirse cuando vio la cara del hombre y se dio por vencida.

«Vamos», dijo Yang Wen-li en voz baja. «No creo que este sea un lugar en el que debas estar…»

La música revolvente, que abundaba en un sentido de exaltación, estaba empezando a llenar el salón de actos. Era «La bandera de la libertad, la gente de la libertad», el himno nacional de la Alianza de Planetas Libres.

Mis amigos, algún día, el opresor al que lanzaremos, y en los mundos liberados, levantaremos la bandera de la libertad.

Ahora, luchamos por un futuro brillante; Hoy luchamos por un fructífero mañana.

Amigos, cantemos; El alma de la libertad alaba.

Amigos, cantemos; El alma del espectáculo de la libertad.

La multitud comenzó a cantar junto con la música. A diferencia de los gritos caóticos de hace unos momentos, esta era una melodía rica y unificada.

Desde más allá de la oscuridad de la tiranía,

Con nuestras propias manos, vamos a traer el amanecer de la libertad.

Las espaldas giraron sobre el podio, Yang y Jessica caminaron por el pasillo hacia la salida. Los asistentes los miraron a los dos al pasar, luego inmediatamente volvieron sus miradas hacia el podio y continuaron cantando. Cuando la puerta que se había abierto silenciosamente ante ellos se había cerrado sobre sus espaldas, escucharon la línea final del himno nacional:

Oh, somos gente de la libertad, por eternidad invicta…

II

El último brillo del sol poniente se desvaneció, y toda la tierra quedó cubierta por el aire fresco de una tarde relajante. La luz azul plateada de hermosos enjambres de estrellas comenzaba a brillar. En esta época del año, una constelación que se asemejaba a un cinturón de seda en espiral era particularmente vívida.

El puerto espacial en Heinessenpolis estaba lleno de ajetreo y bullicio.

En su vasto vestíbulo, personas de todo tipo estaban abarrotadas. Los que habían completado sus viajes, los que iban a partir de ellos. Los que vinieron a despedir a alguien, los que vinieron a recoger a alguien. Los ciudadanos regulares usan trajes convencionales, soldados con boinas

negras, técnicos en sus trajes combinados. Los oficiales de seguridad se quedaron quietos en los puntos estratégicos y miraron furiosos a las grandes multitudes, los empleados del puerto espacial con exceso de trabajo caminaban rápidamente, los niños corrían con entusiasmo. Los autos robot se abrieron paso como ratones a través de huecos en las paredes interpuestas de los humanos, llevando equipaje.

«Yang», dijo Jessica Edwards al joven sentado a su lado.

«¿Hmm?»

«Debes haber pensado que era una mujer horrible».

«¿Qué te hace decir eso?»

“La mayoría de esas familias desconsoladas estaban sentadas allí en silencio, soportando su dolor, pero yo fui y causé una escena frente a todas esas personas. Es natural que te sientas ofendido».

No hay un solo ejemplo de cómo las cosas mejoran gracias a soportarlo en silencio, pensó Yang . *Alguien tiene que criticar al liderazgo y responsabilizarlo.* Pero cuando abrió la boca para hablar, todo lo que dijo fue, «No, en absoluto».

Los dos estaban sentados uno al lado del otro en uno de los sofás en el vestíbulo del puerto espacial.

Jessica había dicho que se dirigía de regreso al mundo vecino de Heinessen, Terneuzen, en un transatlántico que salía en aproximadamente una hora. Allí trabajó como maestra de música de primaria. Si el teniente comandante Jean Robert Lappe hubiera sobrevivido, ella había planeado renunciar a ese trabajo después de su matrimonio.

«Realmente has recorrido un largo camino, ¿verdad, Yang?» Dijo Jessica, mirando como una familia de tres pasaba frente a ella.

Yang no respondió.

«Escuché todo sobre lo que hiciste en Astarte. Y tus logros antes de eso… Jean Robert siempre estaba impresionado. Eres el orgullo de su graduación, diría él».

Jean Robert Lappe era un buen hombre. Jessica tomó una sabia decisión al elegirlo, pensó Yang con un toque de tristeza. Jessica Edwards: hija del cartero de la Academia de Oficiales, que había asistido a la escuela de música. Ahora una instructora de música que había perdido a su prometido…

“Aparte de ti, todo el almirantazgo debería avergonzarse. Debido a su incompetencia, más de un millón de personas han muerto en una sola batalla. Moralmente, también, deberían avergonzarse».

Eso no está del todo bien, pensó Yang. Los actos de barbarie, como la ruptura de la tregua y el sacrificio de los no combatientes a un lado, no tenían una base fundamentalmente alta o baja entre un gran general y un estúpido. Cuando un general insensato mata a un millón de aliados, un gran general mató a un millón de enemigos. Esa fue la única diferencia, y si se ve desde el punto de vista del pacifismo absoluto — el tipo que decía: «No mataré, incluso si eso significa que me maten a mí mismo» — no hubo diferencia entre los dos. Ambos eran asesinos en masa.

De lo que el estúpido general tenía que avergonzarse era de su falta de habilidad; El tema estaba completamente divorciado del concepto de moralidad. Sin embargo, esto era algo que Jessica no entendería, aunque Yang lo explicara, y Yang tampoco pensaba que era algo para lo que se debía buscar comprensión.

Los anuncios de embarque del puerto espacial sacaron a Jessica del sofá. La partida del forro en la que estaba se acercaba.

«Adiós, Yang, y gracias por despedirme».

«Cuídate».

«Avanza tan lejos como puedas en el servicio, ¿de acuerdo? Y hasta donde Jean Robert pudo haber ido, también.”

Yang observó atentamente mientras Jessica desaparecía en la puerta de embarque.

Avanzar lejos, ¿eh? Me pregunto si ella se da cuenta de que es lo mismo que decirme: «Vete a matar a más personas». Probablemente — no, definitivamente — no. Eso también sería lo mismo que decirme que les haga a las mujeres del imperio lo mismo que a ella. Y cuando eso suceda, ¿de quién será la responsabilidad para que las mujeres del imperio eliminen su tristeza y su ira en …?

«Disculpe, ¿pero podría ser el comodoro Yang Wen-li?», Dijo una voz. Yang se dio la vuelta lentamente para encontrar a una anciana de aspecto refinado con un niño de cinco o seis años a cuestas.

«Um, eso es correcto, er…»

«Ah sí, eso pensaba. Aquí, Will, este hombre es el héroe de Astarté. Dile hola a él.»

Tímidamente, el niño se escondió detrás de la espalda de la anciana.

«Soy la señora Mayer. Tanto mi esposo como mi hijo — mi hijo era el padre de este niño — eran soldados y murieron honorablemente en la batalla contra el imperio. Me conmovió mucho escuchar sus hazañas en las noticias, y poder reunirme con usted en un lugar como este es más de lo que podía esperar».

Yang no tenía idea de qué decir.

Me pregunto qué tipo de mirada hay en mi cara ahora mismo, pensó.

“Este niño también dice que quiere ser un soldado. Que va a vencer al Imperio y vengar a su papi… Comodoro Yang, sé que es una pregunta impertinente, pero me pregunto si podría dejar que le diera la mano a un héroe. Creo que estrecharle la mano sería un estímulo para él para el futuro».

Yang no podía mirar a la anciana directamente.

Tal vez, tomando la falta de respuesta para su aprobación, la anciana trató de presionar a su nieto para que se presentara ante el joven almirante. Sin embargo, el niño se aferró al vestido de su abuela y no lo soltó, aunque estaba mirando a Yang a la cara.

«¿Qué pasa, Will? ¿Crees que puedes convertirte en un valiente soldado actuando así?"

«Señora Mayer", dijo Yang, limpiando mentalmente el sudor.

«Cuando Will se convierta en un adulto, será en tiempos de paz. No habrá ninguna necesidad de convertirse en un soldado… Cuídate, niño».

Con una leve inclinación, Yang giró sobre sus talones y salió de ese lugar, caminando rápidamente. En resumen, huyó. Este fue un retiro en el que no vio deshonra.

III

Cuando Yang regresó a la casa de oficiales en el bloque 24 de la calle Silver Bridge, su reloj mostraba la hora estándar de Heinessen del 2000. Toda el área era un distrito residencial para oficiales de alto rango que eran solteros o tenían familias pequeñas, y el aroma refrescante de la clorofila natural flotaba en la brisa.

Aun así, los edificios e instalaciones no necesariamente podrían llamarse nuevos o lujosos. Había un montón de tierra y una gran cantidad de plantas verdes, pero eso se debía a la falta crónica de fondos necesarios para nuevas construcciones, adiciones y renovaciones.

Después de salir de la acera de baja velocidad, Yang cruzó un césped común mal cuidado. Crujiendo con quejas por exceso de trabajo, la puerta delantera, equipada con escáneres de identificación, recibió al maestro de la Residencia de Oficiales B-6.

Ya es hora de que esto sea reemplazado, incluso si tengo que pagarlo de mi propio bolsillo, pensó Yang. *Incluso si negocio con Contabilidad, no me*

llevaría a ningún lado.

«Bienvenido de nuevo, comodoro». El joven Julian Mintz salió al porche a reunirse con él. «Me preguntaba si no estarías regresando. Aunque fue bueno que lo hicieras. He hecho ese estofado irlandés que te gusta».

“Hace que valga la pena volver a casa con el estómago vacío. ¿Pero por qué pensaste que no iba a volver?»

«El contraalmirante Caselnes se contactó conmigo», respondió el niño, tomando la boina de uniforme de Yang. «Ese bribón se agachó en medio de la ceremonia de la mano de una mujer hermosa», decía.

Yang hizo una mueca cuando entró en el vestíbulo.

«Por qué, ese hijo de pu…»

Julian Mintz tenía catorce años y era pupilo de Yang. Era de estatura promedio para su edad, con cabello rubio, ojos café oscuro y rasgos delicados. Caselnes y otros a veces lo llamaban «la página de Yang».

Dos años antes, Julian había venido a vivir bajo la protección de Yang de acuerdo con la Ley de Reglamentos Especiales para los Hijos de los Soldados. Comúnmente, esto se llamó la Ley de Travers, después del nombre del estadista que la había propuesto.

La Alianza de los Planetas Libres había estado en guerra con el Imperio Galáctico durante un siglo y medio. Esto significó la generación crónica de muertos en la guerra y otras víctimas de la guerra. La Ley de Travers había sido concebida como una piedra para matar a dos aves ayudar a los huérfanos de guerra sin familiares y de procurar recursos humanos.

Los huérfanos fueron criados en las casas de los soldados. El gobierno prestó a sus tutores una suma fija de dinero para los gastos de crianza de los hijos, y los huérfanos asistieron a las escuelas regulares hasta los quince años de edad. Entonces les tocaba a ellos elegir su curso futuro; sin embargo, si se ofrecieron como voluntarios para el ejército y se convirtieron en niños soldados, o se inscribieron en la Academia de Oficiales o en

alguna escuela técnica o de otro tipo con afiliación militar, el reembolso de las cuotas de manutención de los hijos no se aplicaría.

Para el ejército, incluso las mujeres eran un recurso humano indispensable en el Servicio de Retaguardia, vital en el reabastecimiento, contabilidad, transporte, comunicaciones, control de tráfico espacial, procesamiento de inteligencia y gestión de instalaciones.

«En resumen, puedes considerarlo como el sistema de aprendices que ha existido desde la Edad Media. Tal vez sea más cruel, ya que usa el dinero para intentar restringir los futuros de las personas».

Caselnes, quien en ese momento estaba asignado al cuartel general del Servicio de retaguardia, se lo explicó a Yang de esa manera, con una dosis saludable de sarcasmo.

«En cualquier caso, las personas no pueden vivir sin ser alimentadas. Eso es un hecho, ¿verdad? Lo que significa que necesitamos un alimentador. Así que vamos — puedes tomar uno al menos».

«Ni siquiera tengo una familia propia».

«Exactamente, lo que significa que no estás cumpliendo con tu obligación social de mantener a una esposa y un hijo. Mira, el gobierno incluso paga la manutención de los hijos — sería una pena si ni siquiera podemos lograr que tu asuma esto. Cierto, soltero empedernido, ¿verdad?”

«Entendido. Pero solo uno.»

«Si quieres, puedes tener dos.»

«Uno es suficiente.»

«¿De Verdad? Bueno, en ese caso, tendré que encontrarte uno que coma lo suficiente por dos».

Cuatro días después del intercambio entre ellos, el niño llamado Julian apareció en el vestíbulo de la casa de Yang.

Ese mismo día, Julian se había asegurado su puesto en la casa Yang. Dado que el antiguo miembro único de la familia no era lo que podía llamarse un administrador hábil y capaz en el hogar, las cosas estaban en un estado bastante horrible. Aunque Yang era dueño de una domcom* portátil, siempre descuidó ingresar los datos necesarios para controlar sus diversos aparatos domésticos; no solo había acabado siendo un pedazo inútil de basura, sino que toda la tecnología de su hogar también había adquirido una capa de polvo.

(JuCaGoTo: Domcom, Domestic Computer, Computadora doméstica.)

Por su propio bien también, al parecer, Julian había tomado la decisión de poner en forma el entorno físico de la casa. Dos días después de convertirse en residente de la casa Yang, su joven maestro se había ido en un corto viaje de negocios. Cuando regresó una semana después, encontró su hogar bajo ocupación por una fuerza federada de limpieza y eficiencia.

«He ordenado los datos de su domcom en seis categorías», el comandante de doce años de esta fuerza de ocupación había informado al jefe de la casa, que se había quedado congelado con una mirada aturdida en su rostro.

“Veamos, 1 es administración doméstica, 2 es control de dispositivos, 3 es seguridad, 4 es recopilación de datos, 5 es estudio en el hogar y 6 es entretenimiento. La contabilidad de los hogares y la selección del menú diario están por debajo de 1; El aire acondicionado, los dispositivos de limpieza y la lavadora son menores de 2 años; la alarma antirrobo y el extintor de incendios son menores de 3 años; y las noticias, el clima y la información de compras están por debajo de 4… Recuerde esto, capitán».

Yang había sido un capitán en ese momento. Sin decir palabra, se había sentado en el sofá en lo que se duplicaba como su sala de estar y su comedor, preguntándose qué iba a decirle a este pequeño invasor inocentemente sonriente.

“Seguí adelante y limpié eso, también. Y las sábanas también se lavan. Yo, ah, creo que me las arreglé para llevar las cosas a casa, pero si hay algo con lo que no estés contento, por favor, dímelo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?”

«¿Puedes traerme una taza de té?»

Yang había preguntado esto porque estaba pensando: *mojaré mi garganta con mi té favorito, y luego comenzaré a quejarme*, pero el chico se había apresurado a ir a la cocina y volver con un juego de té que ahora era tan intenso. Limpio se veía prácticamente a estrenar. Luego, ante sus propios ojos, Julian había preparado el té cultivado en Shillong con una destreza sorprendente.

Yang había bebido un sorbo del juego de té que tenía ante él, y luego decidió rendirse ante el joven. Eso es lo bueno que eran el aroma y el sabor. Julian dijo que su difunto padre había sido teniente en la armada espacial.

Siendo aún más aficionado a la ceremonia del té que Yang, le había enseñado a su hijo todo acerca de las variedades de té y la elaboración de la cerveza.

Seis meses después de que Yang aceptara el servicio de limpieza de estilo Julian, Caselnes, que había venido para un juego de ajedrez en 3D, miró alrededor de la sala y, por lo tanto, opinó: «Esta es la primera vez en la historia registrada que este lugar está limpio. no es así Supongo que es cierto lo que dicen, que un niño es tan maduro como sus padres son incompetentes».

Yang no había discutido.

Otros dos años habían pasado. Julian había crecido más de diez centímetros más alto y estaba empezando a verse un poco como un adulto. Sus notas estaban aparentemente bien. «Aparentemente», porque su tutor siempre había dicho que mientras no estuviera fallando, no tenía necesidad de informar cada pequeña cosa, y también porque su pupilo de vez en cuando vendría a casa con premios, medallas y cosas idénticas. En palabras de Caselnes, él era un «estudiante que había superado a su maestro».

«Hoy en la escuela, me preguntaron qué estaría haciendo a partir del próximo año».

Era inusual que Julian dijera algo así mientras Yang estaba comiendo. La cuchara de Yang dejó de moverse en medio de recoger algo de estofado, y miró al niño.

«La graduación es en junio del próximo año, ¿no es así?»

«Hay un sistema en el que puede obtener créditos y graduarse seis meses antes».

«¿Lo hay?», Dijo su irresponsable tutor, impresionado. «Entonces, ¿planeas convertirte en un soldado?”

«Sí, soy hijo de un soldado, después de todo».

«No hay ninguna ley que diga que un niño tiene que continuar en la carrera de sus padres. En realidad, mi papá era un comerciante».

«Si hay algún otro tipo de trabajo que quieras hacer, deberías hacerlo», le dijo Yang. Recordó la ingeniosa cara de Will, el chico que había conocido en el puerto espacial.

«Pero si no entro a las fuerzas armadas, tendré que pagar toda la manutención infantil…»

«Así que lo devolveré».

«¿Qué?»

«No menosprecies aquí a tu tutor legal. Tengo lo suficientemente guardado para cubrir eso. Ahora, en primer lugar, no es necesario que te gradúes temprano. ¿Qué tal si nos divertimos un poco?”

Las suaves mejillas del joven se sonrojaron de vergüenza.

«No podría dejarte con tal carga».

«No me contestes, niño. Lo que pasa con los niños es esto: vivir a costa de los adultos es cómo crecen».

«Muchas gracias, pero aun así…»

«¿Pero qué? ¿Quieres ser un soldado tan grave es?”

Julian miró a la cara de Yang con suspicacia.

«De alguna manera, pareces que no te gustan los soldados».

«Por supuesto que no.»

La respuesta clara y concisa de Yang desconcertó al joven.

«Pero, si eso es cierto, ¿por qué te hiciste uno?»

«Muy simple. No tenía talento para nada más».

Yang terminó su estofado y se limpió la boca con su servilleta. Julian despejó la mesa y usó el domcom para encender el lavaplatos en la cocina. Luego trajo el juego de té y comenzó a preparar té rojizo de las hojas de Shillong.

«De todos modos, piénsalo un poco más antes de decidir. No hay nada en absoluto para apresurarse».

«Sí señor. Yo haré eso. Pero, comodoro, decían en las noticias que el conde von Lohengramm se unió al ejército cuando tenía quince años».

«Eso es cierto, al parecer».

«Ellos mostraron su cara, y él era increíblemente guapo. ¿Sabía usted eso?»

Yang había visto la cara del conde Reinhard von Lohengramm varias veces — no directamente, sino en hologramas y demás. Incluso había oído rumores de que el hombre era más popular que cualquier oficial de las Fuerzas Armadas de la Alianza entre las mujeres en el cuartel general del Servicio de retaguardia. Parecía bastante probable. Yang nunca había visto a un hombre joven con un rostro tan guapo, tampoco.

«Pero incluso yo no puedo tener tan mala pinta. ¿No es así, Julian?»

«¿Te gustaría la leche con su té, o prefieres brandy?»

«Brandy».

Fue entonces cuando la lámpara del sistema de seguridad comenzó a parpadear y hacer un sonido nervioso. Julian encendió el monitor. Muchas formas humanas se mostraron en su pantalla mejorada por infrarrojos. Todos llevaban capuchas blancas sobre sus cabezas, con solo sus ojos expuestos.

«Julian.»

«¿Sí señor?»

«¿Hay algún tipo de moda en estos días donde payasos como ese hacen visitas de bienestar a domicilio en masa?»

«Son el cuerpo patriótico de caballeros».

«No conozco ningún circo con ese nombre».

«Es un grupo extremista de nacionalistas. Hacen todo tipo de cosas para acosar a las personas que dicen o hacen cosas contra el país o la guerra. Son muy conocidos últimamente… Pero esto no tiene sentido — ¿por qué iban a irrumpir aquí? Incluso has sido elogiado por ellos. No hay razón para que te critiquen, ¿verdad?»

«¿Cuántos hay?», Preguntó Yang casualmente.

Julián leyó un número en la esquina de la pantalla.

“Cuarenta y dos han venido a las instalaciones. Ah, cuarenta y tres… y ahora cuarenta y cuatro.”

“¡Comodoro Yang!” Una voz fuerte que resonaba desde un megáfono hizo que una pared de vidrio reforzado vibrase ligeramente.

«Sí, sí, ya te escuché…» Murmuró Yang, aunque no había manera de que se le pudiera escuchar afuera.

“Somos el Cuerpo de Caballeros Patriótico — una banda de personas que realmente aman a su país. ¡Te condenamos! Has desplegado acciones que perturban la unidad de los objetivos militares y son perjudiciales para su espíritu de lucha. Quizás tus logros militares te hayan hecho arrogante. Estoy seguro de que sabes de lo que estamos hablando».

Yang casi podía sentir la mirada de un sorprendido Julian aterrizando en su mejilla.

«Comodoro Yang, mostraste desprecio por un servicio conmemorativo sagrado. Cuando todos los asistentes respondieron al apasionado discurso del presidente del comité de defensa y prometieron derribar el imperio, ¿no es cierto que usted, y solo usted, al permanecer sentado asume una actitud de ridículo hacia la determinación de toda la nación? ¡Condenamos tu arrogancia! Si tienes algo que decir por ti mismo, ven aquí y dilo delante de nosotros. Debería mencionar que llamar a seguridad es inútil. Tenemos una forma de deshabilitar su sistema de comunicación».

Entiendo, Yang reconoció. *Parece que el encantador tentador del patriotismo, Su Excelencia Trünicht, está al acecho detrás de estos Caballeros Patrióticos o como se llamen. Ambos discursos son más delgados que el consomé barato — y son muy similares solo en sus exageraciones.*

«¿Realmente hiciste eso, comodoro?» Preguntó Julian.

«Er, sí, un poco».

«¡No otra vez! ¡Por qué-! ¡Incluso si estás en contra de esto en tu mente, cosas como estas no sucederían si simplemente les permitieras verte de pie y aplaudir! Los extraños solo pueden ver la superficie, ya sabes.”

«Suenas como Caselnes, niño.»

«No tienes que involucrar al almirante Caselnes en esto — incluso los niños tienen mucho sentido común».

«¿Qué pasa?», Dijo la voz desde el exterior. «¿No sales? ¿Aún te queda un poco de vergüenza en tu corazón? Pero incluso si se arrepiente, no podemos reconocer su sinceridad a menos que usted lo diga definitivamente frente a nosotros».

Yang chasqueó la lengua y estaba a punto de ponerse de pie cuando Julian tiró de su manga.

«Comodoro, no importa lo enojado que esté, no debe usar ninguna arma».

«Deja de saltar a conclusiones como esa, chico. En primer lugar, ¿qué te hace pensar que no tengo la intención de hablar con ellos? «

«Pero… tú no».

Yang no tuvo una respuesta para eso.

En ese momento, la ventana de vidrio reforzado se agrietó con un fuerte ruido. Este no era el tipo de vidrio que podía romperse arrojándole piedras. Un momento después, una bola de metal del tamaño de la cabeza de una persona entró volando en la habitación y se estrelló contra un estante de exhibición en la pared opuesta, donde rompió varias vasijas de cerámica alineadas en ella. La pelota rodó fuera del estante y cayó al suelo con un fuerte golpe.

«¡Cúbrete! ¡Todavía es peligroso!»

Cuando Yang gritó y Julian saltó levemente detrás del sofá con la doma en la mano, la esfera de metal se convirtió en metralla. Los sonidos discordantes sonaban simultáneamente desde todos los rincones de la habitación al romperse los accesorios de iluminación, los platos y las sillas.

Yang se quedó sin palabras. Los Caballeros patrióticos habían usado un lanzagranadas para disparar el tipo de bomba libre de polvo que los ingenieros militares utilizaban para aplanar edificios de pequeña escala cuando había un incendio.

Que hubiera habido tan poco daño como significaba que se había establecido en su nivel más bajo de poder destructivo. De lo contrario, todo en la habitación se habría reducido a montones de restos. Aparte de eso, ¿qué hacían los civiles con ese tipo de equipo de grado militar?

Se le ocurrió una idea a Yang, y él chasqueó los dedos, aunque no hizo un buen sonido.

«Julian, ¿cuál es el interruptor del sistema de rociadores?»

«Es 2-A-4. ¿Va a pelear?”

«Tengo que enseñarles una o dos cosas acerca de los modales».

«¡Capturarlos!»

«¿Qué te parece? ¿Listo para hablar con nosotros ahora? Si no contesta, le enviaremos otra—”

La voz cada vez más fuerte del exterior de repente se convirtió en un grito. Los aspersores, con su presión de agua ajustada al máximo, golpearon a los hombres de máscara blanca con gruesas pestañas de agua. Empapados, como atrapados en un aguacero inesperado, corrieron de un lado a otro a través de las cortinas de agua en todas direcciones.

«¿Ahora empiezo a entender por qué es espantoso que un caballero se enoje contigo? ¡Solo tienen confianza en los números, amigos!”

Cuando Yang se quejó a sí mismo, la sirena distintiva de la policía de seguridad se hizo audible en la distancia. Los residentes en las casas de los otros oficiales lo habían llamado, lo más probable.

Aun así, el hecho de que las autoridades no se hubieran movilizado hasta ahora bien podría significar que esos autoproclamados santurrones caballeros patrióticos, eran un grupo inesperadamente poderoso. Si Trünicht estaba realmente detrás de ellos, no sería difícil imaginar por qué.

Los caballeros patrióticos se dispersaron apresuradamente. Probablemente no estarían de humor para cantar ninguna canción de la victoria de esta

noche. Los oficiales de policía, que finalmente llegaron con sus trajes de combinación azul, describieron a los Caballeros Patrióticos como un grupo de personas con un ardiente amor por su país, al que Yang ofendió.

«Si son como tú, dicen que lo son, entonces ¿por qué no se ofrecen como voluntarios para el servicio militar? ¿Están rodeando una casa con un menor en la noche y haciendo un gran alboroto, algo así hacen los patriotas? Y además de todo eso, si lo que están haciendo está en ascenso, ¿no deberían esconder sus rostros y eso va en contra del sentido común?»

Mientras Yang estaba refutando a los oficiales de policía, Julian había apagando los rociadores y estaba empezando a limpiar el terrible desastre en el interior.

«Yo también ayudaré», dijo Yang, después de que había conducido a los inútiles policías.

Julián lo espantó con la mano. «No, solo te interpondrás en el camino. Lo sé —Siéntate encima de esa mesa, por favor.”

“¿En la parte superior de la mesa?”

«Terminaré en poco tiempo».

«¿Qué debo hacer en la mesa?»

«Bueno, le voy a servir un poco de té, así que por favor, solo tómalo».

Yang, refunfuñando para sí mismo, se subió a la mesa, cruzó las piernas y se sentó.

—Pero pronto se indignó cuando vio a Julian recoger una vasija de cerámica.

«Eso es porcelana roja de Wanli. La única pieza en las cosas de mi papá que era real».

Cuando Caselnes llamó con una video llamada a las 2200, Julian casi había terminado de limpiar la habitación.

«Oye, chico, ¿puedes llamar a ese guardián tuyo?»

«Él está allí».

Julian señaló la mesa, donde el jefe de la casa Yang estaba sentado con las piernas cruzadas, sorbiendo su té. Caselnes se quedó mirando esta escena durante unos cinco segundos, y luego preguntó lentamente: «Sentarse en una mesa era una costumbre en tu casa, ¿no?»

«Sólo en ciertos días de la semana», respondió Yang desde la parte superior de la mesa, haciendo una mueca a Caselnes.

«Bueno lo que sea. Ha surgido un asunto urgente — me gustaría que viniera a la sede operativa conjunta de inmediato. Se ha enviado un vehículo para recogerte. Debería estar allí en cualquier momento.”

«¿Ahora mismo?»

«La orden viene directamente del Director Sitolet».

Cuando Yang devolvió su taza de té a su platillo, el tintineo fue un poco más fuerte de lo habitual. Julian estuvo congelado en el lugar por un momento, pero luego se recuperó y se apresuró a buscar el uniforme de Yang.

«¿Qué quiere el director conmigo?»

«Todo lo que sé es que es urgente. Te veré pronto en la sede.»

Caselnes terminó la llamada. Yang se cruzó de brazos y se hundió en sus pensamientos por un momento. Cuando se dio la vuelta, Julian estaba de pie allí sosteniendo el uniforme de Yang con ambas manos. Mientras él estaba cambiando, llegó el auto oficial de la base central. Yang no pudo evitar pensar que esta fue una noche ocupada en varios aspectos.

Cuando estaba a punto de salir del vestíbulo, Yang miró a Julian.

«Probablemente voy a llegar muy tarde. No me esperes».

«Sí, señor, comodoro», respondió Julian, aunque Yang de alguna manera tuvo la sensación de que el chico no iba a hacer lo que se le dijo.

“Julian, lo que sucedió esta noche probablemente será algo de lo que nos reiremos al final. Pero a corto plazo, tal vez no. Poco a poco, parece que nos estamos dirigiendo a tiempos muy malos».

Yang mismo no entendió conscientemente por qué había dicho algo tan repentinamente. Julián miró directamente al joven almirante.

«Comodoro, yo… digo muchas cosas que pueden estar fuera de lugar, pero por favor no te preocupes por esas cosas. Quiero que recorras el camino que crees que es correcto. Creo, más que nadie, que tienes razón».

Yang se quedó mirando al niño, y aunque quería decir algo, al final solo sacudió silenciosamente el pelo liso del niño. Luego se volvió de espaldas y comenzó a caminar hacia el coche. Julian no se movió del porche hasta que las luces traseras del vehículo se fundieron en el útero de la noche.

IV

El mariscal Sidney Sitolet, director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas Militares de la Alianza de los planetas libres, era un hombre negro de mediana edad que medía casi dos metros de altura. Aunque no era el tipo cuyos talentos eran inmediatamente evidentes, era capaz de ser confiable tanto como gerente de organizaciones militares y como estratega, y la gente confiaba en su carácter sencillo pero digno. Si bien no es muy popular, disfrutó de un amplio apoyo.

El Director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas fue el pico más alto al que podían aspirar hombres y mujeres uniformados, y en tiempo de guerra la persona que ocupaba este cargo también recibió el título de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la Alianza. El comandante en jefe era el presidente del Consejo Superior, que era el jefe de estado. Debajo de él, el presidente del Comité de Defensa estaba a cargo de la administración militar, y el director de la sede operativa conjunta supervisó el comando militar.

Desafortunadamente, en la Alianza de Planetas Libres estos dos no estaban necesariamente en buenos términos. El jefe de la administración militar y el jefe del comando militar tuvieron que cooperar entre sí. A menos que lo hicieran, era imposible hacer girar suavemente las ruedas del ejército. Aun así, sus personalidades se enfrentaron, y sin hacer nada respecto al hecho de que simplemente no les gustaban, la relación entre Trünicht y Sitolet a menudo se describía como de neutralidad armada.

Cuando Yang entró en su oficina, el mariscal Sitolet lo saludó con una sonrisa nostálgica. Cuando Yang estudiaba en la Academia de Oficiales, el mariscal había sido director.

«Tome asiento, *contralmirante* Yang».

Yang hizo lo que Sitolet dijo sin reservas. El mariscal profundizó directamente en el asunto en cuestión.

«Te hice entrar porque hay algo de lo que necesito informarte. Su carta de nombramiento se emitirá formalmente mañana, pero está a punto de ser ascendido a contralmirante. Esta no es una oferta no oficial — ya está decidida. ¿Sabes por qué te promocionan, lo comprendes?»

«¿Porque perdí?»

La respuesta de Yang hizo que el mariscal de mediana edad sonriera con dolor.

«Bueno, no has cambiado un poco desde los viejos tiempos. Una expresión suave y una lengua afilada. Tú también eras así cuando estabas en la Academia de Oficiales».

«Pero eso es un hecho, sin embargo, no es así, rect — Quiero decir, ¿Director?»

«¿Me pregunto por qué piensa eso?»

«Hay un antiguo tratado militar que dice que bañar a alguien con recompensas es una prueba de que estás en una situación desesperada.

Aparentemente porque hay una necesidad de desviar los ojos de la gente de la derrota».

Yang habló sin una pizca de disculpa y volvió a hacer una mueca al mariscal.

Cruzó los brazos y miró atentamente a su antiguo alumno.

“En cierto sentido, tienes razón. Hemos sufrido una gran derrota, como no se ha visto en los últimos años, y tanto los militares como los civiles están muy molestos. Para calmarlos, es necesario un héroe. En otras palabras, usted, contralmirante Yang».

Yang sonrió levemente, pero no se mostró satisfecho.

«Probablemente no te guste, convirtiéndote en un héroe artificial. Pero para un soldado, esta es también una especie de misión. Además de eso, tus logros realmente te hacen apto para la promoción. Si a pesar de eso no lo promocionamos, cuestionaría si la sede operativa conjunta y el Comité de Defensa realmente recompensan el éxito y castigan el fracaso».

«Sobre el Comité de Defensa, ¿cuáles son los deseos del Presidente Trünicht?»

“Sus deseos como individuo, en este caso, no presentan ningún problema. Incluso si él es el presidente del comité, tiene su posición como una figura pública en la que pensar».

Eso fue probablemente cierto con respecto a su rostro público. Pero a Yang le parecía que el lado personal de Trünicht había alentado a los Caballeros Patrióticos a movilizarse contra él.

«Por cierto, sobre un tema diferente, el plan de operaciones que presentó al Vicealmirante Paetta antes del inicio del combate… Me pregunto, ¿cree que nuestras fuerzas podrían haber ganado si se hubiera ejecutado?»

«Sí, probablemente.» Yang respondió tan modestamente como pudo.

El mariscal Sitolet se pellizcó la barbilla como si estuviera sumido en sus pensamientos.

«Pero es posible, no es así, que podamos usar ese plan en otra ocasión. Y cuando llegue ese momento, podemos volver contra al Conde von Lohengramm».

«Eso sería hasta el conde von Lohengramm. Si su éxito esta vez fuera para hacerlo engreído, si no podía resistir la tentación de tratar de vencer a una fuerza grande con una pequeña otra vez, entonces ese plan probablemente podría ser revivido. sin embargo… «

«¿Sin embargo?»

«Sin embargo, no creo que algo así vaya a suceder. Derrotar una gran fuerza con una pequeña, a primera vista, ciertamente parece espectacular, pero está fuera de sintonía con la ortodoxia táctica y realmente más en el ámbito de los trucos de magia que con la estrategia militar. Me resulta difícil creer que el conde von Lohengramm no lo sepa. La próxima vez que venga a atacar, probablemente liderará una fuerza abrumadoramente mayor».

«Eso es cierto — armar una fuerza mayor que la de tu enemigo es la base de las tácticas militares. Sin embargo, los aficionados son más acogedores con lo que llamas trucos de magia — pensarán que eres incompetente si no puedes destruir una gran fuerza con una pequeña. Entonces, cuando has perdido mucho contra un enemigo, la mitad de tu tamaño…»

Yang podía percibir la angustia en los rasgos oscuros del mariscal. Independientemente de cómo se percibiera al propio Yang, era natural que el gobierno y la ciudadanía estuvieran viendo con poca claridad a los militares en su totalidad en este momento.

“El contralmirante Yang, si lo piensas, nuestras fuerzas no cometieron errores en cuanto a los fundamentos tácticos. Enviamos el doble de fuerza de la fuerza del enemigo al campo de batalla. ¿Por qué perdimos tan desastrosamente a pesar de eso?”

«Porque arruinamos la aplicación de ese ejército en la fuerza». La respuesta de Yang fue simple y precisa. “A pesar de preparar números superiores, no pudimos aprovechar al máximo esa ventaja. Probablemente nos sentimos seguros en el tamaño de la fuerza».

«¿Y?»

“Excluyendo la edad de la llamada guerra de pulsadores y ese período de desarrollo anormal en la electrónica de radar, siempre ha habido dos principios fijos para el uso de tropas en el campo de batalla: concentrar su fuerza y moverse rápido. Ambos. Para resumir en una frase, «Nunca cree una fuerza innecesaria». El Conde von Lohengramm practicó eso a la perfección».

«Hmm…»

«Por otro lado, mira nuestras fuerzas», continuó Yang. “Mientras la Cuarta Flota estaba siendo aplastada por el enemigo, las otras dos estaban perdiendo el tiempo en el plan inicial. El reconocimiento de los movimientos del enemigo y el análisis de esa inteligencia también fueron insuficientes. Las tres flotas tuvieron que luchar contra el enemigo solo y sin refuerzo. Eso es lo que pasa cuando olvidas los principios de concentración de la fuerza y la rápida movilización».

Yang cerró la boca. Que él se volviera tan hablador era, últimamente, una rareza. ¿Fue porque se sentía un poco nervioso?

«Entiendo. Y entiendo tus poderes de discernimiento”. El mariscal asintió repetidamente. «Sin embargo, hay otra cosa, y ésta no está decidida— es una oferta. Se van a realizar algunos cambios organizativos en partes del ejército. Se agregarán nuevas fuerzas a los restos de la Cuarta y Sexta Flotas para crear la Decimotercera Flota. Y serás nombrado primer comandante de la flota.”

Yang inclinó la cabeza hacia un lado.

«¿Las citas con el comandante de la flota no vienen con vicepresidentes?»

“La nueva flota es aproximadamente la mitad del tamaño de una flota normal. Alrededor de 6.400 buques y setecientas mil personas. Y la primera misión de la Decimotercera Flota es la captura de la Fortaleza de Iserlohn”.

El tono de voz del director era completamente casual.

Después de un momento, Yang abrió lentamente la boca para confirmar lo que acababa de escuchar.

«Con *media flota*, ¿me estás diciendo que vaya a tomar Iserlohn?»

«Está bien.»

«¿Crees que es posible?»

«Creo que si tú no puedes hacerlo, es imposible para otra persona».

«Creo en ti». «Puedes hacerlo». Los viejos remachadores tradicionales, pensó Yang. No se sabía a cuántas personas les había cosquilleado sus egos por ese dulce susurro y terminaron arruinando sus vidas intentando lo imposible. Los que hablaban dulce nunca fueron responsables, tampoco.

Yang permaneció en silencio.

«¿No te sientes confiado, al asumirlo?»

Cuando el director dijo eso, Yang era aún más incapaz de responder. Si le faltara confianza, lo habría dicho enseguida. Pero Yang tenía confianza y una esperanza de éxito. Si él hubiera estado al mando de los asaltos a Iserlohn, las Fuerzas Armadas de la Alianza seguramente no habrían soportado la deshonra de ser derrotados seis veces en el pasado y de haber perdido a tantos hombres. La razón por la que no podía responder a pesar de eso era que no le gustaba que el mariscal Sitolet lo interpretara.

«Si tuvieras que lograr la hazaña sobresaliente de liderar la nueva flota y capturar la fortaleza de Iserlohn», dijo el Director Sitolet, mirando fijamente, casi sugestivamente, a la cara de Yang, «Entonces, independientemente de lo que piense personalmente, incluso el Presidente

del Comité de Defensa Trünicht no tendrá más remedio que reconocer su capacidad para hacer las cosas».

Lo que significaba que la posición del Director Sitolet se fortalecería con respecto al presidente. Lo que estaba ocurriendo era evidentemente más en el ámbito de la estrategia política que militar . *¡Era un zorro astuto, el director!*

«Haré lo poco que pueda», respondió Yang después de una larga pausa.

«¿De Verdad? ¿Lo harás?» El Director Sitolet asintió, pareciendo satisfecho.

“Bueno, entonces, dale órdenes a Caselnes para que se apure y organice y equipe la nueva flota. Si hay suministros que necesita, solicítelos a él, sean cuales sean. Te ayudaré tanto como pueda».

Cuándo partiremos al campo de batalla, me pregunto, pensó Yang. *El director debe tener otros setenta días más o menos en su mandato. Y dado que su objetivo es reelegirse, eso significa que la operación para capturar a Iserlohn deberá completarse antes de esa fecha. Si asumimos que son necesarios treinta días para la operación en sí, parece que nos iremos de Heinessen a más tardar en cuarenta días.*

Es poco probable que Trünicht se oponga a estas decisiones de personal para la operación. Esto se debió a que seguramente no había manera de tomar a Iserlohn con solo media flota, y cuando la misión terminara en fracaso, podría deshacerse de Sitolet y Yang públicamente. Incluso podría levantar un brindis, diciendo que Yang y los demás habían cavado sus propias tumbas.

Una vez más, Yangiba a ser incapaz de beber té preparado por Julian por un tiempo. Para él, esofue un poco vergonzoso.

Capítulo 5: Ataque a Iserlohn.

I

Iserlohn.

Ese fue el nombre que se le dio a este bastión vital del Imperio Galáctico. Ubicada a 6,250 años luz de la capital imperial de Odín estaba en Artena, una estrella en su mejor momento de vida, originalmente un sol solitario sin planetas propios. Fue su importancia astrográfica lo que llevó al Imperio Galáctico a construir en su órbita un mundo artificial de sesenta kilómetros de diámetro para utilizarlo como base de operaciones.

Cuando la galaxia fue vista directamente desde «arriba», Iserlohn apareció situada cerca de la punta de una región triangular donde la influencia del Imperio Galáctico se extendía hacia la Alianza de Planetas Libres. Toda esta franja de territorio, una región difícil para la astrogación, fue el cementerio interestelar conocido como «Espacio Sargasso», donde los fundadores de la Alianza de Planetas Libres una vez perdieron a muchos de sus compañeros. Más tarde, esta parte de la historia, que los VIP imperiales encontraron más satisfactoria, incluso desempeñó un papel en el fortalecimiento de su determinación de construir un bastión militar en esta región desde la cual amenazar a la alianza.

Las estrellas variables, los gigantes rojos, los campos gravitacionales irregulares… a través de densas concentraciones de estos, corrían un estrecho hilo de seguridad, e Iserlohn estaba sentado justo en el medio. Viajar de la alianza al imperio sin pasar por esta área significaba utilizar una ruta que pasaba por el Dominio de la Tierra de Phezzan, y el uso de esa ruta para operaciones militares era problemático, sin duda.

El corredor Iserlohn y el corredor Phezzan. Tanto los estadistas como los tácticos de la alianza se habían esforzado por descubrir si se podía descubrir una tercera ruta que conectara la alianza y el imperio, pero los defectos en sus cartas estelares e interferencias, tanto vistas como invisibles desde el

imperio, y Phezzan habían frustrado durante mucho tiempo esas intenciones. Desde la perspectiva de Phezzan, el mérito de su existencia como un puesto de intercambio de intermediarios estaba en juego, y el descubrimiento de un «tercer corredor» no era algo que iban a pasar por alto y dejar que sucediera.

Debido a esto, la realización del plan de las Fuerzas Armadas de la Alianza, resumida en las palabras, «¡Tenemos que invadir el territorio imperial!», Dependía de la lucha para capturar a Iserlohn. A lo largo de cuatro siglos y medio, se habían atrevido seis veces a lanzar ataques a gran escala para tomar la fortaleza, y cada vez que rechazaban, estos intentos fallidos habían dado lugar al alarde militar imperial: «El Corredor Iserlohn está pavimentado con los cadáveres de los soldados rebeldes.”

Yang Wen-li había participado dos veces en operaciones para intentar derrocar a Iserlohn. Había sido teniente comandante en el momento de la quinta operación y capitán en el momento de la sexta. Dos veces había sido testigo de muertes masivas y había llegado a conocer la estupidez de tratar de salir adelante solo por la fuerza.

No podemos tomar a Iserlohn atacando desde el exterior, Yang había pensado en medio de una flota puesta en vuelo. *Pero dado eso, ¿cómo podríamos hacerlo?*

Además de ser una fortaleza, Iserlohn albergaba una flota de quince mil barcos. El comandante de la fortaleza y el comandante de la flota eran almirantes completos. ¿No podría haber algún tipo de apertura allí que pudieran aprovechar?

La reciente incursión del conde von Lohengramm también usó a Iserlohn como una base de operaciones avanzada. No importa qué, Yang tuvo que derribar este siniestro bastión militar del imperio. Y además, solo le habían dado media flota para hacerlo.

«Francamente, no pensé que aceptarías esta misión», dijo el contralmirante Caselnes mientras hojeaba un documento organizativo de la tropa. Estaban en su oficina en la sede operativa conjunta.

«El presidente y el director cuentan con esto por sus respectivas razones… Seguramente puedes ver a través de los dos».

Sentado frente a él, Yang solo sonrió y no respondió. Caselnes golpeó sus papeles sobre la mesa con fuerza y miró con profundo interés a su estudiante de la Academia de Oficiales.

«Nuestras fuerzas han intentado seis veces tomar Iserlohn, y seis veces hemos fallado. ¿Y me estás diciendo que lo harás con solo media flota?»

«Bueno, pensé que lo intentaría».

Los ojos del antiguo estudiante de último año de Yang se estrecharon ligeramente ante esta respuesta.

«Así que crees que hay una oportunidad. ¿Qué vas a hacer?»

«Eso es un secreto».

«¿Incluso para mí?»

«Llegar a actuar con todo lo alto y poderoso es lo que te hace apreciar este tipo de cosas», dijo Yang.

«Tienes razón. Déjeme saber si hay suministros que pueda preparar para ti; ni siquiera te pediré un soborno».

«En ese caso, un barco de guerra imperial, por favor, deberías tener uno que haya sido capturado previamente. Además, si puedo conseguir que prepares unos doscientos uniformes imperiales…”

Los ojos entornados de Caselnes se abrieron de par en par.

«¿Cuál es la fecha límite?»

«Dentro de los próximos tres días».

«… No te voy a pedir que pagues horas extra, pero al menos cómprame con un coñac».

«Te compraré dos. Y por cierto, tengo una petición más…»

«Que sea tres. ¿Qué es?” Preguntó Caselnes.

«Se trata de esos extremistas llamados los Caballeros Patrióticos».

«Oh, sí, he oído. Eso debe haber sido horrible».

Como Julian iba a estar solo en casa, Yang pidió que se hagan arreglos para que la policía militar patrulle el barrio en su ausencia. Había pensado en dejar al chico con alguna otra familia, pero era poco probable que Julian, el oficial al mando de la casa cada vez que Yang estuviera fuera, lo hubiera defendido. Caselnes dijo que se ocuparía de ello de inmediato, y luego volvió a mirar a Yang como si hubiera recordado algo.

«Oh, sí, el alto comisionado de Phezzan… últimamente ha tenido una gran curiosidad por ti».

«¿Oh?»

La entidad especial conocida como Phezzan tenía un interés por Yang que era un poco diferente de lo que tenía para los demás. Ese dominio había sido la creación de un gran comerciante de nacimiento terran llamado Leopold Raap, pero muchas cosas sobre su origen y fuente de fondos no estaban claras. ¿Alguien por alguna razón hizo que Raap creara la entidad conocida como Phezzan? Yang, después de haber intentado y fracasado en convertirse en historiador, también pensó en cosas así. Naturalmente, sin embargo, no había hablado de esto con nadie más.

«Parece que has captado el interés del Zorro negro de Phezzan. Puede que intente investigarte.”

«¿Me pregunto si el té de Phezzan es bueno?»

«Saborizado con veneno, lo más probable… Incidentalmente, ¿cómo va la planificación?», Preguntó Caselnes.

“Las cosas que van según el plan son bastante raras en el mundo. Dicho esto, con razón no puedo hacer uno».

Dicho esto, Yang se fue. Una montaña de trabajo lo estaba esperando.

No era solo que los barcos y el personal de la Decimotercera Flota contaban con la mitad de lo que era habitual. La mayoría de sus oficiales y soldados sobrevivieron restos de las flotas Cuarta y Sexta que habían sido derrotadas tan profundamente en Astarte; el resto eran nuevos reclutas que carecían de experiencia de combate. Puede ser un contraalmirante prometedor que puede ser su comandante, pero Yang aún era solo un chico de veintitantos años… y las experimentadas palabras de sorpresa, conmoción y burla de los almirantes llegaron a sus oídos: *Parece un bebé que todavía no tiene pañales. tiene la intención de golpear a un león hasta la muerte con las manos descubiertas— eso debería ser divertido de ver. Si te obligan a hacerlo, estás obligado, pero para ir voluntariamente— ¡oh, cielos!*

Yang ni siquiera se enojó. Debería ser un gran optimista para no tener dudas acerca de esta operación, pensó.

El único que había aceptado a Yang era el vicealmirante Bucock, oficial al mando de la Quinta Flota. Un almirante insociable, de pelo blanco, de setenta años de edad, era conocido como un individuo obstinado con mal genio. Cuando fue saludado por gente como Yang, le devolvía un saludo desinteresado con una mirada sospechosa en el ojo que casi decía: «¿De dónde vino este cuerno verde?» En el White Stag — un club para oficiales de alto rango — sus compañeros almirantes habían estado usando Yang y la Decimotercera Flota como forraje para bromas cuando ese «anciano asustadizo» había dicho: «Espero que no todos terminen con huevo en sus caras más tarde. Es posible que solo estés mirando un árbol de secoya y te rías de él por no ser alto».

Todos se habían quedado completamente en silencio. Habían recordado la capacidad que Yang había mostrado en Astarte y en las batallas anteriores. A las palabras del anciano almirante, su mentalidad grupal se había disipado. Los almirantes se habían drenado las gafas y se habían ido por caminos separados, una sensación incómoda en el pecho de cada uno de haber dicho algo que no podían parchear por completo…

Yang, a cuyos oídos esa historia había encontrado su camino, no había hecho ningún esfuerzo especial para agradecer al vicealmirante Bucock.

Sabía que si intentaba tal cosa, el almirante de pelo blanco se reiría para burlarse de él.

Aunque la oposición del almirantazgo se había calmado por el momento, la situación general no había mejorado mucho. El hecho sombrío permaneció solemnemente de la media flota híbrida, compuesta por sobrevivientes derrotados y reclutas verdes, que se dirigía a atacar una fortaleza inexpugnable.

Yang pensó mucho en la selección de su personal ejecutivo. Para su vice comandante, eligió al comodoro Edwin Fischer, un oficial hábil y experimentado que había luchado bien en la Cuarta Flota. Para jefe de personal, eligió a Comodoro Murai, un hombre que carece de originalidad pero que posee una mente precisa y bien ordenada. Como oficial auxiliar de personal, nombró al capitán Fyodor Patrichev, que tenía reputación de ser un buen luchador.

Yang recibiría consejos de sentido común de Murai y lo utilizaría como asesor para la planificación de operaciones y la toma de decisiones. Patrichev habría gritado y alentado a las tropas. Y de Fischer, Yang quería que la flota funcionara de manera constante y sana.

Creo que puedo estar satisfecho con las publicaciones hasta ahora, pero no estaría mal encontrar un ayudante de campo, pensó Yang. Hizo una solicitud a Caselnes para un «joven oficial destacado» y un comunicado llegó más tarde que decía: «Tengo a la persona. Salutatorian graduada de la Academia de Oficiales en 794 — un gran estudiante mejor que tú. Actualmente asignado al Departamento de Análisis de Datos en la Sede Operativa Conjunta».

El oficial que apareció ante Yang poco después era una hermosa joven con ojos color avellana y cabello castaño dorado que tenía una onda natural; incluso un simple uniforme militar blanco y negro marfil se veía bonito en ella. Yang se quitó las gafas de sol y la miró fijamente.

«Subteniente Frederica Greenhill reportándose. Me asignaron para trabajar como ayudante de campo para contraalmirante Yang».

Esa fue su introducción.

Yang se volvió a poner las gafas de sol para ocultar su expresión, pensando que seguramente debía haber una cola negra y puntiaguda oculta en la parte posterior de los pantalones del uniforme de Alex Caselnes. La hija de Dwight Greenhill, director asistente en la sede de operaciones conjuntas, Frederica tenía la reputación de poseer un asombroso poder de memoria.

Y así fue que se decidieron las asignaciones de personal para la Decimotercera Flota.

II

El 27 de abril de SE 796, el contraalmirante Yang Wen-li, comandante de la Décimo Tercera Flota de las Fuerzas Armadas de la Alianza de Planetas Libres, emprendió el camino para derrocar a Iserlohn.

Oficialmente, este viaje iba a ser la primera maniobra a gran escala de la nueva flota, que se llevaría a cabo en un sistema estelar en una dirección opuesta a la de la frontera que enfrenta el imperio de la alianza. Partieron de Heinessen utilizando la navegación con warp 50- C, dirigiéndose en dirección opuesta a la de Iserlohn, y luego de continuar durante tres días, recalcularon la ruta y ejecutaron ocho warps de largo alcance y once warp de corto alcance, finalmente ingresando al Corredor de Iserlohn.

“Cuatro mil años luz en veinticuatro días. No está mal «, murmuró Yang. Pero no solo no era malo; el hecho de que esta flota prefabricada, apresuradamente ensamblada, hubiera podido llegar a su destino de alguna manera sin que faltara una sola nave, era realmente digno de elogio. Por supuesto, todo este éxito se debió a la mano experimentada del vice comandante, el comodoro Fischer, alabado por su desempeño magistral en la operación de la flota.

«La Decimotercera Flota tiene un experto en eso, así que…» diría Yang, dejando los asuntos relevantes totalmente a cargo de Fischer. Cuando Fischer dijo algo, Yang solo asentiría con la aprobación.

La mente de Yang estaba enfocada en una sola cosa: cómo capturar la fortaleza de Iserlohn. Cuando reveló por primera vez su plan a los tres oficiales ejecutivos de la flota — Fischer, Murai y Patrichev — no tenían palabras.

Fischer, de mediana edad tardía con cabello plateado y bigote; Murai, un hombre delgado y de aspecto nervioso, cercano a Fischer; y Patrichev, con largas patillas en su cara redondeada y un uniforme que parecía adecuado para explotar por la tensión de sostener su cuerpo — los tres por un tiempo simplemente miraron a su joven comandante.

El momento pasó, y luego Murai hizo la pregunta obvia: «Y si no funciona, ¿entonces qué?»

«Entonces todo lo que podemos hacer es huir con la cola entre las piernas».

«Pero si hacemos eso…»

«¿Y qué? No te preocupes por eso Derrotar a Iserlohn con media flota fue una demanda irrazonable desde el principio. Los que terminen avergonzados delante de todos serán el Director Sitolet y yo».

Después de despedir a los tres, Yang llamó a su ayudante, el subteniente Frederica Greenhill.

En su posición como su ayudante personal, Frederica había aprendido sobre el plan de Yang ante los tres oficiales ejecutivos, pero ella no planteó ninguna objeción, ni siquiera mostró signos de ansiedad. No, lejos de eso, ella había predicho el éxito con una certeza superior a la del propio Yang.

«¿Qué es lo que te hace sentir tan segura?» Yang simplemente no pudo evitar preguntar, aunque era muy consciente de lo extraño que era decir.

«Porque, Almirante, también tuvo éxito hace ocho años, en El Facil».

«Sin embargo, ese es un terreno muy endeble, ¿no cree?»

«Tal vez… pero en ese momento, Almirante, usted tuvo éxito en sembrar la confianza absoluta en el corazón de una niña pequeña».

Yang le dio una mirada burlona.

A su superior de aspecto dudoso, el oficial de cabello dorado le dijo: «Yo estaba en El Facil con mi madre en ese momento. El hogar ancestral de mi madre estaba allí. Recuerdo claramente al joven subteniente que estaba mordisqueando un sándwich mientras comandaba el procedimiento de evacuación; Apenas tenía tiempo de inactividad para comer. Sin embargo, ese subteniente probablemente ha olvidado por mucho tiempo a la niña de catorce años que le trajo café en un vaso de papel cuando se atragantó con ese sándwich, ¿verdad?”

Yang no tenía una respuesta lista.

«¿Y también lo que dijo después de que su vida se hubiera salvado tomando ese café?»

«¿Qué dijo?»

«No puedo soportar el café. Hubiera sido bueno si lo hubieras hecho té».

Sintiendo el comienzo de un ataque de risa, Yang se aclaró la garganta ruidosamente para expulsarla de su cuerpo.

«¿Dije algo tan grosero?»

«Sí, ciertamente lo hiciste. Mientras aplastabas el vaso de papel vacío en tu mano.”

«¿Es eso así? Me disculpo. Sin embargo, necesitas encontrar un mejor uso para ese recuerdo tuyo».

Las palabras sonaban bastante razonables, aunque no eran más que uvas agrias. Frederica había descubierto seis diapositivas de las catorce mil tomas de Iserlohn en las que las imágenes anteriores y posteriores a la batalla no coincidían; ella ya había demostrado lo valiosos que podían ser sus poderes de memoria.

«Llame al capitán von Schönkopf por mí», dijo Yang.

Exactamente tres minutos después, el capitán Walter von Schönkopf apareció frente a Yang. Fue capitán del regimiento Rosen Ritter, o «Caballeros de la Rosa», que estaba afiliado al departamento del comisionado de batalla de las Fuerzas Armadas de la Alianza. Era un hombre de unos treinta años con una apariencia refinada, aunque aquellos de su propio género a menudo lo consideraban un «ESNOB pretencioso». Nacido de respetables aristócratas imperiales, normalmente habría estado en el campo de batalla con el uniforme de un almirante imperial.

El Rosen Ritter había sido establecido principalmente por los hijos de aristócratas que habían desertado del imperio a la alianza, y tenían una historia que se remonta a medio siglo. Esa historia fue escrita en parte en letras de oro y en parte en manchas de tinta negra. El regimiento había tenido doce capitanes anteriores en su historia. Cuatro de ellos murieron en la batalla, luchando contra su antigua patria. Dos se habían retirado después de subir al almirantazgo. Seis habían huido a su antigua patria, algunos se habían alejado en silencio y otros habían cambiado de bando en medio del combate.

Hubo quienes dijeron: «Ese tipo es desafortunado. Dado que tiene el número trece, seguramente se convertirá en el traidor número siete». En cuanto a por qué el número trece tuvo mala suerte, no hubo un consenso general. Una teoría dijo que era porque la guerra termonuclear que casi había erradicado a la humanidad en Terra (y proporcionó el ímpetu para que los sobrevivientes abolieran completamente las armas de fisión nuclear) había durado trece días. Otro afirmó que era porque el fundador de una antigua religión extinta había sido traicionado por su decimotercer discípulo.

«Von Schönkopf reportándose, señor».

Su respetuoso tono de voz no era adecuado para su expresión descarada. Cuando Yang miró a este antiguo ciudadano imperial tres o cuatro años mayor que él, pensó, *Tomar una actitud artificial como esa podría ser su forma de sondear a los demás. Aunque incluso si lo es, no puedo convencerme de hacerlo en cada punto…*

«Hay algo de lo que necesito hablar contigo».

«¿Algo importante?»

«Probablemente. Se trata de capturar a Iserlohn «, dijo Yang.

Durante unos segundos, la línea de visión de von Schönkopf vagó por la habitación.

«Eso sería extremadamente importante. ¿Está bien consultar a un subalterno como yo?»

«No puede ser nadie más que tú. Quiero que escuches atentamente”. Yang comenzó a describir el plan.

Cinco minutos después, Von Schönkopf había terminado de escuchar la explicación de Yang, y había una mirada extraña en sus ojos marrones. Parecía estar tratando de reprimir y ocultar el shock total.

«Déjeme lanzarte el arma y decir esto, Capitán: este no es un plan apropiado. Esto es un truco— en realidad, es un truco barato», dijo Yang, quitándose su boina de uniforme negro y girándola maleducadamente en su dedo. «Pero si vamos a ocupar la fortaleza inexpugnable Iserlohn, creo que es la única manera. Si esto no funciona, entonces está más allá de mi capacidad».

«Tienes razón — probablemente no haya otra manera», dijo von Schönkopf, frotándose la barbilla puntiaguda. “Cuanto más dependen las personas de las fortalezas robustas, más tienden a deslizarse hacia arriba. Una posibilidad de éxito ciertamente existe. Excepto–»

«¿Excepto?»

“Si, como sugieren los rumores, me convirtiera en el traidor número siete, todo esto habrá sido en vano. Si eso sucediera, ¿qué harías?”

«Tendría un problema».

Von Schönkopf sonrió con dolor al ver la mirada seria de Yang.

«Sí, de hecho— eso sería un problema. ¿Pero es eso todo lo que sería? Seguramente, usted pensaría en alguna forma de hacer frente a la situación».

«Bueno, lo pensé.»

«¿Y?»

«No se me ocurrió ninguna idea. Si nos traicionas, levanto mis manos y corro a casa en ese mismo momento. No habrá nada más que pueda hacer».

La boina se deslizó del dedo de Yang y cayó al suelo. La mano del ex ciudadano imperial extendió la mano y la levantó, y después de sacudir el polvo que ni siquiera se había aferrado a ella, se la devolvió al oficial superior.

«Lo siento por eso.»

«No lo pienses más. Entonces, ¿estás diciendo que tienes absoluta confianza en mí?»

«Para ser honesto, no confío mucho en mí mismo», respondió Yang rotundamente. «Pero a menos que confíe en ti, el plan se terminará antes de que comience. Así que voy a confiar en ti. Ese es el gran requisito previo».

«Entiendo», dijo von Schönkopf, aunque la expresión de su rostro decía que no necesariamente había aceptado a Yang con su palabra. El comandante del regimiento Rosen Ritter miró de nuevo al joven oficial superior con una especie de mirada que intentaba en parte penetrar en las verdaderas intenciones de Yang, en parte tratando de descubrir las suyas.

«¿Puedo hacerle una pregunta, almirante?»

«Adelante».

“Las órdenes que te dieron esta vez eran absolutamente imposibles. Te dijeron que tomaras media flota, con tropas indisciplinadas equivalentes a una turba ruidosa— y derribaras la fortaleza de Iserlohn. Incluso si te hubieras negado, no habría habido muchos que te hubieran culpado.

Entonces, el hecho de que hayas aceptado esto significa que ya tenías este plan en mente. Sin embargo, me gustaría saber qué sucedía en tu cabeza debajo de todo eso. ¿Lujuria por el honor? ¿O para avanzar?”

La luz en los ojos de von Schönkopf era aguda y despiadada.

«No creo que haya ningún deseo de avanzar», dijo Yang. Su respuesta fue indiferente, como si estuviera hablando de alguien más por completo. «Si tengo personas que me llaman «Excelencia» antes de que cumpla treinta años, eso ya es suficiente para mí. Porque, en primer lugar, si todavía estoy vivo al final de esta misión, tengo la intención de darme de baja».

«¿Darse de baja?»

«Sí, bueno, recibo una pensión, y también hay un subsidio de jubilación… Debería ser suficiente para mí y para otros vivir un estilo de vida cómodo, aunque modesto».

«¿Estás diciendo que te jubilarás en estas condiciones?»

Yang sonrió ante el sonido de la voz de von Schönkopf; Tanto como decía él estaba luchando por entender.

«Sobre esas condiciones: si nuestras fuerzas ocupan Iserlohn, eso cortará lo que es prácticamente la única ruta del imperio para invadirnos. Mientras la alianza no vaya y haga algo estúpido como usar la fortaleza como plataforma para su propia invasión del imperio, los dos militares no podrán enfrentarse, incluso si lo desean. Al menos no a gran escala».

Von Schönkopf escuchó, en silencio.

«En ese momento, dependerá de las habilidades diplomáticas del gobierno de la alianza, y dado que habremos logrado una posición militar ventajosa, pueden ser capaces de gestionar un tratado de paz satisfactorio con el imperio. En lo que a mí respecta, puedo retirarme con tranquilidad si eso sucede».

«Aunque me pregunto si esa paz puede ser duradera».

«La paz duradera nunca ha existido en la historia de la humanidad, así que no voy a esperar eso. Sin embargo, ha habido tramos pacíficos y prósperos que duran varias décadas. Si tenemos que dejar algún tipo de herencia para la próxima generación, lo mejor que podemos darles en última instancia es la paz. Y mantener la paz que les entregó la generación anterior será responsabilidad de la próxima generación. Si cada generación recuerda su responsabilidad para las generaciones futuras, se mantendrá una paz a largo plazo. Si olvidan, entonces malgastarán esa herencia, y la raza humana volverá al punto de partida. Y oye, eso está bien, también».

Yang colocó ligeramente la boina con la que había estado jugando en la cabeza.

«En resumen, todo lo que espero de manera realista es la paz para las próximas décadas. Pero aun así, una paz tan larga sería un millón de veces mejor que un período de guerra de una décima parte. Hay un niño de catorce años viviendo en mi casa, y no quiero verlo arrastrado al campo de batalla. Así es como me siento.»

Cuando Yang cerró la boca, cayó el silencio. No duró mucho.

«Perdóneme, almirante, pero usted es un hombre excepcionalmente honesto o el mayor sofista desde Rudolf el Grande». Von Schönkopf mostró una sonrisa irónica. «En cualquier caso, esa es una respuesta mejor de lo que esperaba. Siendo ese el caso, haré todo lo posible también. Por una paz no tan eterna».

Ninguno de los dos hombres era del tipo que estrechaba la mano del otro con profunda emoción, por lo que a partir de ahí la conversación profundizó en temas de negocios, mientras discutían los detalles de la operación.

III

Había dos almirantes completos de los militares imperiales en Iserlohn. Uno fue el comandante de la fortaleza, el almirante Thomas von Stockhausen, y el otro el comandante de la Flota Iserlohn, el almirante superior Hans Dietrich von Seeckt. Ambos tenían cincuenta años de edad, y aunque la

altura era también un rasgo que ambos compartían, la cintura de von Stockhausen era un tamaño más angosto que el de von Seeckt.

No estaban en términos amistosos, pero esto tenía menos que ver con la responsabilidad individual que con la tradición. Eran dos oficiales al mando de igual rango en el mismo lugar de trabajo. Fue una maravilla cuando no encajaron los cuernos entre sí.

Los conflictos emocionales se extendieron naturalmente incluso a las tropas bajo su mando. Desde el punto de vista de la guarnición de la fortaleza, la flota era como un huésped desagradable que luchaba afuera, y luego vuelve corriendo cuando las cosas se ponen peligrosas, buscando un lugar seguro para esconderse — un hijo pródigo, por así decirlo. Y si les preguntaras a los tripulantes de la flota, dirían que las tropas de la guarnición de la fortaleza eran un grupo de «topos espaciales» encerrados en un escondite seguro y entreteniéndose jugando en guerra con el enemigo.

Dos cosas apenas superaron la ruptura entre ellos: su orgullo como guerreros «apoyando la fortaleza inexpugnable de Iserlohn» y su entusiasmo por luchar contra el «ejército rebelde». De hecho, cuando los ataques enemigos llegaron, compitieron por el éxito sin cesar, incluso como se despreciaron y se maldijo el uno al otro. Esto resultó en el logro de enormes éxitos militares.

Cada vez que las autoridades militares propusieron combinar las oficinas de la fortaleza y el comandante de la flota para unificar la cadena de mando, la idea fue sofocada. Esto se debió a que una disminución en el número de posiciones de nivel de comandante presentó un problema para los oficiales de alto rango y también porque no había ejemplos previos de conflictos entre los dos que llevaron a un resultado fatal.

Era el 14 de mayo del calendario estándar.

Los dos comandantes, von Stockhausen y von Seeckt, estaban en su sala de conferencias. Originalmente, esto había sido parte de un salón para oficiales de alto rango, pero como estaba a la misma distancia de sus oficinas, se había remodelado como una sala de reuniones completamente insonorizada. Esta medida se había tomado porque a ninguno de los dos les gustaba ir a la

oficina del otro, y como ambos estaban dentro de la misma fortaleza, no valía la pena depender únicamente de las comunicaciones televisadas.

Durante los últimos dos días, las comunicaciones en las cercanías de la fortaleza habían sido confusas. No cabía duda de que una fuerza rebelde se acercaba. Sin embargo, no había habido nada como un ataque todavía. Los dos comandantes se reunían para discutir qué hacer con este estado de cosas, pero la conversación no había avanzado en una dirección necesariamente constructiva.

«Dices que deberíamos lanzarnos ya que están ahí fuera, Comandante, pero no sabemos dónde están, así que, ¿cómo vas a luchar contra ellos?»

Así habló von Stockhausen, a lo que von Seeckt respondió:

«Esa es exactamente la razón por la que deberíamos salir: para averiguar dónde se esconden. Si los rebeldes vienen a atacar, es probable que movilicen una gran fuerza».

Ante las palabras de von Seeckt, von Stockhausen dio un guiño de completa seguridad en sí mismo. «Lo que terminará con ellos siendo derrotados de nuevo. Los rebeldes nos han atacado seis veces y seis veces han sido rechazados. Incluso si están a punto de venir otra vez, solo significa seis veces convertirse en siete».

«Esta fortaleza es realmente asombrosa», dijo el comandante de la flota, *dando a entender que no es porque eres particularmente capaz* .

«En cualquier caso, es un hecho que el enemigo está cerca. Me gustaría movilizar a la flota e ir a buscarlos».

«Pero si no sabes dónde están, no tienes forma de encontrarlos. Espera un poco más.»

Justo cuando la conversación comenzaba a ir en círculos, hubo una llamada desde la sala de comunicaciones. Decía que una extraña transmisión había sido recogida.

Aunque la interferencia fue feroz y la transmisión se desvaneció y desapareció, por fin reveló la siguiente situación:

Un único crucero ligero de la clase de Bremen que llevaba comunicados vitales había sido enviado a Iserlohn desde la capital imperial de Odín, pero había sido atacado por el enemigo dentro del corredor y estaba siendo perseguido. Estaban buscando el rescate de Iserlohn.

Los dos comandantes se miraron.

En un gruñido de la parte posterior de su garganta gruesa, von Seeckt dijo: «No está claro dónde se encuentran en el corredor, pero en este momento no tenemos otra opción que salir».

«Pero, ¿es realmente una buena idea?»

«¿Qué quieres decir con eso? Mis tropas son una raza aparte de los topos espaciales que solo quieren seguridad».

«¿Que se supone que significa eso?»

Los dos llegaron a la sala de reuniones de operaciones conjuntas y tomaron sus asientos, con los rostros asqueados uno al lado del otro.

Von Seeckt dio órdenes de lanzar la flota a sus propios oficiales de personal, y von Stockhausen se quedó mirando en otra dirección mientras explicaba la situación.

Cuando von Seeckt terminó de hablar, uno de los oficiales de su personal se levantó de su asiento.

«Un momento, por favor, Su Excelencia.»

«Ah, el capitán von Oberstein…» dijo el almirante von Seeckt, sin un ápice de buena voluntad en su voz. Odiaba a su oficial de personal recién asignado. Ese pelo de sal y pimienta, ese rostro pálido y sin sangre, esos ojos artificiales que emitían un brillo extraño de vez en cuando— no le gustaba nada de eso. *Es un retrato muy triste*, pensó. «¿Tienes alguna opinión?»

Al menos en la superficie, Von Oberstein no parecía perturbado por el tono poco entusiasta de su oficial superior.

«La tengo.»

«Muy bien, vamos a escucharlo», insistió von Seeckt a regañadientes.

«Pues bien, se lo diré. Esto podría ser una trampa».

«¿Una trampa?»

«Sí señor. Para alejar a la flota de Iserlohn. No debemos salir. Debemos observar la situación sin hacer un movimiento».

Von Seeckt resopló con desdén.

«Entonces, lo que quieres decir, oficial, es que si salimos, la espera del enemigo y si luchamos, seremos derrotados».

«Eso no es lo que quise decir».

«Bueno, entonces, ¿qué quisiste decir? Somos soldados, y la lucha es nuestro deber. En lugar de buscar nuestra seguridad personal, deberíamos pensar proactivamente en destruir al enemigo. Y lo que es más importante, ¿qué podemos hacer si no podemos ayudar a una nave amiga que está en problemas?»

Sintió antipatía hacia Von Oberstein, y también tuvo que considerar su apariencia frente a Von Stockhausen, quien estaba observando este desarrollo con una sonrisa irónica. Además, von Seeckt era un tipo de líder de armas y gloria, del tipo que no podía soportar esperar al margen cuando el enemigo estaba delante de él; No estaba en su naturaleza quedarse encerrado en la fortaleza y esperar un asalto. Creía que si lo hacía, una carrera dedicada a los acorazados habría sido un desperdicio.

«No lo sé, almirante von Seeckt — su oficial de personal tiene un punto. No conocemos las posiciones precisas de nuestros enemigos ni de nuestros aliados, y el peligro es grande. ¿Qué tal esperar un poco más?”

Fue la opinión de von Stockhausen desde el margen lo que decidió el asunto. Von Seeckt lo dijo rotundamente.

Por fin, la Flota Iserlohn, compuesta por quince mil barcos grandes y pequeños, comenzó a salir del puerto.

Von Stockhausen observó las salidas a través de la pantalla del monitor de control de tráfico del puerto en la sala de comando de la fortaleza. La vista de los acorazados como enormes torres en sus costados y elegantes destructores aerodinámicos lanzándose en formaciones ordenadas, partiendo hacia un campo de batalla en el vacío, fue verdaderamente magnífica.

«Hmph. Espero que vuelvas con escozor», murmuró von Stockhausen para sí mismo. No podía decir cosas como «morir» o «perder», ni siquiera como una broma. Esa era su propia manera de ejercitar la moderación.

Transcurrieron aproximadamente seis horas, y luego una vez más llegó una transmisión. Era del crucero ligero de la clase Breman en cuestión, y las siguientes palabras fueron extraídas de la estática: «Finalmente hemos llegado cerca de la fortaleza, pero todavía estamos debajo. Persecución atacando a las fuerzas rebeldes. Solicito bombardeo de artillería para cubrir nuestra retaguardia».

Cuando ordenó a los artilleros que hicieran preparativos para cubrir el fuego, von Stockhausen tenía una expresión muy amarga. ¿A dónde se había ido ese imbécil von Seeckt? Era bueno hablar de un gran juego, pero ¿el hombre ni siquiera era capaz de ayudar a un aliado que estaba solo?

«¡Reflejando la nave en pantalla!», Informó uno de sus hombres. El comandante dio órdenes de aumentar y proyectar la imagen.

El crucero ligero de la clase de Bremen se acercaba a la fortaleza con toda la inestabilidad de un borracho. Los múltiples puntos de luz que se podían ver en su fondo eran, por supuesto, naves enemigas.

«¡Prepárense para disparar!» Ordenó von Stockhausen.

Sin embargo, justo antes de entrar en el campo de tiro de los cañones principales de la fortaleza, los barcos de la fuerza de la alianza se detuvieron por completo. Estaban flotando — tímidamente, parecía — más allá de un borde invisible, y cuando vieron al crucero ligero de la clase Bremen dirigirse hacia el puerto, guiados por una señal de la sala de control de tráfico del puerto de la fortaleza, comenzaron a girar la nariz en aparente resignación.

«Prudentes, saben que es inútil».

Los soldados imperiales estallaron en carcajadas. Su confianza era tan inquebrantable como la fortaleza inexpugnable.

Habiendo entrado en el puerto y amarrado allí por campos magnéticos, el crucero ligero de la clase de Bremen fue un espectáculo trágico para la vista. Solo con ver su exterior solo, fue posible distinguir una docena de áreas dañadas. La espuma de choque blanca sobresalía de las rasgaduras en el casco como los intestinos de algún animal, y era imposible contar el número de grietas del cabello, incluso con los dedos de manos y pies de cien soldados.

Los autos propulsados por hidrógeno cargados con equipo de tierra vinieron corriendo hacia allí. Estas no eran tropas de la fortaleza, sino tropas bajo el mando de la Flota Iserlohn, y simpatizaron desde el fondo de sus corazones cuando vieron la condición miserable de la nave.

Se abrió una escotilla en el crucero ligero y apareció un oficial de aspecto juvenil, con vendas blancas alrededor de su cabeza. Era un hombre guapo, pero su rostro pálido estaba manchado con una sustancia negra y rojiza.

«Soy el capitán Larkin, comandante de esta nave. Me gustaría ver al comandante de esta fortaleza».

Hablaba el idioma oficial del imperio de manera clara y articulada.

«Sí, señor», dijo uno de los oficiales de mantenimiento, «¿Pero qué demonios está pasando ahí fuera?»

El capitán Larkin dio un suspiro de frustración.

«No estamos muy seguros tampoco nosotros. Venimos de Odin, ya sabes. Sin embargo, parece que de alguna manera su flota ha sido destruida».

Mirando fijamente al personal de tierra mientras tragaban con fuerza y lo miraban con incredulidad, el capitán Larkin gritó: «Parece que, de alguna manera, las fuerzas rebeldes han encontrado una nueva forma de pasar por el corredor. Esto amenaza no solo a Iserlohn sino a la supervivencia del propio imperio. Rápido, ahora, llévame al comandante.”

El Almirante von Stockhausen, que había estado esperando en la sala de mando, se levantó de su silla cuando vio a cinco de los oficiales del crucero ligero entrar en la sala rodeados por personal de seguridad.

«Explique la situación— ¿qué está pasando ahí fuera?» Mientras Von Stockhausen caminaba hacia el capitán con pasos largos, su voz era más aguda de lo normal. Ya se le había informado, y si las fuerzas rebeldes habían ideado una manera de atravesar el corredor, eso significaría que el significado mismo de la existencia de Iserlohn se pondría en duda y que dependería de él desarrollar alguna forma de contrarrestar los movimientos. de las fuerzas rebeldes.

Dado que Iserlohn era en sí mismo una construcción de punto fijo, fue exactamente para tiempos como estos cuando se necesitó la Flota de Iserlohn. ¡Y von Seeckt, ese jabalí, se había ido cargando con él! Von Stockhausen estaba teniendo problemas para mantener una actitud calmada.

«Esto es lo que sucedió…» La voz de este Capitán Larkin era baja y débil, por lo que von Stockhausen, sintiéndose impaciente, se acercó al hombre.

«Esto es lo que sucedió: Su Excelencia von Stockhausen, ¡se ha convertido en nuestro cautivo!»

Un instante congelado se derritió, y cuando los guardias de seguridad habían maldecido con brusquedad a sus detonadores, el brazo del capitán Larkin estaba envuelto alrededor del cuello de von Stockhausen, y un arma

de cerámica— invisible al sistema de seguridad de la fortaleza— apuntaba a un lado de su cabeza.

«¿Por qué, tú …?», Gruñó el comandante Lemmrar, jefe de los detalles de seguridad de la sala de comando, con su rostro rubicundo cada vez más rojo.

«Eres amigo de esos rebeldes. ¿Cómo te atreves a intentar algo tan escandaloso—”

«Voy a pedirte que me recuerdes. Soy el capitán von Schönkopf del regimiento de Rosen Ritter. Tengo ambas manos llenas ahora mismo, así que no puedo lavarme el maquillaje para saludarte adecuadamente «. El capitán se rió como irrebatible.

«Para ser honesto, no pensé que las cosas saldrían tan bien. Me aseguré de falsificar una tarjeta de identificación antes de venir, pero nadie lo comprobó. Esa es una buena lección que aprender, que no importa qué tan seguro esté el sistema, todo depende de las personas que lo ejecuta».

«¿Y para quién es esa lección, me pregunto?» Con estas ominosas palabras, el Comandante Lemmrar dirigió su blaster tanto a von Stockhausen como a von Schönkopf.

«Planeaste tomar rehenes, pero no pienses que los rebeldes son lo mismo que los soldados imperiales. Su Excelencia el Comandante es un hombre que teme deshonrar más que a la muerte. ¡Aquí no hay escudo para protegerte!”

«Su Excelencia, el Comandante, parece molesto por estar tan sobreestimado». Sonriendo desdeñosamente, von Schönkopf lanzó una mirada hacia uno de los cuatro hombres que lo rodeaban. Ese hombre produjo un disco de cerámica, lo suficientemente pequeño como para sostenerlo en su mano, debajo de su uniforme imperial.

«Sabes lo que es eso, ¿verdad? Es un emisor de partículas Seffl».

Von Schönkopf habló, y fue como si una corriente eléctrica hubiera corrido a través de la amplia cámara.

Las partículas Seffl fueron nombradas por su inventor, Karl Seffl. Investigador en química aplicada, había sintetizado las partículas para extraer minerales y realizar trabajos de ingeniería civil a escala planetaria, por lo que — para decirlo brevemente — estas partículas eran como un gas que reaccionaría a una cantidad determinada de calor o energía. de una explosión dentro de un rango controlable. Sin embargo, la humanidad siempre había adaptado las tecnologías industriales al uso militar.

El rostro del comandante Lemmrar se veía casi completamente oscuro. Los blasters, que disparaban rayos de energía, se habían vuelto imposibles de usar. Si alguien disparara, todos morirían juntos. Las partículas de Seffl en el aire serían encendidas por el rayo, reduciendo a todos en la habitación a cenizas en un instante.

«Co- Comandante…»

Uno de los guardias de seguridad había alzado su voz en lo que sonaba como un grito. El comandante Lemmrar, con los ojos llenos de una luz vacía, miró al almirante von Stockhausen. Von Schönkopf aflojó su brazo ligeramente, y después de respirar de manera irregular, el comandante de la fortaleza de Iserlohn se rindió.

«Tú ganas. No se puede evitar— nos rendimos». Von Schönkopf dejó escapar un suspiro de alivio en su corazón.

«De acuerdo, todos: ustedes saben qué hacer».

Según las instrucciones, los subordinados del capitán se dedican a sus tareas. Se alteraron los programas de control de tráfico portuario, se desactivaron todos los sistemas de defensa y se liberó gas para dormir en toda la fortaleza a través del sistema de aire acondicionado. Los técnicos que se habían estado escondiendo dentro del crucero ligero de la clase de Bremen desembarcaron y ejecutaron estas operaciones con habilidad y eficiencia. Si bien solo un pequeño grupo de personas se dio cuenta de lo

que estaba sucediendo, Iserlohn estaba siendo invadida, como si fuera un cáncer, y sus funciones se cerraron.

Cinco horas después, los soldados imperiales fueron liberados de un sueño tan nublado como la sopa de frijoles y se quedaron atónitos sin palabras al encontrarse despojados de sus brazos y tomados cautivos. Al sumar todo el personal de combate, comunicaciones, suministros, médicos, mantenimiento, control de tráfico, técnicos y otros, su número total aumentó a quinientos mil. Con sus fábricas gigantescas para la producción de alimentos y otras necesidades, Iserlohn estaba equipado con un entorno e instalaciones capaces de soportar una población, incluido el personal de la flota, que superaba el millón. La intención del imperio de que Iserlohn debe ser una «fortaleza eterna» con ambos nombres y, de hecho, era evidente.

Sin embargo, oficiales y tropas de la Décimotercera Flota de las Fuerzas Armadas de la Alianza estaban ahora al mando.

La fortaleza de Iserlohn, que en el pasado tenía como un vampiro consumiendo la sangre de millones de soldados de las Fuerzas Armadas de la Alianza, cambió de manos sin derramar una sola gota de sangre nueva.

IV

La Flota Iserlohn del ejército imperial había estado vagando por el obstáculo del corredor y el interior lleno de peligros en busca del enemigo.

Los oficiales de comunicaciones habían estado trabajando duro tratando de levantar la fortaleza, y finalmente, palideciendo, llamaron al Comandante von Seeckt. Habiendo eliminado las persistentes olas de interferencia, finalmente habían restablecido las comunicaciones, pero lo que habían recibido de la fortaleza era una transmisión que decía:

«Un motín ha estallado entre los hombres. Solicitando asistencia.”

«¿Un motín dentro en la fortaleza?» Von Seeckt chasqueó la lengua.

«¿No puede ese incompetente Von Stockhausen controlar a sus propios hombres?»

Los sentimientos de superioridad de Von Seeckt estaban siendo estimulados por la educada solicitud de ayuda. Cuando pensó en cómo esto dejaría a su colega en deuda con él en gran medida, se sintió aún más encantado.

“Apagar el fuego a nuestros pies tiene prioridad. Todas las naves, regresen a Iserlohn inmediatamente.”

«Espere un momento», respondió alguien a la orden de von Seeckt.

La voz era tan silenciosa que arrojaba una penumbra sobre el puente, y sin embargo remachaba toda la habitación. Cuando von Seeckt vio al oficial que había salido antes que él, una expresión brotó en su rostro de odio abierto y oposición. *Ese pelo de sal y pimienta, esas mejillas pálidas y mortales — ¡es el capitán von Oberstein de nuevo!*

«No recuerdo haber preguntado su opinión, capitán.»

«Soy consciente de eso. ¿Sin embargo, si me permite?”

«… ¿Qué deseas?»

“Esto es una trampa. Creo que es mejor no volver”. Von Seeckt estuvo en silencio por un largo momento.

Sin una palabra, el comandante apretó la mandíbula inferior y miró con odio a un desagradable subordinado que decía cosas desagradables en un tono de voz desagradable.

«Me parece que cada pequeña cosa que ves es una trampa en tus ojos».

«Excelencia, por favor, escuche».

«¡Eso es suficiente de ti! Todas las naves, vayan y dirígete a Iserlohn a la segunda velocidad de combate. Esta es una gran oportunidad para poner a esos topos espaciales a que nos deban una».

Su espalda ancha se alejó de von Oberstein.

«No vale la pena hablar con los hombres pequeños que están llenos de ira pero que no tienen verdadero coraje».

Escupió esas palabras con frío desprecio, y von Oberstein giró sobre sus talones y dejó el puente. Nadie intentó detenerlo.

Después de entrar en un exclusivo ascensor que reaccionó solo a las huellas de los oficiales, von Oberstein comenzó a descender a través de la enorme nave, equivalente en tamaño a un edificio de sesenta pisos, dirigiéndose hacia su nivel más bajo.

«¡La flota enemiga ha entrado en el campo de tiro!»

“Cañones de la fortaleza principal ya cargados y listos”.

“¡Objetivo adquirido! Podemos disparar en cualquier momento».

Voces tensas llenaron el aire de la sala de mando de la fortaleza de Iserlohn.

«Trácenlos sólo un poco más».

Yang estaba en la mesa de mando de von Stockhausen. Él no estaba sentado en la silla del comandante— más bien, estaba sentado con las piernas cruzadas encima de la mesa, y en esa posición impropia estaba mirando a un grupo de puntos brillantes que se acercaba y que cubría la pantalla gigante de la pantalla táctica. Por fin, respiró hondo y dijo: «¡Fuego!»

La orden que Yang había dado no se había pronunciado en voz alta, pero a través de sus auriculares, se transmitió con precisión a los artilleros.

Ellos aprovecharon sus pantallas.

Los artilleros observaron cómo masas de luz — blancas, abundantes en brillo, saltaban y se abalanzaban sobre el enjambre de motas centelleantes.

Más de cien naves en la vanguardia de la flota imperial tomaron el asalto de la batería principal de Iserlohn y fueron aniquilados instantáneamente. El

exceso de calor y la alta concentración de energía ni siquiera les dieron tiempo para explotar. Después de que la materia orgánica e inorgánica se hubieran vaporizado, no quedaba más que un vacío casi perfecto.

Las naves que habían explotado eran las del segundo rango de la fuerza imperial y las que flanqueaban la vanguardia. Las naves en la periferia fueron golpeadas por las energías y se desviaron del curso, e incluso las naves ubicadas fuera de esa región se sacudieron violentamente como consecuencia de ello.

Gritos y gritos ocuparon los canales de comunicación de las naves imperiales que habían sobrevivido al primer ataque.

«¡¿Por qué están disparando a los aliados?!»

«No, eso no está bien. Tienen que ser esos tipos que se amotinaron–”

«¡¿Qué hacemos?! No podemos contraatacar. ¿Cómo nos alejamos de esos cañones principales?”

Dentro de la fortaleza, los oficiales de la fuerza de la alianza y las tropas se quedaron sin aliento y se quedaron en silencio, con los ojos clavados en la pantalla. Habían visto por primera vez el poder destructivo diabólico de la batería principal de Iserlohn, apodado «Martillo de Thor».

La fuerza imperial entera fue exprimida en las garras del terror. La batería principal de la fortaleza, que hasta ese momento había sido su deidad guardiana incomparable y poderosa, se había convertido en una manía irresistible en manos de un espíritu maligno, derribada sobre sus coronas.

«¡Contraataquen! ¡Todas las naves, aremos un bombardeo sincronizado de los cañones principales!” El enojado grito del almirante von Seeckt se lanzó como un trueno.

A su manera, ese grito tuvo el efecto de restaurar la disciplina a los confundidos soldados. Los artilleros de pálido rostro tomaron sus consolas, sincronizaron sus sistemas automatizados de puntería y presionaron los

botones en sus pantallas táctiles. Cientos de vigas trazaron líneas geométricas a través del vacío del espacio.

Sin embargo, era imposible destruir el casco exterior de la Fortaleza de Iserlohn con solo la potencia de salida de los cañones basados en naves. El bombardeo golpeó el casco más exterior, y las vigas se desviaron, dispersándose inútilmente.

La humillación, la derrota y el terror que los oficiales y la tripulación de las Fuerzas Armadas de la Alianza habían probado en tiempos pasados ahora se amplificaron y se enviaron a las fuerzas imperiales.

Destellos de luz diez veces más gruesos que los rayos desatados por los cañones de la nave brotaron una vez más de la Fortaleza de Iserlohn, y de nuevo provocaron la muerte y la destrucción. Agujeros gigantescos habían aparecido en las columnas de la flota imperial, demasiado anchas para cerrar fácilmente, bordes adornados con las cascaras en ruinas de los barcos y fragmentos de la misma.

Después de ser atacado solo dos veces, la fuerza imperial estaba medio paralizada. Los sobrevivientes habían perdido la voluntad de luchar, y apenas podían permanecer donde estaban.

Yang apartó la vista de la pantalla y se frotó el estómago.

Su sensación era: *Si no vamos tan lejos, no podemos ganar esto.*

El capitán von Schönkopf, mirando la pantalla al lado de Yang, dio una tos fuerte a propósito.

«Esto no es lo que llamas combate, Excelencia. Esta es una masacre de un solo lado». Yang, quien se volvió hacia el capitán, no estaba enojado.

«Lo sé. Tienes toda la razón. Pero no vamos a comportarnos como lo hace el imperio. Capitán, trate de aconsejarles que se rindan. Si no quieren hacer eso, dígales que se retiren y que no los perseguiremos».

«Sí, señor». Von Schönkopf miró al joven oficial de alto rango con profundo interés. Otros soldados también podrían ir tan lejos como para aconsejar rendirse, pero probablemente no le dirían al enemigo que se escape. ¿Fue esta una fortaleza o una debilidad en este táctico más raro, Yang Wen-li?

En el puente del buque insignia, un oficial de comunicaciones gritó: «¡Excelencia, hay una transmisión de Iserlohn!» Von Seeckt miró al hombre con los ojos inyectados en sangre, al que dijo: «Iserlohn está ocupado por la alianza — quiero decir, los rebeldes. — Efectivo, después de todo. Su comandante, el contralmirante Yang Wen-li, dice lo siguiente: «No hay nada que ganar con un derramamiento de sangre adicional. ‘Ríndanse.'»

«¿Rendirnos, dice?»

«Sí. Y otra cosa: «Si no quieren rendirse, entonces retírense — no lo perseguiremos».

Por un momento, las caras alrededor del puente cobraron vida nuevamente. ¡Retirarse! ¡Por último, una opción inteligente! Esas expresiones vivas, sin embargo, fueron borradas por un feroz grito de ira.

“¡Cómo podríamos hacer tal cosa!” Von Seeckt se estampó en el suelo con sus botas de uniforme. ¿Ceder Iserlohn a los rebeldes, perder casi la mitad de las naves bajo su mando, volver a enfrentar a Su Majestad el Emperador con la derrota? ¿Era eso lo que este comandante rebelde le estaba diciendo que hiciera? Para von Seeckt, tal cosa era imposible. Mejor dicho como una joya de valor incalculable, decía el dicho, que llevar una vida larga y vergonzosa como un azulejo sin valor. El último honor que le quedaba ahora era el de la joya destrozada.

«Oficial de comunicaciones, transmita lo siguiente a las fuerzas rebeldes».

Mientras los oficiales y la tripulación que rodeaban a von Seeckt escuchaban el contenido de su mensaje, el color desapareció de sus caras. La luz feroz en los ojos de su comandante se disparó a través de sus rostros.

“Bajo mi mando, todas las naves trazarán cursos de colisión y cargarán a Iserlohn. Seguramente ninguno de ustedes envidiaría nuestras vidas en un momento como este”. El puente estaba en silencio.

Nadie le respondió.

Mientras tanto, en Iserlohn, von Schönkopf informó a Yang: «Hay una respuesta de las fuerzas imperiales».

Tenía un ceño fruncido en su cara.

“No sabes nada sobre el corazón del guerrero; morir y cumplir la causa del honor es el camino que conocemos; vivir manchados de desgracia es un camino que no conocemos».

«Hmm», dijo Yang.

«Lo que él quiere decir es que en estas circunstancias, todo lo que pueden hacer ahora es cargar con todas las naves para que mueran muertes gloriosas, y al hacerlo, pagar el favor de su Alteza Imperial».

“¿El corazón del guerrero?”

La subteniente Frederica Greenhill sintió el sonido de una ira amarga en la voz de Yang. De hecho, Yang se enfureció. *¿Quieres morir para expiar la derrota en la batalla? Magnifico y elegante. Pero si vas a hacer eso, ¿por qué no puedes morir solo? ¿Por qué llevar a tus subordinados contigo por la fuerza?*

Es por hombres como este que la guerra no puede terminar, pensó Yang. *He tenido suficiente. Basta ya de tratar con hombres como este.*

«¡Todas las naves enemigas están cargando!», Gritó un operador.

«¡Artilleros! ¡Concentren el fuego en el buque insignia enemigo!”

Era la primera vez que Yang daba una orden tan incisiva. Frederica y von Schönkopf miraron a su comandante, cada uno con su propia expresión.

«Este es el último bombardeo. Si pierden el buque insignia, el resto correrá».

Con gran cuidado, los artilleros apuntaron a su presa. Innumerables flechas de luz fueron desatadas por la fuerza imperial, pero ninguna de ellas tuvo ningún efecto.

Las vistas estaban perfectamente alineadas.

Y fue entonces cuando una sola lanzadera de escape fue expulsada de la popa del buque insignia imperial. La humilde mancha de plata se derritió rápidamente en la oscuridad.

¿Alguien lo había notado? Después del espacio de otro aliento, las columnas de luz redondeadas atravesaron la oscuridad por tercera vez.

En su punto focal estaba el buque insignia imperial, y parecía como si una región circular del espacio hubiera sido cortada del resto. El almirante completo von Seeckt, con su voz enojada y su cuerpo descomunal, se había reducido a partículas medibles solo en micrones, junto con sus malvados oficiales.

Cuando las naves imperiales supervivientes se dieron cuenta de lo que había sucedido, comenzaron a girar la nariz una tras otra y se retiraron del campo de tiro de la batería principal de la Fortaleza de Iserlohn. Dado que el comandante que pedía su noble y bella muerte había desaparecido, no había razón para desperdiciar sus vidas en un combate temerario, o más bien, en una masacre unilateral.

En medio de ellos estaba la sombra de la lanzadera de escape que transportaba al capitán von Oberstein. A medida que avanzaba en el semipiloto, echó un vistazo por encima del hombro a la forma esférica de la colosal fortaleza que estaba disminuyendo en la distancia.

En el momento antes de su muerte, ¿el Almirante von Seeckt gritó:

«¡Hail a su Majestad Imperial» o algo así? Qué absurdo.”

Sólo los vivos pueden tomar represalias.

Ah, bueno, murmuró en su corazón Von Oberstein. Si tuviera habilidades de liderazgo y el poder para hacer las cosas además de su ingenio, podría recuperar a gente como Iserlohn en cualquier momento. O incluso si dejaran a Iserlohn en manos de la alianza tal como estaban las cosas, perdería todo su valor cuando la alianza fuera destruida.

¿A quién debería elegir? No había nadie con talento entre los aristócratas de sangre azul. ¿Debería elegir a ese joven de cabello rubio — al conde Reinhard von Lohengramm? No parecía haber nadie más…

Pasando junto a las naves golpeadas y huyendo de sus camaradas, el transbordador voló en medio de la noche.

Dentro de la fortaleza de Iserlohn, sin embargo, un volcán de alegría y emoción estaba en erupción, y cada espacio abierto estaba ocupado por voces de risa y canción, sin prestar atención a la clave o la escala. Los únicos que se quedaron callados fueron los prisioneros de aspecto aturdido que se habían enterado de sus circunstancias y el director del gran espectáculo, Yang Wen-li.

«¿Subteniente Greenhill?»

Cuando Frederica respondió a su llamada, el joven almirante de cabello negro estaba bajando al piso de la mesa de comando.

“Contacta con la patria de la alianza. Dígales que se acabó, que ganamos, e incluso si me piden que vuelva a hacerlo, no puedo. Cuida el resto — encontraré una habitación vacía y dormiré un poco. En cualquier caso, estoy agotado».

“¡Yang el mago!”

“¡Milagroso Yang!”

Una tormenta de vítores saludó a Yang Wen-li, quien había regresado a la capital de la Alianza de Planetas Libres, Heinessen.

La gran derrota en la región estelar de Astarté que había ocurrido recientemente se olvidó rápidamente, y el ingenioso esquema de Yang y el juicio perspicaz del mariscal Sitolet al nombrarlo fueron alabados hasta el límite de lo que el lenguaje florido podría ser ideado. En la ceremonia cuidadosamente preparada y en el banquete que siguió, Yang tuvo una imagen inventada de sí mismo que se le metió en la cara hasta que estuvo harto de ella.

Cuando por fin estuvo libre, Yang regresó a casa con una expresión de exasperación en su rostro y sirvió brandy en un té que Julian había preparado para él. A los ojos de ese joven, la cantidad parecía un poco excesiva.

«Todos son iguales — nadie entiende», se agarró al héroe de Iserlohn cuando se quitó los zapatos, se sentó con las piernas cruzadas en el sofá y bebió un sorbo de té, que en este momento se había convertido casi en brandy. “Magia y milagros — no tienen idea de lo duro que trabaja la gente. Solo dicen lo que quieran. Las tácticas que utilicé han existido desde tiempos antiguos. Es una forma de separar la fuerza principal del enemigo de su base de origen y eliminarlos por separado. No estoy usando magia — solo le agregué un poco de sabor a eso, pero si me deslizo y me enamoro por su adulación, se me podría decir la próxima vez que vaya a Odín desarmado y lo tome solo».

Y antes de que eso suceda, renuncié, no lo dijo.

«Pero todos están diciendo cosas tan maravillosas sobre usted». Mientras hablaba, Julian sacó la botella de brandy fuera del alcance de Yang.

«Creo que está bien estar honestamente contento, como ellos quieren que lo estés».

«Solo tealabamos mientras ganas», respondió Yang en un tono que no era ni alegreni lo que Julian quería que fuera. “Si sigues luchando, al final pierdes.Hablaran de la forma que quieran cuando eso suceda puede ser divertido si setrata de otra persona. Y, por cierto, Julian, ¿puedes al menos dejarme bebertodo el brandy que quiera?”

Capítulo 6: A Cada Hombre Su Estrella.

I

¡Iserlohn ha caído!

Al sonido de esta desastrosa noticia, un estremecimiento recorrió todo el Imperio Galáctico.

«Pero se suponía que Iserlohn era inexpugnable…»

Con el rostro pálido, el mariscal Ehrenberg, ministro de asuntos militares, murmuró esas palabras y luego permaneció inmóvil ante su escritorio.

«No puedo creer eso. El informe debe estar equivocado».

El almirante Steinhof, comandante supremo del cuartel general del Comando Militar Imperial, lanzó un gruñido ronco y, después de verificar los hechos, se retiró a una fortaleza de silencio.

Incluso el emperador Friedrich IV, conocido por tener poco interés o energía para los asuntos de estado, a través del Ministro del Interior del Palacio, Neuköln, exigió una explicación al marqués Lichtenlade, el ministro de estado.

«El territorio del imperio debe ser sagrado e inviolable a todos los enemigos externos, y de hecho, siempre lo ha sido. Sin embargo, por nuestra falta de previsión al permitir que tales circunstancias perturben el corazón de Su Majestad, la vergüenza que sentimos hoy no tiene límites».

Llegó la noticia al almirante de Lohengramm que el marqués había dado una respuesta temerosa.

«Algo está mal con esa línea de razonamiento, Kircheis», dijo Reinhard a su ayudante de confianza en su oficina. «Ni una pulgada de territorio imperial debe ser invadido por enemigos externos, dice. Pero, ¿desde cuándo los rebeldes son un poder externo e igual? Es porque no ve las cosas por lo que son, por lo que pronuncia contradicciones como esa».

Reinhard, habiendo abierto su almirante y asegurado bajo su mando la mitad de los barcos de la Armada Espacial Imperial, luchaba diariamente con los arreglos de personal.

En el reclutamiento de oficiales jóvenes, la preferencia era como una política fundamental que se daba a los aristócratas de bajo rango y los de nacimiento común. La edad promedio de los comandantes de primera línea se había desplomado. Enérgicos oficiales juveniles como Wolfgang Mittermeier, Oskar von Reuentahl, Karl Gustav Kempf y Fritz Josef Wittenfeld ahora eran almirantes recién acuñados, y la almirantía había cobrado vida con espíritu y energía juvenil.

Reinhard, sin embargo, durante estos últimos días no había podido sacudir un sentimiento de insatisfacción. Había reunido a los comandantes de primera línea que tenían coraje y habilidad táctica de sobra, pero no había podido encontrar personas para ocupar los puestos de su personal.

Reinhard esperaba poco de los oficiales de alto rango que habían sido estudiantes de honor en la escuela de oficiales. Sabía muy bien que las habilidades militares no se cultivaban en el aula. Si bien los soldados nacidos de forma natural a veces eran brillantes en sus días escolares — como lo había sido el propio Reinhard — nunca sucedió lo contrario.

No podía poner a Kircheis en el personal. Reinhard lo necesitaba para funcionar como su representante y, a veces, tomar el mando de algunas de las flotas. Cuando estuvieran juntos, haría que Kircheis mirara el panorama general y tomara decisiones con él. Ese era el deber que el ayudante más confiable debería cumplir.

Hace solo unos días, Reinhard había enviado a Kircheis en lugar de él mismo al sistema Kastropf con motivo del levantamiento allí. Esto lo había

hecho para dejar que Kircheis marcara algunos logros propios y para dejar en claro a todos que era el vice comandante del Cuerpo Reinhard.

Reinhard había presentado una solicitud con el marqués Lichtenlade, ministro de estado, para que las órdenes del emperador fueran entregadas a Kircheis.

Al principio, el Marques Lichtenlade no había mirado favorablemente esta idea. Sin embargo, el marqués tenía un asistente parlamentario llamado Waitz que había ofrecido esta opinión: "¿Por qué no dejarlo? El contraalmirante Kircheis es el más cercano de los ayudantes cercanos del Conde von Lohengramm. Si tiene éxito en sofocar la rebelión de Kastropf, recompensarlo y endeudarlo, puede resultar rentable en el futuro — Y si él falla — la culpa será del Conde von Lohengramm por recomendarlo. Todo lo que tendrá que hacer es ordenar nuevamente que el conteo vaya a dominarlos, y si su subordinado ya ha fallado una vez, no podrá andar alardeando cuando el asunto esté resuelto».

«Hmm. Eso tiene sentido».

Al aceptar este razonamiento, el marqués había establecido el procedimiento por el cual la orden de someter a Kastropf se transmitiría del emperador a Kircheis. Reinhard envió un regalo de dinero a Waitz en privado; el marqués nunca supo que Reinhard le había pedido a Waitz que lo aconsejara como él lo había hecho.

De esta manera, Kircheis recibió sus órdenes del emperador directamente. Esto significaba que iba a lugares como un soldado del imperio. En la Almirantía de Reinhard, saltó por delante de colegas de rango equivalente, y se reconoció abiertamente que ahora estaba en la posición número dos. Naturalmente, esto no era más que una formalidad. Para hacerlo real, Kircheis necesitaba algunos logros militares reales.

Fue de esta manera que se produjo el levantamiento en el sistema Kastropf:

A principios de ese año, la vida del duque Eugen von Kastropf había llegado a un final inesperado debido a un accidente a bordo de su nave espacial privada.

Como aristócrata, tenía el derecho de tributación sobre su dominio privado y, como cuestión de rutina, se había jactado del poder que provenía de una riqueza abundante; también, como uno de los principales vasallos en la corte, había servido como ministro de finanzas durante aproximadamente quince años. Durante su mandato, había utilizado la autoridad de ese puesto para amasar la riqueza personal y, de vez en cuando, se había visto envuelto en vergonzosos escándalos de soborno. Sin embargo, cuando se trataba de los crímenes de la aristocracia, la red de la ley era de un tejido terriblemente desgastado. Cuando las cosas llegaron al punto en que incluso esos huecos eran demasiado pequeños para que el duque von Kastropf se deslizara, no obstante, continuó evitando las manos del castigo mediante la aplicación hábil de su riqueza y poder.

El conde Ruge, ministro de la judicatura en ese momento, había descrito sardónicamente sus abusos como «espléndido hocus-pocus», de los cuales puede inferirse que incluso a los ojos de los altos nobles como él, el hombre había ido demasiado lejos. Como era un pilar del gobierno imperial, consideraron inconveniente que no siguiera las reglas de los funcionarios públicos un poco más de cerca. La insatisfacción pública con un jefe de vasallos podría convertirse fácilmente en una desconfianza del sistema en su conjunto.

Ahora, este duque de Kastropf había muerto. Para los Ministerios de Finanzas y el Poder Judicial del imperio, esto era lo que podría llamarse una buena oportunidad. «Lo mejor es seguir adelante y azotar a los fallecidos», fue el consenso general. Esto era imperativo para mostrar a la población que incluso las grandes familias nobles no podían evitar el estado de derecho y también frenar a todos los otros innumerables Kastropfs que existían dentro de la aristocracia, demostrando así la ley del imperio y la fuerza de Su administración pública. Naturalmente, los fondos públicos que el Conde Von Kastropf había hecho suyo y los sobornos que había aceptado equivalían a una gran suma, y si eso podía pagarse al tesoro nacional, el sufrimiento de las arcas públicas sometidas a los gastos militares podría, por un tiempo. Al menos, ser aliviado.

Aunque hubo algunos burócratas en el Ministerio de Finanzas que hablaron de gravar a la aristocracia, eso significaría cambiar una política nacional

vigente desde los días de Rudolf el Grande y también podría invitar a insurrecciones o un golpe de estado en el palacio. Sin embargo, si el Duque von Kastropf fuera el único objetivo, habría poca oposición por parte de la aristocracia.

Investigadores del Ministerio de Finanzas Públicas fueron enviados a Kastropf.

Y ahí fue donde comenzaron los problemas.

El duque von Kastropf tuvo un hijo llamado Maximiliano, quien, en espera de la aprobación del emperador a través del ministro de estado, heredaría el título y los bienes de su difunto padre. Sin embargo, debido a las circunstancias actuales, el ministro de estado, Marqués Lichtenlade, había elegido posponer el proceso de sucesión y solo reconocer la herencia del patrimonio después de que el Ministerio de Finanzas Públicas hubiera concluido su investigación y hubiera deducido la parte que el duque anterior, Eugen von Kastropf, había obtenido erróneamente.

Maximiliano se opuso a esto. El hijo de un jefe vasallo y un aristócrata de alto rango, este joven egocéntrico, mimado durante mucho tiempo por la riqueza y el privilegio, carecía de las habilidades políticas de su difunto padre, incluso en el sentido negativo de la palabra. Literalmente soltó a sus perros de caza a los investigadores del Ministerio de Finanzas Públicas y luego los expulsó de su territorio. Estos perros de caza eran «cabezas con cuernos», que a través del procesamiento del ADN habían llegado a tener cuernos cónicos en sus cabezas, eran bestias salvajes y simbólicas del lado violento de la autoridad aristocrática.

Este joven sin imaginación no tenía idea de que sus acciones habían sido una bofetada de un gobierno imperial que daba gran importancia al prestigio y la apariencia de dignidad. La bofetada, sin embargo, no iba a tolerar silenciosamente ese insulto.

Cuando un segundo equipo de investigadores también fue expulsado ilegalmente, el Ministro de Finanzas, Vizconde Gerlach, envió una solicitud al Ministro de Estado para que Maximiliano fuera convocado ante un tribunal.

Al recibir esa citación redactada con dureza, Maximilian se dio cuenta por primera vez de que sus acciones estaban siendo vistas como problemáticas. Al carecer de un juicio equilibrado, fue superado por el terror extremo. Estaba seguro de que si viajaba a Hauptplanet Odín, nunca volvería a ver su hogar.

En la familia del Duque von Kastropf, él, por supuesto, tenía muchos parientes, suegros, y, preocupados por la situación, se interpusieron y trataron de mediar una solución. Esto, sin embargo, sólo exacerbó las sospechas de Maximilian.

Cuando uno de sus familiares, el conde Franz von Mariendorf, un hombre conocido por su naturaleza suave y sin pretensiones, fue a tratar de razonar con él, Maximilian lo hizo encarcelar, y toda esperanza de una resolución pacífica se desvaneció. Maximiliano, habiéndose retirado completamente de sus sentidos, comenzó a reunir un ejército privado que consistía principalmente en fuerzas de seguridad del ducado. Fue entonces cuando el gobierno imperial decidió enviar una fuerza para sofocar su insurrección.

Esta flota, comandada por el almirante Schmude, partió de Odín casi al mismo tiempo que los militares del imperio y la alianza se enfrentaban en la región estelar de Astarté. La fuerza de Schmude fue derrotada fácilmente.

Maximilian, a pesar de que estaba en la adultez responsable, todavía poseía un mínimo de talento puramente militar, y la fuerza enviada contra él había tomado a su oponente a la ligera, comprometiendo a Maximilian en la batalla con poco en el camino de una estrategia. Si bien estos eran algunos de los factores que habían provocado la derrota, la conclusión era que la fuerza enviada para restaurar el orden había sido atacada justo cuando estaba aterrizando, y el Almirante Schmude había muerto en la batalla.

La segunda fuerza enviada a Kastropf también había fallado, y Maximilian, ahora arrastrado consigo mismo, había procedido a anexar el vecino condado de Mariendorf e hizo planes para forjarse un feudo semiindependiente en una esquina del imperio. Aunque Franzz, el jefe de la familia gobernante de Mariendorf, había sido encarcelado por Maximiliano, las fuerzas de seguridad de su familia iniciaron una lucha sostenida contra el ejército invasor de Maximiliano y pidieron ayuda a Odín.

Ahí era donde estaban las cosas cuando a Kircheis se le ordenó ir y sofocar la rebelión. Le tomó diez días domar un levantamiento que había durado medio año.

Primero, Kircheis hizo una demostración de irse en ayuda del condado de Mariendorf, y luego se volvió bruscamente y se dirigió al Ducado de Kastropf. Maximiliano, sorprendido, que no estaba a punto de quedarse sin ser robado de su base de operaciones, rompió su sitio en el condado de Mariendorf y corrió de regreso hacia el Ducado de Kastropf con todas sus fuerzas. Con eso, Kircheis había rescatado por primera vez al condado de Mariendorf del peligro al que se había enfrentado. Además, su creación para el Ducado de Kastropf no había sido más que una táctica de distracción.

Maximiliano, frenético por la amenaza a su fortaleza principal, fue negligente en proteger su retaguardia. Kircheis, habiendo escondido a su flota en una región traicionera de un cinturón de asteroides, los dejó pasar, luego lanzó un asalto repentino a su lado trasero indefenso, dando un golpe devastador.

Maximiliano se retiró del campo de batalla, solo para ser asesinado a manos de subordinados con la esperanza de aligerar sus propios castigos. Sus fuerzas restantes se rindieron.

Así, la rebelión de Kastropf llegó a un rápido final. Aunque se dijo que había tardado diez días en sofocarse, seis de esos días habían sido necesarios para el viaje desde Odín, y se habían tomado dos para lidiar con las consecuencias de Kastropf, por lo que de hecho solo se habían gastado dos días en el combate real.

La habilidad táctica que Kircheis había mostrado en esta insurrección era extraordinaria. Reinhard estaba satisfecho, los almirantes de su almirantazgo asintieron con la cabeza en señal de aprobación, y los altos nobles se asombraron. Una cosa era que Reinhard solo poseía un talento tan deslumbrante, pero que su mano derecha tuviera un don similar era una píldora amarga para tragar.

Un logro militar, sin embargo, todavía era un logro militar. Kircheis fue ascendido a vicealmirante y se le galardono con una dorada reluciente zeitwing — de color dorado, una medalla con forma de águila de dos cabezas. En calidad de primer ministro imperial en funciones, el Marques Lichtenlade, ministro de estado, otorgó a Kircheis tanto el título como la medalla, y elogió sus logros, alentándolo a agradecer el favor de Su Alteza Imperial y buscar una mayor devoción a Su Majestad.

Kircheis sabía todo lo que había sucedido detrás de la escena, por lo que para él, el hecho de que Waitz había inculcado al Marques Lichtenlade era simplemente absurdo, aunque, por supuesto, no dejaba que nada de tales sentimientos saliera a la superficie.

Sin embargo, Kircheis estaba pensando: Estás pidiendo lo imposible, diciéndome que me dedique al emperador. ¿No había sido el mismo emperador Friedrich IV quien había secuestrado el objeto de su verdadera devoción ante sus propios ojos e incluso ahora la había reservado para él solo? No era el imperio, la casa imperial o el emperador por lo que luchaba Kircheis.

Sigfried Kircheis, este alto y pelirrojo joven, era bastante popular entre las mujeres del palacio, desde las hijas de los duques hasta las pajes de las chicas haciendo recados. Sin embargo, él mismo no era consciente de esto, y solo lo habría considerado una molestia si se hubiera dado cuenta.

Fue mientras Reinhard y Kircheis estaban asegurando así sus respectivos puntos de apoyo cuando aparecieron ante ellos el Capitán von Oberstein con su cabello medio plateado.

II

¡Quiero oficiales del personal! Últimamente, este deseo de Reinhard se estaba haciendo cada vez más fuerte.

Pero el tipo de oficiales que buscaba no eran necesariamente especialistas en asuntos militares. Para eso, Reinhard mismo y Kircheis serían suficientes. Más bien, estaba buscando personas con una fuerte aptitud para

maniobras políticas y tramas. Reinhard podría prever ese tipo de luchas contra los nobles en la corte — conspiraciones y batallas ingeniosas, para decirlo sin rodeos — cada vez más frecuentes a partir de este momento. Kircheis no era adecuado para ser el confidente de Reinhard en tales asuntos. Este no era un problema de intelecto; Era un problema de carácter y procesos de pensamiento.

Reinhard revisó su tarjeta de identificación mental del hombre que acababa de dejar su blaster con el guardia y entró desarmado en su oficina. No había nada sobre él escrito en él que dijera que debería ver al hombre favorablemente.

“Capitán von Oberstein, ¿verdad? ¿Qué negocio podrías tener conmigo?”

«Primero, me gustaría que despejaran la habitación», solicitó el invitado no invitado, su actitud bordea la arrogancia.

«Sólo estamos los tres aquí».

“Es cierto, el vicealmirante Kircheis también está aquí. Por eso te pido que salgas de la habitación».

Ambos hombres miraron fijamente al visitante — Kircheis en silencio y Reinhard con un brillo afilado en sus ojos.

“Hablar con el vicealmirante Kircheis es lo mismo que hablar conmigo. ¿No lo sabías?”

«Soy consciente de eso, señor».

«Así que tienes algo de qué hablar que absolutamente no quieres que escuche. Pero cuando le diga después, el resultado final será el mismo».

“Su Excelencia es, por supuesto, libre de hacer eso. Los trabajos de un conquistador, sin embargo, no se logran sin personas talentosas de todos los tipos diferentes. Creo que uno debería decirle a A lo que A necesita escuchar, asignarle a B los deberes adecuados para B, y así sucesivamente…»

Kircheis miró a Reinhard y dijo reservadamente: «Excelencia, tal vez sería mejor que esperara en la habitación de al lado…»

Reinhard asintió con una expresión pensativa. Kircheis se despidió, y von Oberstein finalmente profundizó en lo que había venido a hablar.

«Para ser honesto, Excelencia, estoy en una posición un poco incómoda en este momento. Creo que estás al tanto, pero —”

«Eres el desertor de Iserlohn. Es natural que seas censurado. Esto, a pesar de la noticia de que el almirante von Seeckt murió tan heroicamente».

La respuesta de Reinhard fue fría. Von Oberstein, sin embargo, no mostró signos de haber sido movido por ello.

“Para las legiones de oficiales al mando, soy un desertor despreciable y nada más. Sin embargo, Excelencia, tengo mi propia versión de la historia. Me gustaría que lo escucharas».

«Has venido a la persona equivocada. Presenta tu caso ante el tribunal militar, no conmigo.”

Von Oberstein, el único sobreviviente del buque insignia de la Flota Iserlohn, enfrentaba una sentencia máxima por un solo cargo de haber vivido — No había cumplido con su deber de ayudar a su oficial al mando y evitar que cometiera errores y, además, solo había buscado su propia seguridad: estos eran los motivos para el juicio político y las miradas heladas, aunque también existía el hecho de que las circunstancias requerían el chivo expiatorio de algún individuo adecuado presente en la caída de Iserlohn.

Al escuchar la indiferente respuesta de Reinhard, von Oberstein inesperadamente se llevó la mano al ojo derecho. Cuando finalmente bajó esa mano, un pequeño y misterioso hueco apareció en una parte de su cara. El hombre del cabello medio plateado le tendió un pequeño objeto al joven mariscal — un pequeño cristal casi esférico que descansaba en la palma de su mano derecha.

«Mire esto, por favor, Su Excelencia». Reinhard miró pero no dijo nada.

«Probablemente habrá escuchado al vicealmirante Kircheis, pero mis dos ojos son biónicos como este. Si hubiera nacido durante el reinado de Rudolf el Grande, me habrían matado de bebé de acuerdo con la Ley de Eliminación de la Inferioridad Genética».

Después de encajar su ojo biónico en su cavidad, el brillo en la mirada de von Oberstein se dirigió directamente hacia Reinhard, que parecía penetrar en la línea de visión del propio almirante.

"¿Entiende?" Dijo. «Los odio a todos. Rudolf el Grande, sus descendientes, todo lo que han producido… la Dinastía Goldenbaum, el propio Imperio Galáctico».

«Esas son palabras audaces».

Por solo un instante, el joven mariscal imperial fue capturado con una respiración claustrofóbica. Incluso se despertaron en él sospechas ilógicas, ya que se preguntaba si la funcionalidad de los ojos biónicos de von Oberstein incluía el poder de abrumar la voluntad de los demás o si tal vez había activado algún componente que aplicaba presión psicológica.

Aunque la voz de von Oberstein era baja y toda la habitación estaba decorada con dispositivos de insonorización, sus palabras eran como un repique de truenos primaverales fuera de temporada.

"El Imperio Galáctico — por el cual me refiero a la Dinastía Goldenbaum — debe ser destruido. Si fuera posible, lo destruiría con mis propias manos. Sin embargo, me falta la perspicacia, el poder. Lo que puedo hacer es ayudar en el surgimiento de un nuevo conquistador, eso es todo. Estoy hablando de usted, Su Excelencia: Mariscal Imperial Reinhard von Lohengramm».

Reinhard prácticamente podía escuchar el crepitar del aire electrificado.

«¡Kircheis!»

Cuando se levantó de su asiento, Reinhard llamó a su amigo y consejero más cercano. La pared se abrió sin hacer ruido, y apareció la figura alta del joven pelirrojo. El dedo de Reinhard apuntó a von Oberstein.

«Kircheis, arresta al capitán von Oberstein. Ha pronunciado palabras de rebelión sin ley contra el imperio. Como soldado del imperio, no puedo pasarlo por alto».

Los ojos biónicos de Von Oberstein brillaron intensamente. El joven pelirrojo había sacado su blaster más rápido de lo que parecía humanamente posible y apuntó al centro del pecho de von Oberstein. Desde sus días en la escuela preparatoria militar, pocos habían superado a Kircheis en términos de habilidad de tiro. Incluso si von Oberstein hubiera estado sosteniendo una pistola y hubiera intentado resistirse, el esfuerzo hubiera sido inútil.

«Así que al final, esa es tu medida…» Murmuró von Oberstein. Una amarga sombra de desilusión y reproche se arrastró a una cara que tenía muy poco color para empezar.

«Muy bien, entonces — recorra su camino estrecho con solo el Vicealmirante Kircheis para guiarlo».

Sus palabras fueron en parte performance y en parte sinceras. Lanzó una mirada a la figura silenciosa de Reinhard, luego se volvió hacia Kircheis.

«Vicealmirante Kircheis, ¿me puede disparar? Estoy desarmado, como puedes ver. Aun así, ¿puedes disparar?”

Aunque también estaba el hecho de que Reinhard no había emitido más órdenes, Kircheis — su objetivo todavía fijo en el pecho de Von Oberstein — había dudado en poner fuerza en su dedo en el gatillo.

«No puedes hacerlo. Ese es el tipo de hombre que eres. Merece respeto, pero no puede afirmar que solo con respeto lo ayudará a superar el trabajo de la conquista. Toda luz tiene una sombra que lo sigue… ¿Nuestro joven conde von Lohengramm todavía no lo ve?”

Sin dejar de mirar fijamente a Von Oberstein, Reinhard le indicó a Kircheis que guardara su blaster. Muy ligeramente, su expresión estaba cambiando.

«Eres un hombre que dice lo que piensa».

«Me siento honrado de que lo digas».

«Y el almirante von Seeckt… ¡cómo te debe haber odiado! ¿Me equivoco?»

«El almirante no era un hombre que inspirara lealtad en sus tropas», respondió von Oberstein, sin pestañear. Supo en este momento que había ganado su apuesta.

Reinhard asintió.

«Muy bien entonces. Te compraré de esos nobles «.

III

El ministro de asuntos militares, el secretario general del Cuartel General del Comando Militar y el comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial eran conocidos colectivamente como los tres directores generales de las Fuerzas Armadas Imperiales. Para un ejemplo de un hombre que ocupa los tres puestos a la vez, uno tendría que retroceder casi un siglo hasta el momento del entonces príncipe heredero Ottfried, el único hombre que lo había hecho.

Ottfried también había sido primer ministro imperial, pero desde entonces, los ministros de estado fueron nombrados como primeros ministros interinos, y la oficina en sí nunca fue ocupada oficialmente — La razón era que los vasallos tendían a evitar la emulación de cualquier precedente establecido por Ese emperador en particular.

En sus días como príncipe heredero, Ottfried había sido un joven capaz y prometedor, pero después de llegar al trono de convertirse en Emperador Ottfried III, se encontró en un torbellino de conspiraciones palaciegas repetidas que no alimentaron más que sus sospechas. Cuatro veces reemplazó a su emperatriz y cinco veces a su sucesor nombrado, hasta que

por fin el miedo a la muerte por envenenamiento lo hizo abstenerse de comer la mayor parte del tiempo, y murió, demacrado, solo a los mediados de su cuarenta

.

Los tres directores generales de las Fuerzas Armadas Imperiales — el Ministro de Asuntos Militares Ehrenberg, el Secretario General del Comando Militar Steinhof y el Comandante en Jefe de la Armada del Espacio Imperial Mückenberger — presentaron sus renuncias al primer ministro imperial en funciones, al Marques Lichtenlade. ministro de Estado. Esto lo hicieron para hacerse responsables de la pérdida de la fortaleza de Iserlohn.

“No buscas ni evitar la responsabilidad ni aferrarte a la posición. Creo que su gracia en este asunto es digna de elogio. Sin embargo, si los puestos de los tres directores generales quedaran vacantes temporalmente, eso probablemente significaría que al menos uno de ellos iría al Conde von Lohengramm. ¿Seguramente no se molestarán en allanar su camino para el avance? Todos ustedes están bastante cómodos financieramente, así que, ¿qué hay de renunciar a sus salarios para el próximo año o algo así?”

Cuando el ministro de estado había hablado así, una expresión de angustia apareció en el rostro del mariscal Steinhof, y él respondió:

«No es que no hayamos considerado eso, pero también somos soldados. El arrepentimiento sería demasiado grande si nos dijeran que nos aferramos a nuestras posiciones y nos equivocamos al quedarnos cuando deberíamos haber renunciado… Así que, por favor, acepte estas cartas».

A regañadientes, el marques Lichtenlade se dirigió a la corte y consiguió que el Emperador Friedrich IV comenzara con las cartas de renuncia de los tres directores generales.

El emperador, que había estado escuchando al ministro de estado con la misma apatía que siempre, le dio instrucciones a su chambelán para que llamara a Reinhard de su almirante. Tomar la molestia de una convocatoria directa cuando una llamada de visifono hubiera terminado la tarea en

cuestión de minutos era solo una de las formalidades que requería la evidente presencia de poder del emperador.

Cuando Reinhard apareció en el palacio imperial, el emperador le mostró al joven mariscal imperial las tres cartas de renuncia, y con la misma entonación que usaba para dejar que un niño elija un juguete, le preguntó qué trabajo quería. Después de una breve mirada hacia el ministro de estado, quien estaba de pie inmóvil con una mirada infeliz en su rostro, respondió Reinhard.

«No puedo robarle a alguien su asiento cuando no es por un logro propio. La pérdida de Iserlohn se debió a los errores de los Almirantes von Seeckt y von Stockhausen. Además, el almirante von Seeckt ya ha pagado por sus pecados con su vida, y el otro está en una prisión enemiga, incluso mientras hablamos. No creo que haya nadie más que merezca la culpa. Ruego humildemente a Su Alteza que no culpe a los tres directores generales».

«Hmm. Qué magnánimo.”

El emperador volvió a mirar al ministro de estado, quien se sorprendió de este giro inesperado de los acontecimientos.

“El conde ha hablado. ¿Eso es lo que quieres decir?»

«A su humilde vasallo le sorprende la perspicacia del conde, mucho más allá de los tiernos años. Los tres directores generales han hecho grandes cosas por la nación, y por mi parte, también me gustaría pedirles que traten con ellos con amabilidad».

«Si eso es lo que ambos tienen que decir, entonces no voy a imponer castigos severos. Al mismo tiempo, sin embargo, no será posible evitar castigarlos por completo…»

«En ese caso, Su Alteza, le pregunto les puede decir a ellos para que renuncien a sus salarios para el próximo año y envíen esos fondos a la Fundación de Ayuda para Familias de Soldados Caídos».

«Sí, algo en ese sentido estaría bien. Dejaré los detalles al ministro de estado. ¿Es esto todo lo que necesitas hablar?”

«Si su Alteza.»

«En ese caso, los dos pueden irse. Tengo que ir al invernadero para cuidar mis rosas».

Ambos hombres se retiraron.

Cinco minutos no habían pasado, sin embargo, antes de que uno de ellos regresara en secreto. Desde que el marques Lichtenlade, de setenta y cinco años, había regresado a media carrera, necesitaba un momento para recuperar el aliento, pero cuando estuvo en el jardín de rosas del emperador, había recuperado la compostura física.

Allí, en medio de los densos setos de rosales que llenaban el invernadero de salvajes y generosos remolinos de color y fragancia, el emperador permanecía inmóvil, como un viejo árbol marchito. El anciano aristócrata se le acercó y cuidadosamente se dejó caer de rodillas.

«Si puedo, su alteza».

«¿Qué pasa?»

«Digo esto con conciencia de que puede ganarme su disgusto, pero…»

«¿Se trata del Conde von Lohengramm?»

La voz del emperador carecía de vacío, intensidad o pasión. Fue como el sonido de la arena arrastrada por el viento — la voz de un anciano sin vida.

«Quieres decir que le estoy dando mucho poder y prestigio al hermano menor de Annerose».

«¿Su Alteza ya lo sabía?»

Lo que también sorprendió al ministro de estado fue cuán inesperadamente lúcida fue la entrega de esas palabras por parte del emperador.

«El hombre no tiene miedo, y por eso no puede detenerse en ejercer el poder de un jefe de vasallos — tal vez se deje llevar y conspirar para usurpar el trono. ¿Es eso lo que estás pensando?»

«Es solo con la mayor de las reservas que incluso dejé que cruzara mis labios».

«¿Y qué si lo hace?»

«¡¿Majestad?!»

«No es como si la Dinastía Goldenbaum hubiera estado con la humanidad desde su inicio. Al igual que no existe tal cosa como un hombre inmortal, tampoco existe tal cosa como un estado eterno. No hay razón para que el Imperio Galáctico no deba terminar en mi generación».

Su risa baja y seca provocó un estremecimiento en la espalda del ministro de estado. Las profundidades del enorme vacío que acababa de vislumbrar enfriaron su alma hasta el fondo.

«Si todo va a ser destruido de todos modos, entonces su destrucción debería ser al menos espectacular…» La voz del emperador se fue apagando como la ominosa cola de un cometa.

IV

Los tres directores generales tuvieron que admitir, aunque de mala gana, que le debían un favor a Reinhard, por ofensivo que fuera. Luego se dio cuenta de que no estaban en condiciones de negarse cuando Reinhard se contactó con ellos al día siguiente para solicitar la exención de toda responsabilidad del Capitán Paul von Oberstein en relación con la pérdida de Iserlohn y su traslado al almirantazgo Lohengramm. Difícilmente podían tomar medidas duras contra los demás mientras disfrutaban de la «generosidad del emperador». También estaba el hecho de que no veían que la retención o el despido de un solo capitán fuera terriblemente importante de todos modos. En cualquier caso, fue un resultado satisfactorio para von Oberstein.

Respecto a que Reinhard había declinado voluntariamente el asiento de un director general, la opinión entre la élite estaba dividida en cincuenta y cincuenta entre los favorables — «Sorprendentemente desinteresado, ¿no es así?» — Y lo negativo: «Sólo está tratando de verse bien delante de la gente».

Reinhard mismo no prestó atención a ninguna de las evaluaciones. Una dirección fue suya para que la tomara cuando quisiera. Hasta entonces, él simplemente estaba prestando esas posiciones a ancianos débiles. Lo más importante, ese tipo de posición no era más que un escalón en lo que a él se refería.

El día en que Reinhard asumió que la mayoría de las estaciones nobles, no habría satisfacción ni siquiera al tener los tres cargos directivos a la vez.

«¿Qué es, Kircheis? Parece que tienes algo que decir».

«No estás siendo muy amable, ¿verdad? Fingiendo no saber qué es».

» No te enojes. Esto es sobre von Oberstein, ¿no es así? Yo también sospechaba por un tiempo que podría ser una herramienta de algún noble. Pero no es el tipo de hombre que los aristócratas pueden manejar. Tiene una mente aguda, pero demasiadas peculiaridades».

«¿Pero puedes manejarlo, Lord Reinhard?»

Reinhard inclinó ligeramente la cabeza. Cada vez que hacía eso, un mechón de su brillante cabello dorado se deslizaba hacia el otro lado.

«Hmm… no estoy esperando amistad o lealtad de ese hombre. Él solo está tratando de usarme para lograr sus propios objetivos».

Reinhard estiró sus largos y flexibles dedos y tiró juguetonamente del cabello de su mejor amigo, tan rojo como si estuviera teñido con rubíes fundidos. Reinhard haría este tipo de cosas de vez en cuando, cuando no había nadie más alrededor. Durante su infancia, describía el cabello de Kircheis según su capricho — cada vez que se peleaban, un estado que nunca duraba mucho — decía cosas malas como: «¿Qué pasa con ese pelo

rojo? Se parece a la sangre «. Luego, después de que se hubieran recuperado, lo elogiaría y lo calificó de «muy bonito, como una llama ardiente».

«… Así que de la misma manera, lo voy a usar su cerebro. Sus motivos son irrelevantes. Si no puedo controlar a un hombre solitario como ese, no tengo ninguna plegaria de dominio sobre todo el universo. ¿No estás de acuerdo?»

La política no se trata de procesos o sistemas, se trata de los resultados, según Reinhard.

Tomar el USG y hacerse emperador no fue lo que hizo a Rudolf el Grande tan imperdonable; era que había usado sus vastos y recién descubiertos poderes para la mayoría de los propósitos — la autodeificación. Esa era la verdadera cara de Rudolf: un hambre de poder disfrazado de heroísmo. ¡Qué bendición podría haber sido para el avance de la civilización si solo hubiera usado esos vastos poderes de la manera correcta! En lugar de gastar su energía en los conflictos que surgen de las diferencias políticas, la humanidad podría haber dejado sus huellas en toda la galaxia. Hoy en día, la humanidad gobernó solo una quinta parte de este vasto reino de estrellas, incluso cuando se toma en cuenta el poder rebelde.

La responsabilidad de este obstáculo en el camino de la historia humana recae únicamente en los pies de la monomanía de Rudolf. ¿Un “dios viviente”? Lo mejor que se podía llamar al hombre era un demonio que propagaba la plaga.

La inmensa autoridad y el poder eran necesarios para destruir el antiguo sistema y forjar un nuevo orden. Pero Reinhard no cometería los mismos errores que tuvo Rudolf. Emperador en el que se convertiría. Sin embargo, él no entregaría ese título a sus descendientes.

Rudolf había sido un creyente ciego en las líneas de sangre y el gen. Pero los genes no eran de fiar. El padre de Reinhard no había sido ni un genio ni un gran hombre. Al carecer tanto de la capacidad como de la voluntad de vivir de acuerdo con sus propios esfuerzos, había sido bueno para nada y había vendido a su encantadora hija a los poderosos para llevar una vida de

consuelo y autocomplacencia. Hace siete años, cuando el consumo excesivo de alcohol y la ingesta de alcohol habían culminado en la muerte repentina de su padre, Reinhard no había contado con las lágrimas que debería haber llorado. A pesar de que lo había golpeado hasta el corazón al ver que caían gotas fluidas y caían de las mejillas de porcelana de su hermana, su pena y dolor habían sido exclusivamente para su hermana.

Para un ejemplo de genes no confiables, uno no necesita mirar más allá del estado actual de la familia imperial Goldenbaum. ¿Quién se imaginaría que incluso un mililitro de la sangre de ese gigantesco Rudolf fluía en el decrépito cuerpo de Friedrich IV? La sangre de la Casa Goldenbaum ya estaba nublada más allá del reconocimiento.

Cada uno de los nueve hermanos y hermanas de Friedrich IV estaban muertos. Comenzando con su emperatriz, Friedrich IV había impregnado a seis mujeres por un total de veintiocho veces, pero hubo seis abortos involuntarios y nueve muertes fetales, y de los trece nacidos, cuatro habían muerto antes de su primer cumpleaños, cinco habían muerto Antes de llegar a la edad adulta, y dos habían muerto de adultos. Sólo quedan dos hijas: la Marquesa Amalie von Braunschweig y la duquesa Christine von Littenheim. Ambos se casaron con poderosos aristócratas de familias antiguas, y para ambos, también había nacido un hijo, ambas niñas. Aparte de ella, el príncipe heredero Ludwig, quien había muerto en la edad adulta, había dejado a un niño atrás. Era Erwin Josef, quien era actualmente el único niño varón en la familia imperial. Sin embargo, como acababa de cumplir cinco años, ni siquiera era el príncipe heredero.

El emperador Friedrich IV, que aparentemente había absorbido toda la decadencia del palacio en su persona, no fue para Reinhard nada más que un objeto de odio y burla — aunque solo en dos puntos, Reinhard pudo aprobarlo.

La primera fue que el emperador, después de haber muerto por muchas amantes en partos pasados difíciles, temía perder a Annerose y nunca la había dejado embarazada. Otro factor en esa decisión fue la presión de los aristócratas preocupados por la lucha de sucesión que podría producirse si Annerose diera a luz. Desde el punto de vista de Reinhard, el pensamiento

de su hermana con el hijo de ese emperador era demasiado desagradable para siquiera contemplarlo.

La otra cosa era que el número de reclamantes al trono era extremadamente pequeño. Sólo estaban los tres nietos del emperador. Todo lo que tenía que hacer era eliminar esos tres. O podría usar la estrategia de casarse con una de las dos nietas — aunque sólo sea por el bien de la apariencia.

De cualquier manera, von Oberstein sería útil. Con oscuro entusiasmo y tenacidad, ese hombre envolvería a los aristócratas y a la familia imperial en complots y planes, y si fuera necesario, probablemente no dudaría en asesinar a una mujer o un niño. Probablemente porque Kircheis había supuesto esto inconscientemente que odiaba al hombre, pero Reinhard lo necesitaba.

Se preguntó si Annerose y Kircheis lo verían con amabilidad ahora, habiendo venido a necesitar a un hombre como von Oberstein.

Sin embargo, esto era algo que tenía que hacer.

V

La sesión informativa de Phezzan Landesherr Rubinsky sobre estrategia económica se llevó a cabo en su residencia oficial.

«Financias Universal — una corporación ficticia en la Alianza de Planetas Libres que es operada por nuestro gobierno, ha asegurado derechos de excavación para el gas natural sólido en los planetas séptimo y octavo del sistema de Bharatpur», dijo un asesor. «La cantidad total de reservas extraíbles asciende a cuarenta y ocho millones de kilómetros cúbicos, y esperan ser rentables dentro de dos años».

Al ver que Rubinsky asintió, el ayudante continuó con su informe.

“Además, con respecto a la línea Santa Cruz, una de las compañías de transporte interestelar más grandes de la alianza, nuestro porcentaje de acciones adquiridas ha alcanzado el 41.9 por ciento. La propiedad se divide

entre más de veinte personas, por lo que no se han dado cuenta de lo que está sucediendo. Aún así, ya hemos superado el fideicomiso de inversión estatal que está en la parte superior de su lista de accionistas».

«Bien hecho. Pero no se afloje hasta que haya llegado a más de la mitad».

«Ciertamente. Mientras tanto, en el imperio, nuestra participación de capital ha sido aprobada para el proyecto de desarrollo agrícola en la Región Estelar de la Séptima Frontera. Ese es el tema del que hablamos anteriormente — dicen que van a transportar doscientos cuatrillones de toneladas de agua de Eisenherz II a ocho mundos áridos y aumentarán la producción de alimentos lo suficiente como para sustentar a cinco mil millones de personas».

«¿Cuál es el desglose de la participación de capital?»

«Las tres compañías ficticias de nuestro gobierno tienen el 84 por ciento, por lo que tenemos una propiedad exclusiva de facto. Ahora, al tema de la fábrica de radios metálicos de Ingolstadt…»

Después de que Rubinsky había escuchado el resto del informe, envió al ayudante por un tiempo y miró el paisaje más allá de la pared, que mostraba la belleza de un paisaje desolado y sombrío.

En la actualidad, todo fue una navegación suave. Tanto en el imperio como en la alianza, el liderazgo parecía creer que la guerra era solo de acorazados que lanzaban misiles de velocidad subliminal en el espacio. Eso significaba que, mientras los dogmáticos obstinados eran atrapados asesinándose unos a otros, los cimientos de los sistemas socioeconómicos de ambos países caerían en manos de Phezzan. Incluso ahora, casi la mitad de los bonos de guerra emitidos por ambos países fueron comprados directa o indirectamente por Phezzan.

En todos los rincones del universo donde pisó el pie de la humanidad, Phezzan gobernó económicamente. Un día, los gobiernos del imperio y la alianza no harían más que generar beneficios económicos para Phezzan y ejecutar políticas en su nombre. Todavía tardaría un poco más de tiempo en

llegar a ese punto, pero cuando sucediera, solo quedaría medio paso antes de la etapa final de su objetivo…

Sin embargo, la situación política y militar no era, por supuesto, algo que pudiera tomarse a la ligera. En resumen, si el imperio y la alianza logran la unificación política de sus vastas hegemonías, la posición especial de Phezzan perdería todo sentido. En la antigüedad, las ciudades comerciales tanto en tierra como en mar habían cedido ante el poder militar y político de las dinastías unificadas recién surgidas, y esa historia probablemente podría repetirse.

Si eso ocurriera, el camino que conducía al logro de la meta de Phezzan se cerraría permanentemente. El nacimiento de algo como un nuevo Imperio Galáctico tuvo que ser prevenido por cualquier medio necesario.

Un nuevo imperio galáctico…

El pensamiento le dio a Rubinsky una fresca sensación de tensión. El actual Imperio Galáctico de la dinastía Goldenbaum ya estaba crujiendo con la degeneración de la edad, y revitalizarla era casi imposible. Incluso si se separara y se convirtiera en un grupo de pequeños reinos, e incluso si surgiera un nuevo orden a partir de eso, ¿cuántos siglos tomaría para que sucediera?

La Alianza de Planetas Libres, por otra parte, había perdido los ideales de su fundación y se estaba desviando en la inercia. El estancamiento en su economía y la falta de desarrollo en su sociedad habían provocado descontento entre las masas, y no había fin de hostilidad sobre las desigualdades económicas entre los diversos planetas que conformaban la alianza. A menos que un líder increíblemente carismático apareciera y reconstruyera un sistema de poder centralizado, las cosas continuarían como estaban sin ninguna salida a la vista.

Cinco siglos antes, un joven Rudolf von Goldenbaum, su enorme cuerpo rebosante de lujuria por el poder, se había hecho cargo de la organización política de la USG para convertirse en el emperador sagrado e inviolable. A través de medios legales, un dictador había surgido. ¿Llegaría el día de su regreso? Si él se hiciera cargo de la estructura de poder ya existente, el

cambio era posible en un corto período de tiempo. Incluso si no fuera legal…

Un golpe de estado. Para aquellos que estaban cerca del quid del poder político y militar, existía este método clásico pero efectivo. Por esa sola razón, la idea tuvo su atractivo.

Rubinsky presionó un botón en su consola y llamó a su ayudante. «¿Las probabilidades de un golpe de estado en ambos países?»

La pregunta de Landesherr lo había sorprendido.

«Si ese es su pedido, me ocuparé de la investigación de inmediato, pero… ¿ha recibido algún tipo de comunicado urgente que sugiera tal cosa?»

«Nada como eso. Ese pensamiento solo se me ocurrió justo ahora. Sin embargo, no hay nada de malo en examinar todo tipo de posibilidades».

Es ofensivo que aquellos cuyas mentes y espíritus estén tan corruptos puedan hacer lo que quieran con un poder que ni siquiera merecen, pensó el gobernante de Fezzan. Aún así, era necesario que los sistemas políticos del imperio y la alianza continúen en sus formas actuales por ahora. Al menos hasta el día en que se lograron los verdaderos objetivos de Phezzan, que ni el imperio ni la alianza pudieron comprender.

VI

El Alto Consejo de la Alianza de Planetas Libres estaba formado por once concejales. Los miembros incluyeron al presidente del consejo, al vicepresidente del consejo que se duplicó como presidente del Comité de Asuntos Domésticos, al secretario, al presidente del Comité de Defensa, al presidente del Comité de Finanzas, al presidente del Comité de Ley y Orden, al presidente del Comité de Recursos Naturales, el presidente del Comité de Recursos Humanos, el presidente del Comité de Desarrollo Económico, el presidente del Comité para el Desarrollo de las Sociedades Regionales y el presidente del Comité de Tráfico de Inteligencia. Todos

estaban reunidos en una sala de reuniones dentro de un magnífico edificio cuyas paredes exteriores eran de color perla.

La sala de decisión no tenía ventanas y estaba rodeada por los cuatro lados por gruesos muros y otras habitaciones. Estos incluían la Anti habitación para comunicarse con personas ajenas a la alianza; la Sala de Cartas, donde se compilaron los informes y otros materiales; la Sala de Inteligencia, para el procesamiento de datos; y la Sala de Operaciones, desde la cual se controlaba el mecanismo de la alianza. Además, estos estaban rodeados en el exterior por la antecámara de los guardias de seguridad, que formaba una forma de rosquilla alrededor de todos ellos.

¿Es esto lo que llamas la sede del gobierno abierto? pensó João Lebello, presidente del Comité de Finanzas, mientras tomaba asiento en una mesa redonda de siete metros de diámetro. Esto no era algo que acababa de empezar a pensar; Cada vez que pasaba por todos los rayos infrarrojos en el pasillo para entrar en la Sala de Decisión, esa pregunta preocupaba sus pensamientos.

Ese día, durante la reunión del 6 de agosto, SE 796, uno de los temas que se abordó fue si aprobar o rechazar una propuesta de despacho de tropas que había sido presentada por los militares. Este plan, para usar la fortaleza de Iserlohn ocupada como una cabeza de puente para invadir el imperio, fue entregado personalmente al consejo por un grupo de jóvenes oficiales de alto rango. Para Lebello, esto apestaba a extremismo.

La reunión comenzó y Lebello defendió una posición fuerte contra la expansión de la guerra.

«Es una forma extraña de expresarlo, pero hasta este día, el Imperio Galáctico y nuestra alianza han continuado la guerra apenas dentro del rango que nuestras finanzas tolerarán. Sin embargo…»

Las anualidades de sobrevivientes para las familias de soldados muertos en la batalla de Astarté solo requerirán un desembolso anual de diez mil millones de dinares. Si las llamas de la guerra se extendieran más, ni las finanzas de la nación ni la economía que las respaldaba podrían evitar el

colapso fiscal. No importa que estuvieran participando en gastos deficitarios incluso ahora.

Irónicamente, incluso Yang había contribuido a los problemas financieros. En Iserlohn, él había tomado cinco millones de prisioneros de guerra, y solo mantenerlos alimentados se estaba convirtiendo en una empresa considerable.

“Para apuntalar nuestras finanzas, tenemos las mismas dos opciones que siempre hemos tenido: aumentar la emisión de bonos o aumentar los impuestos. No hay otra manera.»

«¿Qué hay de aumentar la cantidad de papel moneda?», Preguntó el vicepresidente.

“¿Sin las finanzas para respaldarlo? Varios años después, lo estaríamos cambiando por peso en lugar de las cantidades escritas en las facturas. Personalmente, no deseo ser recordado como el infame financiero que no tenía un plan y dio paso a una era de hiperinflación».

«Pero a menos que ganemos la guerra, nunca podemos estar seguros de tener mañana, y mucho menos años en la línea».

«Entonces, en ese caso, deberíamos poner fin a la guerra en sí».

Lebello pronunció esas palabras con voz poderosa, y la habitación quedó en silencio.

“Gracias a la estrategia de un almirante Yang, ahora tenemos a Iserlohn. El imperio ha perdido su base avanzada para invadir la alianza. ¿No crees que esta es una excelente oportunidad para celebrar un tratado de paz con ellos en condiciones favorables?»

“Pero esta es una guerra justa contra la monarquía absoluta. No debemos heredar las estrellas junto con personas como ellas. ¿De verdad crees que podemos detenernos solo porque no es económico?»

Varias personas se lanzaron de vuelta con sus propios argumentos.

¿Una guerra justa? João Lebello, presidente del Comité de Finanzas para el gobierno de la Alianza de Planetas Libres, se cruzó de brazos, insatisfecho.

Océanos de derramamiento de sangre, quiebra nacional, masas empobrecidas. Si sacrificios como estos eran esenciales para realizar la justicia, entonces la justicia parecía un dios codicioso, exigiendo incansablemente una víctima sacrificial tras otra.

«Vamos a receso por un rato…», escuchó decir al presidente con una voz desprovista de todo brillo.

VII

Después del almuerzo, la reunión volvió a convocarse.

En esta ocasión, fue Huang Rui — quien como presidente del Comité de Recursos Humanos tenía responsabilidades administrativas relacionadas con la educación, el empleo, los asuntos laborales y la seguridad social — quien estaba tomando una línea dura. Él también estaba en el campo de antidespliegue.

«Como presidente del Comité de Recursos Humanos, debo decir —»

Huang era un hombre pequeño, pero tenía una voz fuerte. Con su tez rojiza y sus brazos y piernas cortas pero ágiles, dio la impresión de un hombre que tenía energía de sobra.

«Para empezar, no puedo evitar sentirme incómodo por la situación actual: hay demasiadas personas talentosas que terminan siendo utilizadas por los militares cuando deberían ser utilizadas para ayudar a crecer la economía y mejorar nuestra sociedad. También es preocupante que las inversiones que hacemos en educación y capacitación laboral sigan reduciéndose. Como evidencia de la disminución de los niveles de habilidad de los trabajadores, me gustaría señalar que el número de accidentes en el lugar de trabajo ha aumentado en un 30 por ciento durante los últimos seis meses. En un accidente de transporte y convoy que ocurrió en el sistema de Lumbini, se perdieron más de cuatrocientas vidas y cincuenta toneladas de radio

metálico. Es plausible que los períodos de entrenamiento más cortos para los astronautas civiles tengan mucho que ver con eso. Además, los astronautas están trabajando en exceso debido a la escasez de personal».

Tenía una manera clara y enérgica de hablar.

«En este punto, tengo una propuesta: de los técnicos actualmente obligados a trabajar para el ejército, me gustaría ver que cuatro millones del personal de transporte y comunicaciones regresen a la vida civil. Como mínimo.»

La mirada de Huang recorrió a sus compañeros consejeros y se posó en el rostro del presidente del Comité de Defensa, Trünicht. Sus cejas se movieron cuando respondió.

«Por favor, no hagas demandas irrazonables. Si liberáramos a muchos del servicio de la retaguardia, toda la organización militar se derrumbaría como una casa de naipes».

«Así lo dice el presidente del Comité de Defensa, pero a la velocidad a la que vamos, nuestra sociedad y nuestra economía colapsarán antes de que lo hagan los militares. ¿Conoce la edad promedio actual de un operador que trabaja en el Centro de Distribución de Suministro de Lifestyle de la capital?»

«… No.»

«Cuarenta y dos.»

«Eso no me suena como una figura inusual para mí…» Huang golpeó la mesa con fuerza.

«¡Porque es una ilusión creada por los números reales! Tanto como el 80 por ciento de ellos son menores de veinte o mayores de setenta. Promedio de ellos, y ciertamente obtienes cuarenta y dos, pero en realidad no hay una columna vertebral de técnicos con experiencia en sus treinta y cuarenta años. A lo largo de toda la maquinaria de nuestra sociedad, existe un debilitamiento continuo del software que lo hace funcionar. Espero poder impresionar a todos nuestros sabios consejeros sobre lo aterrador que es…”

Huang cerró la boca y miró a todos una vez más. Aparte de Lebello, no había nadie que mirara de frente a esa mirada. Uno tenía los ojos puestos hacia abajo, otro desvió casualmente su mirada, y otro miró hacia el techo alto.

Lebello se hizo cargo de Huang.

“En resumen, ahora es el momento de dejar que la gente descanse y reconstruya su fuerza. Con la fortaleza de Iserlohn ahora en nuestras manos, la alianza debería poder detener las invasiones del imperio en su territorio. Y esta situación debería mantenerse a medio plazo. Y siendo ese el caso, ¿qué necesidad hay de lanzar voluntariamente un ataque desde nuestro lado?”

Lebello hizo su llamamiento con fervor.

«Llevar a nuestros ciudadanos a sacrificios aún mayores de lo que ya han hecho es abandonar incluso los principios básicos de la democracia. No pueden soportar la carga».

Surgieron voces de refutación, comenzando con la presidenta del Comité de Tráfico de Inteligencia, Cornelia Windsor, la única mujer entre los concejales. Ella acababa de jurar hace una semana.

«No hay necesidad de complacer el egoísmo de los ciudadanos que no hacen ningún esfuerzo por comprender nuestro gran y noble propósito. ¿Y qué gran empresa ha tenido éxito sin sacrificio?”

«Señora Windsor, la gente comienza a preguntarse si estos sacrificios podrían ser demasiado grandes». Lebello dijo esto para contrarrestar un argumento que surgió directamente de un libro de texto, pero sus palabras no tuvieron efecto.

«No importa cuán grande sea el sacrificio— incluso si significara la muerte para cada uno de nuestros ciudadanos— tenemos algo que debemos hacer».

«E-eso ya no es un argumento político». Lebello había alzado su voz sin darse cuenta.

Ignorándolo de manera casual, la señora Windsor se volvió hacia los asistentes y, con una voz fuerte que se transmitía bien a través de la cámara, comenzó a impartir sus opiniones.

“Tenemos un noble deber. El deber de derribar el Imperio Galáctico y rescatar a toda la humanidad de su opresión. ¿Cómo puedes decir que estamos caminando en el camino de la rectitud si nosotros, intoxicados con el humanismo barato, olvidamos ese gran propósito por completo?»

A sus cuarenta y pocos años, era una mujer atractiva— agraciada, con un tipo de belleza intelectual— y en su voz había un anillo musical. Solo eso elevó el peligro que Lebello sintió en ella a otro nivel. ¿Acaso el heroísmo barato no se aferraba a sus propios tobillos?

Justo cuando Lebello estaba a punto de hacer otro contrapunto, el presidente Sunford, quien había permanecido en silencio hasta ahora, habló por primera vez.

«Um… tengo algunos materiales aquí. ¿Podrían todos mirar su terminal?”

Todos se sorprendieron un poco y, por un momento, todos los ojos se centraron en el presidente —a menudo se decía que proyectaba «una sombra delgada»— antes de dirigirse a sus terminales como se le indicó.

«Esta es la calificación de aprobación del público en general para este consejo. Definitivamente no es bueno».

El valor mostrado —31.9 por ciento — no estaba muy lejos de lo que esperaban los asistentes. No habían pasado tantos días desde que el predecesor de la señora Windsor había caído en un vergonzoso caso de soborno, y como lo habían señalado Lebello y Huang, el estancamiento social y económico era un problema muy grave.

«Y, por otro lado, aquí está nuestra calificación de desaprobación».

Hubo suspiros al valor: 56.2 por ciento. No fue inesperado, pero la decepción fue inevitable.

Observando las reacciones de todos los presentes, el presidente continuó. «A este ritmo, es dudoso que podamos ganar en las elecciones a principios del próximo año. Puedo vernos atrapados entre la facción pacifista y los más duros de la línea dura, y no alcanzar la mayoría. Sin embargo…»

El presidente bajó la voz. Aunque fue difícil decir si esto fue intencional o no, fue muy efectivo para atraer la atención de sus oyentes.

«Hice que la computadora ejecutara algunos números, y es casi seguro que, si podemos asegurar una victoria en época de elecciones sobre el imperio en los próximos cien días, nuestro índice de aprobación aumentará un 15 por ciento como mínimo».

Hubo un suave revuelo de voces en la habitación.

«Tomemos una votación sobre la propuesta del ejército», dijo la señora Windsor. Después de unos segundos, varias voces se levantaron de acuerdo. Todos estaban pensando en mantener los presidentes de sus comités en lugar de regresar a la oposición en caso de pérdidas electorales, y fue solo durante este intervalo que hubo silencio.

«Espera un minuto.»

Lebello se había levantado a medias de su asiento. A pesar del hecho de que estaba bajo una lámpara solar, sus mejillas estaban pálidas como las de un anciano.

«No tenemos tal derecho. Para lanzar una invasión innecesaria solo para mantener el poder político… no se nos ha otorgado ese derecho…»

Su voz tembló y se quebró.

«Dios mío, dices cosas tan bonitas».

La risa fría y brillante de la señora Windsor sonó. Lebello se quedó sin palabras cuando se quedó mirando, aturdido al ver a los responsables políticos a punto de contaminar el espíritu del gobierno democrático con sus propias manos sangrientas.

Desde su asiento a cierta distancia, Huang estaba mirando a la angustiada figura de Lebello.

«Te lo ruego, por favor, no pierdas la paciencia», susurró, y estiró un dedo grueso hacia el botón de votación.

Seis a favor, tres en contra, dos que se abstienen. Se requirió una mayoría de dos tercios de los votos válidos emitidos para su aprobación, y los votos de sí tenían ese número; Se acababa de decidir invadir el territorio imperial.

Sin embargo, los resultados de la votación sorprendieron a los concejales, no porque la movilización hubiera pasado, sino porque uno de los tres votos en contra había sido emitido por el Presidente del Comité de Defensa, Trünicht.

Los otros dos votos, emitidos por el presidente del Comité de Finanzas Lebello y el presidente del Comité de Recursos Humanos Huang, se esperaban. ¿Pero no fue Trünicht reconocido por todos como un halcón de línea dura?

«Soy un patriota. Pero eso no significa que estoy a favor de ir a la guerra en todos los casos. Quiero que todos recuerden que estaba en contra de esta movilización».

Esa fue la respuesta que dio a quienes lo interrogaron.

El mismo día, el cuartel general de operaciones conjuntas rechazó oficialmente la carta de renuncia que el contraalmirante Yang Wen-li había presentado, y en lugar de eso emitió su carta de nombramiento al rango de vicealmirante.

VIII

«Lo que estás diciendo es que quieres darte de baja, ¿verdad?»

La respuesta del mariscal Sitolet cuando Yang presentó su carta de renuncia no fue terriblemente creativa. Yang, sin embargo, no había esperado exactamente que tomara la carta con una mano mientras que con la otra le

daba su pensión de jubilación y la tarjeta de jubilación, por lo que le dio el gesto más amistoso que pudo lograr.

«Pero todavía tienes treinta años».

«Veintinueve». Yang puso especial énfasis en los veinte.

«Pero en cualquier caso, ni siquiera es un tercio de su vida útil promedio. ¿No crees que es un poco pronto para dejar tu vida atrás?»

«Su Excelencia, eso no es lo que estoy haciendo», objetó el joven almirante. Él no estaba abandonando su vida; Lo estaba volviendo a encaminar. Todo hasta ahora había sido un desvío que lo había forzado contra su voluntad. Desde el principio, había querido ser un observador de la historia, no un creador de la misma.

El mariscal Sitolet entrelazó los dedos de ambas manos y apoyó su barbilla de aspecto robusto sobre ellas.

“Lo que nuestro ejército necesita no es su erudición como historiador, sino su competencia y capacidad como táctico. Y lo necesitamos desesperadamente.”

¿No te he dado gusto a tu adulación una vez? Yang disparó de nuevo en su corazón. *De cualquier forma en que lo viera, tenía que estar haciendo un serio endeudamiento en su relación de crédito y débito con el ejército. Sólo por tomar a Iserlohn, creo que debería haber un pequeño cambio en mi camino,* pensó Yang. Sin embargo, el asalto del director Sitolet fue doble.

«¿Qué va a ser de la Decimotercera Flota?»

En esta pregunta, aunque insensata, pero efectiva, la boca de Yang se abrió ligeramente.

«Esa es tu flota, y sólo se ha formado. Si renuncias, ¿qué le pasara a ellos?”

«Bueno, ellos…»

Haberlo olvidado eso solo podría ser descrito como un error por descuido. Había arruinado la operación, tenía que admitir. Una vez que te enredaste en algo, no era fácil volver a soltarte.

Al final, Yang se retiró de la oficina del director y dejó su carta de renuncia con él, aunque quedó claro que el día no iba a ser aprobado. Indignado, se dirigió escaleras abajo por medio de un ascensor gravitacional.

Sentado en un sofá de la sala de espera, Julian Mintz había estado mirando desinteresadamente a la gente uniformada que pasaba por allí, pero cuando vio a Yang a cierta distancia, se puso en pie con energía. Yang le había dicho que viniera al cuartel general de camino a casa desde la escuela ese día. «¿Por qué no comemos a fuera de vez en cuando? Además, tengo algo que quiero decirte». Eso fue todo lo que le había dicho al chico. Quería sorprenderlo: "En realidad, acabo de renunciar al ejército. De ahora en adelante, es la vida sin preocupaciones de un jubilado».

Pero ahora, sin embargo, sus planes aún estaban en el aire, por lo que ese sueño feliz se había desvanecido en una sola bocanada de la amarga exhalación. *Bueno, ¿qué le digo ahora?* Inconscientemente relajando su ritmo, Yang estaba tratando de encontrar algo cuando una voz desde el lado lo llamó.

El capitán Walter von Schönkopf lo estaba saludando. Debido a sus recientes hazañas, von Schönkopf ahora estaba programado para ascender a comodoro.

«Te vi salir de la oficina del director, Excelencia. ¿Acaso has venido a presentar tu renuncia?"

«Ciertamente lo hice. Sin embargo, no hay duda de que será rechazado».

«Yo diría que sí. No hay forma de que el servicio te deje ir". El capitán, que alguna vez fue ciudadano del imperio, miraba a Yang con una expresión divertida. «Con toda seriedad, sin embargo, quiero ver a personas como usted que se queda, señor. Siempre estás enfocado en tu evaluación de la situación y también tienes suerte. Sirviendo debajo de ti, quizás nunca me

distinga en la batalla, pero al menos las probabilidades de supervivencia parecen altas».

Von Schönkopf estaba calmando tranquilamente una evaluación de un oficial superior justo enfrente del hombre.

«Me he decidido a cerrar las cortinas de mi vida al morir por la vejez. Quiero vivir hasta los 150 años, convertirme en un anciano que se arrastra, y luego, mientras respiro mi último aliento, escucho a mis nietos y bisnietos llorar lágrimas felices para finalmente deshacerme de mí. No tengo interés en salir en un arrebato de gloria. Por favor, mantenme vivo el tiempo suficiente para hacer eso».

Habiendo dicho su artículo, el capitán saludó de nuevo y sonrió a Yang, quien le devolvió el saludo con un comportamiento desmoralizado.

«Lamento haber tomado tu tiempo. Mira aquí, el chico apenas puede esperarte.”

Caselnes y von Schönkopf por igual no poseían una pequeña capacidad para las púas sarcásticas, pero no importaba cuando Julian estaba cerca; tal vez había algo en él que los hacía simplemente de apoyo.

Mientras Yang y Julian caminaban lado a lado, Yang miró al niño, incapaz de reprimir un poco de descontento y desconcierto en su corazón. Era algo tan extraño… Experimentar emociones como las de un padre, incluso sin haber estado casado.

El ambiente del restaurante era mucho más relajado de lo que uno podría imaginar de un lugar llamado La liebre de marzo. La decoración pasada de moda unía todos sus muebles, y también había velas colocadas sobre mesas cubiertas con telas tejidas a mano— Yang estaba encantado. Sin embargo, su recompensa por haber descuidado la tarea de hacer reservaciones— casi ni siquiera vale la pena llamar una tarea, ya que una única llamada al visofono era todo lo que hacía falta— era que no estaba en buenos términos con las pequeñas hadas de la suerte de esa noche.

«Lo siento muchísimo, pero estamos llenos al máximo».

Así que fueron informados solemnemente por un anciano camarero que abundaba en dignidad, físico y hermosas patillas. Yang observó el pequeño interior del restaurante con una mirada, y de inmediato quedó claro que el camarero no estaba acostado para pedir propinas. Bajo la tenue iluminación, el brillo de la luz de las velas parpadeaba rítmicamente en todas las mesas. Las velas no se encendían para mesas sin clientes.

«Oh bien. ¿Quieres probar en otro lugar?"

Cuando Yang se rascó la cabeza, pensativo, alguien se levantó de una de las mesas junto a la pared con movimientos tan refinados que se llamaban elegantes. Era una mujer Su vestido blanco perla brillaba a la luz de las velas, apelando a los ojos de Yang con un efecto de ensueño.

«¿Almirante?»

Cuando ella lo llamó, Yang se congeló inconscientemente donde estaba. Su ayudante, la subteniente Frederica Greenhill, respondió con una leve sonrisa.

«Incluso tengo ropa de civil. Mi padre dice que le gustaría que te unas a nosotros, si no te importa».

Mientras ella hablaba, su padre se levantó y se paró detrás de ella.

«Bueno, buenas noches, *vicealmirante* Yang».

Con voz amistosa, el almirante senior Dwight Greenhill, director adjunto de la sede operativa conjunta, lo llamó. En el interior, Yang se sintió un poco incómodo por sentarse con un oficial superior, pero en este punto no se podía rechazar la invitación.

«Es contraalmirante, Su Excelencia», dijo Yang mientras saludaba.

«Serás vicealmirante a más tardar la próxima semana. Puedes seguir adelante y acostumbrarte al nuevo título, ¿verdad?"

«¡Eso es maravilloso! ¿De eso querías hablar?" Los ojos de Julian brillaron. «Esperaba eso, pero aún así, esa es una noticia realmente maravillosa, ¿no

es así?»

«Ja, ja, ja…» Con una simple risa, Yang se distrajo de emociones extremadamente complejas, se recompuso y presentó a Greenhill y su hija a su pupilo.

«Ya veo, entonces eres el famoso estudiante de honor, ¿verdad? Y también ganó la medalla de oro por la mayoría de los puntos anotados en la división junior de flyball. Haciendo bien en el aula y la cúpula por igual».

Flyball era un deporte que se jugaba en una cúpula donde la gravedad se ajustaba a 0.15 Gs. Era un deporte simple en el que el objetivo era lanzar una pelota a una canasta que a intervalos irregulares se movería a gran velocidad a lo largo de la pared. Sin embargo, el mismo tipo de amuleto también visto en la danza se podía ver en las figuras que lucharon por la pelota en el aire, manejándola mientras giraba lentamente.

«Julian, ¿es cierto?»

El irresponsable tutor de Julian miró al niño, sorprendido, y el niño asintió, sonrojándose ligeramente en las mejillas.

«El almirante debe ser el único que no lo sabía», dijo Frederica en un tono ligeramente burlón que hizo que Yang se sonrojara.

«Julian es una especie de celebridad en esta ciudad».

Hicieron sus pedidos. Con tres copas de un vino tinto de la vendimia 670 y una de ginger ale, brindaron el premio de Julian Mintz por anotar la mayor cantidad de goles, y luego se llevó la comida. Fue después de que muchos platos habían sido traídos a su mesa que el Almirante Greenhill sacó un tema totalmente inesperado.

«Por cierto, Yang, todavía no tienes planes de casarte, ¿verdad?»

Los cuchillos de Yang y Frederica chillaron contra sus platos simultáneamente, y el anciano camarero, un aficionado a la vajilla tradicional, levantó las cejas inconscientemente.

«Está bien. Cuando llegue la paz, lo pensaré».

Sin decir nada, Frederica estaba cortando con su cuchillo y tenedor aún recortados. Había un elemento de violencia cada vez más leve en su manejo de ellos. Julian miraba a su guardián con profundo interés.

“Tuve un amigo que murió y dejé atrás una novia. Cuando pienso en eso, simplemente no puedo… no en este momento…»

Habló del teniente comandante Lappe, que había muerto en la batalla de Astarte. El almirante mayor Greenhill asintió y luego volvió a cambiar de tema.

«Conoces a Jessica Edwards, ¿verdad? Fue votada como representante en la elección especial de la semana pasada. Por el distrito electoral del planeta Terneuzen».

Al igual que con el mariscal Sitolet, las emboscadas coloridas y múltiples fueron también una fuerte vestimenta de la del almirante mayor Greenhill, según parece.

«¿Oh? Puedo imaginar el apoyo que debe haber recibido de la facción antibélica».

«Eso es correcto. Y hubo ataques naturales desde el lado de la defensa…»

» ¿Por ejemplo, del Cuerpo de Caballeros Patrióticos?”

“¿El Cuerpo de Caballeros Patrióticos? Escucha, ahora, esos tipos son idiotas. Nunca han valido la pena hablar de ellos. Estás de acuerdo, ¿verdad? … Mmm, esta ensalada de gelatina es fantástica».

«Estoy de acuerdo», dijo Yang, en referencia a la ensalada de gelatina.

Que los Caballeros Patrióticos eran idiotas que Yang estaba dispuesto a permitir, pero uno no podía decir con certeza que sus acciones exageradas y caricaturizadas no fueron el resultado de una dirección hábilmente planificada. Después de todo, ¿no se había recibido a la generación joven que había apoyado fanáticamente a un tal Rudolf von Goldenbaum con

muecas y sonrisas de lástima por parte de la intelectualidad de la Federación Galáctica?

Tal vez a la sombra de una cortina gruesa, fuera de la vista de los asientos del espectador, alguien tenía una sonrisa satisfecha incluso ahora.

IX

En el camino de regreso a casa, Yang estaba pensando en Jessica Edwards en el asiento de un taxi auto-conducido.

«Quiero seguir adelante, seguir preguntando siempre a los que tienen autoridad: ¿Dónde estabas? Cuando envías a nuestros soldados a las fauces de la muerte, ¿dónde estabas? ¿Qué estabas haciendo… ?'»

Ese había sido aparentemente el clímax del discurso de Jessica. Yang no pudo evitar recordar la escena en el servicio conmemorativo celebrado después de la derrota en Astarte. Ni siquiera el presidente del Comité de Defensa, Trünicht, quien se enorgullecía de su elocuencia, había podido resistir frente a sus acusaciones. Solo eso debe haber sido suficiente para convertirla en el foco de todo el odio y la hostilidad de la facción proguerra. Una cosa era segura: el camino que ella había elegido sería un camino más traicionero que el Corredor Iserlohn.

El taxi se detuvo bruscamente. Normalmente, esto nunca debería haber ocurrido. Los automóviles nunca se movieron de tal manera que permitieran que la inercia ejerciera una fuerza innecesaria en el cuerpo humano— al menos mientras el sistema de control estuviera funcionando. Algo muy fuera de lo común acababa de suceder.

Abriendo la puerta manualmente, Yang salió a la calle. Un oficial de policía vestido con un uniforme azul se acercó corriendo, su enorme cuerpo balanceándose pesadamente. Reconoció la cara de Yang, y después de expresar en detalle lo emocionado que estaba de poder encontrarse con un héroe nacional, explicó la situación.

«Ocurrió una anomalía en la computadora de control de tráfico en el Centro de Control de Tráfico Municipal», dijo.

«¿Una anomalía?»

«No conozco los detalles— aparentemente fue un simple error humano que ocurrió durante la entrada de datos. De todos modos, casi todos los lugares de trabajo carecen de personas experimentadas en estos días, por lo que este tipo de cosas no son nada inusuales».

El oficial de policía se echó a reír, pero luego, ante la mirada directa y hostil de Julian, se obligó a reunir una expresión solemne.

“Ah, ejem, pero este no es el momento de reírse de eso. Debido a esto, todos los sistemas de transporte público en este distrito serán detenidos durante las próximas tres horas. Incluso las pasarelas y los caminos de levitación están en un punto muerto total».

«¿Total?»

«Sí, total».

Por la actitud del oficial, casi parecía estar orgulloso de ello. Aunque Yang lo encontró cómico, esto no era motivo de risa. Este accidente y las palabras del oficial se sumaron a algo que envió un escalofrío a través de su corazón. El sistema que controlaba y dirigía su sociedad se había debilitado de manera alarmante. La influencia negativa de la guerra estaba erosionando constantemente su sociedad, más suavemente y más segura que las pisadas del diablo.

De su lado, Julian miró a Yang.

«¿Qué haremos, almirante?»

«No podemos hacer nada más— caminemos», dijo Yang, y así se decidió. «Es bueno hacer esto de vez en cuando. A pie, volveremos en una hora. Será un buen ejercicio».

«Oh, es cierto.»

Los ojos del policía se abrieron de par en par ante esto.

«¡Oh, no podría dejarte hacer eso! ¿Haciendo que el héroe de Iserlohn camine a casa en sus propios pies? Enviaré por un coche terrestre o un coche aéreo. Por favor, usa eso en su lugar».

«No puedo dejar que hagas eso solo por mí».

«Por favor, no seas tímido al respecto».

«No, creo que voy a ser tímido al respecto», dijo Yang.

Tomó un poco de esfuerzo para evitar que su disgusto se mostrara en su rostro o voz.

«Vamos, Julian.»

«Sí, sí, señor».

Con esa alegre respuesta, el chico comenzó con un ágil salto y luego se detuvo de repente. Yang lo miró con suspicacia.

«¿Qué pasa, Julian? ¿No te gusta caminar?»

Tal vez su voz era un poco aguda de su disgusto residual.

«No, no es eso».

«Bueno, entonces, ¿por qué no vienes?»

«Esa e … la dirección equivocada».

Yang giró sobre sus talones sin una palabra. *Mientras un comandante de la flota espacial no se equivoque de la flota, no hay nada de qué preocuparse.* Consideró decir eso, o algo similar antideportivo, y luego decidió no hacerlo. La verdad sea dicha, su confianza incluso le falló en ese punto de vez en cuando. Esa fue la razón por la que Yang apreciaba la gestión de flotas del Vicecomandante Fischer, tan precisa.

Largas filas de carros maglev detenidos se extendían para formar largos muros en las calles, y la gente que no podía hacer nada al respecto caminaba sin rumbo. Yang y Julian se abrieron paso tranquilamente entre ellos.

«Las estrellas son realmente hermosas esta noche, Almirante», dijo Julian, levantando su mirada hacia el cielo estrellado de arriba. Las luces brillantes de innumerables estrellas formaron patrones demasiado complejos de asimilar, lo que demuestra con sus continuos destellos a la existencia de la atmósfera del planeta.

Yang no pudo despejar completamente su mente de malos sentimientos.

Todos se acercaban al cielo nocturno, tratando de agarrar la estrella que se les había dado. Pero las personas que conocían la posición exacta de su propia estrella eran pocas y distantes entre sí. *¿Y qué hay de mí— Yang Wen-li? ¿He determinado claramente dónde está mi propia estrella? Barrido por las circunstancias, ¿lo he perdido de vista? ¿O podría haber estado equivocado todo el tiempo sobre cuál es mío?*

«¿Almirante?», Dijo Julian con una voz clara como el cristal.

«¿Qué pasa?»

“Justo ahora, tú y yo estábamos mirando la misma estrella. Mira, ese gran azul.»

«Hmm, esa estrella es…»

«¿Cómo se llama?»

«Está en la punta de mi lengua…» dijo Yang.

Si hubiera comenzado a rastrear ese hilo de un recuerdo, seguramente podría haber llegado a la respuesta, pero Yang no tenía ganas de obligarse a hacerlo. *No hay la más mínima necesidad de que este chico a mi lado mire a la misma estrella que yo,* pensó Yang.

Un hombre debe agarrarse a una estrella que es para ély solo para él. No importa de cuán mala suerte sea una estrella.

Capítulo 7: Una Farsa Entre los Actos.

I

En el dominio de la tierra de Fezzan, los intereses del Imperio Galáctico estaban representados por el alto comisionado imperial. El conde Jochen von Remscheid era el titular de esa oficina.

Este aristócrata de pelo blanco con ojos casi incoloros había sido enviado allí desde Odín casi al mismo tiempo que Rubinsky había jurado como Landesherr y se hablaba de el «zorro blanco» a sus espaldas. No fue necesario decir que este nombre no estaba relacionado con «Zorro negro» de Rubinsky.

Esa noche, el sitio al que Rubinsky lo había invitado extraoficialmente no era la oficina de Landesherr ni su residencia oficial, ni tampoco era su residencia privada. Era un lugar que hasta cuatro siglos y medio antes había sido un baño en forma de cuenco en una región montañosa con grandes depósitos de sal, pero ahora era un lago artificial. En su orilla, había una cabaña de montaña que no tenía conexión legal con Rubinsky. Su dueña era una de las muchas amantes de Rubinsky.

Cuando una vez alguien le preguntó: «Landesherr, Su Excelencia, ¿cuántas amantes tiene usted?» Rubinsky, sin responder de inmediato, lo había pensado con una expresión seria en su rostro, hasta que finalmente con una sonrisa alegre que bordeaba audacia, había dicho: «Sólo puedo contarlos por docena».

Aunque ciertamente había exageración allí, no estaba contando cuentos de verdad. Su vitalidad de la mente y el cuerpo no desmentía en lo más mínimo la impresión dada por su apariencia externa.

La filosofía de Rubinsky era que la vida debía disfrutarse grandemente. Con cuerpo y espíritu completo, alimentos que se derretían en la lengua, melodías famosas para hacer temblar las cuerdas del corazón y bellezas delicadas y elegantes: ser amante de todas ellas.

Estos, sin embargo, eran meros entretenimientos. Su mayor diversión estaba en otra parte— los juegos de intriga política y militar se jugaban con el destino de los hombres y de las naciones como las fichas intangibles, y ni el vino ni las mujeres podían compararse con la emoción que ofrecían.

Incluso el engaño maquiavélico, suficientemente refinado, puede ser un arte, reflexionó Rubinsky. Sólo lo más bajo de lo bajo era recurrir a las amenazas de la fuerza armada. Las palabras en sus carteles pueden diferir, pero en ese punto hay poca diferencia entre el imperio y la alianza. Ambos son hijos gemelos nacidos de un monstruo llamado Rudolf, pensó con malicia, y comparten un odio mutuo.

«Bueno, entonces, ya que Su Excelencia Landesherr ha tenido tantos problemas para invitarme aquí esta noche, debe haber algo que desee discutir», dijo el Conde von Remscheid mientras colocaba su copa de vino sobre una mesa de mármol.

Mientras se divertía mientras miraba la expresión cautelosa del hombre, Rubinsky respondió: «De hecho, sí, y creo que el tema te interesará… La Alianza de Planetas Libres está planeando una ofensiva militar total contra el imperio».

El aristócrata imperial necesitó varios segundos para digerir el significado de esa respuesta.

» Su Excelencia quiere decir que la alianza—» fue lo que el conde comenzó a decir, pero luego sus propias palabras se registraron en él, y se corrigió a sí mismo: «¿Que los rebeldes están planeando atentados indignos contra nuestro imperio?»

«Parece que después de capturar la orgullosa fortaleza del imperio de Iserlohn, la alianza está hirviendo con una lujuria por la guerra».

El conde entrecerró los ojos ligeramente. “Al ocupar Iserlohn, los rebeldes ahora tienen una cabeza de puente en territorio imperial. Eso es un hecho. Pero no es seguro que lanzarán una invasión total de inmediato».

«Sea como sea, está claro que la alianza está elaborando planes para un ataque a gran escala».

«¿Qué significa «a gran escala»?»

“Una fuerza militar de más de veinte millones. Lo que en realidad podría exceder los treinta millones.”

«Treinta millones.»

Los ojos casi incoloros del aristócrata imperial brillaban de color blanco en la iluminación. Incluso los militares imperiales nunca habían movilizado una fuerza tan grande al mismo tiempo.

La dificultad de hacerlo no era simplemente un problema de números; también involucraba la organización, la administración y la capacidad de ejecutarlo todo. ¿Tenía la alianza ese tipo de capacidad? Si lo hicieron o no, esta fue sin duda una inteligencia vital, pero…

«Pero, Landesherr, Su Excelencia, ¿por qué comparte esta información conmigo? ¿Cuáles son tus objetivos?”

«Estoy un poco sorprendido de que su Excelencia el Alto Comisionado me pregunte algo así. ¿Alguna vez nuestro dominio hizo alguna vez algo que pusiera al imperio en desventaja?”

«No, no tengo ningún recuerdo de tal cosa. Naturalmente, nuestro imperio tiene la mayor confianza en la lealtad y fidelidad de Phezzan».

Fue un intercambio con un vacío e insinceridad del que ambas partes estaban bien conscientes.

Por fin, el conde von Remscheid se fue. Al ver a su automóvil mientras corría apresuradamente hacia la pantalla de su monitor, apareció una sonrisa cruel en el rostro de Rubinsky.

El alto comisionado correría a su oficina y enviaría un mensaje de emergencia a Odín. La inteligencia que Rubinsky acababa de alimentarla no podía ser ignorada.

Habiendo perdido a Iserlohn, el ejército imperial palidecería ante esta noticia y comenzaría los preparativos para interceptar el ataque. Reinhard von Lohengramm casi seguramente sería el enviado para reunirse con ellos, pero esta vez Rubinsky quería que ganara para el imperio sin ganar demasiado.

Si Reinhard no se presentara, eso sería un problema, en realidad.

Rubinsky no había informado al imperio cuando recibió la noticia de que Yang iba a atacar a Iserlohn con solo media flota. Por un lado, nunca soñó que el intento tuviera éxito, y por otro, tenía ganas de mirar para ver qué tipo de esquema inteligente se le ocurriría a Yang.

La conclusión había sido tal que incluso podría sorprender a Rubinsky. *¡Pensar que tenía un truco como ese en la manga!* Había pensado, realmente impresionado.

Sin embargo, no estaba en una posición para simplemente sentirse impresionado y dejarlo así. El equilibrio del poder militar se había inclinado hacia la alianza, y ahora tenía que empujarlo ligeramente hacia el imperio.

Los necesitaba luchando entre sí, haciéndose daño, más y más.

II

El Marques Lichtenlade, el ministro de estado y primer ministro imperial en funciones, recibió una visita una noche en la finca donde vivía de Vizconde Gerlach, el ministro de finanzas.

La ocasión de la visita del ministro de finanzas fue informar que una etapa del levantamiento de Kastropf se había completado. Hacer que un subordinado envíe un informe por visofono desde la propia casa no era una tradición que existía en el imperio.

“La disposición de las tierras y la fortuna del Duque von Kastropf se cumple en su mayor parte. Después de la liquidación, el valor del patrimonio llega a aproximadamente quinientos mil millones de marcos imperiales».

«Ciertamente había estado ahorrando, ¿no es así?»

«Seguramente. Aunque siento una ligera punzada de lástima por el hombre cuando pienso en lo diligentemente que había ahorrado para pagar todo en la tesorería nacional…»

Después de disfrutar suficientemente el aroma de cuerpo entero del vino tinto que tenía ante sí, el ministro de finanzas se lo llevó a los labios. El ministro de estado dejó su vaso y cambió su expresión.

«Por cierto, hay un pequeño asunto que me gustaría discutir contigo».

«¿Y qué podría ser eso?»

“Hace poco recibí un comunicado urgente del conde von Remscheid en Phezzan. Dice que las fuerzas rebeldes organizarán una invasión masiva del territorio imperial».

«¡Las fuerzas rebeldes—!» El ministro de estado asintió. El ministro de finanzas colocó su vaso medio lleno sobre la mesa, haciendo que el vino restante se revolviera violentamente.

«Este es un problema grave.»

«Lo es. Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo decir que no presente una oportunidad». El ministro de estado se cruzó de brazos. «Tenemos una necesidad en este momento para pelear una batalla y ganar. Según el informe del ministro del interior, se está fomentando una vez más una especie de ánimo revolucionario entre los plebeyos. Parece que tienen una vaga idea de nuestra pérdida de Iserlohn. Para destruir todo eso, tenemos que destruir a los rebeldes y restaurar la dignidad de la casa imperial. Junto con eso, tenemos que dejar que los plebeyos también chupen un poco de

dulce. Un perdón especial para los criminales pensantes, una reducción de los impuestos, una disminución en los precios de los licores— algo así”.

“Si lo complaces demasiado y los plebeyos se aprovecharán de ti. He visto los escritos clandestinos de los radicales, están llenos de declaraciones escandalosas. «Los seres humanos tienen derechos antes que deberes» y similares. ¿No crees que un perdón especial solo los echaría a perder?»

«Es como usted dice, pero no podemos gobernar exclusivamente por el palo», dijo el ministro de estado reprobando.

«Eso es cierto, pero complacer a la plebe más de lo necesario es… Pero no, vamos a dejar eso para otro momento. Este informe de los rebeldes que invaden nuestro imperio, ¿fue su origen, Rubinsky?”

El ministro de estado asintió.

«El zorro negro de Phezzan», dijo el ministro de finanzas, chasqueando la lengua con fuerza. «Últimamente, tengo la sensación de que los avaros de Phezzan podrían ser un peligro mucho mayor para el imperio que los rebeldes. No se sabe lo que podrían estar tramando».

«Estoy de acuerdo», dijo Lichtenlade. «Pero por ahora, es la amenaza rebelde con la que tenemos que lidiar. ¿A quién deberíamos asignar a la defensa …?”

«El mocoso dorado probablemente querrá hacerlo», dijo Gerlach. «¿Por qué no dejarlo?»

«Es mejor no tomar una decisión emocional. Supongamos que lo dejamos: si tuviera éxito, su reputación se elevaría a otro nivel, y la habitación que tenemos para impedirle se evaporaría. Si, por otro lado, fracasara, significaría una lucha contra las fuerzas rebeldes en condiciones extremadamente desfavorables.”

«Dentro del núcleo del imperio, lo más probable, contra una enorme horda de treinta millones cuya moral se elevaría debido a su victoria».

«Su Excelencia es demasiado pesimista», dijo el ministro de finanzas, quien se inclinó hacia delante y comenzó a explicar su propia posición.

«Incluso si los rebeldes son victoriosos, no saldrán de la batalla ilesos con la fuerza del Conde von Lohengramm. El conteo ciertamente no es incompetente y sin duda causará considerables bajas al enemigo. Además, la fuerza rebelde estará en una campaña muy lejos de su base de operaciones, sin poder reabastecerse a voluntad. Además de eso, carecerán de la ventaja geográfica.”

«Por estas razones, las fuerzas imperiales podrán evitar a un enemigo cansado de la batalla en su tiempo libre. Dadas las circunstancias, de hecho, puede que ni siquiera sea necesario salir y luchar contra ellos. Si simplemente libramos una batalla de desgaste, el enemigo sufrirá escasez de suministros y tensión psicológica, y al final no tendrán más remedio que retirarse. Si las fuerzas imperiales esperan ese momento para perseguir y atacar, la victoria vendrá con poca dificultad».

«Entiendo», dijo el ministro de Estado Lichtenlade. «Eso establece que en caso de que el mocoso sea derrotado. Pero ¿y si gana? Entre sus logros militares y su explotación del favor de Su Alteza, es más de lo que podemos manejar, incluso ahora. Solo puedo imaginar cuánto más se echaría a perder si saliera victorioso».

«Creo que deberíamos dejar que se eche a perder. ¿Un hombre que se ha levantado más allá de su puesto? Podemos freírlo en nuestro tiempo libre. No es como si estuviera con sus tropas las veinticuatro horas del día».

«Hmm…»

«Una vez que la flota rebelde haya sido eliminada, el mocoso dorado también caerá», dijo fríamente el ministro de finanzas. «¿No aprovecharemos al máximo sus talentos mientras los necesitemos?»

III

Era el 12 de agosto del calendario estándar, SE 796. En la capital de la Alianza de Planetas Libres, Heinessen, se estaba celebrando una sesión de planificación de operaciones para la invasión del Imperio Galáctico.

Reunidos en una sala de reuniones subterránea en la sede operativa conjunta estaban el director, Marshal Sitolet, y treinta y seis almirantes, lo que significaba que el oficial al mando de la Décimotercera Flota, el nuevo vicealmirante Yang Wen-li, también estaba entre ellos.

Yang no se veía bien. Como le había dicho una vez al capitán von Schönkopf, había creído que la amenaza de guerra desaparecería si Iserlohn caía. Sin embargo, la realidad había tomado exactamente la forma opuesta — una que, por parte de Yang, le recordaba el hecho de que era joven, — o más bien, ingenuo.

Aun así, Yang era natural de humor para reconocer la solidez lógica de los argumentos para esta movilización y expansión de la guerra.

La victoria en Iserlohn no había sido nada más que la táctica en solitario de Yang dando sus frutos. No significaba que las Fuerzas Armadas de la Alianza fueran realmente capaces de derrotar al imperio. El verdadero estado de las cosas era que las tropas estaban gastadas hasta el punto de agotamiento, y la riqueza y el poder de la nación que las apoyaba estaba en una curva descendente.

Sin embargo, este hecho, que el mismo Yang reconoció, fue uno de los líderes políticos y militares que parecía no entender. Las victorias militares eran como narcóticos, y una droga dulce llamada «Iserlohn ocupada» parecía haber causado un repentino florecimiento de alucinaciones de guerra acechando en los corazones de la gente. Incluso en la asamblea nacional, donde las cabezas más frías deberían haber prevalecido, pedían con una sola voz «invasión del territorio imperial». La manipulación de la información por parte del gobierno también fue hábil, pero…

¿Pagamos demasiado poco para tomar Iserlohn? Yang se preguntó. *Si hubiera sido a costa de un baño de sangre que ascendió a decenas de miles, ¿la gente habría dicho: «Ya es suficiente»?*

Habrían pensado: «Hemos ganado, pero estamos muy cansados. ¿No deberíamos descansar por un tiempo, reexaminar el pasado, pensar en nuestro futuro y luego preguntarnos, hay realmente algo por ahí que haga que valga la pena luchar?»

Eso no había sucedido. «¿Quién hubiera imaginado que la victoria podría ser tan fácil?», Pensó la gente. «¿Quién hubiera imaginado que los frutos de la victoria podrían ser tan deliciosos?» Era una ironía que el que había puesto esos pensamientos en sus cabezas había sido el mismo Yang. Esto era lo último que el joven almirante había querido, y en estos días el contenido de brandy de su té solo aumentaba.

La orden de batalla de la fuerza expedicionaria aún no se había anunciado al público, aunque ya se había decidido.

El mariscal Lasalle Lobos, el mismo comandante en jefe de la Armada Espacial de la Alianza de las Fuerzas Armadas, asumió personalmente el puesto de comandante de la flota suprema. Como el número dos en uniforme después del director de la sede operativa conjunta Sitolet, su relación competitiva con Sitolet fue una que se remontó a más de un cuarto de siglo.

El puesto de vice comandante en jefe había quedado vacante, y ocupando el asiento del jefe conjunto de personal estaba el almirante senior Dwight Greenhill — el padre de Frederica Greenhill. Bajo su mando se había colocado al vicealmirante Konev, el jefe de personal de operaciones; El contraalmirante Birolinen, el jefe de personal de inteligencia, y el contraalmirante Caselnes, el jefe de servicio de retaguardia. Este fue el primer deber en el frente en bastante tiempo para Alex Caselnes, quien era conocido por su extraordinaria habilidad para hacer las cosas en la oficina.

Bajo el jefe de personal de operaciones, había cinco oficiales de personal de operaciones. Uno de ellos fue el contraalmirante Andrew Fork, un hombre brillante que se había graduado como el mejor de su clase en la Academia de Oficiales hace seis años; este joven oficial fue el arquitecto original del plan para la próxima expedición.

El personal de inteligencia y el personal de servicio de retaguardia estaban formados por tres oficiales cada uno.

A estos dieciséis se agregaron asistentes de alto nivel y personal esencial de comunicaciones, seguridad y otro personal, y juntos formaron el centro de mando supremo.

Para empezar, se movilizarían ocho flotas espaciales como unidades de combate:

La Tercera Flota, comandada por el Vicealmirante Lefêbres.

La quinta flota, comandada por el vicealmirante Bucock.

La Séptima Flota, comandada por el Vicealmirante Hawood.

La Octava Flota, comandada por el Vicealmirante Appleton.

La Novena Flota, comandada por el Vicealmirante Al Salem.

La Décima Flota, comandada por el Vicealmirante Urannf.

La duodécima flota, comandada por el vicealmirante Borodin.

La decimotercera flota, comandada por el vicealmirante Yang.

Las Flotas Cuarta y Sexta, después de haber recibido fuertes golpes en la Batalla de Astarte, se habían unido recientemente a las fuerzas restantes de la Segunda para formar la Décimotercera Flota de Yang, por lo que solo dos de las diez flotas formaban la Armada Espacial de la Alianza de las Fuerzas Armadas. —El primero y el undécimo — estaban siendo dejados en la patria.

A estas fuerzas se agregaron tropas móviles blindadas conocidas colectivamente como unidades de combate terrestres, escuadrones de combate aerotransportados dentro de la atmósfera, escuadrones anfibios, unidades navales, unidades exploradoras y todo tipo de otras unidades que operan independientemente. También iban a participar especialistas en armas pesadas del Cuerpo de Seguridad Nacional.

En cuanto al personal que no es de combate, el número máximo posible se movilizaría de tecnología, ingeniería, suministro, comunicaciones, control de tráfico espacial, mantenimiento, datos electrónicos, médicos, estilos de vida y otros campos.

El número total movilizado llegó a 30,227,400 personas. Esto significaba que el 60 por ciento de todo el ejército de la Alianza de Planetas Libres debía ser movilizado de una vez. Ese número también representó el 0,23 por ciento de la población total de la alianza de trece mil millones.

Con un plan operativo ante ellos cuyo alcance gigantesco no tenía precedentes, incluso los almirantes que habían luchado valientemente en muchas batallas anteriores, aquí y allá, eran incapaces de aclarar sus cabezas. Se secaron el sudor inexistente de sus frentes, se tragaron vaso tras vaso de agua helada preparada para ellos, o susurraron a colegas en los asientos que estaban junto a ellos.

A las 09.45, Marshal Sitolet, director de la sede operativa conjunta, entró en la sala con su principal ayudante, el Contralmirante Marinesk, y la reunión comenzó de inmediato.

No hubo sensación de gran exaltación en la expresión o la voz del mariscal Sitolet cuando abrió la boca para hablar: «El plan que estamos discutiendo hoy para una campaña en territorio imperial ya ha sido aprobado por el Consejo Superior, pero…»

Todos los almirantes presentes sabían que él había estado en contra de este despliegue.

«Los planes detallados para las acciones de la fuerza expedicionaria aún no están establecidos. El propósito de la reunión de hoy es decidir sobre esto. No necesito recordarte en este punto que las Fuerzas Armadas de la Alianza son los militares libres de una nación libre. Espero que con ese espíritu, realicen un intercambio vigoroso de ideas y discusiones hoy».

Puede haber algunos presentes que, por la falta de entusiasmo en los comentarios del director, comprendieron su angustia, y puede haber algunos también que pudieron percibir en su entonación de profesor una resistencia

pasivo-agresiva. El director cerró la boca, y por un momento nadie dijo nada. Era como si todos los presentes estuvieran a fuego lento en sus propios pensamientos.

En el fondo de su mente, Yang estaba repitiendo algo que había escuchado de Caselnes el otro día:

“En cualquier caso, pronto habrá elecciones regionales unificadas. En el frente interno, ha habido una serie de escándalos internos durante un tiempo, por lo que si quieren ganar, tendrán que desviar la atención del público hacia el exterior. De eso se trata esta campaña militar».

Ese es un viejo truco que los gobernantes usan para distraer a la gente de su propia mala gestión, pensó Yang. ¡Cómo se habría entristecido al padre fundador Heinessen al saber esto! Su deseo nunca había sido tener una estatua de cincuenta metros de altura erigida en su honor; seguramente su esperanza había sido la construcción de un sistema gubernamental que no representara ningún peligro para su gente, donde los derechos y libertades de los ciudadanos no serían infringidos por los caprichos arbitrarios de los gobernantes.

Pero así como los humanos eventualmente deben envejecer y enfermarse, quizás también sus naciones deben eventualmente volverse corruptas y decadentes. Aun así, la idea de enviar treinta millones de tropas al campo de batalla para ganar una elección y retener el poder durante otros cuatro años trascendió la comprensión de Yang. Treinta millones de seres humanos, treinta millones de vidas, treinta millones de destinos, treinta millones de posibilidades, treinta millones de alegrías, furias, tristezas y placeres — enviándolos a las fauces de la muerte, hinchando las filas de los sacrificados, aquellos en lugares seguros. monopolizado todo el beneficio.

Aunque las edades cambiaron, esta escandalosa correlación entre los que hicieron la guerra y los que se hicieron para hacer la guerra no había mejorado en lo más mínimo desde los albores de la civilización. En todo caso, los reyes y campeones del mundo antiguo pueden haber sido un poco mejores — aunque solo al punto de haberse puesto de cabeza de sus ejércitos, exponiendo sus propias pieles a la amenaza de daño físico.

También podría argumentarse que la ética de los obligados a librar guerras también se había degenerado también…

“Creo que esta campaña es la hazaña más atrevida que se intentó desde la fundación de nuestra alianza. No hay mayor honor para mí como soldado que poder participar en él como oficial de personal».

Esas fueron las primeras palabras que se dijeron.

La voz plana y monótona, como la de alguien que lee un guión, pertenecía al contraalmirante Andrew Fork.

Tenía solo veintiséis años, pero parecía mucho mayor que eso, y junto a él estaba Yang quien parecía un niño. La carne en sus pálidas mejillas era demasiado delgada, aunque no estaba mal mirando alrededor de los ojos y las cejas. Sin embargo, su forma de mirar a la gente y luego levantar su mirada hacia arriba conspiró con el hueco de su boca para darle una impresión más bien sombría. Aunque, por supuesto, Yang — para cuya experiencia la palabra «estudiante de honor» era nula — tal vez se le dio a conocer el genio a través de lentes de prejuicio.

El siguiente en hablar después de la larga y florida trompeta del grandioso diseño militar, es decir, la operación que él mismo había reclutado, fue el vicealmirante Uranff, comandante de la Décima Flota.

Uranff era un hombre bien formado en el apogeo de su vida, descendiente de una tribu nómada que supuestamente había conquistado la mitad del mundo de la Tierra antigua. Tenía una tez oscura y ojos que brillaban con una luz aguda. Su liderazgo valeroso lo hizo sobresalir incluso entre los almirantes de la alianza y le había dado popularidad entre los ciudadanos.

«Somos soldados y como tal iremos a cualquier parte si se nos ordena. Si eso significa golpear la sede de la tiranía de la Dinastía Goldenbaum, iremos y con mucho gusto. Sin embargo, no hace falta decir que hay una diferencia entre un plan atrevido y uno imprudente. La preparación minuciosa es esencial, pero primero me gustaría preguntar cuál es el objetivo estratégico de esta campaña. ¿Nos sumergimos en territorio imperial, peleamos una batalla y luego lo llamamos una jornada? ¿Vamos a

ocupar militarmente una parte del territorio del imperio y, de ser así, la ocupación será temporal o permanente? Y si la respuesta es «permanente», ¿se convertirá el territorio ocupado en un bastión militar? ¿O vamos a dar un golpe destructivo a los militares imperiales y no dar marcha atrás hasta que hayamos hecho que el emperador jure un juramento de paz? Y antes de todo eso, ¿se considera esta operación en sí misma a corto o largo plazo? Es una larga lista de preguntas, pero me gustaría escuchar las respuestas».

Uranff se sentó, y Marshals Sitolet y Lobos dirigieron sus miradas hacia el contraalmirante Fork, lo que lo impulsó a responder.

«Vamos a penetrar profundamente en el territorio del imperio con una gran fuerza. Eso solo será suficiente para infundir terror en los corazones de los imperiales”.

Esa fue la respuesta de Fork.

«Entonces, ¿nos retiramos sin luchar?»

«Creo que deberíamos mantener un alto nivel de flexibilidad y lidiar con cada situación a medida que se nos presente».

Las cejas de Uranff se juntaron, mostrando su insatisfacción. «¿No puedes darnos algunos detalles más? Esto es demasiado abstracto».

«Lo que quiere decir es que simplemente nos movemos al azar, ¿verdad?»

El hueco en el labio de Fork se hizo más pronunciado ante ese comentario especiado con sarcasmo. El vicealmirante Bucock, comandante de la Quinta Flota, fue quien lo pronunció. Era un verdadero veterano de las Fuerzas Armadas de la Alianza, varias muescas más que el mariscal Sitolet, el mariscal Lobos, el almirante mayor Greenhill y similares. No se graduó en la Academia de Oficiales, sino que se había abierto camino a partir de un recluta en bruto, por lo que, aunque era inferior en términos de rango, los superaba en edad y experiencia. Como táctico, su reputación lo colocó en los límites de «competente».

Fork no respondió; aunque, naturalmente, sentía cierta reserva hacia el hombre, también estaba el hecho de que Bucock no había sido reconocido formalmente para hablar. Por esos motivos, aparentemente, Fork había decidido ignorarlo cortésmente.

«¿Alguien más tiene algo…?» Dijo algo forzadamente. Después de un momento de vacilación, Yang pidió ser reconocido.

«Me gustaría escuchar la razón por la cual se estableció la invasión para este punto en el tiempo».

Por supuesto, Fork no iba a decir: «Debido a la elección». ¿Pero cómo respondería?

«Para cada batalla, existe algo que se llama el momento de la oportunidad», dijo el contralmirante Fork, comenzando una explicación del asunto a Yang. "Dejarlo pasar, en última instancia, sería desafiar al destino en sí mismo. Algún día podremos lamentarnos mirar hacia atrás y decir: '¡Si tan solo hubiéramos tomado medidas entonces!' Pero para entonces ya será demasiado tarde».

«Así que en otras palabras, nuestra mejor oportunidad de ofensiva contra el imperio es ahora. ¿Eso es lo que quieres decir, comodoro?"

Yang tuvo la sensación de que era ridículo pedir confirmación, pero de todos modos preguntó.

«Una *gran* ofensiva», corrigió Fork.

Seguro que le gustan sus adjetivos, pensó Yang.

"El ejército imperial está en pánico por la pérdida de Iserlohn, no tienen idea de qué hacer. En este preciso momento de la historia, ¿qué podría suceder con la victoria de una fuerza de alianza de una magnitud sin precedentes, formada en largas y majestuosas columnas, avanzando con la bandera de la libertad y la justicia en alto?"

Había un tono de auto-intoxicación en su voz mientras hablaba, señalando la pantalla tridimensional.

«Pero esta operación nos lleva demasiado profundo en el campamento enemigo. Nuestra formación será demasiado larga y habrá dificultades con el reabastecimiento y las comunicaciones. Además, al golpearnos en esos flancos largos y delgados, el enemigo podrá dividir nuestras fuerzas fácilmente».

La voz de Yang se acaloró mientras argumentaba, aunque esto no estaba necesariamente en sintonía con lo que realmente estaba pensando. Después de todo, ¿cuánto importaban los detalles de las cuestiones de nivel de ejecución cuando el plan táctico en sí ni siquiera era sólido? Sin embargo, todavía no podía soportar no tratar de decírselo.

«¿Por qué es solo el peligro de estar dividido lo que estás enfatizando? Un enemigo que se estrelló en el centro de nuestra flota quedaría atrapado en un ataque de pinza, y sin duda sería derrotado. El riesgo es insignificante».

Los argumentos optimistas de Fork agotaron a Yang. Luchando contra el deseo de decir:

«Adelante, entonces — haz lo que quieras», Yang continuó para contrarrestarlo.

«El comandante de la fuerza imperial probablemente sea el Conde von Lohengramm. Hay algo acerca de su experiencia militar que está más allá de lo imaginable. ¿No crees que deberías tener eso en cuenta y elaborar un plan que sea un poco más cauteloso?»

Después de que terminó de hablar, el almirante mayor Greenhill respondió antes de que Fork pudiera hacerlo.

«Vicealmirante, soy consciente de que tiene una alta opinión del Conde von Lohengramm. Sin embargo, todavía es joven, e incluso él debe cometer errores y equivocaciones «.

Las palabras del almirante Greenhill no impresionaron mucho a Yang.

«Es verdad. Sin embargo, los factores que resultan en la victoria y la derrota son en última instancia relativos entre sí… así que si cometemos un error mayor que él, es lógico que ganará y que perderemos».

Y el punto principal, quiso decir Yang, es que el plan en sí está equivocado.

«En cualquier caso, eso no es más que una predicción», concluyó Fork. «Sobrestimar al enemigo, temerle más de lo necesario… eso es lo más vergonzoso de todo para un guerrero. Teniendo en cuenta cómo eso socava la moral de nuestras tropas y cómo su toma de decisiones y sus acciones pueden verse empañadas por ella, el resultado es en última instancia beneficioso para el enemigo, independientemente de su intención. Espero que seas más cauteloso al respecto».

Hubo un fuerte ruido en la superficie de la mesa de la sala de reuniones. El vicealmirante Bucock lo había golpeado con la palma de la mano.

«Contralmirante Fork, ¿no crees que lo que acabas de decir fue una falta de respeto?»

«¿Cómo es eso?» Mientras el anciano almirante lo ensartaba con una mirada aguda, Fork inflo su pecho.

«Solo porque no estuvo de acuerdo contigo y aconsejó cautela, ¿crees que es aceptable andar por ahí diciendo que está incitando al enemigo?»

“Simplemente estaba haciendo una declaración general. Me resulta sumamente irritante interpretar eso como la difamación de un individuo”.

La delgada carne en las mejillas de Fork se contraía. Yang podía verlo claramente. Ni siquiera tenía ganas de enojarse.

“Desde el principio, el propósito de esta campaña es realizar nuestro gran y noble propósito de liberar a los veinticinco mil millones de personas en el Imperio Galáctico que sufren bajo el peso aplastante del despotismo. Y tengo que decir que cualquiera que se oponga a eso está tomando efectivamente el lado del imperio. ¿Estoy equivocado?»

Aquellos en sus asientos se estaban volviendo más silenciosos en proporción inversa a su voz cada vez más aguda. No era que hubieran sido conmovidos por sus palabras; más bien, el estado de ánimo había sido completamente estropeado.

“Incluso si el enemigo tuviera la ventaja geográfica, la mayor fuerza de la tropa o incluso nuevas armas de poder inimaginable, no podríamos usar eso como una excusa para desanimarnos. Si actuamos sobre la base de nuestra gran misión — como fuerza de liberación, como fuerza para defender a la gente — la gente del imperio nos saludará con alegría y cooperará de buena gana…»

A medida que el discurso de Fork se prolongaba una y otra vez, Yang se hundió en una reflexión silenciosa.

Las «nuevas armas de poder inimaginable» eran básicamente inexistentes. Las armas inventadas y puestas en práctica por uno de los dos campos opuestos casi siempre se habían realizado al menos conceptualmente también en el otro campo. Tanques, submarinos, armas de fisión nuclear, armas de rayos laser, etc. habían entrado al campo de batalla de esta manera, y la sensación de derrota experimentada por el bando que se había quedado atrás se verbalizó no tanto en la forma de «¿Cómo puede ser esto?” o “Tenía miedo de que eso pudiera pasar”. Entre los individuos, había grandes desigualdades en los poderes humanos de la imaginación, pero esas brechas se redujeron notablemente cuando se consideraban totales dentro de los grupos. En particular, las nuevas armas solo fueron posibles gracias a la acumulación de poder tecnológico y económico, razón por la cual no hubo ataques aéreos durante el Paleolítico.

Además, mirando a la historia, las nuevas armas casi nunca habían sido el factor decisivo en la guerra, con la excepción de la invasión española del imperio inca, pero incluso eso se había visto profundamente influido por el hecho de haber explotado de manera fraudulenta una antigua leyenda inca. Arquímedes, que había vivido en la antigua ciudad-estado griega de Siracusa, había ideado todo tipo de armas científicas, pero no había podido detener la invasión romana.

«Inimaginable» era más bien una palabra más probable de ser pronunciada cuando se produjo un cambio radical en el pensamiento táctico. Ciertamente, hubo momentos en que estos cambios fueron provocados por la invención y la introducción de una nueva arma. El uso masivo de armas de fuego, el uso de la fuerza aérea para gobernar el mar, la guerra móvil de alta velocidad utilizando combinaciones de tanques y aviones — todos ellos fueron ejemplos de esto. Pero las tácticas de envolvimiento de Hannibal, las cargas montadas de Napoleón contra la infantería enemiga, la guerra de guerrillas de Mao Tse-tung, el uso de Genghis Khan de sus unidades de caballería, la guerra psicológica e informativa de Sun Tzu, todos los escalones de lúpulo de Epaminondas… Armas nuevas.

Yang no le tenía miedo a ninguna nueva arma del imperio. Lo que sí temía era el genio militar de Reinhard von Lohengramm y la suposición errónea de la alianza de que la gente del imperio buscaba la libertad y la igualdad más que la paz y la estabilidad en sus vidas. Eso no se podía contar ni predecir. No había forma de incluir un factor como ese en el cálculo de los planes de batalla.

Con un toque de tristeza, Yang hizo una predicción: considerando que las motivaciones detrás de esta campaña eran infatigablemente irresponsables, la irresponsabilidad también se extendería a su planificación y ejecución.

Se decidió la distribución de la fuerza expedicionaria. En el punto estaban la Décima Flota del almirante Uranff, y en la segunda columna, la Decimotercera de Yang.

El cuartel general de la fuerza expedicionaria se establecería en la Fortaleza de Iserlohn, y durante la operación, el comandante supremo de la fuerza expedicionaria también se duplicaría como oficial al mando de Iserlohn.

IV

La reunión llegó a su fin al no haber dado fruto en lo que a Yang se refería. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de regresar a casa, el mariscal Sitolet, director de la sede operativa conjunta, detuvo a Yang y se quedó

atrás. Sin un sonido, las capas de energía desperdiciada se desplazaron como una corriente de convección a través del aire.

«Entonces, debes morirte por decir que debería haberte dejado retirarte», dijo Sitolet. Su voz se había corroído por una sensación de trabajo inútil.

«Yo también era ingenuo. Estaba pensando que si capturábamos a Iserlohn, las llamas de la guerra retrocederían después. Sin embargo, aquí estamos.”

Yang se quedó en silencio, habiendo perdido de vista las palabras que debería decir. Por supuesto, había pocas dudas de que en el cálculo del mariscal Sitolet, la llegada de la paz habría asegurado su posición y fortalecido su influencia, aunque en comparación con el temerario aventurero y la maniobra política de la facción pro-guerra, era mucho más fácil simpatizar con él.

«En última instancia, supongo que me tropecé con mis propios cálculos. Si Iserlohn no hubiera caído, los halcones podrían no estar haciendo una apuesta tan peligrosa. En cualquier caso, podrías llamar a esto solo tierra muerta en lo que a mí concierne, pero para ti he hecho un verdadero desastre».

«… ¿Estás planeando jubilarte?»

«En este momento, no puedo. Sin embargo, una vez que finalice esta campaña, no tendré más remedio que renunciar. Independientemente de si falla o tiene éxito».

Si la expedición fracasaba, Mariscal Sitolet, como el hombre de más alto rango en uniforme, por supuesto se vería obligado a asumir la responsabilidad con su renuncia. Por otro lado, si tuvo éxito, solo había un puesto más alto con el cual recompensar al mariscal Lobos, comandante supremo de la flota de la fuerza expedicionaria, por su logro: el de director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas. El hecho de que el Mariscal Sitolet hubiera estado en contra de esta campaña también funcionaría en su contra; Su expulsión tomaría la forma de una elegante reverencia para dar paso al Mariscal Lobos. No importaba de qué manera rodara el dado, su

futuro ya estaba decidido. Todo lo que quedaba para Sitolet era prepararse para ello con gracia.

«Solo te digo esto porque las circunstancias son lo que son, pero lo que espero es que esta expedición falle con el menor número posible de bajas».

Yang no dijo una palabra.

«Si es una derrota, por supuesto habrá mucha sangre derramada sobre nada. ¿Pero qué pasa si ganamos? Está claro como el día en que los halcones aprovecharán la oportunidad, y ni la razón ni el cálculo político serán suficientes para que sigan aceptando la sumisión a la gobernanza civil. Luego se estamparán y eventualmente caerán en una garganta. Los libros de historia están llenos de naciones que fueron derrotadas porque ganaron una batalla cuando no deberían. Deberías saber todo sobre eso.”

«Si…»

«La razón por la que rechacé su renuncia fue porque pensé que podría contar con usted para comprender si las cosas llegaban a esto».

«No es como preví nuestras circunstancias actuales, pero como resultado de ello, su presencia en el ejército se ha vuelto aún más vital».

Yang siguió escuchando en silencio.

«Sabes mucho sobre historia, y eso te da cierto desprecio por la autoridad y el poder militar. No puedo decir que te culpo, pero ninguna nación organizada puede existir libre de esas cosas. Siendo ese el caso, el poder político y militar debe ser puesto en manos de personas competentes y honestas — no de quienes son el polo opuesto— para que el estado pueda ser dominado por la razón y la conciencia. Siendo soldado, no me atreveré a hablar de política, pero hablando estrictamente de su papel en el ejército, el contraalmirante Fork no es apto».

La intensidad con la que pronunció esas palabras sorprendió a Yang.

Por un momento, Sitolet parecía que estaba luchando por controlar sus propias emociones.

«Llevó este plan de operaciones directamente al presidente de la secretaría del Consejo Superior a través de una ruta privada. Que los haya vendido como una estrategia para mantenerse en el poder es suficiente para decirme que está motivado por una lujuria por el avance personal. Apunta al primer puesto en el ejército, pero en la actualidad tiene un rival que es demasiado fuerte, y está mordiendo las uñas para marcar un logro que lo pondrá por delante de esa persona. Se graduó como el mejor de su clase en la Academia de Oficiales y tiene algo de gracioso acerca de que no acepta perder con los Joes normales».

Yang murmuró un informal «Entiendo» para mostrar que estaba escuchando, y una sonrisa apareció en la cara del Mariscal Sitolet por primera vez.

«Seguro que puede ser denso a veces. Su rival no es otra persona, eres tú».

«¿Yo, señor?»

«Sí tú.»

«Pero, Director, yo —»

“Esto no tiene nada que ver con lo que puedas evaluar. El problema está en lo que piensa Fork y en el método que ha tomado para lograr sus objetivos. Tengo que decir que es demasiado político, en el sentido negativo de la palabra. Incluso si no fuera por eso» — Aquí es donde el mariscal suspiro — «debes haber captado algo de su carácter de la reunión de hoy. Muestra sus talentos no en logros reales sino en discursos elocuentes, y lo que es peor, desprecia a los demás mientras trata de verse distinguido. Sin embargo, realmente no tiene el talento que cree que tiene… Confiarle el destino a alguien que no sea el suyo es demasiado peligroso».

«Justo ahora, decías que la importancia de mi presencia aquí había aumentado…» Yang dijo pensativamente. «¿Por eso me estás diciendo que me oponga al Contralmirante Fork?»

«Fork no es exactamente el único. Cuando alcance la posición más alta en el servicio, podrá obstaculizar y eliminar a personas como él por tu cuenta. Eso es lo que espero que hagas. Aunque sé que no es más que una agravación en lo que a ti respecta».

El silencio se aferró a la pareja como una pesada túnica mojada. Yang tuvo que sacudir físicamente la cabeza para encogerse de hombros.

“Su Excelencia el Director siempre me asigna tareas que son demasiado grandes para mí. Decirme que tome a Iserlohn también era uno de esos, pero…”

«Pero lo hiciste, ¿verdad?»

«Esa vez, lo logré, sí, pero—» Yang se interrumpió y casi se quedó en silencio otra vez, pero siguió adelante, diciendo: «No es que tenga autoridad y poder militar en desacato— no, la verdad es que esas cosas me aterrorizan. La mayoría de las personas que obtienen autoridad y poder militar se vuelven feas— yo podría dar un montón de ejemplos. Y no tengo la confianza de decir que tampoco cambiaría».

«Dijiste la mayoría de la gente. Eso es exactamente correcto No todos cambian».

“En cualquier caso, pretendo ser un hombre de discreción y alejarme del valor en gran parte. Quiero hacer algún tipo de trabajo dentro del rango que puedo y luego vivir una vida relajada y tranquila— ¿Es eso lo que llaman perezoso por naturaleza?»

«Está bien. Perezoso por naturaleza”.

Mientras miraba a Yang, que no sabía qué decir, el director Sitolet sonrió con diversión.

«Durante mucho tiempo he luchado con esto yo mismo. No es muy divertido trabajar duro solo y ver a otras personas llevan una vida relajada con facilidad. Pero antes que nada, si no puedo hacer que hagas el trabajo duro adecuado a tu talento, eso es lo que llamaría injusto».

«… ¿Injusto, señor?»

Aparte de hacer muecas, Yang no conocía otra forma de expresar sus emociones.

En el caso de Sitolet, el director probablemente había decidido trabajar arduamente y por su propia voluntad, pero Yang no creía que fuera así. En cualquier caso, lo cierto era que había perdido la oportunidad de renunciar.

V

Antes de que Reinhard se reuniera con los jóvenes almirantes vinculados a almirantazgo de Lohengramm: Kircheis, Mittermeier, von Reuentahl, Wittenfeld, Lutz, Wahlen y Kempf, seguidos por von Oberstein. Reinhard los consideró lo mejor de lo mejor de la reserva de recursos humanos del ejército imperial. Sin embargo, necesitaba ensamblar aún más, tanto de calidad como de cantidad. Necesitaba que se dijera de esta almirante que una cita aquí significaba el reconocimiento como un individuo talentoso y capaz. La reputación del almirante ya era significativa, pero Reinhard deseaba que la superioridad de su almirante no fuera aprehendida universalmente.

«Recibí el siguiente informe de la inteligencia militar imperial», dijo Reinhard, mirando alrededor de la asamblea, y los almirantes enderezaron su postura ligeramente. “Recientemente, los rebeldes de la frontera de la llamada Alianza de Planetas Libres han logrado robar la base de primera línea del imperio de Iserlohn. Esto ya lo sabes, pero desde entonces, los rebeldes han estado acumulando sus fuerzas en Iserlohn en grandes cantidades. Según nuestras estimaciones, hay doscientos mil naaves y treinta millones de tropas — además, estas son estimaciones mínimas.»

Murmullos de sorpresa e incluso admiración se abrieron paso entre los almirantes. Mandar una flota gigante era la mayor ambición de un guerrero y, a pesar de que pertenecía al enemigo, aún no podían evitar sentirse impresionados por su escala.

«Lo que esto significa es tan claro como el día, y tampoco puede haber una pizca de dudas: los rebeldes tienen la intención de lanzar un asalto total dirigido al núcleo de nuestro imperio». Los ojos de Reinhard parecieron arder. “Tengo órdenes secretas del ministro de estado: el deber de interceptar y defender contra esta amenaza militar es ser mío. Las órdenes del emperador llegarán en los próximos días. Como guerrero, no hay mayor honor que pueda esperar. Espero una buena pelea de todos ustedes».

Hasta este punto, él había estado hablando en un tono duro y formal, pero aquí sonrió inesperadamente. Era una sonrisa llena de energía y espíritu, aunque no era la sonrisa transparente de corazón puro que solo mostraba a Annerose y Kircheis.

«En otras palabras, esto significa que todos los demás cuerpos son muñecos ornamentales que decoran el palacio imperial, y que no se puede contar con ellos. Esta es una excelente oportunidad para promociones y medallas».

Los almirantes también sonrieron. Al igual que Reinhard, compartían una enemistad común hacia los altos nobles que no hicieron nada más que atiborrarse de posición y privilegio; No había sido solo por su talento que Reinhard había seleccionado a estos hombres.

«Y ahora me gustaría hablar con ustedes sobre dónde debemos interceptar al enemigo…»

Mittermeier y Wittenfeld expresaron una opinión compartida: el ataque de los rebeldes se produciría a través del Corredor Iserlohn, así que, ¿por qué no atacarlos en el momento en que emergieron de ellos al territorio imperial? «Podemos determinar el punto en el que aparecerá el enemigo, por lo que será posible golpear a su vanguardia y crear una formación de envolvimiento a medias, lo que nos dará la ventaja y facilitará la lucha contra ellos —»

«No…» dijo Reinhard, sacudiendo la cabeza. Luego procedió a explicar que el enemigo estaría esperando un ataque en el punto donde salieron del corredor y se derramaron en el núcleo del imperio. Sus fuerzas de élite se posicionarían en la vanguardia, y si la fuerza restante no emergía del

corredor cuando fueron atacados, su fuerza quedaría sin medios para atacarlos más.

«Deberíamos atraer al enemigo más profundamente», argumentó Reinhard, y después de una breve discusión, los demás almirantes estuvieron de acuerdo. “Atraemos al enemigo a lo profundo del territorio imperial, y luego cuando sus filas y líneas de suministro se estiran hasta el punto de ruptura, los golpeamos con todo lo que tenemos. Yo diría que con tal estrategia, la victoria para el lado defensor está asegurada».

«Pero eso llevará mucho tiempo», dijo Mittermeier. Tenía una estructura firme, aunque pequeña, y ciertamente parecía un joven oficial astuto. Tenía cabello rebelde, color miel y ojos grises. «Tal como es, en palabras de los rebeldes de la alianza, la hazaña más atrevida desde su fundación, es seguro que no harán ningún esfuerzo en lo que respecta a la preparación de sus filas, equipos y líneas de suministro. Tomará una cantidad considerable de tiempo para que su matriz se agote y para que su espíritu de lucha se desvanezca.” La opinión bastante preocupada de Mittermeier era natural, pero Reinhard cruzó su mirada hacia sus almirantes, y luego con un brillo de máxima confianza en sus ojos dijeron: «No, no tardaran mucho. Le daría menos de cincuenta días. Von Oberstein, explique los conceptos básicos de la operación».

Cuando fue llamado, el oficial del personal con el cabello medio plateado dio un paso adelante y comenzó a explicar. Mientras lo hacía, un aire de asombrada incredulidad se extendió entre los almirantes sin un sonido.

El22 de agosto, SE 796, la Sede General para la Fuerza Expedicionaria de la Alianza de Planetas Libres al Territorio Imperial se estableció dentro de la Fortaleza de Iserlohn. Alrededor de ese mismo tiempo, treinta millones de tropas de la capital de Heinessen y sus sistemas estelares circundantes estaban reuniendo columnas de naves de guerra y dirigiéndose hacia un espacio de batalla lejano.

Capítulo 8: Líneas de la Muerte.

I

Durante el primer mes, una emoción deslumbrante fue el compañero constante de todas las flotas espaciales de la alianza. Luego, el calor de esa amistad se enfrió, y lo que quedó fue decepción y, lo que es peor, ansiedad e impaciencia. Hubo una pregunta: los hombres comenzaron a preguntarse unos a otros: los oficiales en lugares donde ningún hombre alistado oiría y los hombres alistados en lugares donde no había oficiales.

¿Por qué no se muestra el enemigo?

Con la Décima Flota del Almirante Urannf a la cabeza, la fuerza de la alianza había penetrado aproximadamente quinientos años luz en el territorio imperial. Doscientos sistemas estelares habían caído en sus manos, y de ellos, más de treinta estaban habitados, aunque con poblaciones cuyos niveles de desarrollo tecnológico eran bajos. Un total de unos cincuenta millones de civiles vivían en estos mundos. Los gobernadores coloniales, los condes fronterizos, los funcionarios fiscales y los soldados que se suponía que debían gobernar a estas personas habían huido, y la alianza prácticamente no había tenido resistencia a la hora de hablar.

«Somos una fuerza de liberación».

Eso fue lo que los oficiales de pacificación de la alianza anunciaron a la multitud de agricultores y mineros abandonados.

“Le prometemos libertad e igualdad. No sufrirán más bajo la opresión del despotismo. Se te darán plenos derechos políticos y comenzar sus vidas nuevamente como ciudadanos libres».

Pero para su decepción, lo que encontraron esperándolos no fueron los fervientes vítores que habían previsto. La multitud no mostró el menor interés, de hecho, y la apasionada elocuencia de los oficiales de pacificación

rodó de sus espaldas. Cuando los representantes de los agricultores hablaban, decían:

«Antes de que nos otorgue algún tipo de derecho político, le agradeceríamos que nos diera el derecho a vivir primero. No tenemos comida aquí. No hay leche para nuestros bebés. Los militares lo tomaron todo cuando se fueron. Antes de prometer libertad e igualdad, ¿puedes prometer pan y leche?”

«P-por supuesto», respondían los oficiales de pacificación, aunque en su interior estaban descorazonados por estas prosaicas peticiones. Sin embargo, fueron una fuerza de liberación. Garantizar las necesidades de la vida a multitudes que gemían bajo el pesado yugo de la gobernanza imperial era un deber que eclipsaba incluso el combate en importancia. Los productos alimenticios se desembolsaron del departamento de suministro de cada flota y, al mismo tiempo, se enviaron las solicitudes al Comando Supremo en Iserlohn: 180 días de comida para cincuenta millones de personas, semillas para más de doscientas variedades de cultivos, cuarenta plantas de producción para proteína artificial, sesenta plantas hidropónicas y todas las naves necesarias para transportarlas.

“Este es el mínimo necesario para rescatar la zona de liberación de un estado de hambruna perpetua. Estas cifras crecerán constantemente a medida que la zona de liberación se expanda”.

El contraalmirante Caselnes, el jefe de personal del servicio de retaguardia de la fuerza expedicionaria, dejó escapar un gruñido involuntario al ver esa anotación, que se adjuntó al formulario de solicitud. ¿Ciento ochenta días de comida para cincuenta millones de personas? El grano solo alcanzaría los diez millones de toneladas. Para moverlo se necesitarían cincuenta embarcaciones de transporte en la clase de doscientas mil toneladas. Lo más importante es que esa cantidad de alimentos excedió en gran medida la capacidad de producción y almacenamiento de Iserlohn.

“Incluso si vaciamos todos los almacenes en Iserlohn, eso solo equivale a siete millones de toneladas. E incluso con las proteínas artificiales y las plantas hidropónicas funcionando a plena capacidad —”

Caselnes cortó el informe de su subordinado: «No será suficiente— lo sé».

El plan de reabastecimiento, diseñado para los treinta millones de soldados de la alianza, había sido elaborado por el mismo Caselnes, y él confiaba en su implementación.

Sin embargo, ahora sería una historia diferente, porque además de eso, tenían que manejar a una población no combatiente que casi duplicaba el tamaño de toda la fuerza expedicionaria. Necesitaría hacer correcciones al plan que triplicaría su escala, y tendría que hacerlo rápido. Caselnes podía imaginar fácilmente los gritos de los departamentos de suministro de las flotas mientras se tensaban bajo la carga excesiva.

«Aun así, ¿estos oficiales de pacificación son todos imbéciles?»

Lo que se pegaba en su rastro era la línea en la nota adjunta al formulario de solicitud: *estas figuras crecerán cada vez más a medida que se expanda la zona de liberación.* ¿No significaba eso que la carga sobre el esfuerzo de reabastecimiento solo iba a aumentar? Este no era el momento para el regocijo infantil por la expansión del territorio incautado. Y además, hubo una leve sugerencia de algo más en todo esto— de algo que fue aterrador.

Caselnes solicitó una reunión con el comandante supremo, el mariscal Lobos. En su oficina, encontró al Contralmirante Fork del personal de operaciones también presente. Esto lo había estado esperando; Fork disfrutó de una mayor proporción de la confianza del comandante supremo que incluso su jefe de personal, el almirante mayor Greenhill. Por lo general, se lo podía encontrar vigilando al lado de su jefe, y últimamente hubo susurros de que «la Suprema Comandante no es más que un micrófono para el personal de operaciones. Cuando abre la boca, es realmente el Contralmirante Fork quien habla».

«Esto debe ser sobre las solicitudes de los equipos de pacificación», dijo el mariscal Lobos, frotándose la carne carnosa. «Sea lo que sea, estoy lo suficientemente ocupado incluso sin eso, así que hazlo rápido».

Uno no llegó al rango de mariscal por ser incompetente. Lobos era un hombre que sabía cómo obtener resultados en las líneas del frente, procesar

metódicamente el papeleo en la retaguardia, liderar grandes fuerzas y administrar el personal. O al menos lo había sabido, hasta algún momento durante sus cuarenta. Ahora, sin embargo, su caída era evidente. Estaba letárgico en todas las cosas, y su falta de energía era especialmente notable cuando se pedía juicio, comprensión y toma de decisiones. Probablemente esa fue la razón por la cual se permitió que el Contraalmirante Fork hiciera lo que él quería, tomando todas las decisiones.

Hubo una serie de teorías sobre lo que había provocado que este comandante de una vez dotado terminara así. Algunos dijeron que la tensión que había puesto en su mente y cuerpo cuando era joven había provocado la aparición de encefalomalacia, o un ablandamiento del cerebro; otros dijeron que se trataba de una enfermedad cardíaca crónica, o que nunca había superado perder a Sitolet en la carrera por el puesto de director en el cuartel general de operaciones conjuntas — los hombres uniformados desplegaron alas de imaginación mientras chismeaban entre sí.

Cuando esas alas se extendieron demasiado lejos, surgieron teorías como aquella en la que Lobos — que nunca había conocido a una chica bonita que no le gustaba — había contraído una enfermedad horrible de una mujer con la que había compartido una noche. Esa tesis en particular vino con un extra especial: la afirmación de que la mujer que le había dado al mariscal su enfermedad ignominiosa había sido un espía imperial. Las sonrisas sucias aparecerían por un momento en los rostros de quienes escucharon este rumor, después de lo cual sus hombros se levantaron como si hubieran sentido un escalofrío.

«Seré breve, Excelencia. Nuestras fuerzas se enfrentan a una crisis. Una crisis muy grave”.

Caselnes se abrió con la espada en alto y esperó a ver cómo reaccionaría Lobos. El mariscal Lobos detuvo la mano que le estaba masajeando la barbilla y lanzó una mirada dudosa al jefe de servicio de la retaguardia. El Contralmirante Fork torció ligeramente sus pálidos labios, aunque esto era simplemente una fuerza de costumbre.

«¿Qué es esto de repente?»

No había eco de sorpresa o sorpresa en la voz del mariscal, pero Caselnes se preguntó si no estaba tan calmado y recogido como emocionalmente atrofiado.

«¿Está al tanto de las solicitudes que vienen de los equipos de pacificación?», Preguntó Caselnes, lo que podría haber sido algo grosero. Fork claramente parecía pensar que sí; aunque no dijo nada en voz alta, el hueco de su boca se hizo más grande. Tal vez tenía la intención de hacer algo más tarde.

«Sé de ellos», dijo Lobos. «Tengo la sensación de que me están pidiendo demasiado, pero dada nuestra política de ocupación, ¿qué opción tenemos?»

«Iserlohn no tiene suministros en las cantidades que demandan».

“Luego pasa las requisiciones a la patria. Los contadores de frijoles pueden entrar en histeria, pero no pueden negarse a enviarle lo que necesita».

«Sí, señor, ciertamente lo enviarán. Pero una vez que esos suministros han llegado a Iserlohn, ¿qué crees que sucederá después?”

El mariscal comenzó a acariciar su barbilla de nuevo. *No importa lo duro que lo frotes, no se va a raspar toda esa grasa*, pensó Caselnes.

«¿Qué quieres decir, Almirante?»

«Lo que quiero decir es que el plan del enemigo es sobrecargar nuestra capacidad para reabastecer a la fuerza». Habló con un tono de voz áspero, aunque lo que quería hacer era gritar, *¡ni siquiera puedes ver eso!* Este idiota .

«En otras palabras, el enemigo va a atacar a la flota de transporte e intentará cortar nuestra línea de suministro— ¿esa es su opinión como jefe de personal del servicio de retaguardia?», Dijo el contralmirante Fork.

Era desagradable ser interrumpido, pero Caselnes asintió.

“Pero todo desde aquí hasta las líneas del frente, a quinientos años luz de distancia, está bajo la ocupación de nuestras fuerzas. No creo que haya

necesidad de estar tan preocupado. Aunque, ah, por supuesto que adjuntaremos una escolta, por si acaso».

«Entiendo. Por si acaso, ¿eh?”

Caselnes dijo que con todo el sarcasmo pudo reunir. ¿Qué le importaba lo que pensara Fork?

Yang, por favor, vuelve a casa con vida, Caselnes llamó en silencio a su amigo. No pudo evitar pensar: *esta es una pelea demasiado estúpida como para ser asesinado.*

II

En la capital de la alianza, Heinessen, se desarrolló un feroz debate entre facciones que apoyaban y se oponían a los pedidos en gran escala de la fuerza expedicionaria.

Los partidarios dijeron: «El objetivo original de la expedición era liberar a un pueblo que gemía bajo la opresión del gobierno imperial. Rescatar a cincuenta millones de personas de la hambruna es, obviamente, lo más moral que hay que hacer. Además, cuando la gente se entera de que nuestras fuerzas los han salvado, eso— junto con su oposición al gobierno imperial — hará que el sentimiento público se incline inevitablemente en la dirección de nuestra alianza. Por razones tanto militares como políticas, las solicitudes de la fuerza expedicionaria deben ser respetadas y los alimentos y otras necesidades deben darse a los residentes de la zona ocupada…»

También hubo un argumento en contra: “Esta expedición ha sido mal planificada desde el principio. El plan inicial solo requería gastos por un total de doscientos mil millones de dinares — lo que representa el 5,6 por ciento del presupuesto nacional para este año y más del 10 por ciento del presupuesto militar. Incluso con esos gastos solos, es seguro que estaremos muy por encima del presupuesto cuando las cuentas financieras se liquiden. Agregue seguridad en la zona ocupada y provisión de alimentos para sus residentes, y la quiebra fiscal se hará segura. Deben terminar esta campaña,

abandonar los territorios ocupados y regresar a Iserlohn. Basta con sostener a Iserlohn para bloquear las incursiones del imperio…”

Los llamamientos ideológicos, los cálculos fríos y las emociones se juntaron, y parecía que este feroz debate podría durar para siempre.

Sin embargo, un informe — o mejor dicho, un grito— de Iserlohn fue lo que resolvió el problema: “Al menos, dale a nuestros soldados la oportunidad de morir en la batalla. Si pasas todos los días sin hacer nada, no les espera nada más que muertes sin gloria por inanición».

Los suministros se ensamblaron de acuerdo con las demandas de los militares, y comenzaron a enviarlos, pero no mucho después, las solicitudes adicionales llegaron por casi las mismas cantidades que las anteriores. La zona ocupada se expandió, y la cantidad de personas que residían dentro de ella aumentó a cien millones. Naturalmente, no había manera de evitar un aumento en la cantidad de suministros necesarios…

Los que habían apoyado las solicitudes anteriores se sintieron humillados, como uno podría esperar. El lado opuesto dijo: «¿No intentamos decírtelo? No tiene fin, ¿verdad? Cincuenta millones se han convertido en cien millones. En poco tiempo, cien millones se convertirán en doscientos millones. El imperio pretende destruir las finanzas de nuestra alianza. El gobierno y los militares entraron ciegamente en esto y no podrán evitar la responsabilidad. No nos quedan otras opciones que la ¡Retirada!»

«El imperio está utilizando a los civiles inocentes como un arma para resistir la invasión de nuestra fuerza. Es una táctica despreciable, pero considerando que estamos haciendo esto en nombre de la liberación y el rescate, uno no puede dejar de admitir que es una estrategia efectiva. Deberíamos seguir adelante y retirarnos. De lo contrario, nuestra fuerza se tambaleará bajo el peso de todos los civiles hambrientos que transportan y, en última instancia, será golpeada por un contraataque total cuando su fuerza cede.»

Así habló João Lebello, presidente del Comité de Finanzas, en el Consejo Superior.

Los que habían apoyado la movilización no dijeron ni una palabra. En su lugar, simplemente se sentaron en sus asientos con una expresión sombría — o mejor dicho, en shock.

Madam Cornelia Windsor, presidenta del Comité de Tráfico de Inteligencia, estaba mirando fijamente la pantalla cenicienta de una terminal de computadora que no mostraba nada, con su cara bella y rígida.

En este punto, incluso la señora Windsor sabía muy bien que no había nada más que hacer que retirarse. Hasta ahora no se podía hacer nada con respecto a los gastos, pero las finanzas de la nación no podían soportar más gastos.

Sin embargo, si se retiraran ahora sin haber logrado ningún tipo de éxito militar, perdería la cara por haberlo apoyado. No solo aquellos que se habían opuesto a este despliegue desde el principio, sino también aquellos de la facción pro-guerra que actualmente la apoyaban, sin duda buscarían responsabilizarla políticamente. El asiento de presidente del consejo que ella había anhelado desde que decidió ingresar a la política también se retiraría de ella.

¿Qué estaban haciendo esos incompetentes en Iserlohn? Madame Windsor fue apresada con una ira temible; apretó los dientes y apretó los puños, y sus uñas bellamente cuidadas se clavaron en las palmas de sus manos.

No había más remedio que retirarse, pero antes de eso, aunque solo fuera una vez, ¿qué tal si le mostramos a todos una victoria militar sobre la Armada Imperial? Si lo hicieran, ella misma se salvaría, y esta campaña también podría evitar ser considerada como un símbolo de locura y desperdicio por las generaciones futuras.

Miró a la anciana silla del consejo. Ese anciano que tan torcido y despreocupado ocupaba el asiento más poderoso de la nación…

El jefe de estado, ridiculizado como «el que nadie eligió». Al final de un juego sin gracia producido por los mecánicos de la esfera política, había superado sin esfuerzo alguno, como un pescador que se acerca a un lavandero. Luchando con una almeja, fácilmente tomando ambos. *Me*

engañaron para que apoyara esto porque habló sobre las próximas elecciones. Odiaba al presidente desde el fondo de su corazón por haberla arrojado a este lío.

Por otro lado, el presidente del Comité de Defensa, Trünicht, se sintió bastante satisfecho con la claridad de su propia visión.

Le había resultado obvio que las cosas serían así. En su nivel actual de fortaleza nacional y militar, no había manera de que la alianza hubiera podido invadir con éxito el imperio. En un futuro muy cercano, la fuerza expedicionaria se encontraría con una derrota miserable, y la administración actual perdería el apoyo de las masas. Sin embargo, el mismo Trünicht se había opuesto a que el despliegue mal concebido y, por lo tanto, habiéndose mostrado a sí mismo como un hombre de verdadero valor y discernimiento, no solo saldría ileso por esto, sino que también ganaría la reputación de un verdadero estadista. Eso solo dejaría a Lebello y Huang para competir, pero no tenían apoyo entre la industria militar y de defensa. Lo que significaba que, en última instancia, el asiento del presidente del Alto Consejo iría a Trünicht.

Eso era lo que él quería. En su corazón estaba sonriendo con satisfacción. Fue él mismo quien sería llamado «el mayor jefe de estado en la historia de la alianza… el que derribó el imperio». No había nadie, salvo él mismo, que fuera digno del honor.

Al final, el argumento de retirada fue rechazado.

«Hasta que no se logre algún tipo de resultado en el frente, no deberíamos hacer nada que pueda entorpecer nuestras fuerzas».

Este fue el argumento de la facción pro-guerra, emitido en un tono de voz ligeramente vergonzoso. Ese «resultado» sería para Trünicht una cosa absolutamente espléndida. Aunque naturalmente, el tipo de resultado con el que contaba estaba muy lejos del que esperaban los halcones.

III

«Hasta que los suministros lleguen de la patria, cada flota debe obtener los suministros que considere necesarios a nivel local».

Cuando esa directiva se transmitió al liderazgo de cada una de las flotas de la alianza, las caras se enrojecieron de ira.

“¡¿Adquirir suministros localmente?! ¿Nos están diciendo que saquemos?”

«¿Qué está pensando Iserlohn? ¿Creen que se han convertido en jefes piratas?»

«Cuando su plan de suministro falla, es el primer paso en el camino hacia la derrota estratégica. Militarmente, eso es solo sentido común. Ellos están tratando de forzar a las líneas del frente a hacerse responsables de ello».

«¿No dijo el Supremo Comandante de los cuarteles generales que el sistema de suministro era perfecto? ¿Qué pasó con toda su gran palabrería?”

«¡Nos están diciendo que procuremos de alguna manera algo que nunca estuvo aquí en primer lugar!»

Aunque Yang no se unió a este coro de quejas retumbantes, estuvo totalmente de acuerdo con ellas. El Supremo Comandante de los cuarteles generales se estaba comportando de manera extremadamente irresponsable, pero como los motivos irresponsables habían estado detrás de este despliegue desde el principio, había sido demasiado esperar que hubiera alguna responsabilidad en su ejecución y operación. Odiaba pensar por lo que estaba pasando Caselnes.

Aun así, estamos en nuestro límite, pensó. Gracias a que había continuado alimentando a los residentes de la zona ocupada, la Decimotercera Flota estaba a punto de llegar a los fondos de sus almacenes. La inquietud y la insatisfacción del Capitán de la flota Uno, el jefe de suministros, explotó:

«Los civiles no están buscando ideales o justicia. Todo lo que les importa es su estómago. Si la Armada Imperial trajera alimentos, se inclinarían al suelo y gritarían: «¡Salve a Su Alteza el Emperador!» Sólo viven para satisfacer

sus instintos básicos. Entonces, ¿por qué tenemos que morir de hambre para alimentarlos?”

«Así que no nos convertimos en Rudolf».

Dando solo eso por una respuesta, Yang llamó al teniente Frederica Greenhill y le hizo abrir un canal de comunicación FTL entre él y el almirante Uranff en la Décima Flota.

«Bueno, si no es Yang Wen-li», dijo el descendiente de antiguos clanes de caballos desde la pantalla de comunicación. «Es raro saber de ti. ¿Qué está pasando?»

«Me alegra ver que te ves bien, almirante Uranff».

Eso fue una mentira. La fuerte y aguda Uranff mostraba las sombras del cansancio y el agotamiento por todas partes. Aunque fue muy elogiado como un valiente comandante, parecía que los problemas de una dimensión totalmente diferente a la del coraje y la estrategia militar llevaban al hombre a sus límites.

Cuando se le preguntó cómo se mantenía su reserva de alimentos, el disgusto de Uranff subió otra muesca.

«Sólo queda una semana de valor. Si no hay reabastecimiento antes de esa fecha, no tendremos más remedio que cumplir los requisitos obligatorios no — no tiene sentido vestirse para saquear el territorio ocupado — La fuerza de liberación se sorprenderá cuando escuchen eso. Suponiendo que haya algo para saquear».

«Sobre eso, tengo una opinión que me gustaría compartir…» dijo Yang. «¿Qué tal si simplemente tiramos estas zonas ocupadas y nos retiramos?»

“¿Retirarnos?” Las cejas de Uranff se movieron ligeramente. «Antes de que hayamos intercambiado fuego una vez? ¿No es eso un poco pasivo?»

«Deberíamos hacerlo mientras podamos. El enemigo está agotando nuestros suministros y esperando que nos muramos de hambre. ¿Y por qué crees que

pasa eso?”

Uranff pensó por un momento. «Lo más probable es que nos peguen con todo lo que tienen. El enemigo tiene la ventaja de campo local, y sus líneas de suministro serán cortas».

«Hmm…» Uranff era famoso por su atrevimiento, pero no fue una sorpresa que un escalofrío pareciera haber recorrido por su columna vertebral. «Pero si nos retiramos en una carrera caótica, terminaremos invitando a la ofensiva enemiga, ¿no? En cuyo caso, empeoraremos mucho las cosas».

“El gran requisito previo es estar preparado para contraatacar. Si nos retiramos ahora, podemos hacerlo, pero si esperamos hasta que nuestros hombres y mujeres se mueran de hambre, será demasiado tarde. Lo más que podemos hacer es retirarnos de forma ordenada antes de que eso suceda”.

Yang hizo su caso con vehemencia. Uranff escuchó en silencio.

«Además, el enemigo tendrá su pronóstico para el momento en que piensen que estaremos realmente hambrientos. Si nos ven retirarse, lo interpretarán como una retirada en toda regla, y vendrán a atacarnos, habrá varias formas de defendernos. Por otro lado, si piensan que es una trampa porque nos estamos yendo demasiado pronto, bueno, eso también está bien—podríamos retirarnos ilesos. Sin embargo, las probabilidades de eso no son muy altas, y solo se reducirán con cada día que pase».

Uranff lo pensó, y no tardó mucho en llegar a una decisión.

«Todo bien. Probablemente tengas razón. Comenzaremos los preparativos para la retirada. Pero, ¿cómo debemos ir informando a las otras flotas?”

«Estoy a punto de llamar al almirante Bucock. Si puedo hacer que se ponga en contacto con Iserlohn, debería tener más peso que si lo hago… «

«Muy bien, ambos hagamos que esto suceda lo más rápido que podamos».

Tan pronto como Yang terminó de consultar con Uranff, llegó un comunicado urgente.

«Un disturbio civil ha estallado en la zona de ocupación de la Séptima Flota. La escala es extremadamente grande. Fue causado por la suspensión militar de la distribución de alimentos».

Frederica mostraba una expresión de agonía y frustración al dar el informe.

«¿Cómo se las arregló la Séptima Flota con eso?»

«Lo bajaron temporalmente usando gas de debilitamiento, pero aparentemente comenzó de nuevo en el minuto en que los efectos desaparecieron. Probablemente sea solo una cuestión de tiempo antes de que el ejército intensifique sus métodos de resistencia».

Yang no pudo evitar pensar; *todo esto se ha convertido en una tragedia* .

Una invasión de la alianza que se hacía llamar una fuerza de liberación — una fuerza para proteger a la gente — había convertido a las masas en sus enemigos. En esta etapa del juego, probablemente ya no había forma de disolver la desconfianza mutua. Lo que significa que el imperio había logrado espléndidamente separar las fuerzas de la alianza y las personas ocupadas.

«Absolutamente espléndido, conde von Lohengramm».

No podría haber hecho esto… llevándolo tan lejos, tan a fondo. Incluso si supiera que podría ganar si lo hiciera, simplemente no podría. Esa es la diferencia entre el conde von Lohengramm y yo, y esa es la razón por la que me aterroriza.

Porque algún día, bien puede ser esa diferencia la que lleve al desastre…

Cuando el vicealmirante Bucock, comandante de la Quinta Flota de la Alianza de Planetas Libres, hizo una llamada de FTL al Comando Supremo en la sede de Iserlohn, fue la cara pálida del Oficial de Operaciones Fork, que apareció en su pantalla de comunicaciones.

“Pedí una cita con Su Excelencia el Comandante Supremo. No recuerdo haber dicho que quería hablar contigo. El personal de operaciones no debe

meter la nariz en lugares donde no han sido invitados».

La voz del viejo almirante era mordaz. Con fuerza y gravedad, no había forma de que Fork pudiera acercarse a eso.

El joven oficial del personal se sorprendió por un instante antes de replicar arrogantemente:

“Los nombramientos con Su Excelencia el Comandante Supremo, así como los informes y demás, deben pasar por mi primero. ¿Cuál es la razón para solicitar una cita?”

«No tengo que hablar contigo».

Incluso Bucock olvidó su edad por un momento, asumiendo la postura de alguien que se echaría a perder para una pelea.

«Entonces no puedo conectarte.»

«¿Qué …?»

“No importa cuán alto sea tu rango, tienes que observar las reglas. ¿Acabaré esta transmisión?”

Tú mismo inventaste esas reglas, ¿verdad? pensó Bucock, aunque en este caso no tuvo más remedio que conceder.

“Todos los comandantes de la flota en las líneas del frente quieren retirarse. Me gustaría obtener el consentimiento del comandante supremo en este asunto».

«¿Dijiste ‘retirarse’?» Los labios del Contraalmirante Fork se torcieron en la forma que el antiguo almirante había estado esperando. «El Almirante Yang podría decir algo así, pero no esperaba escuchar a alguien tan famoso por su valor como usted, el Almirante Bucock, que aboga por la retirada sin combate».

«Basta con los tiros baratos», dijo Bucock. «No estaríamos en este lío si ustedes no hubieran presentado una propuesta de implementación tan

descuidada en primer lugar. Intenta sentirte un poco responsable».

«Esta es la oportunidad perfecta para matar a la Armada Imperial de un solo golpe. ¿De qué estás tan asustado? Si estuviera en tus zapatos, no me retiraría».

Ese comentario insolente e irreflexivo desencadenó destellos como supernovas en los ojos del viejo almirante.

«¿Es eso así? Bien, entonces — cambiaré de lugar contigo. Regresaré a Iserlohn, y puedes venir al frente en mi lugar».

Los labios de Fork estaban llegando a un punto en el que no podían torcer más.

«Por favor, no sugieras lo imposible».

«Tú eres el que insiste en las imposibilidades. Y lo estás haciendo sin moverte del lugar seguro donde estás sentado».

«¿Me estás insultando, señor?»

«Estoy harto y cansado de escuchar palabras que suenan altas», dijo Bucock. “Si quieres mostrar tu talento, debes hacerlo con un registro de logros, no discursos elocuentes. ¿Qué tal si intentas dar una orden al comando y descubrir si tienes o no lo que se necesita para dar órdenes a otros?»

El viejo almirante pensó que podía escuchar el sonido de la sangre saliendo de la cara estrecha de Fork. Lo que vio, sin embargo, no fue su imaginación. Los ojos del joven oficial perdieron el foco cuando la confusión y el terror se extendieron sobre sus rasgos. Sus fosas nasales se abrieron, y su boca se abrió en un cuadrilátero doblado. Levantó ambas manos, ocultando su rostro de la vista de Bucock, y después de una pausa de alrededor de un segundo, sonó un grito que estaba en algún lugar entre un gemido y un grito.

Bucock miró sin palabras mientras la imagen del Contraalmirante Fork se hundía debajo de la parte inferior de su pantalla de comunicaciones. En el lugar de Fork, vio figuras corriendo de un lado a otro, pero por el momento no había nadie que explicara lo que estaba pasando.

«¿Qué le paso?», Le preguntó al teniente Clemente, el ayudante que estaba parado a un lado.

Pero Clemente tampoco lo sabía.

Al viejo almirante se le hizo esperar frente a la pantalla durante unos dos minutos.

Por fin, un joven oficial médico con un uniforme blanco apareció en la pantalla y saludó.

“Señor, este es el teniente comandante Yamamura. Soy un oficial médico. En la actualidad, su Excelencia el Contraalmirante Fork está siendo atendido en la enfermería. Por favor, permítame explicar la situación».

Algo sobre Yamamura le pareció a Bucock un poco importante.

«¿Que está mal con él?»

«Ceguera neurogénica provocada por la histeria de conversión».

«¿Histeria?»

«Sí señor. Los sentimientos de frustración o fracaso hicieron que se agitara de manera anormal, y esto paralizó temporalmente sus nervios ópticos. Podrá ver de nuevo en unos quince minutos, pero en momentos como este es posible que los episodios ocurran en cualquier cantidad de veces. La causa es psicológica, así que a menos que la causa pueda ser eliminada —”

«¿Qué se puede hacer al respecto?» Exigió Bucock.

«No debes oponerte a él. No debes engendrar ningún sentimiento de fracaso o derrota en él. Todos deben hacer lo que él dice, y todo tiene que seguir su camino».

«¿Está hablando en serio, oficial médico?»

“Estos son síntomas que a veces vemos en niños pequeños que crecen en entornos donde siempre se salen con la suya y desarrollan egos anormalmente grandes. No es un problema del bien y del mal. Lo único importante es que su ego y sus deseos estén satisfechos. Por lo tanto, no será hasta que los almirantes se disculpen por su rudeza, hagan todo lo posible para ejecutar su plan y se den cuenta de la victoria para que se convierta en un objeto de alabanza… que la causa de su enfermedad se resolverá».

(JuCaGoTo: Pinche *uto, con esa explicación)

«Bueno, estoy muy agradecido de escuchar eso». Bucock no estaba de humor para perder la paciencia. «¿Así que treinta millones de soldados tienen que pararse en la boca de la muerte para curar la histeria de este tipo? Eso es simplemente maravilloso. Estoy tan conmovido que creo que me voy a ahogar en un mar de lágrimas».

El oficial médico hizo una débil sonrisa.

«Si nos enfocamos en el único punto de curar la enfermedad de Su Excelencia el Contraalmirante Fork, eso es lo que tomará. Si ampliamos nuestra visión para incluir a todo el ejército, naturalmente se presenta una forma diferente de resolver el problema».

«Exactamente— debería renunciar», gritó el viejo almirante. “Puede que sea lo mejor que esto haya sucedido. Los militares imperiales estarían bailando de alegría si supieran que el estratega a cargo de treinta millones de tropas tiene la mentalidad de que un niño que llora por chocolate».

Después de una ligera vacilación, Yamamura dijo: «En cualquier caso, no estoy autorizado a hablar sobre ningún asunto fuera de su condición médica. Pondré a Su Excelencia el Jefe de Estado Mayor Conjunto…»

Que asco, pensó Bucock, *así que la boda no oficial de los políticos que esperan una victoria electoral y un joven y brillante soldado dado a los ataques infantiles de histeria ha dado lugar a la movilización de treinta*

millones de soldados. Tendrías que ser un masoquista auto-intoxicado o un belicista serio para escuchar eso y realmente quieres luchar más duro.

«Almirante…» El hombre que reemplazó al oficial médico en la pantalla de comunicación era el Almirante Mayor Greenhill, el jefe de personal de la fuerza expedicionaria. Había una profunda sombra de ansiedad en su rostro guapo y caballeroso.

«Bueno, almirante Greenhill, lamento molestarte en un momento tan ocupado». Una de las virtudes del viejo almirante era que la gente simplemente no podía odiarlo, incluso cuando estaba siendo abiertamente sarcástico.

Greenhill sonrió con el mismo tipo de sonrisa que tenía el médico naval.

«También lamento que hayas tenido que ver un momento tan desagradable. Necesitaremos la aprobación del comandante supremo, pero creo que le daremos un poco de R & R al Contraalmirante Fork de inmediato…»

“En ese caso, ¿qué hay de la propuesta de la Decimotercera Flota de retirarnos? Estoy 100 por ciento a favor. Los hombres en las líneas del frente no están en forma para el combate, mental o físicamente».

«Espera solo un minuto. Esto también requiere la aprobación del comandante supremo. Por favor, comprenda, no puedo darle una respuesta de inmediato».

El vicealmirante Bucock le dirigió una mirada que decía que ya había tenido suficientes respuestas burocráticas.

«Soy consciente de que esto puede sonar indiscreto, almirante, pero me pregunto si podría arreglarme para hablar directamente con el comandante supremo».

«El comandante supremo está tomando una siesta en este momento», dijo Greenhill.

Las blancas cejas del viejo almirante se juntaron, y él parpadeó rápidamente. Luego, lentamente, preguntó: «¿Qué acabas de decir, almirante?»

La respuesta del almirante Greenhill fue aún más solemne. “El comandante supremo está tomando una siesta. Sus órdenes no son despertarlo por nada fuera de un ataque enemigo, así que le transmitiré su petición cuando se despierte. Por favor, espere hasta entonces».

A eso, Bucock no hizo ningún intento de responder. Sus cejas temblaron tan levemente que el movimiento era casi indetectable.

«Muy bien. Entiendo muy bien.»

Pasó más de un minuto antes de que el viejo almirante continuara, con una voz de fuerte emoción contenida.

«Solo estoy cumpliendo con el deber que tengo como comandante de primera línea hacia las vidas de mis subordinados. Gracias por las molestias. Cuando el comandante supremo despierte, dígale que Bucock llamó y espera que haya tenido sueños agradables».

«Almirante…»

Bucock cortó la transmisión desde su extremo, mirando con una expresión pesada a la pantalla de comunicaciones, que se había convertido en un tono monótono de blanco grisáceo.

IV

Reinhard terminó de leer el informe del equipo de reconocimiento, asintió una vez y convocó al vicealmirante pelirrojo Siegfried Kircheis. A él, le asignó una misión de gran importancia.

“Una flota de naves de suministro se enviará desde Iserlohn a las líneas del frente. Esa es la línea de vida del enemigo. Toma todas las fuerzas que te he dado, ve y aplástalas. Dejaré los detalles a tu propia discreción».

«Como desées.»

«Utilice la inteligencia, las organizaciones y los suministros que necesite».

Kircheis saludó, giró sobre sus talones y comenzó a irse, pero Reinhard lo detuvo de repente. Su amigo miró hacia atrás con desconfianza, a lo que el joven mariscal imperial dijo: «Esto es para ganar, Kircheis».

Reinhard lo sabía. Sabía que Kircheis era crítico con la dura táctica que había empleado, de permitir que las personas en los territorios ocupados murieran de hambre para atar las manos y los pies del enemigo. No se mostró en el rostro de Kircheis, y mucho menos en sus palabras, pero Reinhard entendió muy bien. Sabía el tipo de hombre que era Siegfried Kircheis.

Kircheis saludó una vez más y salió de la habitación. Entonces Reinhard informó al resto de los almirantes.

“Mientras el almirante Kircheis está eliminando a la flota de suministro rebelde, nuestras fuerzas lanzarán un asalto total. En ese momento, emitiré un informe falso de que la flota de entregas fue atacada pero ahora está a salvo. Eso es para evitar que la fuerza rebelde pierda su última esperanza y recurra a las acciones de un animal acorralado. Al mismo tiempo, también es para evitar que se den cuenta de que hemos tomado la ofensiva — naturalmente, se darán cuenta en algún momento, pero cuanto más tarde mejor».

Miró al hombre que estaba sentado a su lado. Antes, siempre había sido un joven alto y pelirrojo a su lado. Ahora era un hombre con el pelo medio plateado — Paul von Oberstein. A pesar de que había tomado la decisión de poner allí a Von Oberstein, todavía se sentía un poco extraño.

“Además, nuestros cuerpos de suministro proporcionarán alimentos a las personas en el momento en que se recuperen los territorios ocupados. Aunque esto fue permitido para oponerse a la invasión rebelde, conducir a los súbditos de Su Majestad al hambre nunca fue un deseo de nuestro ejército. Además, esta es una medida necesaria para demostrar a los

residentes de la frontera que solo el imperio es lo suficientemente responsable como para gobernarlos».

La verdadera intención de Reinhard no era ganar corazones y mentes para el imperio, sino para sí mismo, aunque no había necesidad de hacer todo lo posible para decirles eso aquí y ahora.

La flota de transporte de la alianza, bajo el mando del almirante Gledwin Scott, estaba formada por cien naves de transporte de la clase de cien mil toneladas y veintiséis naves de escolta. Respecto a la cantidad de escoltas, el Contralmirante Caselnes, el jefe de personal del servicio de retaguardia, había argumentado: «Eso no es suficiente, ¡al menos déles cien!», Pero la solicitud fue rechazada.

Las razones que se dieron fueron que era improbable que el imperio enviara una fuerza muy grande para atacar a una flota de transporte y que el envío de demasiadas naves dejaría a las fuerzas de seguridad de Iserlohn con poca ayuda.

¿Qué tipo de excusa es que, cuando estás sentado lejos de las líneas del frente en una fortaleza «inexpugnable»? Caselnes estaba tan enojado que estaba a punto de estallar.

El almirante Scott era mucho más optimista que Caselnes. Cuando Caselnes le había dicho justo antes de la partida que debía estar atento a los enemigos, Scott había ignorado la advertencia, e incluso ahora no estaba en su puente sino en su cabina disfrutando de ajedrez 3D con un subordinado.

Cuando el oficial de la flota, el comandante Nikolsky vino a buscarlo, su cara estaba tan blanca como una sábana. Scott, que había estado a punto de poner a su oponente en jaque, preguntó enojado: «¿Pasa algo en el frente? Escucho mucho ruido por ahí».

“¿En el frente?” El Comandante Nikolsky miró a su comandante con incredulidad.

«Este es el frente. ¿No puedes ver eso, Excelencia?”

Sostenido en la punta de sus dedos, un pequeño panel conectado a la pantalla principal del puente mostraba una nube de luz blanca en rápida expansión.

El almirante Scott se quedó sin habla por un momento. Ni siquiera él podía creer que fueran amistosos. Una sorprendente fuerza enemiga los envolvía.

«Este muchos…» Scott finalmente exprimió. «¡No puedo creerlo! ¿Por qué esta toda esta flota para uno miserables naves de transportes?”

Mientras corría por el pasillo hasta el puente en un auto propulsado por hidrógeno conducido por Nikolsky, el almirante seguía haciendo preguntas estúpidas . *¿No entiendes el punto de tu propia misión?* Nikolsky estaba a punto de decir, cuando el grito de un operador estalló desde los altavoces del pasillo:

“¡Múltiples misiles enemigos, finalizando!”

Un instante después, ese grito se convirtió en un verdadero grito.

«¡No pueden responder! ¡Hay demasiados!»

Nave insignia imperial Brünhild—

Un oficial de comunicaciones se levantó de su silla de la estación y se volvió hacia Reinhard, con la cara enrojecida de emoción.

“¡Mensaje del almirante Kircheis! Buenas noticias, señor. Flota de transporte enemiga aniquilada. Además, veintiséis naves de escolta destruidas. Las pérdidas de nuestro bando se limitan a un acorazado con daños moderados y catorce walküren…»

Gritos de alegría llenaron el puente. Aunque los repetidos retrocesos de la Armada Imperial habían nacido por necesidad estratégica, sin embargo, había estado en retirada desde la caída de Iserlohn, y para sus soldados, esta fue la emoción de la victoria que se había perdido durante demasiado tiempo.

«Mittermeier, von Reuentahl, Wittenfeld, Kempf, Mecklinger, Wahlen, Lutz: siguan el plan y golpeen a las fuerzas rebeldes con todo lo que tengan».

Reinhard dio a los almirantes reunidos que estaban de pie por sus órdenes.

Los almirantes respondieron con un cordial «¡Sí, señor!» Y estaban a punto de partir hacia las líneas del frente cuando Reinhard los detuvo a todos y ordenó a un asistente que trajera vino para cada uno de ellos. Fue una anticipada celebración de su victoria.

“La victoria ya está asegurada. Pero más que eso, tenemos que hacer que esta victoria sea perfecta. Las condiciones están todas en orden. No permitas que los rebeldes vuelvan a casa con vida. Que el favor de nuestro gran señor Odín esté con ustedes. *¡Prosit!* ”

«¡Prosit!», Gritaban los almirantes a coro. Luego, después de drenar sus vasos, los arrojaron al piso como era la costumbre. Innumerables fragmentos de luz bailaban brillantemente por el suelo.

Después de que los almirantes se fueron, Reinhard miró fijamente su pantalla. Allí podía distinguir un grupo de luces estériles e inorgánicas que eran infinitamente más frías y distantes que las dispersas manchas de luz sobre el suelo. Él amaba esas luces, sin embargo. Fue para apoderarse de esas luces y hacerlas suyas que él estaba donde estaba ahora…

V

10 de octubre del calendario estándar, 1600.

El almirante Uranff, que estaba posicionando su flota en órbita sobre el planeta Lügen de acuerdo con la estabilización de gradiente de gravedad, podría decir que el ataque enemigo estaba llegando. De los veinte mil satélites de reconocimiento que se habían colocado en toda la región, unos cien de ellos en la dirección de las dos en punto habían dejado de transmitir imágenes después de mostrar innumerables puntos de luz.

«Aquí vienen,» murmuró Uranff. Sintió una corriente de tensión que lo recorría hasta los nervios terminales. «Operador, ¿cuánto tiempo hasta el contacto con el enemigo?»

«Entre seis y siete minutos, señor».

«De acuerdo entonces. Todas las naves: prepárense para una guerra total. Oficial de comunicaciones: envíe mensajes al Cuartel Supremo del Comando ya la Decimotercera Flota. 'Hemos encontrado al enemigo'».

Las alarmas sonaron, y las órdenes y respuestas volaron de un lado a otro a través del puente del buque insignia.

«La Décimotercera Flota eventualmente vendrá a ayudarnos», dijo Uranff a sus subordinados. «Eso es el 'milagroso Yang'. Cuando eso sucede, podemos atrapar al enemigo en una pinza. No duden de nuestra victoria».

A veces los comandantes tenían que hacer creer a sus subordinados cosas que ellos ni siquiera se creían a sí mismos. *Yang probablemente será atacado por múltiples enemigos al mismo tiempo que nosotros, y no tendremos el lujo de venir a ayudar a la Décima Flota,* pensó Uranff.

El ataque masivo de la Armada Imperial había comenzado.

La subteniente Frederica Greenhill miró a su oficial al mando, la tensión evidente en su cara blanca.

«¡Excelencia! Hay un FTL del Almirante Uranff».

«¿Están bajo ataque?»

«Sí señor. Él dice que el combate con el enemigo comenzó en 1607.»

«Así que finalmente comenzó…»

Una alarma sonó en ese momento, ahogando el final de sus palabras.

Cinco minutos después, la Decimotercera Flota intercambiaba fuego con una fuerza imperial dirigida por el Almirante Kempf.

«¡Misiles enemigos cerrando a las once!»

Ante el grito de la operadora, el capitán Marino, capitán de la nave insignia Hyperion, respondió rápidamente: «¡Expulsen los señuelos! ¡A las nueve en punto!”

Yang permaneció en silencio y concentrado en su propio trabajo, que era el comando operativo de la flota. La defensa y el contraataque a nivel de la nave individual era el trabajo del capitán; Si un comandante de la flota se involucrara en esa medida, en primer lugar, sus nervios nunca aguantarían.

Los misiles con puntas de ojivas de fusión disparados por láser los atacaron como feroces perros de caza.

Para contrarrestarlos, se dispararon cohetes. Estos emitieron enormes cantidades de calor y radiación electromagnética para engañar a los sistemas de detección de misiles. Los misiles en el cúmulo giraron sus narices en ángulos agudos y fueron tras los señuelos.

Un ominoso resplandor llenaba constantemente el vacío negro cuando la energía chocaba con la energía y la materia chocaba contra la materia.

«¡Spartanians, esperen el lanzamiento!»

La orden fue transmitida, y una agradable tensión recorrió las mentes y cuerpos de varios miles de miembros de la tripulación Spartanians. Estos eran chicos, como el dios de la guerra Ares, que podía otorgar a sus peticionarios, que poseían una confianza feroz en sus habilidades y reflejos, para quienes el miedo a la muerte no era más que un objeto de ridículo.

«De acuerdo, ¡vamos a salir y dar una vuelta!»

El hombre que dio este grito entusiasta a bordo del buque insignia de *Hyperion* fue el piloto teniente Waren Hughes.

Hyperion llevaba cuatro ases. Además de Hughes, estaban los tenientes Salé Aziz Cheikly, Olivier Poplin e Ivan Konev. Para mostrar sus títulos, cada uno tenía una marca de as de picas, diamantes, corazones o palos

pintados con una pintura especial en el casco de su Spartanians favorito. Tener el nervio suficiente para pensar en la guerra como un deporte era probablemente un factor que los había mantenido con vida durante tanto tiempo.

Después de saltar a su Spartanians, Poplin le gritó al mecánico: «¡Estoy derribando a cinco, así que empieza a enfriar el champán!»

Pero la respuesta que regresó no fue la que él esperaba:

«No hay forma de que eso suceda, ¡pero al menos te conseguiré algo de agua!»

«Al menos trata de seguir el ritmo», se quejó Poplin, mientras él y los otros tres salían al espacio juntos. Las alas de los Spartanians brillaban con tonos de arco iris, reflejando la luz de explosiones distantes. Los misiles se lanzaron hacia ellos con una intención hostil, y los rayos llegaron corriendo para atacar.

“¡¿Crees que puedes golpearme?!” gritó Poplin.

Los cuatro hombres hacían alardes similares. Era el orgullo de los guerreros que habían cruzado las líneas de la muerte varias veces y, sin embargo, vivían para contarles la historia que los hacía hacerlo.

Demostrando habilidad divina, se apoyaron bruscamente, esquivando misiles pasados. Los esbeltos troncos de los misiles que intentaron seguirlos, incapaces de soportar el repentino cambio en la fuerza g, se separaron de sus centros. Más adelante, los walküren imperiales danzaron a la vista, inclinando sus alas de un lado a otro como si fueran ridículos cuando entraron en busca de pelea de perros.

Hughes, Cheikly y Konev se reunieron con ellos alegremente, y una a una nave enemiga explotó en una bola de fuego.

Sin embargo, uno de los ases de la alianza— Popelín— se enrojeció con rabia y sospecha. A una velocidad de 140 disparos por segundo, estaba disparando al enemigo con disparos de uranio-238. Tenían una excelente

habilidad para perforar armaduras y se sobrecalentaron y explotaron al golpear a un objetivo— aunque todos sus disparos fueron simplemente absorbidos por el vacío, sin golpear nada.

Sin su ayuda, los otros tres ya habían sacado la primera sangre, destruyendo un total de siete combatientes enemigos.

«¿Qué te pasa?», Dijo el vicealmirante Kempf, oficial al mando de la fuerza imperial, con una aguda exhalación de disgusto.

El propio Kempf era un gran piloto— un héroe de muchas batallas que en su camino de alas de plata había arrojado docenas de naves enemigas a los pies de la Parca. Aunque era extremadamente alto, la amplitud de su cuerpo era tal que la gente realmente no se daba cuenta. Su cabello castaño era corto.

« *¿Por qué estás perdiendo el tiempo en enemigos así* ? ¡Formen formaciones de medio envoltorio para sus batallas y condúcelos al campo de tiro de los acorazados!”

Esas instrucciones estaban en el blanco correcto. Tres walküren asumieron una formación de medio envolvimiento en la popa del espartano del teniente Hughes y hábilmente lo maniobraron en el campo de tiro de un acorazado. Al darse cuenta del peligro, Hughes se inclinó bruscamente y envió una lluvia de U-238 a la cabina de un combatiente enemigo, y luego trató de abrirse camino a través de la brecha que había abierto. Sin embargo, no había tenido en cuenta los cañones auxiliares del acorazado enemigo. Los rayos se encendieron, borrando a Hughes y su nave de este mundo en un solo disparo.

Cheikly también fue derribado usando la misma táctica. Los dos ases restantes apenas lograron sacudirse de sus perseguidores, y se metieron en un punto ciego de los cañones de los acorazados.

El sentido de autoestima de Poplin había sido herido irremediablemente. Ya era bastante malo que Konev ya había enviado cuatro enemigos a sus tumbas, pero Popelín, incapaz de derribar a un solo enemigo, no había hecho más que correr, esquivando de un lado a otro.

Cuando descubrió la razón por la que ni una sola ronda había alcanzado su objetivo, su tristeza ardía con furia. Cuando regresó a la nave nodriza, saltó de la cabina del piloto, corrió hacia un mecánico y lo agarró por el cuello.

“¡Llama al mecánico jefe asesino! ¡Voy a matarlo!»

Cuando el teniente de tecnología Toda, el mecánico jefe, llegó corriendo, Poplin dio rienda suelta a su hostilidad.

“¡Las miras en mis armas están de nueve a doce grados fuera! ¡Incluso les estás prestando servicio, eres un ladrón de salarios…!”

Las cejas del teniente de Tecnología se dispararon hacia arriba.

«Estoy haciendo mi trabajo — los cuido bien. Después de todo, un humano lo puedes hacer gratis, pero una nave de combate cuesta mucho dinero».

«¿Eso se supone que es divertido, imbécil?»

Poplin arrojó el casco de su piloto al suelo; salto del suelo y se elevó en el aire. Los ojos verdes de Poplin ardían de ira.

En contraste, la mirada de Toda se estrechó y se agudizó.

«¿Quieres un raund, libélula?»

«Dale. He perdido la cuenta de cuántos imperiales he matado, pero cada uno de ellos era mejor hombre que tú. Incluso te daré una desventaja, ¡una mano es suficiente para gente como tú!»

«¡Escúchate! ¡Tratando de echarle la culpa por tus propios errores!”

Hubo gritos para controlarse, pero para entonces los golpes ya estaban volando. Los golpes se intercambiaron dos o tres veces, pero finalmente Toda, empujada a una lucha puramente defensiva, comenzó a tambalearse. Sin embargo, justo cuando el brazo de Poplin retrocedía, alguien lo agarró.

«¡Basta ya de eso, tonto!», Dijo un disgustado el Comodoro von Schönkopf.

Las cosas se asentaron enseguida. No hubo nadie que no reconociera al héroe de la captura de Iserlohn. Aunque naturalmente, para el mismo von Schönkopf, fue terriblemente decepcionante no tener otro papel en la lucha, excepto este.

El oficial al mando de la fuerza imperial que atacaba a la Décima Flota de Urannf era el Vicealmirante Wittenfeld. Tenía el pelo largo, de color naranja, y los ojos castaños claros, y su rostro estrecho parecía de alguna manera fuera de equilibrio con la estructura firme de su cuerpo. Su actitud combativa se podía ver en sus cejas fruncidas y el brillo feroz de sus ojos.

Además, todas las embarcaciones bajo su mando fueron pintadas de negro y conocidas colectivamente como *Schwarz Lanzenreiter* o Lancero Negro. Esta fuerza fue la encarnación de la fuerza rápida y violenta. Uranff había librado una batalla dura y astuta, lo que provocó un flujo constante de daño a esta fuerza. Sin embargo, él había tomado tanto a cambio— no en forma porcentual, sino en términos de números brutos.

Wittenfeld tenía una fuerza mayor que Uranff, y además, sus tropas no habían estado hambrientas. Tanto el oficial al mando como sus subordinados estaban frescos y llenos de energía, y aunque estaban sufriendo considerables bajas, finalmente lograron envolver completamente a la flota de la alianza.

La Décima Flota, incapaz de avanzar o retroceder, no tenía forma de evitar el fuego concentrado de la flota de Wittenfeld.

«¡Fuego a discreción! ¡Si disparan, están obligados a golpear algo!”

Los oficiales de artillería de la fuerza imperial hicieron llover un monzón de rayos de energía y misiles sobre las naves densamente agrupadas de la flota de la alianza.

Los campos de neutralización de energía se rompieron y los cascos fueron golpeados por choques insoportables. Las conmociones finalmente rompieron los interiores, llenando de explosiones a los barcos, y los soldados y oficiales fueron vaporizados por vendas asesinas y calientes.

Tirados por la gravedad planetaria, las naves destrozados que habían perdido la propulsión ahora estaban cayendo. Entre los habitantes del planeta, los niños olvidaron su hambre por un breve momento, cautivados por la belleza ominosa de las innumerables estrellas fugaces que gritaban en el cielo nocturno.

VI

El potencial armado de la Décima Flota estaba casi agotado. Las condiciones eran terribles: el 40 por ciento de todas las naves se habían perdido, y la mitad de las naves que quedaban no pudieron continuar luchando.

El contraalmirante Cheng, el jefe de personal de la flota, se volvió hacia el comandante con una cara blanca como una sábana.

«Excelencia, ya no es posible continuar las operaciones de combate. Todo lo que podemos hacer ahora es decidir si rendirnos o correr".

«Entonces, es un deshonor o el otro, ¿verdad?», Dijo el vicealmirante Uranff, mostrando un indicio de autodespreció. "La rendición no está en mi naturaleza. Tratemos de correr. Transmite la orden a todas las naves».

Pero incluso para correr, tendrían que abrir un camino sangriento a través de las líneas enemigas. Uranff reorganizó su fuerza restante en una formación de eje y golpeó todo de una vez contra un punto del cerco. Uranff sabía cómo concentrar su fuerza y usarla.

Usando esta maniobra audaz e inteligente, logró sacar a la mitad de sus subordinados de las fauces de la muerte. Sin embargo, él mismo fue asesinado en acción.

Su nave insignia había permanecido en el cerco hasta el final, y en el mismo momento en que había intentado abrirse paso, había recibido un impacto directo de un rayo enemigo en uno de sus tubos de misiles y se había derrumbado.

A lo largo de las líneas de batalla, las fuerzas de la alianza lamían la amarga sopa de la derrota.

El vicealmirante Borodin, comandante de la Duodécima Flota, asaltado por el vicealmirante Lutz, había luchado hasta que le quedaban pocas ocho naves de combate, y cuando tanto la batalla como la huida se hicieron imposibles, se disparó en la cabeza con su propio desintegrador. El comando de la flota había pasado al contraalmirante Connally, quien se retiró y se rindió.

Las otras flotas también fueron atacadas— la Quinta Flota de von Reuentahl, la Novena de Mittermeier, la Séptima de Kircheis (que ya había destruido la flota de transporte), la Tercera de Wahlen y la Octava de Mecklinger— y la retirada se había acumulado echar para atrás.

La única excepción fue la decimotercera flota de Yang. Había empleado una inteligente formación de media luna contra la flota de Kempf, esquivando los ataques del enemigo y sangrando con ataques alternos en sus puertos y flancos de estribor.

Sorprendido por la inesperada cantidad de daño que estaba tomando, Kempf había decidido que era mejor apretar los dientes y elegir una cirugía drástica que mantener el curso y morir miserablemente por la pérdida de sangre. Eligió retirarse y reagrupar sus fuerzas.

Al ver que el enemigo retrocedía, Yang no intentó usar la abertura para atacar a la ofensiva. *Lo que importa en esta batalla es sobrevivirla, no ganarla,* pensó Yang. *Incluso si tuviéramos que vencer a Kempf aquí, el enemigo todavía tendría la ventaja general. Al final, acabaríamos siendo golpeados por todos lados cuando los otros regimientos nos atacaran. Lo que hay que hacer es correr tan lejos de aquí como podamos mientras el enemigo retrocede.*

Con voz grave y solemne, Yang se dirigió a sus fuerzas:

«¡Atención! A todas las naves: ¡Escapen!”

La decimotercera flota escapó. Pero de una manera ordenada.

Kempf no pudo evitar sorprenderse cuando el enemigo— que tenía la ventaja— no solo no lo persiguió sino que comenzó un rápido retroceso. Aunque se había estado preparando para pérdidas considerables cuando persiguieron y atacaron, en su lugar lo habían engañado.

«¿Por qué no usan su ventaja y atacan?»

Kempf estaba solicitando opiniones de los oficiales de su personal y preguntándose en voz alta.

Las respuestas de sus subordinados se dividieron en dos bandos— la hipótesis de que «la fuerza de la alianza debe apresurarse en la ayuda de otra fuerza que está en problemas» y la hipótesis de que «su objetivo es dar un golpe mortal al mostrarnos una apertura por la invitación. Que vayamos a la ofensiva sin pensarlo».

El alférez Theodor von Rücke, un joven oficial recién salido de la escuela de oficiales, abrió la boca con temor. «Señor— quiero decir— Comandante, creo que es posible que no quieran pelear y que solo estén tratando de escapar».

Esta sugerencia fue completamente ignorada, y el alférez von Rücke retrocedió, solo y con la cara roja de vergüenza. Nadie— incluido él— entendió que estaba más cerca que ninguno de ellos de la verdad.

Kempf, que tenía mucho sentido común como estratega, llegó después de pensar mucho al llegar a la conclusión de que la retirada del enemigo era una trampa y renunciar a la idea de un segundo contraataque, configurado para reagrupar su flota.

Mientras tanto, Yang Wen-li y sus fuerzas continuaron su escape, llegando a una región del espacio que las fuerzas imperiales llamaron Zona de Guerra C. Allí, las fuerzas imperiales se enfrentaron de nuevo y comenzó una nueva batalla.

Mientras tanto, la Novena Flota, comandada por el Almirante Al Salem, estaba bajo el ataque de la flota imperial de Mittermeier y había sido puesta

en fuga repetidamente. El almirante Al Salem luchaba desesperadamente para evitar que la cadena de mando colapsara.

La rapidez de la persecución y el asalto de Mittermeier fue tal que la vanguardia de la flota imperial perseguidora y la retaguardia de la flota de la alianza huyendo se juntaron, con las naves de ambas fuerzas volando paralelamente en paralelo. Un soldado tras otro se quedó estupefacto al ver las marcas de las naves enemigas cerca a través de los ojos de buey.

Además, las lecturas de alta densidad de materia detectadas en esa estrecha región del espacio enviaron a los sistemas de prevención de colisiones de cada nave a una marcha libre. Sin embargo, independientemente de la dirección en la que intentaron girar, encontraron que el camino estaba bloqueado tanto por las naves enemigas como por las amigas, y como resultado, algunas embarcaciones incluso comenzaron a girar.

No intercambiaron fuego. Era evidente que si se liberaban vastas energías con las naves agrupadas tan juntas, se produciría una reacción en cadena imparable, y todas ellas perecerían juntas.

Aún así, se produjeron golpes y colisiones. Esto se debió a que los sistemas para evitar colisiones, incapaces de encontrar una dirección segura para avanzar, habían sido conducidos a un horrible estado de autonomía, lo que provocó que algunas naves cambiaran al pilotaje manual para evitar que se volvieran locos.

Los astrogadores sudaban mucho, y esto no tenía nada que ver con la función de control de temperatura de sus trajes de combate. Aferrándose a sus paneles de control, podían ver al enemigo justo delante de ellos, luchando con el objetivo compartido de evitar las colisiones.

El caos finalmente terminó cuando Mittermeier ordenó a sus subordinados que bajaran la velocidad y aumentaran la distancia entre las dos flotas. Por supuesto, todo lo que significaba para las fuerzas de la alianza era que la flota enemiga se estaba reagrupando y volvería en seguida a su estrategia de persecución y ataque. Cuando la fuerza imperial puso una distancia segura entre sí y la flota enemiga, los barcos y soldados de la alianza se perdieron constantemente en medio del diluvio del fuego enemigo.

El casco del buque insignia Palamedes también sufrió daños en siete lugares, y el comandante de la flota, el vicealmirante Al Salem, resultó herido, con costillas rotas. Su vicecomandante, el Contralmirante Morton, se hizo cargo de su lugar y apenas mantuvo unida la fuerza restante, recorriendo un largo camino hacia la derrota.

Las dificultades del camino a la derrota, por supuesto, no eran solo de ellos.

Cada una de las flotas de la alianza estaba sufriendo el mismo dolor ahora. Incluso la decimotercera flota de Yang Wen-li ya no era una excepción.

Para ese momento, la Decimotercera flota de Yang, que se había retirado a una distancia de seis horas luz desde el sitio de la batalla inicial, se había visto obligado a pelear con enemigos cuatro veces más numerosos. Además, Kircheis, comandante de las fuerzas imperiales de la Zona de Guerra C, ya había puesto a la Séptima Flota a correr por sus vidas y estaba constantemente comprometiendo fuerzas y suministros en su línea frontal para desgastar la flota de Yang a través del combate ininterrumpido.

Esta táctica fue ortodoxa — no el producto de alguna estrategia inteligente — pero fue extremadamente confiable cuando se puso en funcionamiento, lo que provocó que Yang suspirara: «No hay ninguna apertura para atacar, no hay ninguna apertura para correr. Parece que el conde von Lohengramm tiene algunas personas excelentes que trabajan para él. Nada extraño o extravagante — solo buenas tácticas».

No pudo evitar sentirse impresionado. Porque aunque estaba usando tácticas ortodoxas, estaba claro que su fuerza de alianza numéricamente inferior estaba siendo llevada a la derrota.

Después de pensarlo, Yang decidió la táctica que debía tomar: abandonar el espacio que habían asegurado y entregarlo a las manos del enemigo. Sin embargo, la retirada ordenada de Yang atraería al enemigo a una formación en U, y luego, cuando sus filas y líneas de suministro se estiraban hasta el punto de ruptura, contraatacaría desde tres lados con todas sus fuerzas.

«No hay otra opción. Y naturalmente, depende de que el enemigo vaya por ella….»

Si hubiera tenido tiempo de acumular sus fuerzas y la fuerza perfecta independiente del mando, la estrategia de Yang podría haber asegurado cierto grado de éxito y detener el avance de la fuerza imperial.

Sin embargo, al final no pudo hacerlo tampoco. Mientras soportaba la feroz embestida de las fuerzas imperiales que se aproximaban en un volumen abrumador, Yang estaba luchando para reagrupar su flota en la formación en U cuando llegaron nuevas órdenes para él desde Iserlohn.

El día 14 del presente mes.

Concentrar las fuerzas en el punto A del sistema estelar de Amritsar. Cese el combate de inmediato y cambie de rumbo.

Cuando Yang escuchó esas instrucciones, Frederica vio una sombra de amarga decepción en su rostro. Se fue en un instante, pero en su lugar dejó escapar un suspiro.

«Es fácil para ti decirlo.»

Eso fue todo lo que dijo, pero Frederica comprendió lo difícil que sería retirarse en estas circunstancias, justo frente al enemigo. Ellos no estaban en contra de un incompetente, tampoco. Kempf estaba en la misma posición: si hubiera podido retirarse, lo habría hecho desde el principio. Estaba luchando porque no podía hacer lo contrario.

Yang siguió sus órdenes. Pero durante ese difícil retiro de lucha, las bajas entre su flota se duplicaron.

En el puente de *Brünhild* , el buque insignia supremo de la flota imperial, Reinhard escuchaba el informe de von Oberstein.

«Aunque el enemigo sigue huyendo, están conservando el orden en el que pueden y parecen estar haciendo para Amritsar».

«Eso está cerca de la entrada al corredor Iserlohn. Pero no creo que esto sea simplemente un intento de huir hacia adentro. ¿Qué piensas?»

“Que es probable que intenten reunir fuerzas y volver a tomar la ofensiva. Aunque es demasiado tarde, parece que se han dado cuenta de la insensatez de extender sus fuerzas en nuestro espacio».

«De hecho es demasiado tarde».

Rascándose con los dedos bien formados en el cabello dorado que se derramó desde su frente hasta sus cejas, Reinhard sonrió con una pequeña sonrisa fría.

«¿Cómo debemos responder, Excelencia?»

«Naturalmente,también reuniremos nuestras fuerzas en Amritsar. ¿Por qué negar al enemigo su deseo, de hacer que Amritsar sea su cementerio?»

Capítulo 9: Amritsar

I

La voz de la estrella Amritsar se alzaba en un rugido sin sonido. En su temible infierno de fusión nuclear, innumerables átomos colisionaron, se separaron y se reformaron, y la incansable repetición de ese ciclo derramó energías inimaginables en el vacío. Los elementos variados produjeron llamas multicolores que estallaron en ráfagas dinámicas de movimiento medidos en decenas de miles de kilómetros, pintando los mundos de sus respectivos espectadores en rojos, amarillos o púrpuras.

«No me gusta esto».

Las cejas blanquecidas del vicealmirante Bucock se juntaron mientras miraba el panel de comunicaciones.

Yang asintió de acuerdo.

«Es un color ominoso», dijo. «No hay duda de eso.»

«Bueno, el color también lo es, pero no me gusta el nombre de esta estrella».

«Amritsar, ¿quieres decir?»

“La inicial es A, igual que Astarte. No puedo evitar pensar que es una carta desafortunada para nuestro lado».

«No lo había pensado lo suficiente como para darme cuenta».

Yang no estaba de humor para hacer a un lado la preocupación del viejo almirante. Después de medio siglo pasado en las profundidades vacías, hubo sensibilidades y heurísticas especiales que los hombres como él desarrollaron. Yang estaba más inclinado a hacer un balance de las palabras

supersticiosas del antiguo almirante que en las decisiones del cuartel general del comando supremo, que había designado a Amritsar como el sitio de la batalla decisiva.

Yang apenas se sentía animado en este punto. Aunque había luchado duro y bien, esta retirada le había costado una décima parte de las naves bajo su mando, al tiempo que ponía fin a su intento de contraataque. Todo lo que sentía ahora era agotamiento. Mientras su flota estaba siendo reabastecida por Iserlohn, mientras que los heridos eran enviados de regreso a la parte trasera, y mientras la formación se estaba reagrupando, Yang había ido a descansar a un estanque del tanque, pero mentalmente no lo había refrescado en lo más mínimo.

Esto no va a funcionar , pensó. La Décima Flota, que había perdido a su comandante y más de la mitad de su fuerza de la fuerza, también había sido puesta bajo el mando de Yang. Parecía que incluso el cuartel general del Comando Supremo había reconocido de alguna manera su habilidad — en el manejo de los remanentes de las fuerzas derrotadas — por lo menos, pero no se sentía agradecido por la responsabilidad adicional. Había límites tanto en sus habilidades como en su sentido de la responsabilidad — y no importaba cuánto podía esperarse de él — o qué tan fuerte podría ser retorcido su brazo — *Lo imposible era todavía imposible. No estoy agarrando a Yusuf, pero lo confundo, ¿por qué tienes que darme un tiempo tan difícil?*

«En cualquier caso», había dicho Bucock justo antes de finalizar la transmisión, «Me gustaría que ese grupo en el cuartel general del Comando Supremo saliera al frente y echara un vistazo alrededor. Es posible que comprendan un poco de lo que los hombres están pasando».

Había llamado para discutir los ajustes al posicionamiento de sus naves, pero la última parte de la conversación se había convertido en una excoriación del Cuartel General del Comando Supremo. Yang no tenía ganas de decirle que había abandonado el tema. Él también sintió la misma sensación de exasperación.

«Por favor tenga algo que comer, Excelencia».

Yang se dio la vuelta desde el panel de comunicaciones ahora en blanco y vio a la teniente Frederica Greenhill de pie allí sosteniendo una bandeja. En él había un rollo de gluten asado relleno de salchichas y verduras, sopa de alubias, una rebanada de pan de centeno fortificado con calcio, ensalada de frutas con yogur y una bebida alcalina con sabor a jalea real.

«Gracias», dijo, «pero no tengo apetito. Aunque seguro que me gustaría una copa de brandy…

La mirada en los ojos de su ayudante negó la petición. Yang la miró, transmitiendo objeciones.

«¿Por qué no?», Dijo finalmente.

«¿Julian no te ha dicho que bebes demasiado?»

«¿Qué, ustedes dos se han aliado contra mí?»

«Estamos preocupados por su salud».

«No hay necesidad de estar tan preocupado. Incluso si bebo más de lo que solía, es apenas lo que hace la persona promedio. Estoy a mil años luz de haberme lastimado».

Sin embargo, justo cuando Frederica estaba a punto de responder, sonó la severa y áspera voz de alarma: “¡Se acercan los enemigos! ¡Las naves enemigas nos cierran! Las naves enemigas no cierr—”

Yang ligeramente agitó una mano hacia su ayudante.

«Subteniente, las naves enemigas parecen estar cerrando. Si sobrevivo a esto, haré un punto para comer sano por el resto de mi vida».

El ejército de la fuerza de la alianza ya se había reducido a la mitad. La muerte de un táctico audaz y brillante como el Almirante Uranff había sido un golpe particularmente duro. La moral no era buena. ¿Cuánto tiempo podrían resistir a una Armada Imperial bien preparada que venía contra ellos, justo después de la victoria y lista para emplear todas las tácticas adecuadas?

Von Reuentahl, Mittermeier, Kempf y Wittenfeld—valientes almirantes del imperio— alinearon las narices de sus acorazados y se lanzaron hacia delante en una formación cerrada. Aunque esto tenía la apariencia del tipo de asalto de fuerza bruta que ignora los puntos más finos de la estrategia, Kircheis estaba liderando una fuerza separada para dar la vuelta a la parte posterior de la alianza, así que, de hecho, ambos disfrazaron la intención del imperio de atrapar al enemigo. un movimiento de pinza y fue el tipo de ataque feroz necesario para evitar que la alianza tenga la oportunidad de recuperar el aliento.

«Está bien», ordenó Yang. «Todas las naves: máxima velocidad de combate».

La decimotercera flota comenzó a moverse.

El choque de las dos fuerzas estaba en marcha. Innumerables rayos y misiles se lanzaron el uno al otro, y la luz de las explosiones nucleares quemó la oscuridad. Los cascos se dividieron en dos y se enviaron volando por el espacio vacío, cayendo en misteriosas danzas, llevadas por vientos de energía pura. A través de sus remolinos, la Décimotercera Flota aceleró arrogantemente, corriendo hacia el enemigo que estaba delante de ellos.

El asalto de la Decimotercera Flota se llevó a cabo de acuerdo con un programa de desaceleraciones y aceleraciones que Fischer había calculado con la mayor precisión en la directiva de Yang. La Décimotercera Flota se levantó temerosamente de la luz de las inmensas llamas de Amritsar, como una corona hecha jirones lanzada desde su sol por la fuerza centrífuga.

Cuando el rápido asalto saltó hacia ellos desde ese ángulo inesperado, el comandante de la Armada Imperial que se comprometió a enfrentarlo fue Mittermeier. Era un hombre valiente, pero sin duda había sido tomado por sorpresa; Había dejado que Yang tomara la iniciativa.

El primer ataque de la Decimotercera Flota fue, literalmente, un ampollas para el regimiento de Mittermeier.

Su potencia de fuego se concentró a una densidad casi excesiva. Cuando un solo acorazado — y un solo punto en el casco de ese acorazado — fue

alcanzado por media docena de misiles de hidrógeno disparados por láser, ¿cómo podría defenderse?

La región que rodea a la nave insignia de Mittermeier se convirtió en un enjambre de bolas de fuego, y Mittermeier, sufriendo daños en su propio puerto, también se vio obligado a retirarse. Sin embargo, incluso en retirada, su notable habilidad como táctico era evidente en la forma en que estaba cambiando su formación de manera flexible, manteniendo el daño que recibía al mínimo y observando la posibilidad de contraatacar.

Yang, por otro lado, tuvo que contentarse con hacer frente a una cantidad limitada de daño, ya que no se atrevió a perseguir al enemigo demasiado lejos. *Maldita sea*, pensó Yang, *¡Solo mire a todas estas personas talentosas que el conde von Lohengramm tiene! Aunque si todavía tuviéramos a Uranff y Borodin de nuestro lado, probablemente podríamos haber luchado contra el imperio en igualdad de condiciones…*

En ese momento, el regimiento de Wittenfeld se precipitó a gran velocidad, interponiéndose en el espacio entre las flotas Decimotercera y Octava, una región llamada Sector D4 por razones de conveniencia. Era un movimiento que solo podía describirse como atrevido o temerario.

«Excelencia, un nuevo enemigo ha aparecido a las dos en punto».

La respuesta de Yang— «Uh-oh, eso es un problema»— difícilmente podría llamarse una adecuada.

Sin embargo, Yang tenía un punto fuerte en común con Reinhard. Se recuperó rápidamente y comenzó a dar órdenes.

Al mando de Yang, los acorazados de la flota se alinearon en columnas verticales para formar un muro protector contra el fuego enemigo. Desde las brechas entre ellos, los cañoneros y los barcos de misiles— débilmente blindados pero con movilidad y potencia de fuego de sobra— dejaron caer un despiadado fuego de fuego de retorno.

Uno tras otro, los agujeros se abrieron por todo el regimiento de Wittenfeld. Aun así, no bajó la velocidad. Su fuego de retorno fue intensamente intenso

y causó que la sangre de Yang se enfriara cuando una parte de su pared de acorazado se derrumbó.

Aun así, no hubo daños graves a la Décimotercera Flota en su conjunto, aunque las heridas sufridas por la Octava fueron profundas y amplias. Incapaces de contrarrestar la velocidad y la furia de Wittenfeld, se estaban afeitando columnas de naves del flanco de la Octava Flota, y estaba perdiendo constantemente sus medios de resistencia tanto físicos como basados en la energía.

El acorazado *Ulises* había sufrido daños por los disparos de cañones imperiales. Este daño fue de la variedad “menor pero grave”. Lo que había sido destruido era el sistema de tratamiento de aguas residuales basado en microbios, y por esa razón, la tripulación se vio obligada a continuar luchando con los pies empapados en aguas residuales regurgitadas. Esto seguramente sería una encantadora historia de guerra si alguna vez regresaran a casa a salvo, pero si murieran aquí de esta manera, sería difícil imaginar una manera más trágica e ignominiosa de ir.

Yang pudo ver ante sus propios ojos una flota aliada a punto de disolverse en las profundidades. La Octava Flota era como un rebaño de ovejas, y el regimiento de Wittenfeld una manada de lobos. Los barcos de la Alianza volaron de esta manera y de esa manera intentaron escapar, solo para ser destruidos por ataques viciosos e incisivos.

¿Debemos ir a ayudar a la Octava Flota?

Incluso Yang tuvo su momento de vacilación. A juzgar por la acción enérgica del enemigo, estaba claro que si la Décimotercera Flota hacía un movimiento para ayudarlos, las cosas se degenerarían en una pelea incontrolada, y su cadena de mando sistemática no se sostendría. Eso sería lo mismo que cometer suicidio. Al final, no había nada que pudiera hacer sino ordenar fuego de cañón más concentrado.

«¡Adelante! ¡Adelante! ¡Nike, diosa de la victoria, está mostrando sus bragas justo delante de ti!”

Las órdenes de Wittenfeld difícilmente podrían llamarse refinadas, pero ciertamente elevaron la moral de sus hombres, y sin prestar atención al fuego que venía de un lado, el enjambre de Schwarz Lanzenreiter dominó por completo el Sector D4. Parecía que las fuerzas de la alianza se habían dividido en dos.

«Parece que hemos ganado», dijo Reinhard, permitiendo que solo el más leve indicio de emoción se deslizara en su voz mientras miraba a Von Oberstein.

Parece que hemos perdido, Yang estaba pensando casi en el mismo instante, aunque no podía decirlo en voz alta.

Desde la antigüedad, las declaraciones de los comandantes habían poseído un poder aparentemente mágico para hacer lo abstracto concreto; cada vez que un comandante decía: «Hemos perdido», la derrota inevitablemente seguiría, aunque los ejemplos de lo contrario eran extremadamente raros.

Parece que hemos ganado.

Era Wittenfeld quien también pensaba esto. La Octava Flota de la alianza ya se estaba desmoronando; ahora no había miedo de ser atrapado en un movimiento de pinza.

«Bien, tenemos un paso más en ellos. Ahora es el momento de acabar con ellos».

Wittenfeld pensaba con entusiasmo, *la Decimotercera flota ha conservado gran parte de su fuerza, pero daré un golpe mortal en una pelea área.*

“Hagen que todas las naves que pueden funcionar como naves nodrizas desplieguen walküren. Todos los demás, cambian de cañones de largo alcance a cortos. Vamos a luchar contra ellos de cerca».

Ese intento agresivo, sin embargo, había sido anticipado por Yang.

Cuando la fuerza de fuego de la fuerza imperial se debilitó temporalmente, Yang intuyó instantáneamente la causa: un cambio en su metodología de

ataque. Aunque podría haberles llevado más tiempo, otros comandantes también podrían haber adivinado lo que Wittenfeld pretendía. Se había movido demasiado pronto. Cuando Yang vio el error, decidió utilizarlo al máximo.

«Atráelos», dijo. «Todos los cañones, prepárense para una barrera sostenida».

Minutos más tarde, los roles se habían invertido, y eran las fuerzas imperiales del Sector D4 las que enfrentaban una inminente derrota.

Al ver esto, Reinhard habló inconscientemente: «Wittenfeld cometió un error en eso. Envió su walküren demasiado pronto. ¿No puede ver que se han convertido en presa fácil para la descarga del enemigo?»

Parecía que había aparecido una grieta incluso en el aspecto helado de Von Oberstein. Su rostro naturalmente pálido parecía como si estuviera iluminado por la cola de un cometa.

«Quería asegurar la victoria con sus propias manos, pero…»

La voz en la que respondió estaba más cerca de un gemido que de cualquier otra cosa.

Las fuerzas de la alianza, después de haber puesto al regimiento de Wittenfeld al alcance para un ataque a quemarropa, estaban repartiendo destrucción y masacre a voluntad. Lanzados desde cañones de riel magnético, proyectiles de artillería de acero superduro perforaron la armadura de las naves enemigas, y explosiones de metralla de fusión y rondas de fotones redujeron walküren, y sus pilotos, a partículas microscópicas.

Los destellos coloridos e incoloros se superponían entre sí, ya que a cada instante se abrían las puertas al inframundo, a través de las cuales pasaban cada vez más soldados.

Parecía que la lanza negra de Schwarz Lanzenreiter — el orgullo y la alegría de Wittenfeld— estaba llegando a sugerir el color de sus mortajas.

El oficial de comunicaciones se volvió hacia Reinhard y gritó: “¡Excelencia! Comunicado del almirante Wittenfeld — está solicitando refuerzos inmediatos».

“¿Refuerzos?”

El oficial de comunicaciones retrocedió ante la aguda respuesta del joven mariscal de cabello dorado.

“Sí, Excelencia, refuerzos. El almirante dice que va a perder si las condiciones de batalla continúan empeorando de esta manera».

El tacón de la bota de Reinhard sonaba ásperamente contra el suelo. Si hubiera habido una silla de estación no segura cerca, probablemente la habría estado pateando.

«¿En qué está pensando?», Gritó Reinhard. «¿Que puedo sacar una flota de naves espaciales de mi sombrero de copa mágica?»

Un instante después, sin embargo, tuvo su ira bajo control. Un comandante supremo debía permanecer tranquilo en todo momento.

«Mensaje a Wittenfeld: ‘El Comando Supremo no tiene fuerzas excedentes. Si enviamos naves desde las otras líneas de batalla, toda la formación se desequilibrará. Usa sus fuerzas actuales para defender su posición con su vida y ejecuta sus deberes como guerrero».

Apenas cerró la boca, emitió una nueva orden.

“Rompe todas las comunicaciones con Wittenfeld. Si el enemigo lo captó, se darán cuenta del lugar difícil en el que estamos».

Los ojos de Von Oberstein siguieron a Reinhard cuando volvió su mirada hacia la pantalla.

Duro y frío, pero lo correcto a hacer, pensó el jefe de personal de pelo plateado. *Aun así, ¿podría tomar la misma acción hacia cualquier hombre, sin respeto a la persona? Un verdadero conquistador no debe tener vacas sagradas que no esté dispuesto a moler en una hamburguesa…*

«Lo están haciendo bien, ¿verdad?» Murmuró Reinhard mientras miraba la pantalla.

«Ambos lados, quiero decir.»

A pesar de que su comando supremo estaba muy atrás y su estructura de comando general carecía de suavidad, las fuerzas de la alianza seguían luchando bien. Las maniobras de la Decimotercera Flota fueron particularmente impresionantes. Yang Wen-li era su comandante, había oído Reinhard. Se decía a menudo que un gran general nunca tenía tropas débiles. ¿Ese hombre siempre aparecerá de pie en su camino en el camino que debe viajar?

Reinhard inconscientemente miró a Von Oberstein.

«¿Kircheis ha llegado ya?»

«Aún no.»

El jefe de personal respondió con sencillez y claridad, pero luego hizo una pregunta que, intencionalmente o no, tenía un tono de sarcasmo.

«¿Está usted preocupado, Excelencia?»

«Nada de eso. Sólo estaba comprobando «.

Rechazando la pregunta, Reinhard cerró la boca y miró la pantalla.

En ese momento, Kircheis, liderando una enorme fuerza que representaba el 30 por ciento de toda la flota, estaba tomando un gran desvío alrededor del sol del sistema Amritsar y girando hacia la parte trasera de las fuerzas de la alianza.

«Estamos un poco tarde de lo previsto. ¡A toda marcha!»

Para escapar de la detección por parte de las fuerzas de la alianza, el regimiento de Kircheis estaba volando cerca de la superficie del sol, pero sus sistemas de navegación se habían visto afectados por campos magnéticos y gravitatorios más potentes de lo previsto, hasta el punto de

que los astrogadores se habían visto obligados a elaborar su Cursos que utilizan calculadoras primitivas de percom. Por eso sus fuerzas habían perdido velocidad, aunque ahora finalmente habían llegado a la región del espacio al que estaban destinados.

En la parte trasera de la fuerza de la alianza había un campo minado profundo y ancho.

Incluso si las fuerzas imperiales dieran vueltas alrededor de su popa, encontrarían su avance bloqueado por cuarenta millones de minas de fusión. Eso era lo que creía el liderazgo de la alianza. Yang no estaba del todo convencido, pero pensó que incluso si el enemigo tuviera un medio efectivo para atravesar las minas, no podría hacerlo rápidamente, por lo que sería posible preparar una formación para contraatacar al momento de su llegada. en el espacio de batalla.

Sin embargo, las tácticas del imperio superaron incluso las expectativas de Yang.

La orden de Kircheis se transmitió por la cadena de mando: «Liberen partículas direccionales de Seffl».

El ejército imperial, un paso por delante de las Fuerzas Armadas de la Alianza, había logrado desarrollar partículas Seffl que podían dirigirse en una sola dirección. ¿Su primer despliegue? Esta batalla, ahora.

Arrastrados por naves espías, tres dispositivos de emisión en forma de tubo se acercaron al campo minado.

«Hazlo rápido», dijo el capitán Horst Sinzer, uno de los oficiales del personal, en voz alta, «o puede que no nos quede ningún enemigo».

Kircheis mostró un indicio de una sonrisa irónica.

Las partículas densamente agrupadas penetraron en el campo minado como un pilar de nube en el medio interestelar. Los sistemas de detección de calor y masa con los que estaban equipadas las minas no reaccionaron a ellos.

Llegó un informe de la nave al frente de la vanguardia: «Las partículas de Seffl han penetrado hasta el otro lado del campo minado».

«Muy bien. ¡Enciéndelos!”

Al grito de Kircheis, el buque líder apuntó con cuidado tres cañones de haz, cada uno en una dirección diferente, y disparó.

Un instante después, el campo minado fue atacado por tres enormes pilares de fuego. Después de que la luz blanca se había calmado, los agujeros se habían perforado a través del campo minado en tres lugares.

Tres pasajes en forma de túnel — doscientos kilómetros de diámetro y trescientos mil kilómetros de longitud — se habían creado en medio del campo minado en casi en nada.

“¡Todas las naves, a la carga! ¡Máxima velocidad de combate!”

Impulsados por las órdenes del joven almirante pelirrojo, los treinta mil barcos bajo su mando corrieron por estos túneles como enjambres de cometas y se abalanzaron sobre la retaguardia indefensa de la alianza.

«¡Gran fuerza enemiga avistada en popa!»

El enjambre de objetos luminiscentes era tan grande que era imposible determinar su número, e incluso mientras los operadores de la alianza los detectaban y gritaban alarmados, comenzaba a abrirse un agujero tras otro en las filas de la alianza debido al fuego de cañones del regimiento de la vanguardia de Kircheis.

Asombrados, los comandantes de las fuerzas de la alianza perdieron el juicio. Su terror y confusión, amplificados muchas veces, infectaron a sus tripulaciones, y en ese instante, las líneas de alianza se derrumbaron.

Las naves rompieron filas, y las fuerzas imperiales hicieron llover fuego de cañón contra naves de la alianza que comenzaron a dispersarse desordenadamente, golpeándolos sin piedad, rompiéndolos en pedazos.

El vencedor y el vencido habían sido decididos.

Yang miró en silencio al ver a sus aliados en plena derrota. *Simplemente no es posible que los seres humanos anticipen cada situación,* se dio cuenta con retraso.

«¿Qué hacemos, comandante?», Preguntó Patrichev, haciendo un fuerte ruido mientras tragaba con fuerza.

«Hmmm… es demasiado pronto para huir», respondió con una voz que de alguna manera sonaba como si estuviera hablando consigo mismo.

Por otro lado, la victoria estaba en el aire en la cresta de la nave insignia imperial *Brünhild* .

«Nunca he visto cien mil barcos establecidos en fuga antes». La voz de Reinhard era como la de un joven cuando sonó. Von Oberstein respondió prosaicamente:

«¿Vamos a llevar la nave insignia hacia adelante, Excelencia?»

«No, no lo hagamos. Si tuviera que interceder en esta etapa, me acusarían de robar a mis subordinados las oportunidades de distinguirse».

Eso era una broma, por supuesto, y mostraba lo cómodo que estaba Reinhard. Aunque la batalla en sí se estaba construyendo hacia su telón final, la intensidad de la matanza y la destrucción no mostraban señales de menguar. Los ataques fanáticos y los contraataques desesperados se repetían una y otra vez, y en los bolsillos localizados incluso había unidades imperiales que se encontraban en desventaja.

En esta etapa, nadie estaba pensando siquiera en el significado de la victoria táctica; los que tenían la victoria ante ellos aparentemente se esforzaban por hacerlo más completo, mientras que los que estaban al borde de la derrota parecían estar rezando para que pudieran expiar su vergüenza, incluso si se llevaban a un soldado enemigo más con ellos.

Pero lo que estaba desangrando a las victoriosas fuerzas imperiales aún más que este combate increíblemente intenso era la resistencia organizada de

Yang Wen-li, quien se quedaba en el campo de batalla para que sus aliados pudieran escapar a territorio seguro.

Su técnica consistía en concentrar su poder de fuego en regiones localizadas para dividir la fuerza de la fuerza del imperio e interrumpir su cadena de mando, y luego asestar golpes a las fuerzas separadas individualmente.

Los sentimientos intoxicantes que hacían la belleza noble y trágica de la autodestrucción y las joyas destrozadas eran completamente ajenos a Yang. Mientras cubría la huida de sus compatriotas, también estaba asegurando una ruta de salida para sus propias fuerzas y esperando su oportunidad de retirarse.

Von Oberstein, mirando de un lado a otro entre la pantalla principal y el panel de la computadora táctica, advirtió a Reinhard: «Alguien necesita reforzar al almirante Wittenfeld — el almirante Kircheis o cualquiera lo hará. Ese comandante enemigo apunta a la parte más débil de la envoltura. Él está planeando romper con un impulso repentino. A diferencia de antes, nuestras fuerzas pueden permitirse ahorrar algunas naves ahora, y deberían hacerlo".

Reinhard se rascó su cabello dorado y rápidamente cambió su mirada: a la pantalla, a varios paneles diferentes, y al rostro de su jefe de personal.

«Tienes razón. Aun así, se confunde Wittenfeld — su fracaso fue solo es suyo. ¡Que sea maldito para siempre por eso!"

Las órdenes de Reinhard saltaron a través del vacío a través de FTL. Al recibirlos, Kircheis extendió sus filas, intentando desplegar otra línea de defensa en la retaguardia del regimiento de Wittenfeld.

Yang, quien todavía estaba esperando su oportunidad de retirarse, notó este movimiento de fuerzas imperiales y por un instante sintió que su sangre había dejado de fluir. ¡Su salida estaba siendo cerrada! ¿Había llegado demasiado tarde? ¿Debió haber escapado en algún momento anterior?

Sin embargo, la suerte estaba del lado de Yang en esto.

Al ver el movimiento repentino del regimiento de Kircheis, los acorazados de la alianza que se encontraban en el camino de ese avance se vieron presionados por el pánico, y sin prestar atención al hecho de que estaban cerca de grandes masas, deformadas.

Esto no fue necesariamente una ocurrencia inusual. Las naves que sabían que era imposible huir a veces escogían el miedo a lo desconocido sobre una muerte segura y huyen al subespacio con cursos aún imposibles de calcular. Cuando el vuelo era imposible, la rendición también era una opción, y la señal para indicar tal intención también era conocida por ambos lados. Pero a veces las personas en un frenesí de terror no pensaron en eso. Qué clase de destino esperaba a los que huyeron al subespacio, nadie lo sabía. Era como el mundo de los muertos; No hubo opinión de consenso.

Sin embargo, ellos eligieron sus destinos con sus propias manos, y para los demás, esto significó una gran desgracia. Los operadores de todos los regimientos de la flota imperial gritaron advertencias en la parte superior de sus pulmones cuando detectaron naves antes de que la formación desapareciera, acompañada por la erupción de violentos terremotos en el espacio-tiempo. Esos gritos fueron superpuestos por órdenes gritadas de maniobras evasivas. La mitad delantera de la flota quedó atrapada en esas caóticas ondulaciones, y varias naves chocaron en medio de la confusión.

Por esta razón, Kircheis tuvo que dedicar tiempo a reorganizar su flota, lo que significaba que le habían dado preciosos minutos a Yang.

Wittenfeld, ansioso por recuperar su honor, lideraba un número numéricamente inferior de subordinados en una batalla valiente. Sin embargo, cada movimiento que hizo fue en respuesta a un enemigo que apareció frente a él — no con un ojo en la marea de la batalla en su conjunto.

Si hubiera estado prestando atención a los movimientos de Kircheis, podría haber sido capaz de adivinar lo que Yang estaba planeando, incluso con las comunicaciones con Reinhard apagadas, y por lo tanto cortar el camino de retirada de Yang.

Sin embargo, al carecer de una conexión orgánica con sus aliados, su fuerza era simplemente una unidad numéricamente más pequeña y nada más.

Ese fue el estado del regimiento de Wittenfeld cuando Yang repentinamente golpeó toda su fuerza restante contra él.

En su afán por compensar su error anterior, Wittenfeld estaba lleno de espíritu de lucha, y también era un comandante capaz. Pero en ese momento, también sufrió una falta crítica de la fuerza necesaria para aprovechar al máximo esas cualidades.

Y se le acabó el tiempo.

En el espacio de un instante, las naves que se encontraban a unas pocas filas de la nave insignia de Wittenfeld habían sido derribados y destruidos. Aun así, el comandante seguía gritando por un contraataque, y si los oficiales del personal como el Capitán Eugen no lo hubieran detenido, sus fuerzas probablemente se hubieran enfrentado a la aniquilación literal.

Yang llevó a la Décimotercera Flota de las Fuerzas Armadas de la Alianza fuera del campo de batalla a lo largo de la ruta de escape que había asegurado. Tanto Reinhard como Wittenfeld estaban mirando mientras ese río de luces todavía ordenado fluía en la distancia — Wittenfeld desde cerca en un silencio aturdido, Reinhard desde lejos, temblando de rabia y decepción.

En el espacio entre ellos estaban Mittermeier, von Reuentahl y Kircheis, el último de los cuales había tenido que renunciar a bloquear su retirada. Esos tres jóvenes almirantes capaces abrieron canales de comunicación y comenzaron a hablar entre ellos.

«Las fuerzas rebeldes tienen un muy buen comandante».

Mittermeier lo elogió con un tono de voz directo, y von Reuentahl estuvo de acuerdo.

«Sí, espero reunirme con él de nuevo».

Von Reuentahl era un hombre muy guapo. Su cabello castaño oscuro era casi negro, pero lo que sorprendió a la gente cuando lo conocieron fue el hecho de que sus ojos eran de diferentes colores. Su ojo derecho era negro y su ojo izquierdo azul — una condición fisiológica llamada heterocromía.

Nadie dijo: «Vamos por ellos».

Todos sabían que la última oportunidad se había perdido y tenían el sentido suficiente para evitar perseguirlos demasiado lejos. La sed de batalla por sí sola no podía mantenerlos con vida, ni podía mantener con vida a sus subordinados.

«Las fuerzas rebeldes han sido expulsadas del territorio del imperio, y probablemente huirán a Iserlohn. Eso es suficiente de una victoria por el momento. No van a tener ganas de lanzar otra invasión durante bastante tiempo y probablemente incluso hayan perdido la fuerza para hacerlo».

Esta vez fue Mittermeier quien asintió ante las palabras de von Reuentahl.

Kircheis estaba siguiendo las luces que desaparecían con sus ojos. *¿Qué pensará Reinhard? él se preguntó. Al igual que en la batalla de Astarté, su victoria perfecta fue arrojada al suelo en la última etapa. No va a estar tan animado como la última vez, ¿verdad?*

«¡E-gramo del Comando Supremo!», Dijo el oficial de comunicaciones. «‘Vuelve hacia atrás mientras limpias a los rezagados'».

II

«Caballeros, todos han hecho un trabajo excelente».

En el puente del buque insignia de *Brünhild* , Reinhard expresó su agradecimiento a sus almirantes que regresaron.

Uno por uno, agarró las manos de von Reuentahl, Mittermeier, Kempf, Mecklinger, Wahlen y Lutz, y alabando sus hazañas heroicas, les prometió promociones. En el caso de Kircheis, él simplemente le dio una palmada en el hombro izquierdo y no dijo nada, pero entre los dos, eso fue suficiente.

Fue cuando von Oberstein le informó del regreso de Wittenfeld a la nave insignia que la sombra del disgusto se deslizó en el elegante rostro del joven mariscal imperial.

El regimiento de Fritz Josef Wittenfeld — si es que aún podría llamarse así en este momento — acababa de regresar con las cabezas bajas. Nadie en el ejército imperial había perdido más subordinados y naves en esta batalla que él. Sus colegas von Reuentahl y Mittermeier habían estado en medio de un intenso combate, por lo que, por su parte, era imposible culpar a otros por sus grandes pérdidas.

La alegría de la victoria cedió su asiento a un incómodo silencio. Con el rostro pálido, Wittenfeld se acercó a su oficial superior y, como si se preparara para lo peor, agachó la cabeza.

«Aquí es donde quiero decir que la batalla está ganada, y tú también luchaste heroicamente, pero ni siquiera puedo hacer eso».

La voz de Reinhard sonó como el chasquido de un látigo. Almirantes valientes que no movían una ceja ante una enorme flota enemiga que inconscientemente dibujaba en sus cuellos, encogiéndose.

«Comprende esto: impaciente por la gloria, cargaste hacia delante en un momento en el que no debería haber avanzado. Ese paso en falso podría haber perdido el equilibrio de toda nuestra línea de batalla, y nuestra flota podría haber sido derrotada antes de que llegara la otra fuerza. Además, has hecho un daño innecesario al ejército de Su Majestad Imperial. ¿Tienes alguna objeción a lo que acabo de decir?»

«Ninguno, milord».

Su respuesta fue baja y carente de espíritu. Reinhard tomó una respiración y luego continuó.

“Un clan de guerreros se sostiene recompensando a los buenos y castigando a los malhechores. A nuestro regreso a Odín, te haré responsable. Estoy poniendo a su regimiento bajo el mando del almirante Kircheis. Tú mismo estás confinado a tu alojamiento.”

Todo el mundo debe haber estado pensando, *Eso fue duro.* Un revuelo sin palabras se levantó como una nube, hasta que Reinhard lo cortó con la palabra «¡Rechazado!» Y se dirigió hacia sus aposentos, dando largos pasos.

Los colegas del desafortunado Wittenfeld se reunieron a su alrededor y comenzaron a decir palabras de aliento. Kircheis los miró y luego siguió a Reinhard. Mientras lo hacía, von Oberstein lo estaba observando cuidadosamente.

Es un hombre capaz, dijo el jefe de personal en silencio, *pero será problemático si su relación con el conde von Lohengramm se considera un privilegio excesivo. Un conquistador no debe estar limitado por sentimientos personales.*

En un pasillo vacío que llevaba solo a los aposentos privados del comandante supremo, Kircheis alcanzó a Reinhard y lo llamó.

«Excelencia, por favor reconsidere».

Reinhard se giró con feroz energía. Un fuego ardía en sus ojos azul hielo.

La ira que había estado conteniendo frente a otros que ahora dejaba explotar.

«¿Por qué quieres detenerme? Wittenfeld no pudo llevar a cabo sus propias responsabilidades. No tiene sentido defender su caso. ¡Es natural que lo castiguen!”

«Excelencia, ¿está enojado en este momento?»

«¿Qué pasa si lo estoy?»

«Lo que te pregunto es esto: ¿qué es lo que te enoja tanto?»

Incapaz de comprender su significado, Reinhard volvió a mirar el rostro de su amigo pelirrojo. Kircheis aceptó tranquilamente su mirada.

«Excelencia…»

“Ya es suficiente con ‘Excelencia’ — ¿qué quiere decir? Cuéntamelo claramente, Kircheis.”

«En ese caso, Lord Reinhard, ¿es realmente el fracaso de Wittenfeld lo que te enoja?»

«¿No es obvio?»

«No creo que sea, Lord Reinhard. Tu ira está realmente dirigida a ti mismo. A ti, que has asegurado la reputación del almirante Yang. Wittenfeld simplemente está atrapado en el fuego cruzado».

Reinhard comenzó a decir algo pero luego se lo tragó. Un estremecimiento nervioso corrió por sus puños apretados. Kircheis dejó escapar un leve suspiro y miró sin pensar al joven de cabello dorado, con los ojos llenos de amabilidad y consideración.

«¿Es realmente tan enloquecedor haber hecho un héroe del almirante Yang?»

«¡Por supuesto que lo es!» Gritó Reinhard, aplaudiendo ambas manos. «Me las arreglé para soportarlo en Astarte. ¡Pero dos veces seguidas y he tenido suficiente! ¿Por qué siempre aparece justo cuando estoy al borde de la victoria completa y total, para interponerme en mi camino?»

«Probablemente él también tiene sus quejas. Al igual que, ‘¿Por qué no puedo enfrentar al Conde von Lohengramm al comienzo de la batalla?’”

A esto, Reinhard no dijo nada.

«Lord Reinhard, por favor, comprenda que el camino no es llano y suave. ¿No hace falta decir que habrá dificultades en el camino al escalar hacia los asientos más altos? El almirante Yang no es el único obstáculo en tu camino hacia la conquista. ¿Realmente crees que tú solo puedes eliminarlos a todos?»

Para eso Reinhard no tuvo respuesta.

«No puedes ganarte el corazón de los demás ignorando sus muchos logros por un solo error. Con el Almirante Yang frente a ti y los altos nobles a tus espaldas, ya tienes dos enemigos poderosos. Además de eso, ahora estás haciendo enemigos incluso dentro de tus propias filas».

Durante un tiempo, Reinhard no hizo el más mínimo de los movimientos, pero al final, con un profundo suspiro, la fuerza se drenó de su cuerpo.

«Está bien», dijo. «Estaba equivocado. No buscaré una reparación contra Wittenfeld».

Kircheis inclinó la cabeza. No fue solo por el propio Wittenfeld que se sintió tan aliviado. También estaba feliz de saber con seguridad que Reinhard tenía la amplitud de mente para aceptar palabras francas de reproche.

«¿Podrías transmitirle eso a él por mí?»

«No, eso no va a hacer posible».

Ante la rápida negativa de Kircheis, Reinhard reconoció a lo que se debía y asintió.

«Es verdad. No tendrá sentido a menos que se lo diga yo mismo.”

Si Kircheis transmitiera la noticia de la intención de Reinhard de perdonar, Wittenfeld — habiendo sido reprendido por Reinhard — probablemente continuaría guardando rencor contra él, mientras sentía gratitud hacia Kircheis. La psicología humana era así. Por esa razón, la indulgencia de Reinhard en última instancia no habría tenido ningún significado, por lo que Kircheis se había negado.

Reinhard comenzó a girar sobre sus talones, pero luego se detuvo y habló una vez más con su amigo y ayudante de confianza.

«¿Kircheis?»

«¿Sí, Lord Reinhard?»

«… ¿Crees que puedo aprovechar este universo y hacerlo mío?» Siegfried Kircheis miró directamente a los ojos azul hielo de su querido amigo.

«¿A quién, sino a Lord Reinhard se le puede conceder tal deseo?»

Las fuerzas de la Alianza de los Planetas Libres se habían formado en filas de restos aturdidos y se pusieron en camino hacia Iserlohn.

Los muertos y los desaparecidos suman un estimado de veinte millones. Los números de salida de sus computadoras enfriaron los corazones de los sobrevivientes.

En medio de la lucha de vida o muerte, solo la Décimotercera Flota había preservado viva a la mayoría de su tripulación.

El mago Yang había hecho un milagro incluso aquí— ya que una luz similar a la fe religiosa brillaba en los ojos de sus subordinados cuando miraban al joven almirante de pelo negro.

El objeto de esa confianza absoluta estaba en el puente del buque insignia *Hyperion* . Sus dos piernas estaban mal educadas y apoyadas sobre la consola de mando, los dedos entrelazados de ambas manos descansaban sobre su estómago y sus ojos estaban cerrados. Debajo de su piel juvenil, se estancó una pesada sombra de agotamiento.

«Excelencia…»

Abrió los ojos y vio a su ayudante, la subteniente Frederica Greenhill, que estaba allí vacilante.

Yang puso una mano en su boina de uniforme negro.

«Perdóneme, actuando así delante de una dama».

«Todo está bien. Pensé que podría traerte algo de café o algo. ¿Qué te gustaría?»

«Té sería encantador».

«Sí, señor».

«Con un montón de brandy, si es posible».

«Sí, señor».

Frederica estaba a punto de comenzar a alejarse cuando Yang inesperadamente la hizo detenerse.

«Subteniente… He estudiado un poco de historia. Así es como aprendí esto: en la sociedad humana, hay dos escuelas principales de pensamiento. Una dice que hay cosas que son más valiosas que la vida, y la otra dice que nada es más importante. Cuando la gente va a la guerra, usan la primera como una excusa, y cuando dejan de luchar, dan la segunda como la razón. Eso ha estado ocurriendo durante siglos sin contar… por milenios sin contar…»

Frederica, sin saber cómo responder, no respondió.

«¿Crees que tenemos milenios de eso por delante de nosotros también?»

«Excelencia…»

“No, no importa la raza humana en su conjunto. ¿Hay algo que pueda hacer que haga que toda la sangre que he derramado valga la pena?»

Frederica se quedó allí, incapaz de responder. De repente Yang parecía un poco perdido, como si se hubiera dado cuenta de su incomodidad.

«Lo siento, fue algo extraño que decir. No te lo pienses más.»

«No, está bien. Iré a hacer té— con un poco de brandy, ¿verdad?»

«Con mucho».

«Sí, señor, con mucho».

Yang se preguntó si Frederica le estaba permitiendo que tomara brandy como recompensa, aunque no la estaba mirando cuando se fue. Cerró los ojos de nuevo y murmuró para sí mismo:

«¿Podría el Conde von Lohengramm aspirar a convertirse en un segundo Rudolf…?» Por supuesto, nadie respondió.

Cuando Frederica regresó con una bandeja con el té, Yang Wen-li estaba profundamente dormido en esa misma posición, con la boina apoyada en la parte superior de su cara.

< ***Anterior*** > || ***Índice*** || < ***Siguiente*** >

Capítulo 10: Un Nuevo Prólogo.

I

La serie de batallas que llegaron a llamarse la Batalla de Amritsar— basada en el nombre de la región estelar en la que tuvo lugar el encuentro final— había concluido con una derrota absoluta para los militares de la Alianza de Planetas Libres. La fuerza expedicionaria de la alianza abandonó por completo los más de doscientos sistemas estelares de la frontera que, gracias al retroceso estratégico del Imperio Galáctico, habían ocupado temporalmente y apenas habían logrado obtener su primer premio del conflicto: la Fortaleza de Iserlohn.

La alianza había movilizado una fuerza de más de treinta millones, pero los sobrevivientes que regresaban a sus hogares por medio de Iserlohn eran menos de diez millones, y el porcentaje de los que no regresaban era apenas un 70 por ciento desastroso.

Esta derrota naturalmente ensombrece cada faceta de la política, la economía, la sociedad y los militares de la alianza. Las autoridades financieras se pusieron muy pálidas al calcular los gastos hasta el momento y los gastos por venir, incluidos los pagos de suma global para las familias en duelo, así como las pensiones. Las pérdidas incurridas en Astarte no fueron nada comparadas con esto.

Crecientes críticas y censuras cayeron sobre el gobierno y los militares de familias en duelo y la facción contra la guerra por haber lanzado una campaña tan temeraria. La furia de los ciudadanos que habían perdido a padres e hijos debido a una estrategia de elección trivial y la lujuria de un oficial histérico del personal por el avance derrotó al gobierno y al ejército.

Entre la facción pro-guerra, incluso ahora había apologistas que defendieron la invasión, diciendo: “Hablas del gran costo en vidas y tesoros, pero hay cosas que merecen un respeto aún mayor que éstas. No debemos caer en ideologías basadas en la emoción basadas en la guerra».

Sin embargo, no pudieron hacer nada más que guardar silencio mientras las respuestas los llevaban a sus rincones:

"¡No importa el dinero! ¿De qué estás hablando exactamente que vale más que las vidas humanas? ¿Protegiendo a los que están en el poder? ¿Ambición militar? ¿Entonces estás diciendo que mientras veinte millones de soldados derramaban su sangre por nada, mientras que muchas veces ese número derramaba lágrimas por ellos en casa — la vida humana no era algo que mereciera tu respeto?»

La facción pro-guerra no pudo responder, porque aparte de un número muy pequeño de personas sin conciencia, todos se sentían avergonzados por el simple hecho de que estaban viviendo a salvo.

Los miembros del Consejo Superior de la alianza presentaron sus renuncias en masa.

La popularidad de la facción pro-guerra se desplomó, lo que significó que la facción contra la guerra entró en el centro de atención en un grado similar. Los tres concejales que habían emitido sus votos en contra de la invasión fueron alabados por su perspicacia, y el presidente del Comité de Defensa, Trünicht, fue nombrado jefe interino de la administración gobernante y ocuparía ese puesto hasta las elecciones del año siguiente.

En el estudio en su casa, Trünicht levantó una copa para celebrar su propia visión. No tendría que esperar mucho más antes de que la palabra «interino» desapareciera de su título.

En el ejército, el mariscal Sitolet, director del cuartel general de operaciones conjuntas, y el mariscal Lobos, comandante en jefe de la armada espacial, dimitieron juntos. Scuttlebutt sabía que Lobos, a través de sus propios fracasos, había arruinado a su rival Sitolet.

El vicealmirante Uranff y el vicealmirante Borodin, los dos comandantes de la flota que habían muerto valerosamente en el campo de batalla, recibieron dobles promociones especiales y se les concedió póstumamente rango de mariscal. En la alianza de militares, no había rango de almirante superior, y Mariscal fue la siguiente en la jerarquía por encima del almirante pleno.

El almirante Greenhill fue trasladado a la secretaría general del Comité de Defensa, donde, como director de investigaciones sobre el terreno, fue expulsado de la primera línea del esfuerzo para contrarrestar las actividades militares del imperio.

El contraalmirante Caselnes también fue transferido y salió de la capital de Heinessen para convertirse en comandante de la Base de Suministros 14, ubicada dentro del territorio de la alianza. Alguien tenía que asumir la responsabilidad por el fracaso del esfuerzo de suministro en la Batalla de Amritsar. Dejando a su familia en la capital, partió hacia una tierra fronteriza a quinientos años luz de distancia. Su esposa tomó a sus dos hijas pequeñas y se mudó con sus padres.

Después de recuperarse, se ordenó al contralmirante Fork unirse a la reserva, y allí parecía que su ambición había llegado a su fin.

Todo esto causó una escasez alarmante de recursos humanos en el liderazgo de las Fuerzas Armadas de la Alianza. ¿Quién estaba allí que pudiera llenar esos asientos?

Asumiendo el puesto de director en la sede operativa conjunta— y en el proceso de ascenso del vicealmirante al almirante completo— era Cubresly, que había servido hasta ese momento como comandante de la Primera Flota.

Como no había participado en las batallas de Astarté o Amritsar, no asumió ninguna responsabilidad por las derrotas allí. Él había construido un sólido registro de sólidos resultados al brindar seguridad a la capital y defender el orden público a nivel nacional, así como en su papel tradicional de suprimir a los cárteles piratas espaciales y mantener la seguridad de las rutas marítimas. Se había graduado con excelentes calificaciones en la Academia de Oficiales, donde se había visto como un hecho que algún día ascendería al más alto pináculo de los militares. Esa predicción ahora se había hecho realidad con una velocidad que el propio hombre nunca había soñado.

Reemplazando a Cubresly como comandante de la Primera Flota fue el Vicealmirante Paetta, quien se había estado recuperando de sus heridas en la Batalla de Astarte.

Bucock se instaló como comandante en jefe de la armada espacial y, naturalmente, ascendió a almirante en pleno proceso. Este experimentado almirante había ocupado por fin un puesto digno de su experiencia, y su nombramiento fue altamente elogiado tanto dentro como fuera del ejército. No importaba lo famoso que pudiera haber sido Bucock, se había abierto camino hasta llegar a ser un soldado ordinario, y sin que las circunstancias fueran lo que eran, probablemente nunca habría sido comandante en jefe de la armada espacial. En ese sentido, algo irónicamente positivo había salido de la desgracia de su miserable derrota.

La forma de recompensar a Yang Wen-li no se decidió de inmediato.

Había traído vivo a casa a más del 70 por ciento de los de la Décima Tercera Flota — una tasa de supervivencia muy superior a la de cualquier otro regimiento de la fuerza expedicionaria. Nadie había sido capaz de acusarlo de haber escondido en seguridad en otro lugar. La Decimotercera Flota había estado justo en medio de un intenso combate todo el tiempo y se había mantenido en el campo de batalla hasta el final, dando todo para que los aliados pudieran escapar.

Cubresly esperaba hacer de Yang su comisionado de personal en la sede operativa conjunta. Bucock le había dicho a Yang directamente y con certeza que prepararía el asiento de jefe de personal general de la armada espacial para él.

Por otro lado, la tripulación de los barcos en la Décimotercera Flota ya no podía imaginar tener ningún comandante sino Yang sobre ellos. Como acertadamente lo expresó von Schönkopf, “los soldados quieren un comandante que venga con habilidad y suerte. Para ellos, esa es la mejor manera de sobrevivir».

Mientras las cosas seguían en el aire sobre su próxima asignación, Yang tomó unas largas vacaciones y se fue al planeta Mithra. Las cosas ahora eran tales que si se quedaba en su residencia oficial en Heinessen, no podría poner un pie fuera de su puerta sin estar atestado de civiles y periodistas que querían encontrarse con el héroe invicto, y con su visofono sonando constantemente también. Era imposible descansar.

Su transmisor de texto comenzó a escupir letras que se separaron en solo unos segundos. Uno de ellos fue una breve nota de la sede del cuerpo de caballeros patrióticos — «Extendemos nuestros elogios a un gran almirante de nuestra querida patria» — en la que Yang se echó a reír, mientras que uno de la madre de un soldado de la Décimotercera Flota que había muerto en acción — «Tú también eres un amigo y aliado de los asesinos» — lo dejó profundamente desanimado. Realmente eran solo seis de una y media docena de la otra. El honor y la gloria eran cosas construidas solo sobre los cadáveres de soldados desconocidos…

Julian había propuesto la escapada de vacaciones porque sentía que tenía que hacer algo. Además de sentirse deprimido, Yang había aumentado su forma de beber dramáticamente. Yang no era el tipo de emborracharse y hacer cosas malas, como perturbar la paz o meterse en peleas, pero tampoco bebía para divertirse, y no había forma de que su nivel de consumo pudiera ser bueno para su salud.

Yang, quizás con un cierto grado de autoconciencia al respecto, aceptó dócilmente la sugerencia de Julian. Yang pasó tres semanas rodeado de exuberante belleza natural y verde, perdió su interés por el alcohol y regresó a la capital para encontrar su carta de cita en espera.

Comandante de la fortaleza de Iserlohn, Comandante de la flota de patrulla de Iserlohn de la Alianza de las Fuerzas Armadas, Consejero Supremo del Consejo de Personal.

Ese era el nuevo estatus que Yang Wen-li había recibido. También fue ascendido a almirante pleno. Hubo una serie de ejemplos pasados de personas que se habían convertido en almirante completo en sus veinte años, pero esta fue la primera vez que alguien fue ascendido a través de tres filas del Almirantazgo en el espacio en un año.

Debido a que la Flota de patrullas de Iserlohn se había creado mediante la combinación de las antiguas flotas Décima y Décimotercera, el término común para ella, «la Flota Yang», llegó a ser reconocido oficialmente.

Era justo decir que las Fuerzas Armadas de la Alianza habían mostrado su mayor afecto por el joven héroe nacional. Sin embargo, hasta el último

fragmento era lo opuesto a lo que Yang realmente quería. Esperaba la jubilación en lugar de las promociones, y una vida pacífica como civil en lugar de honor como guerrero.

Y, sin embargo, Yang partió hacia Iserlohn, donde tomó el control total de la línea de defensa de su país.

Naturalmente, esto puso fin a su vida en Heinessen, y la pregunta de qué hacer con el joven Julian le dio a Yang mucho en que pensar. Incluso pensó en conseguir que la familia de la señora Caselnes lo llevara, pero Julian no tenía ninguna intención de dejar al lado de Yang.

Desde el principio, Julian había decidido acompañar a su tutor. Yang vio que se estaba preparando y, a pesar de algunas dudas, finalmente decidió llevárselo. Eventualmente, se asignaría a Yang un asistente para que se ocupara de sus necesidades personales, y si ese era el caso, dejar ese trabajo a Julian se sentiría más cómodo. Aunque no quería que el chico siguiera el mismo camino que él, Yang tampoco quería separarse de Julian. Julian se convirtió en un trabajador civil para los militares y fue tratado como el equivalente a un cuerpo de lanza. También le pagaron un salario.

Naturalmente, sin embargo, no fue solo Julian quien siguió a Yang a Iserlohn.

Su asistente personal fue Frederica Greenhill. El vice comandante de la flota de patrulla de Iserlohn era Fischer. Y también estaba allí von Schönkopf, como comandante de las defensas de la fortaleza. Murai y Patrichev lo acompañaron como oficiales del personal, al igual que Lao, que había ayudado a Yang en la batalla de Astarte. El capitán de la Primera Fortaleza de la División Espacial fue Popelín. Además, los oficiales de la vieja Décima Flota vinieron con él. La alineación de la Flota Yang estaba tomando forma constantemente.

Ahora, si puedo lograr que Caselnes se haga cargo de los deberes de oficina, pensó Yang, y decidió llamarlo tan pronto como pudiera.

Sin embargo, lo que le molestaba eran los movimientos de la Armada Imperial. Aparte del conde Reinhard von Lohengramm, había otros

almirantes —vástagos de grandes casas nobles — que habían sido inspirados por sus hazañas militares; ¿no podrían estar planeando incursiones incluso ahora, con el objetivo de atacar en un momento en que la capacidad de las Fuerzas Armadas de la Alianza para defenderse se debilitó?

Sin embargo, afortunadamente, esa inquietud nunca se manifestó en la realidad, ya que en el Imperio Galáctico había surgido una situación apremiante que no les dejaba margen para lanzar campañas distantes.

El emperador Friedrich IV había muerto de repente.

II

Habiendo ganado una victoria espectacular en Amritsar, Reinhard regresó a la capital imperial de Odín para encontrar su superficie prácticamente enterrada bajo bosques de luto.

¡La muerte del emperador!

Se dijo que la causa de la muerte era una enfermedad cardíaca aguda. El cuerpo del emperador no solo había sido debilitado por el libertinaje y negligencia de su salud, sino que la línea de sangre de la propia familia imperial von Goldenbaum se había vuelto oscura y fangosa, y había muerto demasiado repentinamente, como para demostrar en qué débiles e inferiores formas de vida se había convertido la familia.

¿Friedrich está muerto? Reinhard murmuró en su corazón, con una expresión tan aturdida como podría esperarse mientras miraba a los almirantes reunidos bajo su mando. *¿Enfermedad del corazón… una muerte natural? Malgastado en ese hombre Si hubiera podido vivir otros cinco — no — dos años más, entonces le habría mostrado una muerte acorde con sus muchos pecados.*

Volvió su mirada hacia Kircheis y se encontró con ojos llenos de emociones similares.

No tan intenso como el de Reinhard — pero posiblemente incluso más profundo. El hombre que hace diez años les había robado a su amable y bella Annerose estaba muerto. Visto a la luz del recuerdo, todos aquellos años que pasaron brillaron de una forma deslumbrante y parecían bailar como locos a su alrededor …

«Excelencia», dijo una voz extremadamente fría que tiró de Reinhard hasta la orilla de la realidad. No había necesidad de confirmar que era von Oberstein. «Friedrich está muerto y no hay ningún sucesor nombrado».

Todos los almirantes, excepto Reinhard y Kircheis, contuvieron el aliento por un instante, sorprendidos por lo descaradamente que acababa de abandonar los títulos de Su Alteza.

«¿Por qué está tan sorprendido?», Dijo el oficial del personal mientras miraba a su alrededor, ojos artificiales brillando con luz inorgánica. “El único hombre al que juro lealtad es Su Excelencia, el Mariscal Imperial von Lohengramm. Aunque el emperador pudo haber sido, Friedrich no era digno de títulos floridos».

Después de esta declaración, von Oberstein se volvió hacia Reinhard.

“Excelencia, Friedrich ha muerto sin nombrar a su sucesor. Claramente, una lucha por la sucesión estallará entre sus tres nietos. Lo que se decida a corto plazo solo será temporal. Puede llegar temprano o llegar tarde, pero esto no se resolverá sin sangre».

«Tienes el derecho a ello», dijo Reinhard después de un momento.

El joven mariscal imperial asintió con la cabeza hacia él con la mirada feroz e inteligente intrigante.

“Y mi destino también estará determinado por cuál de los tres apoye. Entonces, dime, ¿cuál de esos hombres que se esconden detrás de los tres nietos se adelantará y extenderá su mano hacia mí?”

«El marqués Lichtenlade, lo más probable. Los otros dos tienen sus propias fuerzas militares, pero el marqués no. Él debe estar anhelando las fuerzas de

Su Excelencia con más fervor».

«Entiendo». Las atractivas características de Reinhard parecían brillar cuando mostró una sonrisa diferente a la reservada para Kircheis. «En ese caso, veamos hasta que punto podemos arrendarlos».

Se esperaba ampliamente que la posición del conde Reinhard von Lohengramm no se vería afectada por la repentina muerte del emperador.

Sin embargo, el resultado resultó ser todo lo contrario. Esto se debía a que Erwin Josef, el nieto de cinco años del emperador, había sido convertido en el próximo emperador de la mano del Ministro de Estado de Lichtenlade.

El niño era un descendiente directo de Friedrich IV, por lo que no había nada inusual en su sucesión en sí mismo. Aun así, era demasiado joven para gobernar y, sobre todo, no tenía el respaldo de los poderosos altos nobles. Por estas razones, se pensaba que estaba en desventaja.

En un caso como este, no habría sido inusual ni para Elisabeth, la hija de dieciséis años del duque y la duquesa von Braunschweig, ni para Sabine, la hija del marqués y marquesa de Littenheim, de catorce años, para convertirse Emperatriz con el respaldo de la familia y el poder de su padre. Hubo una serie de precedentes. Si eso ocurriera, el padre de la emperatriz demasiado joven probablemente la ayudaría como regente.

El duque von Braunschweig y el marqués von Littenheim tenían confianza y ambición, por lo que la predicción de esta situación inició maniobras no oficiales— pero muy enérgicas— en la corte con la intención de hacer realidad sus predicciones.

En particular, estas maquinaciones cortejaron a las poderosas familias aristocráticas con niños solteros. «Si apoyas a mi hija para que acceda al trono», decían: «Consideraré que tu hijo sea el marido de la nueva emperatriz».

Si las promesas habladas se cumplieran estrictamente, las dos nietas del emperador se habrían visto obligadas a casarse con decenas de esposos.

Incluso si las chicas ya hubieran tenido novios, sus deseos sin duda habrían sido ignorados.

Sin embargo, fue el marqués Lichtenlade quien administró tanto el sello imperial como la emisión de decretos imperiales, y no tenía la intención de permitir que los parientes maternos poderosos convirtieran el imperio en propiedad privada.

Lichtenlade estaba preocupado por a dónde se dirigía el imperio, y más que eso, amaba su propia posición y poder. Decidió adelantar a Erwin Josef, heredero del heredero del difunto emperador Friedrich, pero la idea del gran poder ejercido por aquellos que se opondrían a su plan lo hizo sentir una necesidad apremiante de fortalecer su propio campamento. Su perro guardián tendría que ser fuerte y, además, fácil de manejar.

Después de pensar mucho en el asunto, el Marques Lichtenlade se decidió por un solo hombre, aunque era difícil decir que este individuo sería fácil de manejar. De hecho, era un hombre bastante peligroso. Pero en términos de fuerza bruta, no tenía lugar para la objeción.

Así fue como el Conde Reinhard von Lohengramm avanzó al rango de marqués por Lichtenlade, quien se convirtió en duque. También fue así como llegó a ocupar el asiento del comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial. Cuando la adhesión de Erwin Josef fue anunciada públicamente, los altos nobles —comenzando por el Duque von Braunschweig — se horrorizaron, luego se decepcionaron y luego se enfurecieron.

Pero el eje de poder creado por un apretón de manos que se había intercambiado por razones mutuamente egoístas entre el Duque Lichtenlade y el Marques von Lohengramm resultó ser sorprendentemente firme. Esto se debió a que el primero necesitaba las fuerzas militares de este último y su popularidad entre los plebeyos, el segundo deseaba la autoridad del primero en el gobierno nacional y la influencia en la corte, y ambos necesitaban utilizar la autoridad del nuevo emperador al máximo para consolidar sus respectivas posiciones y poder.

Cuando se celebró la ceremonia de coronación de Erwin Josef II, los dos representantes de sus principales vasallos juraron respetuosamente su lealtad al niño emperador, que estaba sentado en el regazo de su enfermera. En representación de las autoridades civiles estaba el Duque Lichtenlade, quien asumió el cargo de regente, mientras que el representante de las autoridades militares fue Reinhard. Aunque les dolió hacerlo, los aristócratas, burócratas y oficiales militares reunidos no tuvieron más remedio que reconocer a los dos como pilares gemelos de este nuevo orden.

Los altos nobles que habían sido excluidos del nuevo orden estaban literalmente rechinando los dientes. El duque von Braunschweig y el marqués von Littenheim estaban unidos por su odio compartido hacia él.

Pensaron que el duque Lichtenlade era un anciano desgastado que debería haber terminado su papel en los asuntos nacionales y haber salido del escenario con la muerte del emperador Friedrich IV. Por otro lado, ¿quién era este *marqués* von Lohengramm? Un brillante registro de servicio que pudo tener, pero ¿qué era realmente, sino un cachorro recién nacido de una familia pobre de nobleza sólo de nombre, que había utilizado el favor del emperador hacia su hermana para ascender a la fama? *¿Deberíamos quedarnos quietos y dejar que personas así monopolicen nuestro gobierno nacional?* Los altos nobles convirtieron su indignación privada en indignación pública y anhelaron el derrocamiento de este nuevo orden.

Mientras compartieran enemigos tan poderosos y comunes, el eje Lichtenlade-Lohengramm probablemente se mantendría firme como una fortaleza de acero y fuerte como un muro de hierro. Simplemente no había otra opción.

Reinhard, ahora Marqués von Lohengramm, ascendió inmediatamente a Siegfried Kircheis al rango de almirante principal y lo nombró vice comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial.

El duque Lichtenlade también apoyó activamente esta cita, aún sin haber renunciado a la idea de poner a Kircheis en su deuda.

El que tenía dudas sobre esto era von Oberstein. Fue ascendido a vicealmirante y ahora se ha duplicado como jefe de personal de la Armada

espacial Imperial y secretario en jefe de Lohengramm almirante, y un día se reunió con Reinhard para darle un consejo sincero.

«Está bien y es bueno tener un amigo de la infancia, y está bien y es bueno tener un segundo al mando capaz. Pero tener a ambos en la misma persona es peligroso. En primer lugar, no era necesario convertirlo en el vice comandante en jefe. ¿No crees que deberías tratar al Almirante Kircheis igual que a los demás?»

«Conoce tu lugar, Von Oberstein, ya he tomado una decisión».

El joven comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial puso al oficial del personal con ojos artificiales en silencio con este único comentario disgustado. Fue la ingeniosa maquinación de von Oberstein lo que Reinhard estaba pagando; no consideraba al hombre de cabello veteado de plata como un amigo con el que podía compartir su corazón. No le puso de buen humor escuchar palabras vagamente difamatorias pronunciadas contra el que era su otro yo.

Después de la muerte del emperador, Annerose, la condesa von Grünewald, se retiró de la corte y se mudó a una mansión en Schwarzen que Reinhard había preparado para que compartieran. Cuando le dio la bienvenida a su hermana, Reinhard había hablado como un niño demasiado entusiasta.

«Nunca volverás a tener tiempos difíciles, así que por favor, sé feliz, siempre».

Viniendo de Reinhard, esta era una línea poco imaginativa, pero llena de emoción sincera.

Sin embargo, Reinhard tenía otra cara— la cara de un insensible y ambicioso intrigante— que no quería que Annerose viera.

Era consciente de la alianza que se había formado en secreto entre el duque von Braunschweig y el marqués von Littenheim, y en su corazón de corazón la recibió.

Deja que explote. Los haré ejecutar como rebeldes contra el nuevo emperador y de un solo golpe purgarán al noble de su fuerza e influencia.

Si pudiera destruir a los dos yernos de Friedrich IV, todos los demás no podrían hacer nada más que rendirse ante la ambición de Reinhard. Todos sus señores se inclinaban al suelo y le juraban obediencia. Y cuando eso sucediera, naturalmente podría romper su alianza con el Duque Lichtenlade. *Astuto viejo zorro, al menos por ahora, celebra haber subido tan alto como puedas.*

De la misma manera, el Duque Lichtenlade ciertamente no estaba pensando en hacer que su relación axial con Reinhard fuera permanente, aunque al igual que Reinhard, contaba con los planes contra el Duque von Braunschweig y el Marques von Littenheim para eventualmente explotar. Usando el poder militar de Reinhard, los aplastaría. Y una vez hecho ese trabajo, no tendría más uso para un individuo peligroso como Reinhard.

Por orden de Reinhard, Siegfried Kircheis avanzaba constantemente con los preparativos militares contra lo que se esperaba que fuera un levantamiento armado por parte de una federación de altos nobles, con el Duque von Braunschweig y el Marques von Littenheim a la cabeza.

Kircheis era consciente de la fría y seca mirada de Von Oberstein contra su espalda, pero como no parecía haber ninguna grieta en sus relaciones con Reinhard o Annerose, no tenía nada de qué avergonzarse y decidió no tomar mayores precauciones de las necesarias.

Kircheis estaba trabajando arduamente en el desempeño de sus funciones, mientras que al mismo tiempo disfrutaba de oportunidades para reunirse con Annerose, que había aumentado más allá de la comparación con las de años anteriores. Esto hizo que el paso de sus días fuera satisfactorio y feliz.

Si tan solo esos días pudieran durar para siempre…

III

Alrededor de la época en que los dos campamentos en el imperio y la alianza finalmente formaron nuevas estructuras de poder y comenzaron a subir, jadeando, la escalera hacia el futuro, Landesherr Rubinsky se sentó en una habitación interior en su residencia privada en el Dominio de Fezzan y decidió hacer una llamada.

La habitación no tenía ventanas, y estaba herméticamente cerrada detrás de las paredes de plomo grueso, el espacio en sí estaba polarizado.

Encendió un interruptor rosa en su consola y activó un dispositivo de comunicaciones. Era difícil distinguir ese dispositivo a simple vista, la razón era que la habitación en sí era el dispositivo de comunicaciones, creado para salvar varios miles de años luz del espacio interestelar, transformando las ondas cerebrales de Rubinsky en las longitudes de onda distintivas de las transmisiones FTL, y Enviándolos a su destino.

«Soy yo. Por favor responde.»

Sus pensamientos asumirían la estructura del lenguaje definido durante estas transmisiones periódicas de alto secreto.

«¿Quién es yo?»

La respuesta que le llegó desde más allá de los límites del espacio no podría haber sido más arrogante.

«Landesherr de Phezzan Rubinsky. ¿Cómo está su santidad, gran obispo? ¿Estás de buen humor?”

Rubinsky habló con una humildad que era difícil de creer.

«No tengo ninguna razón para estar de buen humor… no cuando mi amada Tierra aún tiene que reclamar su posición legítima. Hasta el día en que la Tierra sea adorada por toda la humanidad, como en nuestro pasado lejano, mi corazón no se despejará”.

Rubinsky pudo sentir en sus pensamientos el suspiro de un gran suspiro que utilizaba toda la caja torácica del obispo.

Tierra.

La forma de un planeta flotando en el vacío a tres mil años luz de distancia se alzó en la parte posterior de la mente de Rubinsky para convertirse en una imagen nítida y vívida.

Un planeta atrasado, abandonado después de un sumiso sometido al saqueo y destrucción de la humanidad. Decrépito y devastado, agotado y pobre. Ruinas que salpican sus desiertos, montañas rocosas y bosques dispersos. Una pequeña cantidad de personas apenas se ganaban la vida, aferrándose a un suelo contaminado que había perdido para siempre su fertilidad. Heces de gloria, y precipitados rencores. Un mundo tan impotente que incluso Rudolf lo había dejado solo. El tercer planeta desde su sol, que no tenía futuro y nada más que pasado…

Sin embargo, fue este mundo olvidado el que fue el gobernante secreto de Fezzan. Porque fue desde la supuestamente empobrecida Tierra que la capital de Leopold Raap había llegado.

«Durante un largo intervalo de ochocientos años, la Tierra ha sido despreciada injustamente, pero el día del final de su humillación está cerca. Es la Tierra la cuna de la humanidad y el centro desde el cual se gobierna todo el universo, y en algún momento durante los próximos dos o tres años, finalmente llegará el día para que los ingratos que abandonaron el mundo madre lo sepan».

«¿Será tan pronto?»

«¿Dudas de mí, Landesherr de Phezzan?»

Sus ondas cerebrales reproducían la melodía de risas bajas y sombrías. La risa del gobernante político y religioso de la Tierra, conocido como el Gran Obispo, aterrorizó a Rubinsky e hizo que cada cabello de su cuerpo se pusiera de punta.

“El flujo de la historia es una cosa que acelera. En particular con respecto a los campos respectivos del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres, las convergencias de sus autoridades políticas y poderes militares

están avanzando. A eso, añadiremos un nuevo movimiento de masas entre la gente. El movimiento espiritual para regresar a la Tierra que ha estado oculto en ambos campos pronto aparecerá en las calles. El trabajo de organizarlos y obtener capital le ha sido dejado a usted, Phezzanese, y no debe haber errores».

«Por supuesto.»

“Fue con este propósito que nuestro gran maestro seleccionó el planeta Phezzan, envió personas leales a la Tierra allí y les asignó la tarea de acumular riqueza. A través de la fuerza de las armas, no puedes oponerte ni al imperio ni a la alianza. Es solo a través del poder económico alcanzado mediante el uso cuidadoso de su posición especial que Phezzan domina la esfera secular, mientras que es a través de la fe que nuestra Tierra gobierna lo espiritual… La galaxia será recapturada para la Tierra sin un disparo. Es un gran proyecto que ha tardado siglos en realizarse. ¿Y ahora, en nuestra generación, la sabiduría de nuestro maestro dará frutos…?”

En ese momento, la polaridad de sus pensamientos se invirtió, y gritó bruscamente:

«¡Rubinsky!»

«Uh… ¿si?»

«No me traiciones nunca».

Si solo una persona que hubiera conocido al Landesherr de Fezzan hubiera estado presente, sus ojos se hubieran abierto de par en par al darse cuenta de que incluso este hombre podía respirar en un sudor frío.

«E-Eso es algo que nunca soñé que te oiría decir».

«Tienes capacidad y ambición… simplemente te estaba advirtiendo para que no sucumbieras a la tentación. Seguramente eres lo suficientemente consciente de la razón por la cual el ilustre Manfred II, así como su propio predecesor como Landesherr, tuvieron que morir».

Manfred II había creído en el ideal de coexistencia pacífica entre el imperio y la alianza, y había tratado de implementar eso como política. El predecesor de Rubinsky, Walenkov, odiaba ser controlado desde la Tierra y había tratado de actuar de manera independiente. Ambos habían intentado actos desventajosos para la Tierra.

“Gracias al apoyo de Su Gracia, pude convertirme en Landesherr. No soy ingrato».

«Si ese es el caso, entonces todo está bien. Esa alabanza te protegerá».

Algún tiempo después, la transmisión llegó a su fin, y Rubinsky salió a la terraza de mármol, donde, de pie, miró hacia el cielo estrellado. Que no pudiera ver a la Tierra fue afortunado. El sentimiento de alivio, como si hubiera regresado a la realidad desde alguna otra dimensión, estaba restaurando gradualmente su indomable confianza habitual.

Si Phezzan hubiera pertenecido solo a Phezzan, bien podría haber sido él mismo quien fuera el gobernante de facto de la galaxia. Lamentablemente, sin embargo, la realidad era diferente.

Para los monomaníacos que intentaban revertir ochocientos años de historia y convertir en capital de la Tierra a todas las estrellas reunidas, Adrian Rubinsky no era más que un sirviente.

Sin embargo, ¿sería eso verdad a perpetuidad? En ninguna parte del universo había una razón absoluta y justa por la que tenía que ser así.

«Bueno, entonces, ¿quién va a ser el último en pie? ¿El imperio? ¿La alianza? ¿LA Tierra…? Mientras Rubinsky hablaba consigo mismo, las comisuras de su boca se elevaban, al igual que la boca del zorro que era su otro homónimo.

«¿O seré yo …?»

IV

«No podremos evitar una batalla decisiva con los nobles. Es una batalla que probablemente dividirá el imperio».

A las palabras de Reinhard, Kircheis asintió. «Estoy en consulta con Mittermeier y von Reuentahl», dijo, «y la planificación de las operaciones está avanzando muy bien. Sin embargo, solo hay una cosa que me preocupa».

«¿Qué harán las fuerzas rebeldes?»

«Exactamente».

¿Qué pasaría si, mientras las fuerzas internas del imperio se dividieran entre el eje Lichtenlade-Lohengramm y el campo de Braunschweig-Littenheim, los militares de la alianza debían aprovechar el estado de guerra civil y ¿lanzar una segunda incursión? Incluso Kircheis, quien confiaba en la planificación y ejecución de su operación, se sentía incómodo por ese punto.

El joven de cabello dorado le dio a su amigo pelirrojo una sonrisa fácil.

«No te preocupes por eso, Kircheis. Tengo una idea. No importa cuánta habilidad pueda presumir Yang Wen-li como estratega, esta medida garantizará que no podrá abandonar a Iserlohn».

«¿Y tu estrategia es …?»

«En resumen, es esto».

Con los ojos azul hielo brillando con entusiasmo, Reinhard se lanzó a su explicación.

V

«Puedo sentir la tentación», murmuró Yang. Perdido en sus pensamientos, ni siquiera había tocado el té que le habían traído. Cuando Julian entró para quitarle la taza, miró a Yang con los ojos desorbitados, pero algo en el aire le impidió preguntar qué pasaba. Él no dijo nada.

Aunque la situación política del imperio parecía haberse recuperado brevemente debido al rápido establecimiento del eje Lichtenlade-Lohengramm, no había forma de que la configuración actual pasara a un período de estabilidad. El campo de Braunschweig-Littenheim se levantaría con fuerza armada o, más precisamente, sería conducido a una esquina desde la que tendría que levantarse. Una guerra civil iba a estallar y dividir el imperio.

Y cuando eso sucediera, Yang presentaría una lectura ingeniosa de la situación e intervendría — por ejemplo, supongamos que unía fuerzas con la gente de von Braunschweig para derrotar al marqués von Lohengramm en un movimiento de pinzas y luego atacaba el costado de von Braunschweig con un solo golpe. para matarlos El Imperio Galáctico probablemente caería.

O tal vez podría darle sus planes a Von Braunschweig, dejar que haga la mitad de la lucha contra Reinhard y luego golpearlos a ambos cuando ambas partes hayan alcanzado los límites del agotamiento — lo que probablemente podría hacer él mismo. Por su parte, Yang estaba en realidad bastante disgustado de que se enorgulleciera tanto de su mente como táctico. Cuando murmuró: «Puedo sentir la tentación», de eso estaba hablando.

Si él fuera un dictador, eso era lo que haría. Pero, ¿qué era él sino un soldado de una nación democrática? Había, por supuesto, restricciones sobre lo que podía hacer. Superar esas restricciones solo lo convertiría en el sucesor de Rudolf…

Cuando Julian tomó la taza de té frío, preparó una olla nueva y la puso sobre el escritorio de Yang, Yang se dio cuenta por fin.

«Oh, gracias», dijo.

«¿Tenías algo en tu mente?»

Cuando se le preguntó directamente, apareció una expresión de vergüenza juvenil en el rostro del almirante más joven de las Fuerzas Armadas de la Alianza.

«No es el tipo de cosas de las que puedo hablar con otras personas. Quiero decir, honestamente, si todo lo que la gente piensa es ganar, no hay nada más bajo que tan bajo puedan llegar».

Sin entender muy bien a qué se refería Yang, Julian permaneció en silencio y esperó a que continuara.

«Por cierto», dijo Yang, «entiendo que Von Schönkopf te ha estado enseñando a disparar. ¿Cómo va eso?”

«Por lo que dice el contraalmirante, aparentemente soy un ¿talento natural’».

«Oh, eso es bueno escucharlo».

«Pero, Comandante, nunca practicas la puntería en absoluto. ¿Está realmente bien?”

Yang se echó a reír.

«No parezco tener ningún talento para ello. Tampoco importa hacer un esfuerzo, por lo que en este momento podría ser el peor tirador del servicio».

«Bueno, en ese caso, ¿cómo te proteges?»

«Una pelea en la que un oficial al mando tiene que tomar una pistola para defenderse ya está perdida. Todo lo que estoy pensando ahora es cómo no terminar en esa situación».

«Entiendo. En ese caso, yo seré quien te defienda».

«Voy a contar con ello». Sonriendo, Yang tomó la taza de té.

Viendo al joven comandante, se le ocurrió a Julian un pensamiento: *Él es quince años mayor que yo. En los próximos quince años, ¿puedo llegar a su nivel?*

El chico tuvo la sensación de que era una distancia demasiado grande.

La galaxia giró, llevando consigo pensamientos, creencias y esperanzas más allá del número.

Eran SE 796, IE487, y ni el Marqués Reinhard von Lohengramm ni Yang Wen-li habían previsto nada de lo que aún les esperaba.

Capítulo 10.5: SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanakanació en 1952 en la prefectura de Kumamoto y completó un doctorado enliteratura en la Universidad de Gakushuin. Tanaka ganó el Premio New Writer deGen’eijo (una revista de misterio) con su historia debut «Midori no Sogenni…» (En el campo verde…) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes, que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un entorno interestelar, ganó el Premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie de fantasía The Heroic Legend of Arslan y muchas otras películas de ciencia ficción, Fantasía, novelas e historias históricas y de misterio.
